

**JAMES  
CHURCH**



«Un impresionante debut  
que nos lleva a recordar  
títulos como 'Gorky Park',  
de Martín Cruz Smith»  
—Publishers Weekly

UN  
**C  
A  
D  
Á  
V  
E  
R**

EN EL

**K  
O  
R  
Y  
O**



**Lectulandia**

«Siéntate en una ladera tranquila al amanecer y toma una foto de un coche que recorrerá la autopista desierta proveniente del Sur».

Órdenes sencillas para el inspector O, hasta que se da cuenta de que lo han arrastrado lejos, apartado de su rutina en un remolino de traiciones y muertes.

Los líderes norcoreanos se entregan a una caza desesperada de cualquiera que sepa demasiado sobre una serie de secuestros y asesinatos cometidos décadas atrás. Un cadáver en un hotel de Pyongyang, el Koryo, un botón azul en el suelo de los servicios, un lago finlandés de un azul gélido... El inspector O descubre demasiado tarde que lo han enviado directo al infierno.

**Lectulandia**

James Church

# **Un cadáver en el Koryo**

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2017

Título original: *A Corpse in the Koryo*  
James Church, 2006  
Traducción: Daniel Estrada Gómez-Acebo  
Fotografía de cubierta: Adrian Bradshaw  
Diseño de cubierta: Jennifer Carrow

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Los nombres, los lugares, incluso las montañas cambian. Pero la gente permanece. Es real. Esta historia es solo eso, una historia que cualquiera puede leer. El libro, sin embargo, es para la gente de Corea del Norte y, especialmente, para la niña pequeña que llora en el campo.



Treinta años no son demasiado tiempo y, sin embargo, en ese período, se llega a entrar en contacto con mucha gente. Algunas personas se presentan formalmente, con una tarjeta con su nombre. Otras se sientan detrás de ti en largos viajes por el Pacífico o te rozan al pasar por la calle. Otros saludan desde el arcén de una carretera sucia o te acompañan en un paseo por un complejo de templos. Muchos han pasado innumerables horas, décadas en realidad, explicándome pacientemente los porqués de Corea y de los coreanos; en ese proceso, han sabido transmitirme su amor por esa tierra, por su belleza constante y su melodía interior, clara y a veces melancólica. Les estoy profundamente agradecido y solo puedo disculparme si en alguna ocasión no he dado la talla como aprendiz. Al corazón siempre le queda por aprender. Dar forma a las ideas y hacer de ellas un libro requiere altas dosis de ánimos y consejos durante el proceso, sin olvidar a un representante entregado (Bob Mecoy) y a un editor talentoso (Pete Wolverton).

## PRIMERA PARTE

Al alba, las colinas emergen de la bruma;  
una hilera, después otra.  
Más allá, la soledad,  
infinita como las lejanas cumbres.

—O Sung Hui (1327–1358).



Solo se oía el viento y, en la mezquina luminosidad que precede al día, lo único visible era la deteriorada carretera que cortaba rectilínea los campos vacíos. Diseñada recta sobre un mapa treinta años atrás, recta era como había de ser construida. Los ingenieros habrían preferido bordear las pequeñas colinas que, curiosamente inconexas, navegaban como barquitos a través del paisaje. Recta, rigurosamente recta, literalmente recta. Suponía perforar una docena de túneles. Eso implicaba un año de trabajo duro e innecesario para las tropas de construcción, pero nadie se planteó en realidad desviarse de la línea marcada en el mapa, que señalaba como una verdad de la capital hacia la frontera del Sur y había sido dibujada por una mano que nadie pondría en cuestión. Por desgracia, muy a su pesar, los ingenieros no consiguieron borrar del todo los rebeldes contornos de la tierra: en algunos puntos la carretera se curvaba. Por ello, el general a cargo de la obra, un hombre taciturno de lealtad impecable, sufrió el debido castigo. Destituido una tarde, por la noche ya se encontraba camino de las montañas del norte donde se haría cargo de una granja en una tierra tan adusta que la hierba apenas crecía en ella. Finalmente, se le permitió volver a la capital para servir el resto de sus días diseñando nuevas carreteras, todas rectas como una flecha. Ninguna de ellas fue construida jamás. Para entonces, los cartógrafos habían aprendido la lección: todos los mapas mostraban la Carretera de la Reunificación siguiendo con fidelidad la rectitud de una regla y así es como la gente se acostumbró a imaginársela. Casi nadie la usaba, de manera que pocos estaban mejor informados.

Las órdenes que recibí no indicaban adónde mirar, solo que estuviera al acecho de un coche. No me dijeron color, ni descripción; solo «un coche». Pura rutina. Como dijo el poeta inglés, era todo lo que necesitaba saber.

No tenía ningún interés en saber más. A aquellas horas, si aparecía un coche, me imaginé que sería avanzando rápidamente desde el sur. Por qué un coche vendría de esa dirección era una cuestión interesante, pero yo no sentía curiosidad. No era asunto mío, y lo que no preguntara no podría hacerme daño.

«Haz una foto», me dijeron: era todo lo que tenía que hacer. Miré por el visor para comprobar su alcance y después dejé la cámara sobre la hierba. Mi posición estratégica era ideal: buen ángulo, la distancia justa para el objetivo y la iluminación suficiente, ya que el amanecer todavía tardaría media hora más. Sabía que la carretera surgía de un pequeño túnel a un kilómetro de distancia: el sonido del motor reverberando contra la roca lo anunciaría, dándome el tiempo necesario para prepararme antes de que el coche entrara en mi campo de visión. El conductor habría estado conduciendo con los faros apagados: estaría cansado de intentar guiarse en la oscuridad mirando a través del parabrisas, luchando por mantenerse en la franja de

asfalto que permanecía en buen estado en el centro de la autopista. No se le ocurriría mirar hacia arriba para buscar a alguien con una cámara en la colina.

Por el momento, sin embargo, nada se movía. Ningún campesino caminaba junto a la carretera, ni siquiera susurraba la brisa por entre los maizales agostados por el interminable verano y las escasas lluvias. Lo único que se podía hacer era esperar y contemplar la línea de colinas que emergía entre el brumoso silencio.

—¿Estado? —Lo había puesto bajo, pero el volumen de la radio todavía daba al traste con la tranquilidad. Comprobé mi reloj. Desde aquel momento la radio escupiría su «estado», «estado», «estado» cada treinta segundos, a menos que la apagara.

La voz comenzó de nuevo para ahogarse después en sus propias interferencias. No toqué los diales: una señal mejor solo provocaría más ruido. En cualquier caso, no era necesaria respuesta alguna: no sucedía nada y ya estaba convencido de que tampoco sucedería nada después. Si a aquellas alturas todavía no había aparecido el coche ya no lo haría nunca.

Volví a sentarme para contemplar cómo la tercera hilera de colinas, una oscura mancha de tinta contra la apenas iluminada línea oeste del horizonte, iba tomando forma. Los contornos eran suaves, no tierra y roca, sino la silueta de una mujer yacente sobre el costado. Carretera adelante, una columna de humo se retorció al encuentro de la luz de la mañana, probablemente procedente del pueblo que trabajaba los campos que se extendían a mis pies. Dirigí de nuevo mi atención a la carretera y doblé las rodillas para evitar que se me durmieran las piernas. Detrás de mí se desprendió una piedra, que rodó colina abajo. Una fracción de segundo más tarde, oí piar a un pájaro y el batir de sus alas contra la hierba mientras se elevaba al cielo. Ese tipo de vigilancia siempre me ponía nervioso. Quería una taza de té.

La radio volvió a la vida con un chirrido.

—En caso de que lo haya olvidado, se supone que debe responder. ¿Cuántas veces he de decírselo? Una señal, sí; dos, no. —Una pausa brevísima, supe que Pak se ablandaba—. Muy bien. Al diablo, adelante.

—Déjeme algo de té —susurré al auricular, a pesar de no haber un alma a la vista.

—Imposible, el hervidor no está. El rojo. Ha desaparecido. —Solamente con su voz ya podía percibir la sonrisa esbozada en los labios de Pak.

—¿De una comisaría? ¿Cómo vamos a calentar agua sin un hervidor?

Debía haber llevado la petaca. Un poco de vodka me habría ayudado a pasar el rato, especialmente en ausencia del té matutino. La oficina no tenía termo. En el ministerio había algunos, pero se negaban a distribuirlos incluso en mitad del invierno, así que difícilmente lo harían en una mañana de agosto como aquella. No importaba si ponerse en posición implicaba escalar una colina en la oscuridad y sentarse sobre la hierba mojada hasta el amanecer, la respuesta era siempre la misma: «¿Quiere usted té, inspector? ¿Quizá deberíamos ofrecerle también gachas de arroz y encurtidos?». El intendente llevaba años ahí. Cuando hablaba, se le dibujaba en la

cara una sonrisa estúpida. Por desgracia, tenía un historial impecable. Aunque lo intentamos en varias ocasiones, nadie pudo sorprenderlo aceptando un soborno. Era imposible librarse de él.

La voz de Pak se volvió exageradamente oficial, lo que indicaba que había alguien más en su oficina escuchando nuestra conversación.

—Deje de quejarse. Y apague la radio. Si tenemos que reemplazar la batería...

Oí el ruido de un motor.

—Se acerca un coche —le interrumpí, sin preocuparme ya de susurrar—. Muy rápido, por el centro de la carretera.

Tomé la cámara, encuadré el robusto Mercedes y pulsé el disparador. No hubo clic, ni zumbido, ni foto. Se oyó un bocinazo, el coche negro pasó con estruendo. En un instante avanzaba a toda velocidad hacia mí y al siguiente desaparecía tumbando a su paso las flores silvestres azuladas que se extendían a lo largo de la vía.

Observé el coche mientras se perdía de vista tras un cambio de rasante y luego arrojé asqueado la cámara al suelo. La batería estaba agotada. Pero incluso una foto perfecta habría sido inútil: el coche no llevaba matrícula.

El reloj de la pared, colgado junto a la ventana, indicaba las 2.40, pero no estaba en hora. Atardecía. En esa época del año, en mitad del invierno, el sol se ponía pronto, pero no tanto, ni siquiera ahí. Pura dejadez, imaginé. Si no se usaba el apartamento a menudo, el reloj debía de haberse parado. Al otro lado de la habitación había una lámpara de pie con la forma de una caña de bambú. La pantalla tenía flecos verdes por abajo; por arriba era abierta y la bombilla proyectaba su luz bastante lejos.

El hombre del sofá había cerrado los ojos y alzado el mentón, como si estuviera en la playa, disfrutando de un baño de sol.

—No muy esclarecedor, eso —dijo—. Preciosa imagen, con las flores, he de admitirlo. Una pena que no haya venido a escuchar un diario de viaje. —Era un ruso forzado, apenas comprensible.

Sus cejas eran pelirrojas, de un rojo incandescente en una cara blanca como la leche. Era grande y calvo como un monje. Mirándolo era inevitable pensar que se habían equivocado al ensamblar las partes. No se confundiría con las masas, en ninguna ciudad.

—Me pidió que le describiera un día de mi vida —respondí—. Y acabo de hacerlo. Lo siguiente que hará será preguntarme qué tipo de teléfonos utilizamos. No se lo diré. Querrá saber el color de la tapicería del coche patrulla. No se lo diré, tampoco. Yo diría que esta noche tiene todos los ingredientes para convertirse en una larga velada, pero tal vez mejore su vocabulario ruso antes de que termine.

—Como usted prefiera. —Esto lo dijo en inglés.

—No es usted americano, no con ese acento.

—Irlandés.

—¿Y qué quieren los irlandeses de un norcoreano?

Movió su cabeza lentamente describiendo un arco, estirando los músculos de su cuello.

—¿Sabe? Hay quien dice que los irlandeses y los coreanos nos parecemos.

Resoplé.

—No se engañe. Eso es un insulto para uno de nosotros. —Eché otro vistazo al reloj de la pared—. Déjeme adivinar: trabaja para los servicios de inteligencia británicos. ¿Qué quieren de mí?

—Nadie quiere nada, no de usted, amigo mío. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta quién es. Me daría exactamente igual si desapareciera flotando en el Vltava con el resto de los desechos. Por si lo ha olvidado, fue usted el que concertó este encuentro. Y aquí está. Así que la pregunta es: ¿qué quiere usted?

—Yo no concerté nada, solo hice una llamada a un amigo.

—Quizá su amigo se puso en contacto con nosotros.

—No lo creo. Me parece que están ustedes escuchando conversaciones que no les conciernen.

—Usted está aquí. Nosotros estamos aquí. Tal vez una casualidad matemáticamente improbable. Dos cuerpos de diferentes vectores en el mismo tiempo y el mismo lugar.

—A eso lo llamaría yo una colisión.

—Eso depende de usted, ¿no es así?

—¿Sabe qué? Su problema es que se cree que ha pescado a un auténtico norcoreano vivito y coleando. Pero no sabe por qué. Está usted pensando: «Quizá el chico quiera desertar, quizá tenga las pelotas de hacerlo».

El irlandés me examinó despacio, como un hombre a punto de comprar un mueble usado. Después, dijo:

—No, no creo que tenga las pelotas. Si lo creyera ya habría salido usted por la puerta trasera y estaría en un coche. Puede que estuviera interesado cuando entró; ahora ya no tengo tanto interés.

—¿Qué quieren?

—Como le he dicho, no queremos nada de usted. Nada en absoluto.

—En ese caso, disfrute de la velada. —Me di media vuelta.

—Alguien dijo que pensaba que usted sabía algo. Sobre alguien. ¿Es así?

Estuve a punto de marcharme en aquel mismo instante. Tal vez debería haberlo hecho. En vez de eso, me volví hacia el irlandés.

—¿Por qué sigo teniendo la sensación de que están escuchando conversaciones que no son en absoluto de su incumbencia?

—Le diré lo que haremos: cada vez que yo formule una pregunta y usted cambie de tema, ganaré un punto, ¿de acuerdo? Si responde, lo ganará usted. Por el momento le llevo ventaja. ¿Quiere volver a jugar? Probemos de nuevo. ¿Sabe algo sobre alguien?

No dije nada.

El irlandés se mordió la parte interior del labio, apenas lo justo para notarlo, pero yo lo vi. Acaba de perder un punto, pensé, lo sepa o no.

—Otra cosa. —Su ruso era tan malo que estaba consiguiendo irritarme—. Quedarse en silencio es como ignorar al árbitro. Tenga cuidado, puede que lo haga una vez más de lo permitido. Permítame que pruebe de otra manera: dijo que sabía algo sobre Kang...

—¿Está interesado en Kang?

—Déjese de gilipolleces.

—Está muerto.

De repente no había apenas ruido, salvo por un bus en la distancia y el timbre de una bicicleta que sonaba en las cercanías.

—¿De veras? —Hablabla cuidadosamente—. No sabíamos nada. Habíamos oído que estaba aquí, en Praga.

—Lo dudo. La última vez que vi a Kang estaba desplomado junto a un árbol, con la mirada perdida en el vacío y un agujerito aquí. —Me acerqué y coloqué mi dedo entre aquellas cejas pelirrojas.

Él alzó la vista, retándome a dejar el dedo donde estaba. Sacudí la cabeza, pero no me moví. Se reclinó hacia atrás.

—¿Por qué deberíamos creerle?

—Quizá no deberían. Quizá no estén interesados realmente. —Di un paso atrás en dirección a la puerta—. Quizá estén malgastando su tiempo.

—Mi nombre es Molloy. Puede llamarme Richie. —Sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Fuma?

—No, gracias. —Anduve de espaldas el resto del camino hasta la puerta y me quedé ahí, con aire aburrido.

—Algo de beber, entonces. ¿Vodka?

—No.

—Dios, una jodida monjita. —Señaló una mesa redonda en el centro de la sala, con una cafetera de hojalata encima—. Muy bien, sírvase una taza. Quizás así esto parezca menos una guerra. Hagámoslo más amable, por así decirlo.

—Dígame lo que quiere o me largo. Si todo esto no va a llevar a nada, tengo cosas mejores que hacer.

—¿Como qué?

—Como encontrar algo que comer y después acostarme.

—¿Por qué son ustedes siempre tan difíciles?

—¿Difíciles? Creo haber oído eso antes en algún lugar. ¿Aceptaría usted mis más sinceras disculpas? Debe ser por la falta de alimentación. O de civilización, quizá. Sí, seguramente sea eso, una falta de civilización por nuestra parte. Ustedes son los civilizados. Obviamente, debemos aprender de ustedes.

Meneaba la cabeza a un lado y a otro, como si hubiera solucionado el problema que tenía en el cuello, pero sus hombros estuvieran doloridos.

—Adelante, márchese si quiere. A mí me es exactamente igual.

—¿Saldrá usted por la parte de delante o por la de detrás cuando me haya ido? La parte delantera del edificio está bajo vigilancia. Siempre pensamos que era suya, pero no estábamos seguros. Ahora sí.

La cabeza cesó de moverse. Era evidente que no sabía que había estado observando el edificio los días anteriores. Simple vigilancia, tal cual aparecía en el manual de entrenamiento del ministerio. Había visto a los técnicos entrar para preparar el encuentro. Decidí presionarlo un poco.

—Tenemos una lista de todas las matrículas de cada coche que usted y sus amigos tienen en la ciudad. Y cuando cambian de matrícula, lo que hacen de cuando en cuando, sabemos los números de las nuevas antes de que las reciban.

El hombre estaba sudando, no demasiado, pero a la luz de la lámpara se podía percibir perfectamente. No tenía ninguna lista, pero merecía la pena arriesgarse.

—Váyase al cuerno. —Contuvo la voz.

—Dígame, ¿hay montañas en Irlanda?

Esto lo relajó porque, de súbito, reparó en lo que yo estaba haciendo: me preparaba para bailar. La decisión era suya: podía pedirme que me fuera o podía bailar conmigo.

—Colinas, sí, lindas como niñas los días de sol. —Bien, entraba en el juego. Después pareció pensárselo. Tenía un aire pensativo, se frotaba la barbilla. Pensé que lo perdía—. Aunque no podría decirle si alguna de nuestras colinas se parece a una irlandesa yacente sobre el costado. Extraño pensamiento, este. —Se rio suavemente, apenas una risa, probablemente por algún recuerdo más que por otra cosa, diría yo, pero no importaba. Sabía que habíamos cruzado el primer obstáculo.

—¿Ha estado alguna vez en Finlandia?

El gran rostro esbozó una sonrisa, pero los ojos verdes se mantuvieron inmutables. Eran como los de un gato que vi en una ocasión.

—Así que volvemos a Kang. Hemos dado un buen rodeo para llegar hasta el tema en cuestión, pero aquí estamos. ¿Lo conocía bien?

—Sí. Yo no lo maté, aunque debiera haberlo hecho. En cualquier caso, está muerto.

—¿Y usted? ¿Qué está haciendo en Praga?

—Nada. Simplemente me apeé del tren. Había un mensaje para mí en el hotel. Lo llamé. Hablé con él, él habló conmigo y sus escuchas lo anotaron. ¿Cómo sabía que estaría en la ciudad, por cierto? Tenía órdenes de dirigirme a Budapest.

—No es asunto mío imaginar cómo sabemos lo que sabemos o por qué hacemos lo que hacemos. No me dedico a pensar en esas cosas. Grande como soy, lo único que hago es presentarme donde me dicen que lo haga. Tomo notas, escucho bien de cerca cuando la gente habla. Nunca se sabe lo que quieren decir hasta que no se escuchan las palabras que no pronuncian. Un hombre sencillo, eso es lo que me dicen. Usted, usted sí es complicado.

Su móvil sonó. Respondió a la llamada, suavemente:

—Bien, bien. —Apagó el teléfono y me miró largamente—. Bien. —Caminó pasando junto a mí hasta llegar a la ventana, abrió las cortinas y observó el exterior—. Se equivoca, pero eso ya lo sabe. —Se volvió hacia mí—. La parte delantera del edificio no está cubierta.

—¿Significa eso que vuelve a arrojarme al Vltava?

—Sus amigos lo sacarían de ahí y le meterían una bala por el ojo.

—No se preocupe: nadie sabe que estoy aquí, aunque quizá empiecen a sentir curiosidad por descubrir dónde ando.

—¿Nadie anda detrás de usted?

—No, nada tan crudo o tan bien organizado.

—Disculpe, pero no me convence. Está fuera de su país, rodando por Europa del Este como una bola de billar, ¿y nadie sabe dónde está? Lo siento: no me lo trago. ¿Y

sabe qué? Si no le creo, se acaba nuestra reunión. Usted sigue su camino, yo el mío. Adiós, nos veremos en el infierno.

—¿Quiere la verdad? No les interesa con quién me reúna.

—No lo entiende, ¿verdad? —Cerró el maletín que estaba junto a él, en el suelo—. Solo le daré una oportunidad más. Después, me marcharé.

No dije nada.

—Mire, soy de fiar, pero no imbécil. Digamos que entrego mis notas. La primera pregunta que me van a hacer es: «¿Qué estaba haciendo ese malnacido en Praga, si sus órdenes lo mandaban a Budapest?». Y yo diré: «Caray, buena pregunta, no se me ocurrió preguntar. Es que estaba pensando en colinas y en mujeres yaciendo sobre un costado». —Trabó la cerradura del maletín con un clic—. Como le he dicho antes: nos vemos en el infierno.

—Váyase al cuerno. Solo soy un inspector de policía. A veces necesitan a alguien que no esté fichado. Me largan mi pasaporte, me dicen que vaya a tal sitio, que hable con tal persona, que haga tal cosa. Nada complicado. Soy como el ruido de fondo. Nadie me mira dos veces. —Lancé una mirada a las cejas pelirrojas—. De cualquier manera, por lo que a ellos se refiere, no sé nada que sea de provecho para alguien como usted. Incluso si me corta los dedos uno a uno, no tengo nada que decirle.

—No trabajamos con dedos. —Se acomodó en el sofá—. No esta semana.

—Me preguntaba por Kang. ¿Todavía le interesa?

Indicó hacia la mesa con un gesto.

—Siéntese, si quiere. Tiene algo que decir, le escucho. Dudo que merezca mínimamente la pena; pero vamos a verlo. Si tiene algo de sentido, sacaré mi libreta. De no ser así —las cejas pelirrojas saltaron en su frente, para volver después a su lugar habitual—, tengo una reunión.

—El tipo está muerto. ¿Por qué iba a inventarme nada?

Apretó el pulsador de su bolígrafo dos veces. Un hábito nervioso. No estaba muy bien entrenado, pensé, y su ruso empeoraba conforme hablábamos. Crucé la habitación hasta llegar a la mesa y tomé asiento.

—¿Está preparado?

—Sí —respondió, encendiendo una grabadora plateada diminuta que puso sobre la mesilla frente a sí. La mesa era de madera oscura, quizá nogal negro, y la cubría un mantel blanco con pájaros azules y rojos bordados en los bordes. Todos tenían los picos afilados y de un amarillo intenso. El mantel era nuevo, todavía se veían las dobleces—. Solo necesito una buena narración, un cuento para dormir. Simple y llanamente. Nada demasiado oriental. —De repente hablaba un ruso perfecto.



No llamé antes; me limité a abrir la puerta, lanzar la cámara sobre el escritorio de Pak y acercarme a la única mesa libre que quedaba en la sala. Mis pantalones no se habían secado de la humedad de la hierba, la cámara no había funcionado, nada había llegado a buen puerto. Estaba muy irritado y quería que Pak lo supiera. Era evidente que él también estaba molesto. No me hizo caso. Siguió escribiendo sobre la pizarra, produciendo una especie de chasquidos con la tiza al levantarla y atacar el encerado nuevamente. Maltrataba la pizarra con saña, haciendo como si estuviera profundamente concentrado, hasta que dijo:

—Inspector, pase, por favor.

Había otros dos hombres en la habitación. Ninguno de ellos habló. Pak se volvió de nuevo hacia mí.

—Inspector O, conoce a todos los presentes. —Su rostro insinuó una leve advertencia—. O tal vez no. Este es el capitán Kim, del Cuartel General Conjunto.

Jamás me había cruzado con Kim, pero no necesitaba mirarlo dos veces para darme cuenta de que no seríamos amigos. Tenía el pelo corto, rapado de manera desigual, el cuello grueso y una cara sombría con una expresión que podría haber resultado adusta, de no ser porque sus ojos eran rápidos y afilados como pequeños cuchillos de cocina. Su uniforme de verano era de buena calidad, mejor que su corte de pelo, y alguien había pasado un buen rato sacando lustre a sus botas. Me miró con desdén y después frunció el ceño a la vista de la cámara que reposaba sobre el escritorio de Pak. No era necesario decírmelo, era obvio que estaba relacionado con la vigilancia.

—Ni una foto —dije—. La batería está agotada. De todas maneras, el coche no llevaba matrículas. —Dediqué a Kim una amplia sonrisa que sugería que estaba a punto de revelar algo que le haría gracia, pero sus pequeños ojos permanecieron duros como el metal y me di cuenta de que las únicas bromas que le hacían reír eran las suyas. Al otro lado podía ver a Pak preparándose—. No se lo creerán, pero el muy bastardo dio un bocinazo al pasar.

El hombre que estaba junto a Kim se recostó y cruzó los brazos.

—¿Qué?

Antes de que pudiera contestar, Pak me tomó del codo y me acompañó hasta la puerta.

—Querrá usted tomar un té, inspector.

—No; ha de responder a mi pregunta. —Reconocí el tono de voz. Era como la punta de un látigo arrastrándose lentamente sobre el suelo, justo antes de rasgar el aire de un chasquido. Era el tono propio de un cierto tipo de oficial del partido. No era malvado, pero sí rápido y siempre decidido.

—En realidad —dijo—, me gustaría tomar un té. —Pak cerró los ojos. Era su tic cuando se sentía avergonzado. Nunca me quedó claro si así anhelaba pasar a un estado incorpóreo o si esperaba que yo me esfumara al dejar de verme. El hombre de la silla cambió de postura y estiró las piernas, aparentemente sin ninguna prisa, a sus anchas, pero sin perderme de vista ni un instante. Juntó sus dedos, unos dedos finos con uñas cuidadas. No era alguien que hubiera estado ayudando a los agricultores en los últimos tiempos. Sabía lo que me esperaba.

—Veo, inspector, que no lleva la imagen de ninguno de nuestros grandes líderes. —El hombre hizo una pausa de una fracción de segundo. La lustrosa bota derecha del capitán Kim dio un golpe ligero sobre el suelo, solo una vez, como el toque de la cola de un gato. Todos fingieron no darse cuenta—. ¿He de suponer que hay alguna razón por la que prefiere no llevar una, al contrario que sus conciudadanos de la capital?

—No llevamos pins en el campo. —Lo pronuncié con un tono pragmático. La respiración de Pak se había ralentizado peligrosamente. Uno de los avisos que me repetía hasta la saciedad era «Nunca llames pin a la pequeña imagen del Líder». Es que cada vez que me ponía la pequeña insignia redonda me pinchaba el dedo. Siempre en el mismo lugar. Para mí era solo un engorro, algo puntiagudo que no necesitaba en mi vida, un pin. Me encogí de hombros—. Llevo tres días sin pasar por casa. Está en el primer cajón, a la izquierda. En realidad, el primer cajón es el único cajón que tengo. —No pude evitar continuar—: Pero seguramente ya sabe eso.

—Inspector, este es el subdirector Kang, del Departamento de Investigaciones. —Pak estaba de nuevo con nosotros. Abrió los párpados y dibujó una sonrisa en su cara, de la que los labios no tomaron parte—. Raramente recibimos visitas del Comité Central en nuestra pequeña comisaría. Es un honor.

Kang le respondió con una sonrisa, no por simpatía, sino por mostrarme sus dientes. Iba vestido de civil. Los pantalones le quedaban un poco largos y los llevaba arrugados; la camisa blanca, con el cuello abierto, parecía haber sido usada sin descanso durante una semana entera. El cinturón y los zapatos eran de importación. Escogidos con cuidado, no tenían demasiado estilo, sin embargo. Los zapatos mostraban numerosas rozaduras, casi como contrapunto voluntario a las botas de Kim.

—He hecho una pregunta —dijo sin alterar la voz—. Y sigo esperando la respuesta.

—Lo que decía era que el muy bastardo tocó el claxon.

El capitán Kim interrumpió:

—¿Quién lo hizo? ¿El conductor, quiere decir?

Aquello me llamó la atención. Había dado por sentado que los dos cooperaban, hasta que Kim intervino. Incluso en una reunión tan informal como aquella, rompía el ritmo. En un interrogatorio las preguntas no son la clave: lo es el ritmo. Si pierdes eso, lo pierdes todo. Y entonces tienes que volver a comenzar de cero. Un buen equipo no haría eso. Incluso los malos equipos mantienen esas reglas básicas.

—¿Y cómo puedo saber quién lo hizo? —Me relajé. Aquellos dos, independientemente de lo que estuvieran haciendo en el despacho de Pak, estaban enfrentados—. Las lunas estaban tintadas y el coche se movía tan rápido que no se veía con claridad.

—¿Y cómo puede entonces estar seguro de que no llevaba matrículas? —Kim tomó la cámara en sus manos. A diferencia de las de Kang, las tenía duras y callosas. No de ayudar a los agricultores, sino de romper ladrillos y tablas. Quizá huesos también, pero no sería yo quien preguntara. La voz de Kim surgió de una oscura caverna, donde incluso las preguntas sencillas sufrían una metamorfosis y se volvían desagradables—. ¿Cómo sabemos que no falló al hacer la fotografía a propósito? ¿Cómo sabemos tan siquiera que lo intentó?

—Miren. —En ocasiones mi voz adquiría un tono áspero cuando no debía y aquel fue uno de esos momentos. Puse ambas manos sobre el escritorio de Pak y avancé hacia los dos forasteros, despacio. Si era señal de insubordinación o de mala educación, me era indiferente. El rostro de Kim se ensombreció más aún. Él quería un signo de deferencia, quizá con un punto de miedo, algo que mostrara que yo reconocía su estatus, pero no estaba de humor para mostrarme respetuoso. Kang era casi el extremo opuesto: no parecía importarle. Su expresión no cambió, sus ojos me siguieron como un oso observando un conejo. Ni interesado ni desinteresado: simplemente observaba.

»No sé ustedes, pero yo he madrugado para sentarme en una colina en la oscuridad, ¿y para qué? La batería de la cámara está agotada, como la mayoría de las baterías que nos distribuyen. —Hice una pausa—. El coche, un Mercedes negro grande, estaba encerado y brillaba, sin barro a los lados, con neumáticos nuevos y sin matrículas. Ninguna, ni al frente ni detrás. Venía del sur, a propósito, aunque nadie se ha molestado en preguntarlo. —Me detuve de nuevo. Cada vez que me detenía, Kim se enfadaba más. El metal de sus ojos adquirió un brillo plomizo, como el cielo antes de una mala tormenta—. Y el conductor hizo sonar el claxon. Un bocinazo horrible, como una mofa. ¿Por qué iba a hacer eso en mitad de ninguna parte, en una carretera vacía al amanecer? Muchas coincidencias para una sola mañana, ¿no creen? —Miré furtivamente a Kang. Su rostro seguía imperturbable—. Ahora, si nadie tiene nada que objetar, voy a buscar algo de té.

Pak se acercó a la pizarra y comenzó a borrar lo que había escrito.

—Quiero un informe sobre mi mesa en una hora, inspector. Entregue la cámara a Operaciones y dígalas que la analicen. Entregue la radio a Intendencia. —Se sopló los dedos para quitarse la tiza.

Kang arrancó una página de un pequeño cuaderno con tapas de cuero. Nada que ver con los que nos distribuían a nosotros.

—Este es mi número. Llámeme esta tarde. A las dos. —Si le pidiera al intendente un cuaderno con tapa de cuero, le entraría la risa delante de mí. «Inspector, se sonreiría, ¡es usted terrible!».

Tomé el papel y me lo metí en el bolsillo sin mirarlo. Kim había dejado la cámara sobre la mesa, pero todavía sostenía la tapa del objetivo. La dobló entre los dedos, la miró pensativo y tras asentir levemente con la cabeza me la dio.

—¿Cree que en Operaciones tengan un hervidor? —Me volví hacia Pak, que se había sentado en su escritorio otra vez y fingía estudiar la primera página de un manual de personal del ministerio, obsoleto desde hacía mucho tiempo.

—Quiero ese informe, inspector. —No levantó la vista mientras yo salía de la sala y cruzaba el recibidor en dirección a la Intendencia. Desenganché la radio de mi cinturón. Estaba encendida. Eso significaba que la batería se había agotado, pues de no ser así habría pasado toda la reunión chirriando y escupiendo ruiditos. Me preguntaba si la tercera hilera de colinas habría desaparecido entre la calima de agosto.

No necesité demasiado tiempo para escribir el informe. No había mucho que decir, y sabía que Pak no querría demasiados detalles. Los detalles dan lugar a preguntas. Las preguntas reclaman respuestas. Las respuestas se tergiversan, o malinterpretan, o se usan como armas. Cuando terminé, me aseguré de que Pak se encontraba solo. Su puerta estaba abierta de par en par, pero esta vez llamé antes de entrar.

—Pase. —Pak estaba cara a la pizarra, pero no había nada escrito. Dos expedientes de personal reposaban sobre su mesa, abiertos. Uno de ellos era el mío, con una vieja foto de mi cara grapada en la esquina. Salía con el ceño fruncido. Bebía demasiado en aquella época y las luces brillantes me levantaban dolor de cabeza. Siempre fruncía el ceño cuando estaba frente a una cámara, a la espera del fogonazo.

—Y bien, inspector O, ¿qué tiene que decir en su defensa?

—¿Disculpe?

—¿Qué tal un «Lo siento mucho, inspector jefe, por actuar insubordinadamente ante las visitas»? —No alcanzaba a ver la cara de Pak, pero sabía que tenía los ojos cerrados. Estaba deseando estar en otro lugar—. No estaría bebiendo de ese maldito vodka finlandés en la ladera, ¿verdad?

Ignoré la pregunta.

—¿Visitas? Las visitas son mansas: murmuran amables cumplidos. Esos dos no eran visitas; eran extraños absolutos. Estar en la misma sala que ellos me puso la piel de gallina.

—Haga el favor, inspector. —Finalmente, se volvió. Su cara estaba descompuesta de una manera que nunca antes había visto—. Nos hemos metido en un lío tal que ni alcanzo a imaginar su tamaño. —Miró su reloj de pulsera—. Y todavía no son ni las doce.

Me moví hasta mi punto preferido del despacho, desde donde podía mirar por la ventana. La vista no era espectacular. A lo largo del año, el jardín de abajo iba alternando entre el polvo y el barro. En una esquina descansaba una pila de ladrillos destinados a construir una acera entre nuestras oficinas y el edificio de Operaciones que estaba al otro lado. Pasaban los años, pero la acera nunca se construía. Nadie denunció la falta de progreso en las obras al ministerio; no habría sido de ninguna ayuda. Esperábamos que los ladrillos fueran desapareciendo: unos pocos acá, unos pocos allá, dos o tres para casa, una docena de ellos a la venta en el mercadillo de unos bloques más allá. Milagrosamente, nadie los tocó y el montón de ladrillos se transformó en un monumento permanente, inútil pero familiar.

Un verano, un oficial subalterno de Operaciones había usado los ladrillos como banco, sentándose sobre ellos al atardecer para cantarle a una joven operadora telefónica que trabajaba en la centralita de la tercera planta con la ventana abierta.

Ella se acodaba en el alféizar y lo miraba soñadora, dejando que las llamadas se amontonaran. Su tío era un coronel general del ejército, de otro modo no habría durado los meses que le tomó al ministerio reunir el valor para destinarla de vuelta a su ciudad natal. Era guapa, alegre, y me dio lástima que se marchara. Nadie se sentó en los ladrillos después de aquello.

Contaba los ladrillos cada vez que a Pak le molestaba una directriz del ministerio. En esas ocasiones solía leer el papel en cuestión unas cuantas veces, entonces me llamaba a su despacho y se ponía a escribir furiosamente en la pizarra. Por lo general, solo musitaba una o dos palabras que yo pudiera entender («idiotas» era recurrente), pero en ocasiones se embarcaba en desarrolladas peroratas. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que no esperaba que le respondiera nada. Solo tenía que quedarme en pie junto a la ventana y contar un ladrillo a cada golpe de tiza. Al final, Pak terminaba su charla y me preguntaba: «¿Qué le parece?», a lo que yo respondía: «Increíble, todo está ahí».

A Pak le gustaba la ventana, con o sin vistas. Decía que dejaba entrar más luz los días nublados. En otoño, detrás de la pila de ladrillos, dos altos ginkgos se volvían de un dorado brillante durante varias semanas hasta que el viento y las frías lluvias de noviembre les arrancaban las hojas. Pak parecía más feliz que nunca a comienzos de octubre: solía mirar incansablemente por la ventana en busca de los primeros toques de color en los árboles. Me llamaba a su despacho y cuando yo asomaba la cabeza, señalaba a la ventana con un lejano aire de apacible placer en su mirada. En aquel momento, estábamos en mitad del verano, demasiado temprano para hojas doradas.

—¿Por qué está tan alterado? —pregunté—. Una batería agotada hizo que no pudiera tomar una fotografía. Dígame, ¿a quién diablos le importa? Esos dos actuaban como si fuera una crisis nacional, como si MacArthur hubiera vuelto.

—Quizá no esté tan desencaminado. —Pak se hundió en su silla—. Una operación simple de verdad. Siéntese en una colina rodeado de bonitas flores al amanecer, su momento preferido del día según dice siempre, haga una foto, dos quizá, y vuelva aquí.

—No es mi trabajo. —Pak y yo habíamos hablado de aquello mismo muchas veces anteriormente. No era una discusión; ambos sabíamos adónde llevaba—. No me pagan para que salga al campo a hacer fotos. Se supone que he de mantener la capital en orden, por lo menos mi sector. Eso es lo que hago. ¿Ha oído alguna queja?

—Inspector, ¿cuándo fue la última vez que le pagaron?

—De acuerdo, no nos han pagado últimamente. Es decir, que no nos pagan para hacer nada.

—Muy bien, porque eso viene a describir lo que hace usted.

En otra persona habría sonado cruel, pero sabía que no era esa la intención de Pak. Nos llevábamos bien, por lo general. Diez años trabajando juntos habían limado todas las asperezas. Estaba preocupado por algo, no sabía qué, y cuando se preocupaba se volvía irascible. Pero aquella vez yo también lo estaba. Era yo el que

había estado sentado sobre la hierba mojada antes del amanecer, y ahora tenía que llamar a un oficial del partido que me hostigaba por el pin.

—Yo no hago fotografías de coches sin matrícula y con exceso de velocidad casi sin luz, especialmente con una mala cámara. —Aparté la mirada de la ventana—. ¿Y por qué no podemos tener un termo cuando tenemos que esperar sin hacer nada al romper el día?

—¿Lo vieron? —Aquello también era típico de Pak. Sin razón aparente, se encolerizaba, y después se calmaba enseguida y volvía a concentrarse sobre el problema fundamental.

—Nadie vio nada. —Estaba seguro de que nadie podía haberme visto desde la carretera. Había estado en una pequeña loma, con otra colina tras de mí. Cualquiera que hubiera alzado la vista desde la autopista se habría fijado en la cima de la colina. La gente hacía eso. Se podría enviar un desfile con banda de música a la falda de la ladera: nadie se percataría. Siempre se miraba la línea donde se encontraban la tierra y el cielo—. Incluso cuando intentaba hacer la fotografía, estaba agachado. En cualquier caso, llevaba un sombrero de campesino. Si el conductor levantó los ojos de esa espantosa carretera (lo que habría sido una locura a la velocidad que llevaba), pensaría que yo era Kim Satgat.

Pak meneó la cabeza.

—No me lo diga, no quiero saberlo.

—Perfecto.

—Muy bien, ¿quién es Kim Satgat? ¿Tiene expediente?

—Seguramente, en su día. Su nombre real era Kim Pyong Yon. Poeta errante de los viejos tiempos.

—¿Eso es todo?

—Es una larga historia, pero por accidente criticó a su abuelo. Muy impropio de un nieto. Decidió ocultarse, cubriéndose la cara con un sombrero de bambú.

—Y si no pudieron ver a Kim Satgat, ¿por qué tocaron el claxon? —Pak balanceaba la cabeza hacia adelante y hacia atrás cuando ya conocía la respuesta de una pregunta que estaba formulando. Esperó hasta que sintió que yo lo sabía también—. Sí, la radio.

—¿El coche estaba controlando frecuencias? Nadie obtiene ese tipo de equipo sin montones de papeleo. —Lo pensé mejor—. A menos que venga del extranjero. ¿De quién estamos hablando?

Pak movió la cabeza.

—No lo sé. Y no pregunte.

—Ese cabeza cuadrada de Kim no es de ningún Cuartel General Conjunto, ¿no es así?

—Inspector, déjelo correr.

—Eso me parecía. Su cuello es demasiado grueso. No es lo bastante bonito para los barracones de un cuartel general.

—Déjelo correr. —Pak levantó la mano—. Basta ya, déjelo, suficiente.

—No me gusta esta operación. Kim, no me gusta; Kang, no me gusta nada. ¿Se da cuenta? Nunca cambia de expresión. Es como mirar a una trucha que lo mira a uno desde el plato de la cena. —Los dos nos quedamos callados un instante—. ¿Vio a Kim golpear el suelo con el pie?

La silla de Pak crujió mientras este giraba para situarse de cara a la ventana. Se encorvó y juntó las puntas de los dedos de ambas manos, formando pequeños diamantes a través de los cuáles brillaba la luz del sol.

—Esos dos forasteros no trabajan juntos, ¿verdad? —Pak fingió no hacerme caso, lo que significaba que tenía razón—. Supongo que nadie lo habrá comprobado: ¿tenía siquiera batería la maldita cámara?

Pak se enderezó y la silla chirrió de nuevo.

—Váyase a casa. —Se volvió para mirarme de frente—. Póngase una camisa limpia, si puede encontrar una. Tal vez también unos pantalones nuevos. Tómese una taza de té y algo de comer. Después, tan rápido como sus pequeñas piernas le permitan pedalear, vuelva aquí. Nada de visitar a amigos. Nada de parar en los mercados. Nada de sentarse bajo un árbol para contemplar el cielo estival. —Miró su reloj—. Son las 11.30. Se ha levantado temprano. Descanse. Esté aquí para las 13.45, a tiempo para llamar a Kang.

—¿Qué tiene él que ver con esto, de todas maneras?

—Fuera. ¡Ahora!

Tenía un pie fuera cuando Pak me llamó.

—Inspector, no se olvide.

—Lo sé —dije—. El pin.



El día se había convertido en un baño de vapor veraniego, nada bueno para pedalear en una bicicleta, sobre todo si se llevaba la rueda trasera tan baja que casi no tenía aire. Cada mañana la hinchaba. El aire se escapaba en unas pocas horas, nadie era capaz de descubrir por dónde o por qué siempre dejaba de escaparse a mediodía. Cada dos semanas llevaba el neumático a un anciano que arreglaba bicicletas a la sombra de un par de castaños no muy lejos de la comisaría, hasta que por último me pidió indignado que no volviera más, que le consumía demasiado tiempo y menguaba sus beneficios. Le pregunté qué sucedía con el espíritu de cooperación entre nosotros los trabajadores, pero él resopló y desvió su atención hacia una vieja bicicleta china a la que había golpeado un coche.

—Esto de aquí —dijo— es lo que me dará de cenar.

—Este es un cruce controlado. —Me giré hacia la guardia de tráfico que se encontraba a pocos metros de mí, sosteniendo su silbato cerca de la boca—. Y yo lo controlo. Fuera bicicletas. Fuera peatones. Solo coches. —No había un solo coche a la vista. Era una chica de apariencia dulce, pero dura como una piedra. Tenía los labios extraordinariamente carnosos, como los de todas las guardias de tráfico. Poco después de ser destinado a la comisaría, Pak y yo tuvimos una larga conversación sobre si seleccionaban a chicas con esos labios de partida o si las entrenaban para ponerlos de esa manera con pintalabios extra o algo así.

Pak me dijo que no importaba, de cualquier manera quería que me mantuviera alejado de ellas. «Están restringidas. Cada una de ellas es un asunto especial». Hizo una pausa. «Permítame que me corrija: cada una de ellas debe ser respetada. Nada de miraditas, nada de chasquear la lengua al pasar cerca de ellas, ni un comentario sobre sus encantadores uniformes azules, sobre su descaro, nada. ¿Me sigue? Los de arriba han investigado todos los detalles de sus vidas. Los de arriba las miran con muy buenos ojos, y con muy malos a nosotros si les buscamos las cosquillas».

No me bajé de mi vehículo. No soy pequeño, pero sentado en la bicicleta parezco más alto, y apearme le daría a entender que tenía alguna autoridad sobre mí.

—Sí, conozco las reglas, pero tengo prisa. Un asunto oficial...

—Hay un paso subterráneo. —Señaló hacia la esquina—. Úselo.

—¿Con este tiempo va a hacer a un hombre de 56 años cargar con su bicicleta arriba y abajo por aquellas escaleras? —No creía que cediera, pero quería verla sonreír.

No sonrió, ni de lejos.

—No me parece usted tan mayor. —Se oyó una carcajada entre la multitud que comenzaba a reunirse.

—Bueno, me mantengo en bastante buena forma.

Me miró directamente a los ojos.

—Nunca lo diría. —Esto provocó otra carcajada. Una anciana se llevó la mano a la cara—. Y no me interesa.

Llevaba la camisa empapada de sudor cuando salí de las escaleras del otro lado. Todavía no había coches. Mi humor no mejoró al comprobar que la guardia de tráfico se había movido del sol a la sombra. Me miraba despreocupadamente, con su flamante uniforme sin una arruga y las botas negras relucientes como si no hubiera una mota de polvo en más de un kilómetro a la redonda. Me pareció ver una sonrisa revolotear en el mohín de sus labios, pero ya no tenía ganas de charlar. Un hombre que había en la esquina alzó la mirada y me hizo un gesto al pasar: «Lleva el neumático pinchado, ¿desea uno nuevo?». Me deslicé con suavidad bajo los sauces que bordeaban el río, intentando captar algo de brisa, hasta que me di por vencido y me dirigí hacia el viejo puente construido por los japoneses que llevaba a la calle donde vivía yo, en la decadente zona este de Pyongyang.

En el interior de mi habitación no hacía más fresco, pero, con las persianas bajadas, el sol ya no me deslumbraba. El bloque ya se estaba cayendo a trozos cuando me mudé a él hacía años. Formaba parte de un grupo de cuatro, dispuestos alrededor de una plaza en la que alguien había plantado unos pequeños arbustos llenos de flores sin seguir ningún esquema particular. Los edificios se construyeron siguiendo las copias de unos planos que trajeron de Alemania del Este en 1954 como parte de su oferta de ayudar a reconstruir una ciudad coreana tras la guerra. Acabaron por reconstruir Hamhung, en la costa este, pero la arquitectura le resultó tan atractiva a alguien de Pyongyang que «se tomaron prestados» los planos para usarlos en buen número de oficinas y apartamentos de la capital. Más tarde, sin que nadie se sorprendiera, se decidió que los edificios de «estilo extranjero» no eran tan buena idea. Tras ello, equipos especiales de trabajo volvieron y los modificaron todos, incluyendo mi grupo de apartamentos, añadiendo toques para hacerlos más «nuestros».

El suelo de los balcones se había desmoronado sin reparación posible, excepto por unos pocos que habían sobrevivido misteriosamente y que estaban atestados de plantas. Buena parte de la fachada amarilla de los dos primeros pisos del edificio se había caído, dejando a la vista un cemento sucio que por alguna razón se volvía de un verde intenso cuando llovía. Un oficial de policía de Alemania del Este al que hube de llevar en coche por la ciudad en una ocasión me dijo que los apartamentos eran de estilo Bauhaus, pero que los tejados no se parecían en nada a los que tenían en Berlín, y que los dibujos de los balcones eran (aquí hizo una pausa durante un momento para buscar la palabra exacta) «interesantes».

Todavía se veía dónde se habían añadido los dibujos exteriores nuevos, había uno que marcaba cada una de las seis plantas, coronado por lo que en su día había sido una compleja y quizá preciosa moldura, justo debajo de la línea del tejado. Grupos enteros de tejas se habían desprendido, razón por la cual la escalera siempre olía a

humedad.

Me gustaba aquel lugar. La gente saludaba al cruzarse con uno en el portal, en parte por asegurarse de que no los arrollaran en el oscuro pasillo, pero también por simpatía. Un grupo de ancianas, viudas de veteranos de guerra, había recibido habitaciones en los pisos más bajos para que no tuvieran que subir tantas escaleras. Cuando hacía bueno se sentaban en el exterior y observaban la carretera que se extendía delante del edificio. Les agradaba la idea de tener un inspector del Ministerio de Seguridad Pública viviendo en su bloque: pensaban que confería al lugar un cierto estatus e imaginaban que si se extendía la noticia, los ladrones se mantendrían alejados de aquella zona.

Poco después de mudarme, algunas de ellas me arrinconaron empeñándose en decir que no era justo que no estuviera casado. Agitaron en el aire una lista de chicas a las que debía conocer. Encabezando la lista se encontraba, decían, una belleza de Kaesong, una buena cocinera cuyos platos de fideos eran dignos de la antigua capital del país y estarían esperándome todas las noches. Les dije que, si me casara, eso supondría abandonar mi diminuta habitación individual y que si me marchaba, lo que con certeza habría de hacer, se quedarían sin un inspector de policía en el edificio. Nunca llegué a ver los nombres de las chicas, ni volví a oír hablar de fideos.

Mi apartamento era sencillo, pero era mi hogar y me bastaba. Durante un tiempo mantuve un pequeño altar dedicado a mis padres junto a la puerta, incluso tenía un jarrón con una flor para acordarme del campo en donde me había criado. Era un pequeño valle a una hora de camino del pueblo más cercano, sin otra cosa que senderos de barro y campos de arroz que refulgían al sol de la tarde. Mi balcón no era seguro: los pájaros se posaban en lo que quedaba de él y trinaban a la puesta de sol. La pareja que vivía en la puerta de al lado, sin embargo, tenía un buen balcón. Nuestro lado del edificio daba al sur y cultivaban plantas al sol en tiestos de todos los tamaños y tipos. Los lunes por la mañana, lloviera o brillara el sol, la mujer dejaba una flor fresca de color rojo a mi puerta. Tenía multitud de colores entre los que escoger: siempre me la daba roja.

Contra una de las paredes de mi habitación tenía una cómoda pequeña, de un solo cajón, que había heredado de mi abuelo. La había confeccionado para su esposa cuando se casaron en algún lugar de las montañas, cerca del río Amnok, escondidos de las patrullas japonesas a comienzos de los treinta. Yo la llamaba mi cómoda de Manchuria, y en ella guardaba un uniforme limpio durante los años en los que nos distribuían uno adicional. Había una nevera (aunque nunca me preocupé de enchufarla), un fuego sobre el que calentaba agua para hacer té y una olla eléctrica para cocer arroz, de factura china, que me había traído de Vladivostok y que siempre dejaba el arroz poco hecho. Sobre el suelo había un hervidor azul con el asa de madera. El agua de su interior llevaba ahí tres días, pero el grifo no funcionaba. Todavía quedaba vodka en una botella que reposaba sobre la nevera. Era finlandés. Mientras echaba un par de tragos, cerré los ojos e imaginé cómo sería el verano en

Finlandia. Un crepúsculo que se prolongaba eternamente... Era una idea relajante. Cada vez que se lo mencionaba a Pak se limitaba a responder que aquello solo significaba que los turnos de día debían de ser un auténtico infierno. Me gustaba Pak, pero su alma no albergaba poesía.

Hacía mucho tiempo que el altar había desaparecido, al igual que el jarrón verde celedón, fresco y suave al tacto. El jarrón había pertenecido a mi abuelo; muchas tardes tranquilas me había quedado observándolo, imaginando que las grullas blancas que decoraban los lados alzaban el vuelo hacia algún lugar fuera del alcance de mi imaginación. No sé cuándo fue, pero en algún momento comencé a dudar de que las grullas supieran adónde se dirigían.

Una noche, poco después de mudarme al piso, volví de comisaría para encontrarme con el altar volcado y el jarrón en el suelo. No era necesario, y no era un accidente. Solo una descortés tarjeta de visita. No había nada más que tocar, ni libros que esparcir por la sala ni cuadros que arrancar de las paredes, pero si había flores, tenían que volcarlas. Si no, ¿para qué entrar en la habitación? Una vez comprobé que el jarrón no había sufrido daños, decidí olvidar todo el asunto. No me importaba que registraran mi habitación. Quienquiera que lo hiciera no pretendía ser sutil. Supuse que se trataría de un entrenamiento, para mostrarme cómo quedaba una habitación tras un registro si no se hacía bien el trabajo. O tal vez fuera un error: sacaron el expediente equivocado y cuando entraron en mi habitación se dieron cuenta de que habían hecho el viaje para nada, de modo que dejaron su rastro al marcharse.

La segunda vez que encontré el jarrón en el suelo les escribí una nota. Pak me llamó a su despacho y me dijo que había demostrado tener poco juicio, pero no percibí ni rastro de enfado o amenaza en su voz mientras me reprendía en pie desde el otro lado de su escritorio. Tras la tercera vez, simplemente me llevé el jarrón al trabajo y lo guardé en mi armario archivador.

Había vuelto a nuestro edificio para las 13.45. Me quedé a la entrada del despacho de Pak puliendo un pequeño trozo de madera rectangular con los dedos mientras esperaba a que Pak colgara el teléfono. Siempre llevo un taco de madera del tamaño de una caja de cerillas en el bolsillo. Si se da vueltas entre los dedos a un trozo de madera, al final encuentra la forma que quiere tener y comienza a pulirse. Cada tipo de madera es distinto: algunos tardan meses en decidirse, otros no pueden esperar a quitarse de encima los años de penurias.

Comencé a hacerlo en una guardia de centinela en el ejército para mantener la circulación de mis dedos. Después de empezar a trabajar en el ministerio como inspector descubrí que si lo hacía mientras estaba sentado en mi mesa revisando un expediente o hechos inconexos me ayudaba a concentrarme. A algunas personas les parece sorprendente, lo llaman mi «fea manía». Otros no lo soportan, lo que puede ser útil en un interrogatorio. Solo tengo que apoyarme en la pared, sin decir nada, dando vueltas a la madera entre los dedos y se ponen nerviosos.

Pak se alegró de verme, hasta que sus ojos se fijaron en mi solapa.

—No me culpe —dije—. Se han llevado el pin. Probablemente lo tenga Kang en su escritorio. Mire, no quiero meterlo en problemas, ¿por qué no solicito un traslado? Quizás al norte, no sé, a Kanggye...

Devolví el trozo de madera de caqui a mi bolsillo. Llevaba trabajándolo un par de meses y apenas comenzaba a calmarse. El caqui suele ir más rápido. Es una madera bonita, si la tratas bien. Si no lo haces, tiende a ser demasiado vistosa. Nunca puedes estar seguro de haberle encontrado el corazón al caqui, solo le gusta complacer. El nogal es diferente. Mi abuelo solía decirme que al nogal le importaba todo un camino. Si ibas a vértelas con el nogal, decía, más te valía estar seguro.

—Pyongyang se está volviendo demasiado burgués. Las guardias de tráfico ya no te dejan ni cruzar la calle en bicicleta. A propósito, creo que hoy casi me sonríe una de ellas.

Pak se pasó la mano por el pelo, una manía que había desarrollado tras la muerte de su hijo un año antes en un accidente en un entrenamiento militar cerca del frente. Pese a no ser mucho mayor que yo, tal vez cinco o seis años, Pak comenzaba a encanecer. Llevaba el pelo demasiado largo para inspector jefe. En los últimos tiempos habían aparecido notas relativas a la «imagen personal» en su expediente durante las evaluaciones trimestrales, pero no le importaba. Desde la muerte de su hijo había ignorado las normas.

Nunca conocí al hijo de Pak. Cuando todavía era un niño le traje de un viaje de enlace en el extranjero un regalo, una caja con una colección de coches de metal en miniatura fabricados en Japón. Uno de los coches era amarillo, un autobús. Los otros

eran rojos. Incluso se abrían las puertecitas y las ruedas negras giraban. Pak me lo agradeció y dijo que estaba seguro de que el niño disfrutaría de los coches, pero un par de semanas después encontré la caja, sin abrir, en la papelera. Sabía que a Pak no le interesaba particularmente tener nada del extranjero y que le tenía un cariño extraordinario al muchacho; siempre quería lo mejor para él. Nunca lo mencioné, pero aquella fue la última ocasión en la que traje cualquier regalo de un viaje. Justo después de morir el muchacho, pude notar que Pak quería decirme algo. Una o dos veces por semana, siempre cuando el sol comenzaba a acercarse al horizonte, aparecía por mi puerta y comenzaba una conversación, para después callarse. «Nada, olvídalo», solía decir al final. «¿Tiene algo de ese maldito vodka finlandés por aquí?».

—¿Kanggye? —dijo finalmente Pak, con una expresión de sorpresa—. No, a Kanggye no. Kanggye está plagado de pueblerinos y delincuentes. Se moriría de aburrimiento o algo peor. Vayamos a dar un paseo.

Descendimos las escaleras hasta la calle.

—¿Alguna vez se ha fijado en cómo baila la luz del sol sobre el río, inspector? —El río quedaba a varios bloques de distancia, escondido tras edificios vacíos que no servían a otro propósito que proporcionar sombra a las multitudes que esperaban un autobús al final de la tarde. Pak no podía ver el río, se limitaba a mantener una conversación consigo mismo—. Debería usted intentarlo con la poesía, inspector. O quizá debiera apuntarse a un club de estudio de los bailes antiguos.

Pak caminaba cargado hacia delante, como empujado por un viento que nadie podía ver. Para ser alguien que examinaba las ideas impecablemente, con pensamientos que se deslizaban como una cuchilla sobre la seda, se movía con una falta de gracia sorprendente, con los hombros encorvados y los brazos balanceándose espasmódicamente, ajenos al ritmo de sus pasos. Nunca parecía cómodo con la gravedad, era una concesión que no parecía estar dispuesto a hacer. Como hombre, Pak era atractivo. El desgredado pelo canoso hacía que sus facciones, duras, parecieran de trazo más fino y delicado. Todo encajaba a la perfección en su pequeña cara, incluso el ligero fruncido casi permanente de sus labios y la huidiza sombra de preocupación que jamás abandonaba sus ojos brillantes.

Mientras caminábamos, Pak se sumió en el silencio y, de repente, desapareció de mi lado. Sucedió de manera tan abrupta que tardé varios pasos en darme cuenta de que caminaba solo.

—¡Inspector! —Miré a mi alrededor y lo encontré al fondo de un callejón, sentado bajo un sauce cuyas ramas caían lánguidas sobre un columpio.

—Es maravilloso cómo cuidamos de los niños, nuestros pequeños príncipes y princesas. Nada es demasiado bueno para ellos, ¿eh? ¿Se atreve a intentar adivinar la última vez que lo pintaron?

Me senté junto a él.

—Si esto es una sesión de crítica social, no tengo nada que decir: lo único que

consigo cuando hablo son miradas de reprobación.

Pak tarareaba para sí una cancioncilla tradicional que trataba de una joven pareja separada por un río sobre el que nadie podía construir un puente. Estaban a punto de ahogarse, pero antes de que llegaran a ese punto Pak se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Kim no es capitán.

—Ya me lo imaginaba.

—No viene de ningún Cuartel General Adjunto.

—¿Del Ejército?

—Bastante cerca. Es un alto mando de Seguridad Militar: coronel.

No dije nada. Pak tosió, otra manía. Bajó la voz ligeramente.

—En teoría, no sé de dónde viene y usted tampoco.

—¿Y el coche?

—Una foto. Una triste foto, inspector, y Kim se habría marchado contento.

—Me lo figuraba, que sería él quien quería la foto. Esos tipos nunca se dan por satisfechos, ya sabe. La felicidad no encaja bien con su especie de pureza perversa. Dan mala fama a la lealtad. Si el gobierno central dice que quiere una noche oscura para dar una vuelta en coche, Seguridad Militar busca maneras de borrar la luna. — Pak hinchó los carrillos, señal de que me salía por la tangente. Reculé—. De acuerdo, la foto. ¿No tienen su propia cámara, alguna cara? ¿O son demasiado estúpidos para saber usarla?

—¡Inspector! —El tono de Pak siempre era amistoso, incluso cuando estaba irritado conmigo, pero ahora era terriblemente frío—. No los subestime. Si prestara atención de vez en cuando, como el resto de nosotros, ya lo sabría. Ni se le pase por la cabeza subestimarlos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Volvemos a comisaría para que llame usted a Kang.

Miré mi reloj.

—Es temprano, y en realidad no ha contestado a mi pregunta.

—En este momento, tendrá que bastar. Andaremos de puntillas hasta que Kim esconda las garras y se retire de escena. Solo espero que seamos demasiado pequeños para él.

—Podría querernos como tentempié.

—No si no puede vernos, oírnos u olerenos. Los próximos tres días nos mimetizamos con el ambiente. ¿Ve este columpio? No tiene color: se mimetiza con la cochambre. Siempre se mueve suavemente cuando sopla el viento. Ni los pájaros cagan encima, porque no creen que esté aquí. Pues eso haremos nosotros. ¿Me he expresado con claridad?

—Apuesto a que no tienen columpios en Kanggye.

—Inspector —Pak se puso en pie y se sacudió la suciedad de los pantalones—, ¿se ha fijado en cómo baila la luz del sol sobre las gafas oscuras de aquel tipo de la

esquina?

—¿Sí?

—Esperemos que la batería de su cámara tampoco funcione.



El número escrito en el papel era el de una centralita. Le dije a la operadora que quería hablar con el subdirector Kang.

—Todos aquí son subdirectores —dijo—. Todos. Y tengo tres Kangs, así que tendrá que ser algo más específico.

—¿Qué tal el Departamento de Investigaciones? —pregunté.

—Mejor. —Podía notar que estaba leyendo algo, y no era un listín telefónico—. Tengo un Kang en el Departamento de Investigaciones.

—Perfecto —le dije—. ¿Cree que podría hablar con él?

—Quizá, pero tendrá que ser paciente. Estamos mejorando la centralita, y hay cables cruzados por todos lados desde aquí hasta la frontera. Ayer intenté conectar con un Kang y ¿sabe dónde acabé?

—¿Dónde acabo?

—En Kanggye.

—¡Ah!

—Por si acaso lo pierdo, ¿me da su identificación para que pueda volver a llamarlo?

Le di mi nombre y mi número.

—De acuerdo, inspector, espere. Allá vamos. —El teléfono pitó y chirrió por unos segundos y entonces apareció otra voz—. Dígame.

Mi reloj marcaba las 2.05.

—Al habla el inspector O, llamo al subdirector Kang. Asunto oficial.

—Inspector, sé quién es, y llama tarde.

—Culpe a la centralita.

—He estado revisando su expediente.

Eso rara vez es buena señal, pero mostrarse indiferente suele ayudar.

—Seguro que lo ha encontrado fascinante, especialmente mis mediocres resultados en la clase de fotografía.

—Su inspector general tiene muy buen concepto de usted.

—Eso es solo el expediente: le conviene que esté así por si un día quiere librarse de mí. Si me valora pobremente nadie me cogerá.

—No, es muy específico. Ha resuelto casos delicados con implicados de alto rango. Ha protegido a su ministerio de situaciones comprometidas y tiene fama de acatar las órdenes de manera discreta y sensata, con excelentes resultados. Me pregunto qué significa todo esto...

—No tengo forma de saberlo. Tendrá que preguntarle a Pak.

—Quizá lo haga.

—Kang, los dos estamos muy ocupados, cada uno a su manera, y me alegro de

hablar con usted, pero hace calor en mi oficina, todavía no he tomado nada de té y seguramente me lleve toda la tarde localizar una batería para esa cámara.

—Por esto exactamente me gustan los tipos como usted: siempre van por delante para proteger a la gente de la madre patria.

—Le diré una cosa, Kang: ¿por qué no nos tomamos una cerveza?

Una leve pausa, y tras ella una risa abrupta.

—Pensé que nunca me lo preguntaría, inspector. Nos vemos en el hotel Koryo, digamos a las seis. En punto.

—Bien. —Colgué y crucé la entrada del despacho de Pak. Pak alzó la vista con cierto recelo—. Quiere tomar una cerveza.

—¿Dónde?

—En el Koryo.

Levantó una ceja.

—Interesante lugar para una reunión. No es accidental, como solían decir los rusos, incluso si fue usted quien lo mencionó antes. —Una sonrisa fugaz cruzó su rostro—. Un día tranquilo. Paredes finas. Vigile su paso. Y... inspector —Pak se dirigió a la pizarra y comenzó a escribir furiosamente con la tiza—, cuide sus modales.

Kang estaba sentado en un banco colocado junto a una mesa de madera en la cervecería de la parte delantera del hotel Koryo. Como de costumbre, el hotel estaba tranquilo y fresco. Nunca me había planteado de dónde vendría aquel frescor. No había aire acondicionado. Quizá fuera el mármol: los suelos eran de mármol, al igual que los pilares allá donde no estaban recubiertos de espejo. El mármol era demasiado oscuro para mi gusto, principalmente negro y gris, pero si mantenía el lugar fresco en agosto, no sería yo quien presentara una queja por motivos estéticos.

Cuando el arquitecto presentó los planos del hotel es probable que tuvieran una apariencia magnífica. Dos torres juntas, un restaurante giratorio en lo alto, un vestíbulo de mármol de altos techos. El modelo a escala debió de ser fantástico. Los modelos a escala suelen serlo. Una de mis primeras misiones cuando me incorporé al ministerio fue la de investigar la desaparición de fondos de las oficinas centrales del Colegio de Arquitectos. Había maquetas en todos lados, maquetas de edificios gubernamentales, de cines, de bloques de viviendas con balcones perfectos y fachadas intactas, parques de senderos serpenteantes y un paisajismo precioso. Los arquitectos hacen buenos modelos a escala, pero como ladrones son de lo más mediocre. La llave de una maleta estaba escondida bajo un quiosco de mármol en uno de los parques en miniatura. No fue tan difícil de encontrar. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un quiosco de mármol? Una vez tenía la llave, encontrar la maleta no supuso ningún problema. La llave correspondía a una bolsa francesa. Ninguno de los arquitectos había estado en Francia, pero uno de ellos, el subdirector, había viajado a Pekín recientemente. Le hice una visita en su apartamento, a altas horas de la noche. Había una buena cantidad de pañuelos de seda de segunda categoría y cazadoras distribuidas por todos lados, por encima de las sillas y sobre la cama, y una mujer que, según él, quería echar un vistazo a las estructuras de mampostería. Dijo que todos los artículos eran para miembros de su familia y yo le respondí que estaba bajo arresto a menos que me enseñara la maleta de marca francesa que usaba para traer todo aquello de China. La llave encajaba: el dinero estaba dentro, envuelto en una chaqueta roja y blanca. Mientras tanto, la mujer se vistió y se marchó. La vi unas semanas más tarde cuando pasaba por una calle de mi sector. Llevaba un pañuelo verde, pero no me saludó.

La pianola blanca a la entrada de la cervecería del Koryo produce un contraste frente a la atmósfera sombría y apagada que, de no estar ahí el instrumento, se haría dueño de uno tan pronto penetrara en el hotel dejando atrás al portero. Este es amable, se toca el ala de su sombrero escarlata si te reconoce o supone que eres importante, pero sospecha de todos y todo aquello que le parece que no está al nivel del hotel. El piano había llegado en una camioneta una mañana lluviosa. El portero

estaba a punto de hacerle señas para que se marchara cuando descubrió de un vistazo un billete de diez dólares en la parte posterior.

Al principio, los trabajadores del hotel solamente ponían rollos de música clásica en la pianola, principalmente piezas de sonido heroico que hacían que la gente cruzara el vestíbulo a grandes y veloces zancadas. Ahora las manos invisibles tocaban una melodía de los Beatles. No sabía el título, pero sabía que era de los Beatles. Los empleados entendían la canción como una broma, una trampa para los tipos engreídos que pasaban pavoneándose frente al portero y se quedaban contoneándose en el recibidor al ritmo de la música para después detenerse abruptamente cuando se les ocurría que lo que escuchaban no les resultaba familiar y, posiblemente, podría meterlos en un lío. Sé que para ellos era una broma porque fui yo quien les dio la idea. También fui yo quien les dio el rollo, que había encontrado por accidente en una papelería llena de rollos para pianola afuera de una tiendecita de música en una callejuela de Berlín. Estaba buscando algo de Mozart y volví a casa con los Beatles. Las misiones de búsqueda suelen ser así.

La mayoría de la gente habría esperado hasta mi llegada, pero Kang no lo hizo así. Ya estaba bebiendo a pequeños sorbos una cerveza. Podría ser por mala educación, pero yo estaba seguro de que no se trataba de eso. En alguien de su rango era con toda seguridad algo calculado, un esfuerzo por hacerme sentir incómodo, por demostrarme que no le importaba qué pudiera pensar de él. Me quedé junto a la mesa, esperando a que reconociera mi presencia.

—Inspector, tome asiento. —Dio un sorbo a su vaso, pero sin levantar la mirada—. Espero que no le importe que haya empezado sin usted. —Me quedé en pie, quieto. Hasta que no me mirara, no pensaba moverme. Volvió la cabeza y me hizo una señal para que me sentara—. Hace calor en mi despacho y tenía sed. —Eso no me lo esperaba. La gente como Kang no suele dar explicaciones.

—Me alegro de que lo hiciera —dije, deslizándome sobre el banco frente al suyo—. Llego un poco tarde. —Kang se miró las manos. Era mayor que yo y un superior. Tenía que mostrarle un poco más de deferencia. No había tenido ninguna durante nuestro primer encuentro aquella mañana: no le haría ningún daño a mi situación hacer uso de ella ahora—. Lo siento, el tráfico a veces es un problema. Antes uno podía desplazarse con rapidez adonde quisiera. Con subirse al coche y coger el carril, ya se estaba ahí. Ahora con el lío de autobuses y camiones, los tranvías retrasándolo todo... Esto no es progreso. —Todavía se examinaba las manos. Cambié de tema—. Espero no haberle hecho esperar demasiado. —Hice una pausa—. Disculpe.

Kang alzó la vista.

—Hay dos kilómetros entre su comisaría y el hotel. Esto no es el centro de Tokio: pruebe a salir cinco minutos antes la próxima vez. Que su situación mejore o empeore depende solo de usted. —Algunos habrían sonreído al decir esto para salvar la ambigüedad. Kang no cambió de expresión. Ni siquiera pestañeó.

Le hice una señal de asentimiento a la camarera, que sabía que solo pedía cerveza

de Pyongyang cuando me reunía con alguien del partido. Ella levantó las cejas, su manera de preguntar si debía traer un plato de pescado seco. Sabía que nunca lo pedía para mí: era demasiado salado. Asentí con la cabeza de nuevo.

—Parece conocer bastante bien a los empleados. —Kang había cambiado de camisa desde que lo había visto por la mañana—. Eso está bien. Los empleados pueden ser muy observadores y útiles como informadores. —Su rostro permanecía inexpresivo. No movió ni un músculo: no había nada que leer en su cara. No mantenía una conversación, simplemente me observaba.

—Hum, no se me había ocurrido. Me encargaré de que se incluya en nuestro manual de servicio. —Estaba a punto de conseguir sacarme de mis casillas; tal vez fuera lo que quería, de modo que cambié de tema—. El hotel parece bastante lleno. —En aquel momento la pianola comenzó a tocar otra canción. Fingí no reconocerla—. Bonito, quizá sea ruso —dije.

—No es ruso, no. ¿No conoce esta canción, inspector? —Negué con la cabeza—. Es el tema musical de El Padrino. Les traje a los empleados el rollo de Berlín hace unos meses. Una tienda curiosa: todos los rollos de pianola estaban tirados juntos en una gran papelería que había enfrente.

Según el juego, mi siguiente pregunta habría de ser «¿Qué es El Padrino?», pero no pensaba mantener aquel pulso eternamente.

—Ah, por eso me sonaba. —Me reí. El rostro de aquel hombre no me daría ninguna pista, por lo que pasé a fijarme en las manos—. Ya recuerdo: la vi en Praga. —A la gente le resulta difícil no reaccionar en absoluto. Si se mantiene la cara bajo control, a menudo se hace algo con las manos. Apenas un dedo levantado de la mesa o un pulgar que da golpecitos sobre el otro, nada que se pueda notar en condiciones normales.

En realidad en aquel momento todavía no había estado nunca en Praga; sin embargo, la película la había visto, en Budapest. Si Kang había hecho algo más que hojear mi dossier sabría que supuestamente había pasado por Praga el año anterior en misión oficial. Quizá incluso hubiera leído por encima alguno de mis informes, presentados por la embajada de Praga gracias a un amigo de la familia que trabajaba ahí y que aceptó sustituirme cuando, haciendo caso omiso de las órdenes, me dirigí a Hungría. Ya iría a Praga, pensé, tal vez cuando me volvieran a enviar a Budapest. Teníamos muchos problemas con el Ministerio de Seguridad húngaro: no tenía demasiada paciencia, de modo que a menudo eran necesarias visitas diplomáticas para aclarar nuestros «incidentes».

Precisamente porque no habían sido autorizados, mis dos días en Budapest fueron dulces, con el vino tokaji que me templaba la sangre tras la cena y el olor de los pasteles por la mañana despertándome incluso antes de que el servicio de habitaciones llamara a mi puerta. Incluso la lluvia incesante, que resbalaba melancólica por las casas de piedra, suponía un cambio acogedor tras los implacables aguaceros que en mi ciudad dejaban los edificios con una apariencia empapada y fría.

La lluvia no podía aguarme el humor, pero me sorprendió descubrir algo que sí lo consiguió: lo que me hizo sentir solo fue el sonido de los letreros sobre las puertas de las tiendas, chirriando y repiqueteando con el viento. No hay nada parecido en Pyongyang: el viento sopla, pero no hay letreros.

Después de mencionar Praga, Kang se sentó inmóvil, con las manos reposando sobre la mesa, sin emitir ni un ruido. Entonces, con una extraña sonrisa, hizo girar su vaso de cerveza y lo alzó hacia la luz.

—La cerveza alemana es bastante buena —dijo—, pero los húngaros solo hacen buena repostería. ¿Por qué cree que será, inspector?

Mi estómago me dio una pequeña sacudida de aviso. Kang era mejor de lo que pensaba, quizá más serio de lo que había supuesto. Me encogí de hombros.

—Algo me dice que no estamos aquí para discutir sobre repostería ni para comparar notas sobre el extranjero.

Los ojos de Kang pasaron de la inexpresividad a la muerte. Debía de ser algo que había practicado, porque se le daba bien. Era como si una lente transparente de varios milímetros de espesor los hubiera cubierto. De súbito, sus ojos no reflejaban la luz, no reaccionaban a lo que veían. Su voz siguió siendo suave, sin una sombra de amenaza, pero con el vacío de sus ojos el efecto global era desconcertante. Sabía que había terminado con el calentamiento: se disponía a comenzar la batalla.

—¿A qué hora abandonó su puesto de vigilancia esta mañana?

—Está en mi informe. —Tomé un trozo de pescado seco sin darme cuenta—. Debían de ser alrededor de las siete de la mañana.

—¿Pueden haber sido las seis y media?

—Si usted lo dice...

—No, inspector, ¿cuándo dice usted que fue?

—Yo diría que fue cuando el sol comenzaba a arder en el horizonte y la tercera hilera de colinas se recortaba tenuemente en el horizonte. —Empezaba a irritarme. El pescado estaba salado y no sabía detrás de qué andaba Kang.

—Muy poético. Pero siendo un poco más preciso, ¿a qué hora puede haber sido eso?

—Las seis y cuarto. Miré el reloj cuando entré en el coche. Quizá estuve uno o dos minutos ahí sentado hasta que arranqué el motor. Para las siete menos cuarto ya estaba de nuevo en la ciudad.

—Usted entró en el despacho de Kang a las siete y diez. Miré el reloj cuando arrojé la cámara sobre la mesa. No tardó demasiado. ¿No hay problemas de tráfico a esa hora? —Sonrió ligeramente. Le devolví la sonrisa. Tras todo aquello se escondía algo más que una simple comprobación de mis movimientos hasta la ciudad. Dejaría que me tirara de la lengua, si eso era lo que quería. A los tipos de los servicios de inteligencia no les gusta ir directos al grano.

—A las siete menos veinte un campesino que pasaba junto a la carretera encontró un cuerpo. Llevaba un reloj también, el campesino, quiero decir. —Kang se detuvo

un instante, esperando mi reacción. No dije nada—. Carretera adelante, había un coche en la cuneta. Una de las ruedas traseras estaba pinchada. La ventanilla delantera izquierda estaba hecha añicos. —Me recosté sobre la silla para verlo mejor—. ¿Quiere saber de qué color era el coche? —Los ojos de Kang volvían a la vida—. Era negro. Sin matrículas. —No esperó a ver mi reacción—. Se le avecina una buena cantidad de disgustos.

Me tranquilicé. Así que aquello era todo. No pensaba que yo hubiera hecho nada ni intentaba que lo pareciera. Necesitaba mi ayuda, de otra manera no estaríamos en el Koryo a la hora de la cena, a la vista de cualquiera. Asentí con la cabeza, en parte porque ahora entendía lo que quería y en parte porque necesitaba un segundo para pensar.

—Ha omitido usted algunos detalles.

Kang se rio.

—Bueno, debo de estar perdiendo facultades. Supongo que no me estoy haciendo entender. Déjeme intentarlo de nuevo. El cuerpo se encontraba a unos doscientos cincuenta metros de su puesto de observación. Llevaba el uniforme de un coronel superior. Alguien le había rebanado la garganta.

»Solo que no era un coronel superior. —Mi estómago me envió otra convulsión de advertencia y mi mente comenzó a acelerarse. ¿Cómo podía saber Kang dónde estaba mi puesto de observación? Lo había escogido aquella misma mañana, ni siquiera mi inspector jefe sabía su ubicación exacta.

Kang se frotó los ojos.

—Estoy cansado. No está escuchándome, y si no escucha, solo conseguiré hundirse más.

—No, le escucho. Pero no había cuerpo alguno en ninguna cuneta cuando volví en el coche. Y el coche que vi se movía tan rápido que si se le hubiera pinchado una rueda habría salido disparado y bastante más que la ventanilla delantera izquierda habría acabado en añicos.

—¿Ha terminado?

—No. ¿Había un rastreador de radio en el coche?

—Extraña pregunta. —Podía ver que lo había sorprendido con la guardia baja—. ¿Cómo lo sabe?

—Se me ordenó una misión de fotografía: no sé a quién corresponde ese trabajo, pero a mí no. Se supone que tengo que velar por la seguridad de los buenos ciudadanos de la capital, de sus invitados extranjeros y sus riñoneras. Treinta kilómetros más allá siguiendo la carretera no es mi jurisdicción. Los cuerpos sin vida en la cuneta de la mencionada carretera no son problema mío, especialmente si tales cuerpos llevan uniformes falsos. Especialmente si los cuerpos son depositados ahí después de que yo me haya ido.

—Con esta es la segunda vez que se precipita. —Miró por encima de mí, observando algo del recibidor del hotel—. Otra cosa: había un cuerpo más. En una

colina cercana a la carretera. Un muchacho joven. También lo habían degollado.

Expulsé aire. Me observaba otra vez, pero no con cuidado, no en detalle. En aquel punto no estaba interesado en ver si yo hacía algún movimiento nervioso. Aun así, esperó un par de minutos antes de continuar; formaba parte de su ritmo.

—El campesino dice que estaba echando un vistazo a los campos al amanecer y que vio su coche arrancar. Afirma que vio su matrícula.

Podría haber seguido sentado fingiendo meditar sobre ello. Eso era lo que él quería, y por eso no lo hice.

—No había ningún campesino en ningún campo, Kang; yo estaba vigilando. Eso es lo que hacemos la mayor parte del tiempo: vigilar. Es mi trabajo y, lo crea o no, sé hacerlo. ¿Qué quiere de mí?

—Mejor. —Kang levantó la cabeza de nuevo—. ¿Otra cerveza?

—Se lo repito: ¿qué quiere de mí? No puedo trabajar para usted. Solo trabajamos para el Departamento de Investigaciones mediante acuerdos específicos. Una cerveza en el Koryo no cuenta como canal adecuado para ello.

—Usted y yo compartimos un problema, inspector.

—Y es el coronel Kim, ¿verdad? —Una lucecita se encendió en los ojos de Kang y se apagó igual de rápido. Nunca pensé que la vería, aquella luz. Ahora se daba cuenta de que yo sabía al auténtico rango de Kim. Ya que había comenzado, por qué no continuar con todo lo demás—. Déjeme adivinar: los mandos de Seguridad Militar están investigando su departamento. Están intentando usarme contra usted. —Aquello era pura conjetura. Todo lo que Pak me había dicho era que Seguridad Militar quería una foto del coche, pero estaba claro que estaba más que preocupado incluso con eso. Yo había añadido el resto, aquello de que Kang era el objetivo, mientras conducía hacia el hotel. Kang solo podía haber estado presente en la sala por una razón, y no era para secundar la moción. Tenía que enterarse de qué estaba sucediendo y necesitaba hacerlo urgentemente—. Si Seguridad Militar anda detrás de usted, debe de estar en un buen lío.

Kang entrelazó las manos y las apoyó sobre la mesa.

—Cualquiera —sonrió— que tenga algo que ver con Seguridad Militar está en un buen lío. —Terminó su cerveza y acercó el vaso a su mejilla—. Es un trabajo complicado, el de capturar sobre la película un coche a toda velocidad al amanecer.

—Usted no quería la fotografía: era Kim. —Esperé a que apareciera otra vez aquella chispa, pero debía de haberla desconectado. Supuse que la conversación había terminado—. Gracias por la cerveza, Kang. He de limpiar mi apartamento.

—Inspector. —Kang empujó algo hasta mi lado de la mesa—. No olvide esto. Era mi pin.



—¿Fue la primera vez que vio a Kang? —El irlandés estudiaba los pájaros del mantel como si nunca antes hubiera reparado en ellos.

—No, lo conocí en el despacho de Pak, ¿recuerda?

—Sí, sí. Quiero decir, fue la primera vez que habló con él detenidamente.

—¿Supone un problema para usted, prestar atención? Podemos dejarlo aquí, si es lo que desea.

—Me sorprende que sea tan educado. Pensé que sería... ¿cómo decirlo?, más antipático.

—¿En Irlanda eso es un cumplido?

—No. Si hay una cosa que recuerdo de los informes es que a los coreanos no les gustan los extranjeros. No se ponga nervioso. No se lo digo como una crítica, se trata simplemente de una exposición de hechos, como si dijera que el estiércol huele.

—¿Qué le hace pensar que usted me gusta?

—Bien, no le gusto, entonces. Odio que los informes se equivoquen.

—No es que no nos gusten los extranjeros. No son los extranjeros: somos nosotros mismos los que no nos gustamos. A nuestro juicio, somos perros pequeños, temblorosos, reverenciosos, sumisos, apaleados y encogidos. Si nos gustan los extranjeros, solo puede ser porque tenemos miedo, por interés o porque les besamos los pies.

El irlandés gruñó.

—¿Entonces por qué he oído que los coreanos son duros de pelar?

—Partes diferentes de la anatomía, Richie. Totalmente diferentes. Una vez oí a un extranjero, a un ruso muy tonto, quejarse diciendo que yo era un terco cabrón. Y no era un elogio reticente. Estaba cabreado porque no aceptaba una sugerencia suya. Normalmente, las sugerencias de los rusos son algo así como tirarse a un pozo, pero esta vez era una buena. Yo lo sabía. Él sabía que yo lo sabía. Pero sabía que, si seguía su consejo, le daría ventaja, o él creería que llevaba ventaja. Es lo mismo.

—¿Cuál era la sugerencia?

—Íbamos en coches por una carretera congelada: me pidió que redujera la velocidad.

—¿Qué sucedió?

—Era su coche: los coches rusos no se conducen bien con frío.

—¿Qué pasa cuando Pak le da un consejo?

—Nunca lo ha hecho.

—Orientación, entonces.

—Ah, muy bien, Richie. Eso es otra cosa. Los consejos son cuestión de voluntad: puedo seguir un consejo o ignorarlo. La responsabilidad es mía. La orientación tiene

más que ver con las relaciones, círculos que se superponen.

—¿Pak le ha ofrecido orientación alguna vez?

—No, no era de esos.

—¿Qué hacía usted en Berlín?

—¿Qué?

—Dijo que estaba en un viaje buscando algo en Berlín. Cogió aquel rollo de pianola. Pero esa no es la razón por la que lo enviaron allá. ¿Desde cuándo se dedica la policía a misiones de ese tipo?

—No trabajo para usted, Richie. Ya se lo he dicho: no le voy a describir los teléfonos ni los coches ni nada que no sea pertinente para nuestra conversación. Esta es mi reunión: le diré exclusivamente lo que necesita saber. Así es como lo haremos.

—No será posible. Usted estaba en Berlín. Si no le pregunto por qué, me ponen de patitas en la calle en cuanto lean el informe.

—De acuerdo, pregunte.

—¿Qué estaba usted haciendo en Berlín?

—Nada de su puta incumbencia.

El irlandés sonrió.

—Bien, comienza usted a gustarme, inspector. Por qué, todavía no lo sé exactamente; me da la sensación de haberme tirado por un pozo.

A la mañana siguiente no había tanta humedad. Todavía era agosto, pero la luz estaba comenzando a cambiar. El sol estaba perdiendo terreno y las sombras de la mañana se suavizaban, con lo que incluso mi vecindario parecía menos destartado. Al otro lado del río, la gente de los grandes bloques de apartamentos nuevos estaba seguramente en sus balcones, rascándose o bostezando mientras miraba los bulevares, de diez carriles de ancho, a sus pies. Espectacular, pero yo lo encontraba deprimente siempre que cruzaba aquella parte de la ciudad en coche. Edificios agradables, pero sin sentido de comunidad. No había sitios para que las señoras mayores se sentaran.

Cuando entré en mi despacho, había una nota de Pak sobre mi escritorio. Siempre llegaba temprano, leía el registro nocturno, preparaba el plan de trabajo del día y se iba a dar un paseo. La nota decía que tenía que llamar a Kang tan pronto como llegara. En la parte inferior, Pak había garabateado tres estrellas sobre un árbol. No significaba nada para mí. Supuse que Kang podría esperar mientras me hacía un té, pero entonces recordé que nuestro hervidor había desaparecido, de manera que fui al edificio de Operaciones para buscar una taza de agua caliente. Cuando volví, Pak me estaba esperando.

—¿Ha llamado a Kang?

—No. No dijo que fuera urgente.

—¿No vio las tres estrellas?

—¿Desde cuándo tres estrellas significan «urgente»?

—Inspector, siempre que llama el Departamento de Investigaciones es urgente.

—¿Qué puede ser tan urgente? Hablé con él anoche mismo en el Koryo. ¿Se lo cuento? Ah, y me devolvió mi pin.

Pak me miró la camisa.

—Me alegro de que haya vuelto a su hogar en el primer cajón de su casa. Quizá debiera ponérselo alguna vez. —Me hizo una señal para que lo acompañara a su despacho—. ¿Tuvo usted una buena conversación con Kang? ¿Alguna cosa de particular que quisiera discutir con usted?

Le expliqué lo que Kang me había contado sobre el coche accidentado y los cuerpos, incluido el del chico. Pak tamborileó un par de veces con los dedos sobre su escritorio y después se detuvo. Era señal de que algo le preocupaba.

—Llámelo. Infórmeme de qué es lo que quiere. —Fui a coger el teléfono de Pak, pero puso su mano sobre la mía—. Use el suyo, tiene menos interferencias.

—¿Sucede algo?

—No. Anoche soñé una cosa.

—Cuántas veces he de decírselo: los sueños no significan nada. Todo es química y biología e impulsos eléctricos.

—Era sobre un tigre.

—¿Y qué hacía el tigre?

—Nada. Meneaba la cola. Con una especie de mirada hipnótica en sus ojos. Justo detrás de él había una casa, o lo que quedaba de ella.

—¿Dónde estaba?

—En la cama.

—No, quiero decir en el sueño. ¿Estaba trepando a un árbol, o intentando huir, pero no podía, con un sentimiento de impotencia, sofocándose o algo así? ¿Se despertó entonces y sudó un poco, quizá dejó que se calmara su corazón mientras miraba al techo?

—El tigre no estaba haciendo nada. No me perseguía a mí. Nunca lo hace. No lo necesita. Solo tiene que esperar y sacudir la cola, enfrente de esa casa en ruinas. Es un presagio. Tuve el mismo sueño justo antes de la muerte de mi hijo.

—Los tigres son símbolo de fuerza y orgullo. Los gatos y los cuervos son un problema. Los cerdos son buenos. Eso es lo que dicen, en cualquier caso. Siga soñando con tigres, mientras no lo intenten cazar a usted.

Pak negó con la cabeza.

—Los sueños no significan nada, dice, y después repite todas esas historias de viejas sobre gatos y cuervos.

—Intentaba ser útil, nada más.

—Intente ser útil llamando a Kang desde su despacho. —Me hizo un gesto con la mano para que me dirigiera a la puerta.

Kang quería que nos encontráramos en lo alto de la torre Juche. Decía que no habría nadie ahí a aquella hora de la mañana: el mirador ni siquiera estaba abierto. «Será agradable y acogedor», dijo. «Solo nosotros dos. Bloquearemos el ascensor y le puedo garantizar que nadie va a subir ciento setenta metros de escaleras para descubrir qué estamos haciendo».

Pak fue evasivo cuando le dije dónde quería Kang que nos encontráramos.

—Es su estilo: todo a plena vista. Y no se puede estar más a plena vista que en lo alto de esa torre a las nueve en punto de la mañana.

—¿Cree que no debería ir?

—No me emociona especialmente. —Se dio unos golpecitos en los dientes con un lápiz—. Pero en verdad importa poco dónde lo vea. Cualquier lugar es igual de malo a estas alturas. Solo vamos a ver qué es lo que tiene que decirle.

El camino en coche hasta la torre me llevó el doble de lo habitual porque la ruta normal había sido cerrada por obras y no se habían preocupado de instalar ninguna indicación. La siguiente calle estaba bloqueada por un tranvía que se había parado. Terminé en un paso elevado que me llevó en la dirección equivocada, hacia una parte desierta de la ciudad donde se encuentran algunos estadios y polideportivos, pero nada más. Rodeé la zona para volver al centro, tomé el viejo puente japonés río abajo desde la torre y me metí por un callejón entre edificios para tomar la carretera principal, paralela al río. Cuando me detuve, Kang estaba en pie a la entrada de la planta baja del edificio, bajo la base del monumento. Era evidente por la mirada que le lanzó a mi coche que no se alegraba de que le hubiera hecho esperar de nuevo.

Mientras me acercaba a él, hizo como si mirara su reloj.

—¿Alguna vez llega a la hora, inspector?

Intenté parecer avergonzado: no establecí contacto visual y dejé que se relajaran los músculos de mi cuello de modo que la cabeza quedara algo agachada. Que te den, pensé, pero mientras mirara al suelo, no podría leer mis pensamientos. Era sin duda la última vez que le mostraría alguna deferencia a aquel tío.

Kang hizo un gesto con la cabeza en dirección a una mujer que se encontraba a la sombra de la entrada que había a sus espaldas.

—Esta es la señorita Shin. Ha tenido la amabilidad de poner el ascensor en funcionamiento para nosotros.

La señorita Shin tenía la cara redonda y ojos juguetones. Llevaba el pelo recogido atrás en una trenza que sujetaba una cinta hecha de hilo de oro y plata. Vestía unos pantalones granates amplios con manchas de leopardo y una blusa blanca sin cuello: no era el típico conjunto que se lleva cada día al trabajo. El pin del líder reposaba sobre su corazón, justo por encima de donde la blusa se hinchaba generosamente. Se

presta más atención a unos pines que a otros.

—Comencemos. —Kang atravesó la entrada y comenzó a recorrer el enorme recibidor que llevaba a los ascensores. La señorita Shin me acompañó durante el camino.

—¿No le asustan las alturas, inspector? —preguntó en un tono bajo y gutural.

—No se preocupe, he estado en la parte de arriba de esta cosa muchas veces. Cada vez que nos visita un oficial de policía extranjero tengo que traerlo aquí y después pasear por los jardines para escuchar la visita guiada. —La examiné—. Es curioso, que no la haya visto. ¿Acaba de empezar?

—Este lugar requiere de mucha gente para su funcionamiento. Cuando abrió hace veinte años, había un pequeño ejército. Hemos reducido personal desde entonces, pero todavía hay mucho que hacer. Llevo aquí un tiempo. No me ha visto —le guiñó un ojo—, pero yo a usted sí.

Ninguno de nosotros habló en el ascensor. Kang miró su reloj y después a la señorita Shin. Se encogió un poco de hombros. Traté de imaginar qué grado de familiaridad tenían, pero me rendí cuando noté la presión en mis oídos. El motor chirrió un instante, justo antes de que dejáramos de movernos y se abrieran las puertas. La señorita Shin accionó un botón rojo en el panel de control.

—Disfruten de las vistas —dijo.

Kang dio una vuelta completa al mirador solo, asegurándose de que estaba despejado. Era imposible que hubiera nadie más, pero, como todos los de los servicios de inteligencia, era una criatura de costumbres. Yo me detuve junto a la barandilla y dirigí la mirada hacia mi vecindario. El este de Pyongyang no parecía tan ruinoso desde aquella altura. La brisa se había acentuado, lo que suponía que el día permanecería tan despejado como estaba en aquel momento, dándole a la ciudad la vivacidad de que carecía bajo un cielo nublado. En el momento de su construcción muchos de los edificios más viejos fueron cubiertos de materiales brillantes, bien con diseños de azulejos o añadiendo purpurina a la pintura, de manera que cuando hacía sol aquellos materiales danzaban y refulgían. Desde lo alto de la torre, la luz centelleaba sobre todo lo que se encontraba a sus pies: una ventana aquí, un edificio o el techo de un coche allá. Rastreé la carretera desde mi apartamento hasta los castaños donde el anciano arreglaba bicicletas, pero no parecía estar por ahí.

Kang me dio una palmadita en la espalda.

—No tiene sentido mirar hacia la parte vieja de la ciudad. Le interesa más ver el futuro. Está ahí. —Señaló al otro lado del río, hacia la gran plaza ceremonial y la gigantesca Biblioteca Popular.

—Es curioso, la gente dice que Pyongyang se parece a Washington. Dividida en dos por un río, numerosos parques y monumentos, una gran torre en el centro y casi nunca pasa nada. No creo que tengan nada como la plaza Kim Il Sung, sin embargo.

—Pensaba que había dicho que estaríamos solos.

Kang se encogió de hombros.

—¿Se refiere a la señorita Shin? No se preocupe por ella, no supone un problema. Me volví de nuevo hacia el paisaje.

—La sombra del follaje de las calles parece más profunda con este sol. ¿Ve aquellos árboles, justo en la curva del río, sobre aquel otero? —Kang enfocó su mirada hacia donde le indicaba—. Tienen más de cuatrocientos años. Los plantó el jardinero real, a quien ejecutaron un año después por traición. ¡Cómo si un jardinero pudiera tener algo que ver con la política! —Resoplé—. Antes de ser ejecutado, pidió que se lo enterrara junto a los árboles, para que su cuerpo los alimentara y, con su desarrollo, pudiera demostrar su lealtad al rey.

Kang parecía escéptico.

—¿Qué hicieron?

—Despedazaron su cuerpo y lo arrojaron al río.

—Parece que los árboles crecieron de todas maneras.

—Eso no es lo importante.

—¿Hasta dónde llega su jurisdicción, inspector? —Kang señaló perezosamente con la mano la ciudad al otro lado de la carretera—. Si alguien despedazara un cadáver y lo arrojara al río, digamos, desde la falda de esa colina, ¿estaría en su zona?

—En realidad no tenemos áreas geográficas. Actuamos en tres secciones. Círculos concéntricos en teoría, aunque no son verdaderos círculos por la propia disposición de las calles y por cómo se desarrolló la ciudad. Lo llamamos fortalezas. La fortaleza interna: edificios clave y vecindarios en donde vive la mayoría de los cuadros superiores. La fortaleza media: los hoteles, monumentos, paradas de metro y vías principales. Y la fortaleza externa: todo lo demás.

—¿Y usted?

—No hablamos demasiado sobre las asignaciones individuales, si sabe a lo que me refiero, Kang. —Se apoyó sobre la baranda y esperó. Hice algunos cálculos rápidos. El ministerio no quería que habláramos de nuestras asignaciones con otros órganos de seguridad. La coordinación no estaba prohibida, pero no se promovía. Ninguna fuerza podía llevar a cabo una operación, una vigilancia o tan siquiera una simple ronda de patrulla sin preocuparse por tropezar con la actividad de otro. Por otro lado, si Kang estaba decidido a descubrir qué hacía, podría enterarse con solo hacer un par de llamadas a los lugares adecuados. Él lo sabía, pero quería que fuera yo quien se lo dijera directamente. Era parte de los estúpidos juegos a los que se dedicaba la gente del Departamento de Investigaciones—. La media —dije.

—Eso significa que termina usted por encargarse de casi toda la ciudad. Pero aquello que no es cosa suya debe de estar rodeado de una línea roja: una fortaleza interna que es asunto de otro.

—Algo así.

Kang me miró pensativo un instante, y después se giró de nuevo hacia las vistas.

—Desde esta altura, inspector, la ciudad es perfectamente comprensible, ¿no le parece? Todo encaja: edificios altos que equilibran los tejados tradicionales, plazas

abiertas y rígidas que equilibran los sinuosos parques, todo anclado visual y psicológicamente por esta torre. No como Pekín, con edificios que surgen caóticamente y un horizonte enmarañado que solo puede crear confusión y trastornos en la mente de las personas.

No iba a interrumpirlo. No estaba hablando de arquitectura. Kang se dirigió a la parte norte de la torre.

—Pero este lugar no existe en mitad del vacío. ¿Qué vemos desde aquí? Campos que acarician los límites de la ciudad y, más allá, en la distancia, montañas. Montañas. Duran mucho tiempo, inspector. —Dio media vuelta más andando hacia el lado sur—. Y allá, en la lejanía, la gloriosa autopista hacia el Sur. Una tarde de estas deberíamos pasar por ahí en coche. Quizá podamos encontrar el lugar donde enterraron el cuerpo del muchacho.

La señorita Shin se habían instalado detrás de nosotros, con los ojos cerrados, sonriente mientras disfrutaba de la brisa. En el momento en que oyó a Kang mencionar el cuerpo, dejó de sonreír y se alejó.

—El cuerpo del coche siniestrado fue llevado a la morgue anoche. El cadáver del muchacho fue enterrado allá por las montañas. Sus familiares nunca vieron el cuerpo. Les dieron una urna de cenizas y una nota del hospital que expresaba sus condolencias por la muerte del chico en un accidente de coche.

—¿Y no fue así?

—Nunca he oído de ningún accidente de coche que le rebane a uno el cuello. ¿Y usted?

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Usted sabe algunas cosas que yo desconozco. Yo sé algunas cosas que usted desconoce. Una sencilla suma, inspector.

—No es posible, Kang. Lo que sabe usted y lo que yo sé no suman nada.

Kang se volvió para mirar río arriba hacia los árboles que le había enseñado.

—Qué lástima lo del jardinero. —Entró en el ascensor donde la señorita Shin esperaba, la rodeó con sus brazos y pulsó el botón rojo.

—Adelante, inspector. De vuelta a la Tierra. —Sonrió—. Tal cual es.



Tan pronto como hubo escuchado mi informe sobre la conversación con Kang en la torre, Pak se acercó a su escritorio y extrajo de él un billete.

—Váyase a casa. Prepare su bolsa de viaje y tómese el resto de la semana libre. Tiene que salir de la ciudad por un tiempo. Confíe en mí. Tal vez Kanggye no sea tan mala idea, después de todo. Esté en la estación de tren mañana temprano, a las cuatro y media. Dele esto al jefe de estación, se llama Pak, pero no es primo mío que yo sepa. Él se encargará de que esté cómodo, lejos del humo del tabaco y de la confusión de la multitud. Buena suerte. No se ponga en contacto conmigo. Yo me pondré en contacto con usted si es necesario. Manténgase alejado de los teléfonos. —Vio la expresión de mi rostro—. Esto es por su propio bien. No es un castigo, inspector. Simplemente, no quiero que ande cerca de Kang por el momento. Algo extraño pasa cuando Seguridad Militar anda detrás de él. Dondequiera que vaya Kang, ese matón de Kim no andará lejos. Mejor aún: presente su dimisión.

—¿Está usted loco?

—No. La dimisión lo mantendría al margen. Diremos que había vuelto a beber y que tuve que dejarlo marchar.

—¿Se le ha cruzado algún cable? No pienso dimitir. Y he dejado de beber. Casi del todo. Todo el mundo lo sabe.

—Perfecto, póngase testarudo. Tome, al menos coja el billete. —Regresó a los papeles del escritorio y después me lanzó una mirada, con un aire de preocupación en su rostro—. ¿Puede usted levantarse tan temprano, inspector? Haga lo que haga, no pierda ese tren.

## SEGUNDA PARTE

Cuando estamos separados,  
la luna de Kanggye  
no brilla entre los pinos,  
sino que es un pálido reflejo en el lago que  
crece cada noche, regado por mis lágrimas.

—Pak Hae Gun (1456–1497).

# 1

El jefe de estación se movía muy lentamente para ser un hombre tan pequeño. Tomó el billete, echó un vistazo al número, me miró y después volvió a observar el billete. A aquella hora no había mucha luz en la estación, solo diferentes tonalidades de penumbra. En algún lugar del edificio, una bombilla ardía. Los vatios que emitía, por débiles que fueran, flotaban entre las nubes de humo de los cigarrillos hasta descender hacia campesinos de rostros cansados y ojos inexpresivos. Algunos estaban sentados en bancos de madera, pero la mayoría estaban acucillados en el suelo junto a cajas de cartón destartadas. Cada una de ellas estaba atada con cuerdas que habían sido remendadas y empalmadas cientos de veces, y parecía imposible que ninguna fuese a sobrevivir si volvían a tirar de ellas o retorcerlas.

—Un billete bastante viejo —dijo con una voz que apenas salvaba la distancia que nos separaba.

—¿Ya no es un número afortunado? —Imaginaba que para él tenía algún significado, quizá proveniente de una lista acordada hace años. Seguramente Pak no lo había llamado; quería que me escabullera de la ciudad, no publicar las noticias por teléfono.

—Los números no traen suerte. —El sombrero demasiado grande que llevaba el hombrecillo podría haberle hecho parecer más alto, pero se le inclinaba hacia un lado de tal modo que el efecto resultante era una apariencia de falta de equilibrio. Estaba cansado (puede que hubiera pasado la noche sin dormir) pero, por encima de todo, actuaba con cautela.

—Usted sabrá —dije yo, y me giré para irme. Él dio un paso rápido y me cogió del brazo suavemente, como si no quisiera asustarme.

—No se vaya. —Había bajado la voz aún más, así que apenas podía oír lo que me decía—. Diríjase a la esquina de la derecha y espéreme en la sombra, ahora vuelvo.

Él tenía mi billete y yo no quería dejar que se lo quedase porque estaba empezando a desconfiar. Quizá las cosas hubieran cambiado desde que él y el inspector jefe Pak se habían visto por última vez. Las cosas cambian, la gente cambia. Nunca se sabe.

—¡Vamos! —Su voz tenía un nuevo tono, un tono urgente, no el de aquella silenciosa sala de espera. Los campesinos que estaban más cerca, en el suelo, se giraron y después se volvieron de nuevo sin querer enterarse, olvidando enseguida la escena.

Esperé en la esquina. Estaba tan oscuro que no podía ver la hora en mi reloj y, aparte de toses y algunos ronquidos, el único sonido que había era el lento goteo del agua resonando en las paredes. Todo estaba en silencio, incluso el sentido del tiempo. El tren debía de llegar con retraso.

—Aquí tiene su billete, inspector. —Estaba a mi lado. Yo no había oído nada. No me gustaba aquel ambiente tan cargado; resultaba enfermizo—. Tiene un asiento asignado en el tercer vagón. Todo el mundo se aglomerará cuando llegue el tren y lo hará en cualquier momento. Oirá el silbato cuando esté entrando en la estación. Es el silbato más endemoniadamente triste que pueda imaginar; no hay motivo para hacerlo sonar tan temprano, pero el maquinista dice que es la ley y a mí me es indiferente. Echaremos a todos los pasajeros del tercer vagón, o a casi todos, en cualquier caso. Debería haber tres coches de pasajeros, dos vagones de mercancías y un vagón de cola. Permito que se queden en su vagón varios oficiales del ejército, quizás algunos mandos militares, y cualquiera que me pague cinco dólares. La vista desde el vagón de cola es la mejor: se ve el cómo el campo va quedando atrás, y eso da la impresión de que se está yendo a alguna parte.

Tenía un billete de diez dólares preparado para dárselo. Meneó la cabeza:

—De usted, nada. Sello su billete y me esfumo. Ni tan siquiera recuerdo su cara.

Sentí cómo me ponía el billete en el bolsillo, me volví para preguntarle por qué me trataba de «inspector» y no encontré más que aire, quieto y vacío.

El tren debería haber sido desguazado años atrás. La pequeña locomotora parecía demasiado cansada para arrastrar la colección de vagones que llevaba enganchados detrás. Los dos primeros coches eran marrones, de fabricación coreana, pero el tercero era mayor, más robusto, europeo. Lo habían comprado de segunda mano, probablemente el año anterior, y lo habían conducido por las vías atravesando toda Siberia. El andén no tenía iluminación alguna, excepto por una luz que brillaba a unos treinta metros de distancia en mitad de una vía de clasificación, donde no beneficiaba a nadie. Todavía faltaba una hora para el amanecer, pero ya la penumbra se había disipado lo suficiente para permitirme distinguir algunos detalles del tercer vagón. Vi por la placa del fabricante que había junto a la puerta que era checo. Los paneles situados en los accesos a ambos lados no habían sido traducidos al coreano, pero tampoco suponía demasiada diferencia. Si estaban ahí para informar a los pasajeros de que el vagón restaurante se encontraba cinco coches más atrás y que el primer servicio se hacía a las seis, nadie necesitaba saberlo. Si eran instrucciones de seguridad, no servirían para nada tampoco. Los trenes raramente alcanzaban algo de velocidad en aquellas vías. Incluso en alguna pequeña pendiente, si uno saltaba del último vagón y comenzaba a caminar, llegaba a adelantar a la locomotora. La mayoría de los descarrilamientos solo tenían como consecuencia algún rasguño, a menos que el tren completo se cayera por un puente.

El tren dio una sacudida y se puso en marcha despacio hasta salir de la estación. Aparte de algún que otro aguacero, el coche en el que viajaba no debía de haber visto una limpieza desde que cruzó la frontera checa. El color original se escondía bajo una gruesa capa de polvo, y las ventanas tenían tanta suciedad endurecida por el sol a lo largo de la línea inferior que no había manera de abrirlas. Había pequeños carteles en algunas de ellas. Quizá decían «Usar en caso de emergencia», pero yo no sabía leer checo y tampoco tenía en mente apuntarme a clases. Golpeé con los puños la ventana que había al lado del asiento, tratando de abrirla.

Al otro lado del pasillo había un coronel del ejército desplomado sobre su asiento, con el sombrero cubriéndole los ojos, las botas desatadas e intentando dormir.

—Ya basta —dijo, y se echó la gorra hacia atrás para ver qué estaba sucediendo—. Ya está bien de golpes. Déjelo, ¿quiere? Tengo que descansar.

Me miró con los ojos entrecerrados, legañosos.

—Una vez ha salido el sol, el aire de fuera ya no refresca más. ¿Para qué vamos a dejar que entre el ruido de la locomotora?

La joven del asiento de enfrente meneó la cabeza.

—Ignórelo. Siempre está así, llevando la contraria. Yo necesito un poco de aire, así que abra esas asquerosas ventanas, si es que puede. No pienso asfixiarme en este

tren que no va a ninguna parte. Usted no es fumador, espero. —Se detuvo e inclinó ligeramente la cabeza—. No está furioso conmigo, ¿verdad?

—Ni siquiera nos conocemos. ¿Por qué iba a estar furioso con usted?

—Da la impresión de estarlo. —Me miró a la cara entornando los ojos—. Puede que sean sus cejas, tan juntas. La gente con la frente amplia y la cara ancha tiende a ser feliz, ¿no se ha dado cuenta? Tienen mucho espacio para sonreír. Pero su frente... —Sacudió la cabeza—. Con esas cejas... No sonrío lo suficiente. Cuando se haga viejo, todas sus arrugas apuntarán en la dirección equivocada.

Tenía veintitantos años y no era demasiado bonita. Quizá fuera la permanente de su pelo, que hacía que su cabeza pareciera estar a punto de devorar su cara. Para ser tan temprano, llevaba muchísimo maquillaje, más de lo que llevaría a cualquier hora del día la mayoría de las chicas que conozco. Parecía como si fuera a encontrarse con alguien o lo acabara de hacer.

Traté de encontrar una postura cómoda. Hacía demasiado calor para dormir y aún estaba demasiado oscuro para poder ver nada del paisaje a través de la suciedad del cristal. Me había asegurado de sentarme en el lado correcto del tren para poder observar el amanecer entre las colinas.

—Este lado del coche va a hervir de calor, pero quizá podamos disfrutar de buenas vistas.

La chica tenía la manía de alzar la voz al final de cada frase, haciendo de cada enunciado una pregunta. Era un signo inequívoco de que había pasado un tiempo en el extranjero. En China no hacían aquello, así que debía de haber estado en Europa, haciendo algo que no conseguí imaginar.

—¿Va a abrir la ventana o no? —Aquella, por fin, era una auténtica pregunta.

Desde el otro lado del pasillo, el coronel gruñó y se frotó los ojos.

—Abra o no parará en toda la mañana. Todavía le hablaré más sobre frentes, se lo garantizo. —Se volvió para mirar por la ventana y, al hacerlo, apareció el sol sobre las cumbres de las montañas. Contemplé cómo la luz tocaba cada uno de los picos individualmente y cada uno, al surgir, aparecía recortado como la hoja de una sierra contra el filo del día: no tenía nada que ver con las suaves colinas acariciadas por el alba que había contemplado solo una mañana antes.

—Esto ya está sofocante. Abra esa ventana y le daré algo de té. —La joven apuntó hacia la pequeña bolsa de lona que me servía de maleta—. No creo que lleve té ahí.

—Como no se calle, la mato —musitó el coronel, pero miró fijamente la jarra de té que había sacado ella de una bolsa de plástico. Sin previo aviso, el tren dio una sacudida y la jarra salió despedida de sus manos, haciéndose añicos en el suelo, a mis pies. El coronel reposó la cabeza sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos—. Por favor, que alguien me recuerde por qué me molesto tan siquiera. —Refunfuñó para sí mismo, y al minuto siguiente ya estaba dormido.

La joven se quedó mirando afligida el vidrio roto.

—Este es un mal comienzo. —Se giró hacia la ventana, casi llorando—. Un viaje que empieza mal, mal acaba. —Sonaba como si fuera algo que hubiera leído en alguna ocasión, pero que nunca hubiera tenido la oportunidad de decir en voz alta.

—Qué pesimista para ser tan joven. —Me sacudí el té que había salpicado mis pantalones—. Con mucho, demasiado pesimista para estas horas de la mañana. Compraremos algo de té en la próxima estación. —El tren dio una sacudida de nuevo y se detuvo de un bandazo. Desde fuera del vagón llegaron unos gritos. Dos guardias ferroviarios sostenían a un muchacho del cuello de la camisa, si bien las largas sombras y el polvo de las ventanas hacían difícil apreciar qué edad tenía. Lo arrastraron hasta un terraplén y le dieron un empujón.

Con el tren parado y el sol en ascensión, el aire del vagón se calentó aún más. Las ventanas del lado del coronel permanecían cerradas, pero me las arreglé para abrir de un tirón la de mi asiento justo cuando el más alto de los guardias ferroviarios gritaba: «¡Y que no te vuelva a coger o dispararé!». Se volvió a su compañero: «O lo haría si tuviera algo de munición». Le hizo un gesto con la mano a la locomotora y el tren retomó su camino lentamente. Tres cabras que se encontraban junto a las vías alzaron la vista a nuestro paso. La menor se alejó correteando; las otras dos miraron sin ningún interés, antes de volverse de nuevo hacia una hilera de frutales recién plantados que deshojaban parsimoniosamente.

La joven estaba comenzando a transpirar. Podía ver que su maquillaje comenzaba a deteriorarse. Se inclinó hacia mí.

—Adelante —dijo—, abra la ventana de su lado. —Hizo un gesto afirmativo en dirección al coronel—. No se preocupe por despertarlo.

—¿Ustedes dos se conocen?

Volvió a sentarse y se alisó el vestido.

—Algo así, sí.

El coronel abrió un ojo.

—Quiero esa ventana cerrada. Incluso si este vagón alcanza el punto de ebullición, la ventana permanece cerrada, ¿entendido?

Me puse en pie.

—A mí me da igual. Cuézase si es lo que quiere. Yo voy a tomar algo de aire. —Abrí la puerta que conducía a la plataforma entre los vagones. Estaba atestada de gente, la mayoría en pleno sopor, algunos dejaban las piernas colgar a los lados. El más cercano a mí se movió para que pudiera pasar sin pisarlo.

—Este lugar está reservado. —Volvió la cabeza y su ojo izquierdo miró tras de mí, hacia el cielo, mientras el otro escrutaba mi rostro—. Además, es ilegal quedarse entre los vagones de cualquier tren a cualquier hora.

—Está estrictamente prohibido. —Un hombre mayor que él que estaba a su lado habló entre las bocanadas de aire caliente. Yo permanecí en pie, callado; los demás se volvieron hacia mí, uno o dos expectantes, el resto con cara de póquer.

Saqué mi libreta y la abrí de golpe.

—Bien, tendré que arrestarnos a todos, una vez hayamos vuelto a mi jurisdicción.  
—Justo en aquel momento, la puerta del vagón detrás de mí se abrió y los dos guardias ferroviarios hicieron aparición.

El primero, el que no tenía munición, lanzó una mirada al grupo.

—Ni uno de ustedes tiene billete, y está estrictamente prohibido...

—... Quedarse entre los vagones —musitó el hombre del ojo errante, y su acompañante de mayor edad remató:

—... De cualquier tren.

—Los empujaría y sacaría del tren, pero no merece la pena el esfuerzo —dijo el segundo policía, más bajo y con una gorra calada hasta cubrirle las orejas, con la intención de sonar más duro, aunque apenas consiguió sonar estridente.

El primero me miró con recelo, reparando en mi ropa y en el paquete de cigarrillos del bolsillo de mi camisa.

—Parece que tenemos aquí a un camarada viajando con la gente. ¿Conoce el reglamento, amigo?

Saqué tres cigarrillos de la cajetilla y le pasé uno a él, otro a su pequeño compañero y desmenucé el tercero en el viento. Sabía lo que quería decirle: «Por lo que a mí respecta, la brisa y tú, amigo mío, valéis lo mismo». Sacudió la cabeza.

—De Pyongyang, seguro. Sois unos derrochadores. No demasiado inteligentes, sin embargo. —Tenía el acento de los habitantes de los diminutos valles enterrados entre las montañas de Yanggang, cerca de la frontera china. Cada vez que gente de ahí entraba en Pyongyang había problemas. Eran todos unos delincuentes. Las patrullas de seguridad de la ciudad se quejaban de que era difícil tratar con ellos porque no podían entender su acento y siempre tenían historias largas y complicadas sobre cómo habían perdido su permiso de viaje o por qué llevaban tantos relojes.

—Ya basta. —El hombre del ojo perdido se dirigió a los policías, a quienes evidentemente conocía y con toda seguridad no temía. Era mucho más alto de lo que parecía inicialmente. Alto y delgado, con un ojo torcido, pero la espalda bien recta—. Os quedáis aquí, él desmenuza otro, todo son pérdidas y ninguno de nosotros mejorará su situación. —No era ningún campesino: hablaba con una cadencia elegante, aprendida, que no guardaba relación alguna con su apariencia desaliñada.

La conversación decayó cuando pasamos la siguiente estación, un yermo con el andén desierto. Ni siquiera había un panel informativo. O sabías qué lugar era y te bajabas porque no tenías alternativa, o ni te molestabas. Podía ver que el jefe de estación estaba sentado, encorvado en una silla en su barraca: ni siquiera se despidió del tren cuando pasamos despacio junto a él. Los dos policías dieron una calada a sus cigarrillos, los demás volvieron a observar el campo pasar. Yo comencé a fumar un pitillo, pero lo arrojé a medio fumar a una zanja que discurría paralela a las vías y pasé el resto del viaje masticando una galleta de arroz que había comprado en la estación de Pyongyang. Metí la mano en el bolsillo y extraje de él el pedazo de madera de caqui; lo pulí al ritmo del traqueteo de las ruedas sobre las vías. No quise



pensar cuánto tiempo llevaba sin probar un té.

El irlandés alcanzó la grabadora para apagarla.

—Ni una palabra más. No me pagan para ir de viaje en tren. Se lo he dicho: tenemos que hablar sobre Kang.

—Relájese, Richie. A eso voy.

—Estoy relajado. Es usted el que golpetea la mesa con los dedos.

—No sabía que los irlandeses fueran tan observadores.

—No había oído que los coreanos fueran tan transparentes. —Se levantó del sofá y se estiró—. Parece que mucha gente de su país habla en voz baja.

No dije nada.

—¿Alguna razón particular? ¿Miedo, quizá? Debe de ser un lugar muy silencioso.

—Por lo que veo algunas culturas consideran el bullicio una virtud. Nosotros no. El decoro público resulta muy recomendable.

—Especialmente si se necesita ser invisible. —El irlandés señaló a la pared—. ¿Ve aquel reloj? Indica las 2.40. ¿Sabe por qué? Suponen que, después de un rato, no se dará cuenta de cuánto tiempo ha pasado. Suponen que no comprobará su reloj. Pero sé que ya lo ha hecho, dos veces. ¿Tal vez tenga usted una cita, planee encontrarse con alguien? —Esperó, pero yo no respondí, de manera que continuó—. Fisiológicamente, se supone que es una buena hora para este tipo de encuentro, las 2.40, quiero decir. En medio de nada. ¿Alguna vez está despierto a esa hora de la madrugada? Tiemblo de pensarlo. —Avanzó hacia el reloj y le cambió la hora, fijándola a las 11.15—. Así está mejor, ¿no? Podría decir que no falta mucho para la comida, o que es casi la hora de los arrumacos, depende de si piensa en la mañana o en la noche. —Se sentó otra vez, en esta ocasión al otro lado del sofá—. Hábleme de su inspector jefe, Pak. Supongo que él conoce a Kang mejor que usted.

—No hay nada que contar: Pak está muerto. —Palpé la cafetera, ni siquiera estaba tibia—. De cualquier manera, Pak no es asunto suyo.

—¿Ah, no? —Su frente se arrugó en unas líneas que desaparecieron en el acto—. Recapitulemos, ¿le parece? Kang está muerto. Pak está muerto. Todo aquel que lo toca, muere, ¿es así? ¿Alguien más que debiera tachar de mi lista?

—¿Desde cuándo tiene una lista? —Me puse en pie y me paseé por el apartamento. Era un desierto, nadie vivía ahí. Mi pequeña habitación tenía más carácter, pese a que este tenía la ventaja de poseer una lámpara.

—Adelante, quítese de encima la necesidad de andar. ¿Se siente mejor? Muy bien. Olvídese de Pak. —El irlandés jugueteó un instante con la grabadora. Dejó escapar un suspiro y se masajeó el hombro con la mano un par de veces—. Kim. Deme algo de Kim. A usted no le gusta, de eso me he dado cuenta. Entiendo que todavía está vivo.

—Un triste estado de las cosas, Richie, cuando hombres como Kim siguen en pie.  
—Me senté nuevamente y me serví media taza de café. Parecía estar frío—. Kim es un problema pendiente de solucionar.  
—Por lo que sé, no lo diría. Hasta ahora su único pecado es un mal corte de pelo.

La posada del Dragón Rojo en Kanggye era un edificio de dos plantas que se había dado por vencido en la lucha contra las inclemencias del tiempo. El tejado estaba combado; las ventanas, desvencijadas, y la cubierta exterior de cemento, desconchada y agrietada donde no había manchas de humedad. La pensión estaba aislada, a algunos bloques al este de la estación de tren, más allá de las ruinas abrasadas de lo que había sido una clínica de acuerdo con el cartel que colgaba en la puerta cubierta de tablas.

Había preguntado en la estación si había alguna pensión cercana: había varias, según una anciana que descansaba apoyada en el muro con una manta extendida enfrente de ella. Vendía cigarrillos apilados en dos pequeñas pirámides, una de tabaco coreano, la otra de tabaco extranjero, había también un montoncito de galletas de arroz y un poco de fruta. Una pila de periódicos del partido reposaba a su lado; el primero era viejo, pero estaba en excelente estado, una edición del sexagésimo cumpleaños de Kim Il Sung, del 15 de abril de 1972. También tenía cuatro o cinco libros infantiles en inglés de colores brillantes, uno de los cuales tenía un pato con pantalones y un gorro en la portada.

—Compre una manzana —dijo ella—. Parece hambriento.

—Abuela, tengo que lavarme la cara e ir a dormir. ¿Sabe dónde puede descansar un pobre chico como yo?

—¿Quiere una chica?

—Abuela, míreme —dije—. Primero me ofrece una manzana y después una mujer.

—Sí, bíblico, ¿verdad? —Sonrió y sus ojos desaparecieron entre las arrugas. Debo de haber parecido sorprendido, porque, de repente, dejó de sonreír—. No se preocupe, esto no es Pyongyang. Por aquí revolotean tantas biblias como moscas. Tienen buen papel. Algunas personas las usan para envolver pescado.

—¿Y usted?

—Puedo leer, ¿no?

—Una pensión, abuela.

—Sí, ya. Hay tres. Cinco, en verdad, que estén cerca, pero dos de ellas no son para usted. Una de ellas, la Azalea Blanca, solo es para militares, que no es su caso. Después está el Loto. Muy elitista, para los señoritos refinados de Pyongyang y los extranjeros. —Me miró—. No es su caso. De cualquier modo, y que esto quede entre nosotros, es un sitio de mala muerte. El partido les permite cobrar lo que les da la gana, ¿y por qué? La comida apesta. El cocinero es un sinvergüenza que solo compra comida en mal estado, rebajada. Una vez lo pillaron, pero su tío es un pez gordo —señaló con el dedo al aire— y lo dejaron ir con una advertencia. —Se rio—. Ya ve

usted, una advertencia. Tenían que haberle freído el culo, pero bien. —Hizo una pausa y pareció dudar—. Usted... usted debería probar en el Dragón Rojo. Nada excesivo. —Paró de nuevo—. Me sorprende que no sepa usted mucho de Kanggye.

—¿Y eso?

—Se parece a uno de los chicos del general O Chang-yun. Los mismos ojos.

Negué con la cabeza.

—No conozco a nadie así, pero todos necesitamos ojos, ¿no es cierto, abuela?

Mientras andaba calle arriba hacia la pensión, traté de calcular las probabilidades de que la primera persona que veía en aquella triste ciudad conociera a mi padre, el general O, «Héroe de la lucha y corazón palpitante de la revolución», como lo llamaron por la radio el día que murió.

El recepcionista al otro lado del mostrador del Dragón Rojo no se movió. Me detuve un instante, fijándome en el abarrotado aparador y el exceso de muebles junto a las paredes, tratando de decidir si aquel lugar me mantendría fuera de la vista de Kang. El hombre acabó por moverse, pero mantuvo la cara enterrada en un libro. Hizo ademán de decir algo con los labios un par de veces para comprobar que todavía funcionaban y, tras ello, su voz se deslizó por encima de las páginas hasta el resto de la habitación.

—¿Necesita algo o solo está aquí para mirar?

No lo decía con sarcasmo, solo con considerable hastío. No me llamó la atención precisamente por parecer alguien que disfrutara de su trabajo.

—Quizá una habitación...

—Lo ha enviado la abuela Pak, sin duda. La gente no viene por aquí a esta hora del día de no ser que ella los envíe. —Esperé, pero seguía detrás de su libro.

—Ella me recomendó que viniera aquí, dijo que era mejor, más adecuado para mí. Es curioso que una anciana le diga algo así a alguien a quien acaba de conocer. —Escruté la sala con la mirada nuevamente—. Lo que está claro es que tenía bastante mala opinión de todos los demás. —Cuanto más lo estudiaba, más me daba cuenta de que aquel sitio no estaba en tan mal estado como parecía. Me recordaba a los zapatos de Kang, cuidadosamente rayados, como una casa de seguridad cuya vigilancia me asignaron unos años antes en Pyongyang: apenas usada, de manera que alguien tenía que levantar un poco de polvo y estropear la madera para darle aspecto de estar habitado.

—Eso es bueno, significa que le gusta. —Bajó el libro: de repente, el recepcionista me observaba detenidamente.

—¿Una habitación? —Decidí ir directo al grano, lo que pareció hacerlo reaccionar finalmente.

—Tengo una. Una con vistas. Da a un pino: muy evocador.

—Fantástico, me la quedo.

Nos quedamos observándonos. Finalmente, hablé yo.

—Creo que en este punto es costumbre que me diga el precio, para que yo le diga que es demasiado y entonces me dé una hoja de registro, compruebe mi carné de identidad y demás.

Negó con la cabeza.

—No nos queda ninguna hoja de registro.

Podía ver cinco o seis sobre el mostrador. Siguió mi mirada, tomó uno de ellos y lo agitó sobre su cabeza.

—¿Esto? ¿Esto? Este papel es lamentable. No vale ni para el baño. No pienso

mandar un papel como este. Es un insulto para la nación.

Me recliné sobre el mostrador y le miré directamente a los ojos.

—¿Es siempre usted así de patriótico a la hora de mantener un registro de los huéspedes?

Me devolvió la mirada.

—Si lo que quiere es registrarse, por mí está bien. Pero si yo tengo ese papel y la policía especial o un par de coroneles bobalicones de Seguridad Militar vienen preguntando, entonces tendré que dárselo, ¿verdad?

—¿Y qué sabe usted sobre Seguridad Militar? —No tenía sentido inclinarse sobre su cara si no reaccionaba. Me volví hacia el televisor de la esquina más cercana a la puerta. Si no prestabas atención, podías no reparar en él al entrar, como me había pasado a mí. Era nuevo, con una gran pantalla, de fabricación surcoreana, todavía con la marca puesta. Encima tenía una antena oval, nada que se necesitara si el único canal que se pudiera recibir fuera la televisión central, pero algo que uno querría tener si estuviera interesado en las emisiones extranjeras.

El recepcionista actuó como si la televisión fuera algo normal.

—En primer lugar, esto es Kanggye, por si lo dudaba. Este lugar está lleno de emplazamientos especiales de los que —se encogió de hombros— no he oído nada. Eso significa que está hasta arriba de personal de Seguridad Militar. Además, yo soy de Pyongyang y sé lo que sé. —Me vio mirar de nuevo hacia el televisor—. Adelante —dijo—, enciéndalo si quiere. A esta hora del día no se coge mucho, pero por la mañana y por la noche se reciben las cadenas chinas. Los concursos son bastante divertidos, incluso si no entiendes la lengua. Si eso es el capitalismo, diría que no parece demasiado duro.

—¿Lleva mucho aquí?

—Tres años. Estaba en el Ministerio del Exterior. Pidieron voluntarios para abandonarlo cuando llegaron los recortes. Levanté la mano y me aclamaron jubilosamente en la estación de tren la tarde que me marché junto con unos cuantos cientos más. Y aquí estoy. Es una manera de ganarse la vida.

El libro que leía estaba en inglés, encuadernado en rústica y con la portada casi desprendida. Algunas páginas colgaban sueltas. Tenía aspecto de haber sido leído y releído mil veces.

—Regalo de un extranjero, hace ya tiempo. No se preocupe, es legal. Se supone que he de mantener mi inglés. No tengo con quién hablar, así que leo esto.

—Un pueblo muy literario, Kanggye —dije—. Usted lee novelas inglesas; la anciana de la estación, la Biblia. Parece una pájara dura de pelar, más de lo que deja ver.

Me arrojó una mirada especulativa, después hizo aparición su entrenamiento diplomático y una barrera protectora cubrió sus ojos.

—Su habitación está arriba, al fondo del pasillo, a la izquierda. La número siete. La puerta no se cierra del todo, ni la ventana. Cerramos la puerta principal con llave a

las diez de la noche. Esté dentro para esa hora o dormiré bajo el pino. No hay excepciones.

—¿Cierran la puerta principal? ¿Incluso aquí en el campo?

—Hay que hacerlo: el pueblo está lleno de ladrones y atracadores.

Meneé la cabeza.

—¿No hay policía permanente en este pueblo?

El recepcionista dibujó una sonrisa sombría.

—Claro, por eso trancamos la puerta.



## 6

Quizá fuera el viento helador que entraba por la ventana, o quizá las voces del piso de abajo, pero el hecho es que me desperté a las dos de la mañana.

—Mucha cuerda. —De súbito, el sueño se esfumó. Era la voz de Kang—. Quiero que tenga cuerda de sobra. Deje que se mueva.

—Usted manda. —El recepcionista debía de estar dormido también, porque su voz tenía el tono irritado de quien no quería estar despierto.

—Diga eso otra vez y haré que lo transfieran. A un lugar aún más perdido en el campo. Sin libros. —La voz de Kang no cambiaba de entonación, y estaría dispuesto a apostar que su cara tampoco revelaba ninguna emoción—. Y dígame a la abuela Pak que se olvide de que alguna vez lo ha visto.

Me senté en la cama.

—No se preocupe por ella.

—Me preocupo por todo el mundo. —Finalmente, la voz de Kang subió un tono, para volver enseguida a la normalidad—. Ese es mi trabajo. Mi vocación. Me hace feliz. Por si no se ha dado cuenta, he refinado el arte de la preocupación hasta extremos magistrales.

La puerta principal se cerró de un portazo y se oyó arrancar un coche. Era un viejo Nissan, muy necesitado de repuestos. De modo que Kang conocía a la abuela Pak. Me pregunté si ella lo habría enviado al Loto. Me pregunté también si él habría rellenado la hoja de registro.

Fue un pajarillo en el pino lo que me despertó al alba, que llegó temprana. El ave trinaba, esperaba un momento y después trinaba un poco más. Podría haber estado llamando a un compañero, pero parecía más estar hablando consigo mismo. Tenía la certeza de que no habría té en la pensión y no estaba seguro de que fuera a encontrar algo de comer a aquella hora.

—¿Ha dormido bien? —Cuando bajé las escaleras el recepcionista estaba de pie tras el mostrador, leyendo el mismo libro con una taza de té junto a él. La carta de ajuste desapareció de la pantalla del televisor, reemplazada por un hombre y una mujer que bailaban un vals, con un señor que contaba en chino. Volvía el rostro de continuo hacia cámara.

—Es un programa de baile. Enseñan a la gente a bailar, al estilo occidental. —El recepcionista bajó el libro por una fracción de segundo—. ¿Le gusta bailar?

—No, no es algo que me haya planteado demasiado. No me importaría tomar algo de té, sin embargo, y quizás algo de comer.

—Nadie baila en este pueblo. —Volvió a su libro—. Puede que haya algo de comida al final de la calle. —No levantaba la vista. No podría decir si era que estaba leyendo de verdad o simplemente no quería establecer contacto visual. Casi no era de día aún y todavía no estaba lo bastante despierto para discutir, pero me gusta que la gente sea agradable por la mañana o me arruina la jornada, y aquel hombre estaba cruzando la línea. Una invitación a bailar no contaba como algo agradable, no viniendo de él, en cualquier caso.

—¿Al final a la izquierda, al final a la derecha, algún lugar en particular o simplemente me doy un paseo hasta dar con algo comestible?

—Le dibujaré un mapa. —Me pasó un trozo de papel. Tenía la cara hinchada y las mejillas hundidas, como si no hubiera dormido mucho.

Ya en la calle, comprobé el papel que me había dado. Estaba en blanco. Le di la vuelta y vi dos palabras: «Cielo azul». Comencé a caminar de nuevo hacia la estación de tren. «Cielo azul» era el código de emergencia de Pak. Había elaborado una lista una tarde durante un tifón en medio de una tormenta política cuando no teníamos nada más que hacer que mirar los árboles bailar al viento y mantenernos lejos de los problemas. «Por si acaso», me dijo Pak cuando me la dio. «Con este tiempo (Pak siempre decía “tiempo” cuando hablaba de política) necesitamos una manera de comunicarnos, solo nosotros». Había cinco o seis términos. «Cielo azul» significaba «llame a la oficina, ahora». No resultaría demasiado difícil en Pyongyang, pero en Kanggye no sabía dónde encontrar un teléfono que pudiera utilizar sin llamar la atención. Cuando me dio el billete de tren, Pak me había dicho que me mantuviera alejado de los teléfonos. Ahora quería que buscara uno. Y yo sabía que Kang andaba

por ahí, en algún lugar. Había estado en la pensión la noche anterior, dándole órdenes al recepcionista que me había hecho llegar con disimulo el mensaje de Pak. No me sorprendía que Pak pudiera tener un modo de llegar al personal de los hoteles del país: si el ministerio no podía hacerlo, nadie podría. Pero Kang trabajaba para un grupo de servicio de inteligencia externo, ¿qué pintaba en Kanggye como si fuera su territorio? ¿Y cómo sabía dónde estaba yo?

—Compre una manzana. —Era la abuela Pak. La misma colección de galletas de arroz, fruta y cigarrillos estaba extendida delante de ella. El libro con el pato había desaparecido, pero la pila de periódicos estaba intacta. Nadie había comprado la edición del cumpleaños.

—Buenos días, abuela. Y gracias por enviarme a aquella pensión. —Se quedó ahí sentada como si no supiera de qué le estaba hablando. Bueno, eso era lo que Kang había dicho que tenía que hacer: olvidar. La inexpresividad de su rostro resultaba del todo convincente—. ¿Me recuerda? Estuve aquí ayer.

Negó con la cabeza.

—Mucha gente, por aquí. No pierdo el tiempo memorizando caras, ya sabe.

Si era así de dura de pelar ahora, intenté imaginarme cómo habría sido antes de convertirse en una anciana que promocionaba cigarrillos extranjeros.

—¿Dónde puedo encontrar algo de té? No he probado una gota en días.

Cogió una manzana y dos galletas de arroz.

—Dele una de estas galletas al camarada Dumbo en la oficina de la estación. —No tenía ni idea de qué quería decir—. El viejo —dijo, y después señaló al cielo—. Muy azul hoy.

Detrás del mostrador del jefe de estación estaba sentado un anciano de grandes orejas. Me miró entrecerrando los ojos, quizá por haber estado demasiado tiempo al sol, quizá por haber leído demasiados horarios de trenes sin gafas. La boca dibujaba una línea descendente en las comisuras, como la de Pak, pero no parecía infeliz. Me di cuenta de que todas sus arrugas iban en la dirección correcta. Tomaba una taza de té.

—El próximo tren no sale hasta esta noche. El mercancías descarriló justo después de la media noche en el túnel número seis. Un desastre: chatarra por todos lados y ahí dentro está negro como la boca del lobo. Puede apostar a que ahora mismo están tropezando los unos con los otros tratando de limpiar aquello. Nada pasa por esas vías, ni en una dirección ni en otra. —Hizo una pausa para beber un sorbo de la taza, después se limpió la boca con el dorso de la mano—. Tómese lo con calma.

—¿Le apetece una galleta de arroz? —Puse las dos sobre el escritorio. No hubo respuesta. Cuando estiré el brazo para recuperar una de ellas, señaló con un gesto de la cabeza hacia el rincón de la oficina.

—Teléfono ferroviario, conecta con la centralita del servicio de ferrocarriles. Dígales que quiere conmutar la llamada por la central, así podrá hablar con cualquier punto del país. Incluso con China, si le habla a la operadora con dulzura. —Se irguió,

puso una galleta de arroz en su bolsillo y salió de la oficina con la otra en la mano.

El viejo teléfono era pesado y aquel mismo peso indicaba que solo asuntos solemnes, de gran importancia para la gente, debían filtrarse por aquellos cinco agujeritos dispuestos asimétricamente en el micrófono. Se puede decir lo que se quiera en un teléfono moderno, un torrente interminable de banalidades, palabras de colores pastel que flotan atravesando continentes. No así en este. Tuve que colgar varias veces para lograr hablar con una operadora. Apareció una voz lejana.

—Bueno, bueno; no puede ser tan importante, relájese.

—Disculpe, no sabía que estuviera interrumpiendo.

—¿Quiere que lo conecte con algún lugar o quiere charlar? ¿Quién es, en cualquier caso? No es el jefe de estación.

—No, pero me dijo que podía usar el teléfono para llamar a Pyongyang.

—Las líneas con el puesto de Pyongyang están ocupadas. Siempre lo están a esta hora del día.

—Necesito que me pase con la central.

—Esto es un teléfono ferroviario. No conmuta ninguna llamada a la central sin autorización, y el jefe de estación no tiene autoridad para darla.

—La abuela Pak manda un saludo. —Fue todo lo que se me ocurrió en aquel momento. Aquella anciana se pasaba el día sentada en la estación, observaba quién entraba y quién salía. El recepcionista la conocía, Kang la conocía. Y ella conocía a mi abuelo. Ciertamente no se parecía a ninguno de los agentes callejeros que había visto hasta entonces. Ni actuaba como ninguno de ellos, tampoco.

—¿Quién manda saludos?

—La abuela Pak.

Un breve silencio.

—Le puedo pasar con la central, y entonces tendrá que pedir a las chicas de la ciudad que dejen de hacerse la manicura durante el tiempo necesario para transferir su llamada, o puede pedirme a mí que lo transfiera.

Así que estaba en lo cierto, la abuela Pak no era un simple agente callejero. Mencionarle a una operadora un agente callejero no la convencería ni para darle a uno la hora, mucho menos para permitirle hacer una llamada a través de una línea restringida. Ni siquiera ahí en el campo.

—Le diré una cosa: tengo que hablar con Pyongyang. —Le di a la operadora los siete dígitos lentamente, y después se los repetí.

—Ese es un número de la policía, y ya le he oído la primera vez.

—Tiene usted una voz muy dulce, como un gorrión. Deberíamos dar un paseo juntos alguna vez, o quizá ir a cenar. Pero por el momento, necesito hablar con este número.

—Será un placer. Debe de ser por algo que le ponen al agua en Kanggye, que se pone usted tan romántico, inspector, ¿pero está seguro de que soy su tipo? —Del otro lado estaba el inspector jefe Pak.

Ni había oído el clic de la conexión.

—¿Qué hace usted al aparato?

—El teléfono suena y lo cojo, aunque desde ahora haré que me filtren las llamadas. Demasiada gente rara hoy en día. ¿Qué tal está el tiempo?

—Agradable.

—¿Eso es todo?

—Más o menos como en Pyongyang, solo que más fresco por las mañanas. — Recordé que tenía algo para mí—. Sin nubes. Solo agradable, con un cielo azul brillante.

—Espléndido. ¿Se ha topado con Kang?

—Algo así. ¿No se suponía que tenía que mantenerme alejado de él?

—No se preocupe.

—¿Le dijo usted dónde me encontraba? ¿Se puede saber qué está pasando? ¿Tiene usted relación con toda la gente de este pueblo?

—No, solo tengo muchos amigos. Escuche, Kanggye no es su tipo de ciudad.

—Muy bien, ¿puedo irme a desayunar ahora?

—Que le den al desayuno, inspector. Suba hasta la frontera. Mire a ver qué puede descubrir.

—¿Sobre qué?

—Tome el tren para Manpo. Puede que se abran las compuertas del infierno, de modo que manténgase a cubierto.

—Pensé que quería que dimitiese.

—Olvídelo.

—¿Y qué pasa con Kang?

El teléfono se quedó mudo por un instante, después se volvió a oír a la operadora.

—¿Quiere que vuelva a conectarlo?

—No.

—¿Y esa cena que me decía?

—Tal vez más adelante. ¿Por quién pregunto?

—No damos nombres, perjudica a la seguridad. Solo diga que necesita hablar con la 55. Lo pasarán conmigo, si estoy trabajando. Hasta luego.

El jefe de estación volvió a la sala.

—¿Ha terminado?

—¿A qué hora sale el tren para Manpo?

—Cuando funciona, llega aquí entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde.

Se abrió la puerta y entró Kang.

—¿Va a alguna parte?

—Creía que quería que tuviera mucha cuerda para moverme.

El comentario me valió una mirada asesina.

—¿Tiene usted problemas para conciliar el sueño por la noche?

—No, pero su coche es bastante ruidoso.

Kang se paseó por la habitación de la misma manera que había recorrido la torre en Pyongyang la mañana de nuestro encuentro, sin buscar nada, solo por costumbre.

—Manpo es un pueblo pequeño y aburrido. —Recorrió con la vista el rodapié—. Tal vez no le guste.

—Es una población fronteriza. Por lo que he leído en nuestros informes, está llena de contrabandistas y de gente lista que cree que tiene todos los ángulos cubiertos. Se hacen con un estéreo nuevo para alguien de Pyogyang, quizás algunas partes sueltas para un reproductor de DVD. Si consiguen pasar los puestos de control y efectúan la entrega, se van a la costa un par de meses. No suena mal. —Estar en la misma sala que Kang me estaba produciendo una sensación desagradable. Miré por detrás de él, buscando algún movimiento inusual en la plaza de enfrente de la estación. Estaba atestada de gente: algunos campesinos inclinados bajo puestos cargados de verduras, varios oficiales del ejército y el resto, personas sin nada de particular, delgadas, harapientas y cansadas.

Kang no me quitaba la vista de encima.

—Ningún imbécil de seguridad apostado, inspector. Solo una multitud que se dirige a Manpo con la esperanza de hacer dinero. Algunos cruzarán a China tras la puesta de sol. Unos cuantos no volverán.

—No es asunto mío. —Lo que decía Kang era cierto: no había señal de ningún comando de seguridad moviéndose entre el gentío.

—Cierto, no es asunto suyo. Así que pruebe otra ciudad, si le parece.

—Mire, estoy un poco malhumorado. No he dormido demasiado bien que digamos ni he comido demasiado, y no hay manera de hacerme con algo de té. Ya no me gustan tanto los trenes, de todas maneras. Así que dígame, ¿de qué va todo esto?

Kang asintió con la cabeza en dirección al jefe de estación, quien se retiró hacia la puerta.

—Disponemos de cinco minutos. Siéntese y atienda. —Kang se desabrochó la chaqueta. Llevaba una pistolera de hombro con una nueve milímetros israelí. Vio que mis ojos arrojaban un rápido vistazo a la pistolera y volvían a su rostro—. En Manpo no encontrará el disciplinado rebaño de Pyongyang, inspector. Kanggye no está mal, pero cruce la línea y nadie se hará cargo. No les gusta que los desconocidos anden metiendo las narices por aquí. A veces esa gente desaparece. ¡Zas! Se esfuma. Nunca volvemos a encontrarlos. Ya he dejado de preocuparme. El año pasado perdí dos hombres. —Alcanzó un horario de trenes que estaba sobre el escritorio y lo estudió un momento—. Así que si se siente aludido, yo volvería a Pyongyang tan rápido como me lo permitieran esas piernecitas.

Me puse en pie, enfadado con Pak por haberme enviado allí, enfadado con Kang por jugar conmigo como si fuera un pez en un sedal, enfadado conmigo mismo por no estar tranquilamente sentado en mi despacho, dándole sorbos a una taza de té y dejando pasar los días.

—¿Por qué todo el mundo se mete con mis piernas? Tengo noticias para usted:

estas piernas se van a la calle a buscarme algo de comer. Ha sido un placer.

Cuando llegué a la puerta, Kang dijo en voz baja, apenas poco más que un susurro:

—Detrás de la pensión Manpo, el viernes al atardecer.

Seguí caminando. El jefe de estación dormitaba sobre un banco bajo un cartel que proclamaba algo sobre el espíritu de Kanggye. Se le había caído el sombrero y su cabeza reposaba sobre una mancha grasienta en la pared, el mismo punto sobre el que había dormido durante años, décadas quizá. Los carteles venían y se iban; él no parecía prestarles atención mientras pudiera roncar suavemente a la polvorienta luz de un día que todavía nadie había estropeado.

—¿Hay una cinta en esa cosa o solo está haciendo el paripé? —Señalé con un movimiento de la cabeza hacia la grabadora.

—No se preocupe por el aparato, amigo mío. —Los ojos del irlandés se abrieron enormemente con una sorpresa fingida—. ¿Tiene usted también la impresión, inspector, de que nos estamos haciendo amigos?

—Es el momento de hacer un descanso.

—Como quiera. Por el momento no ha habido desgaste de energía por mi parte. Yo solo estoy aquí sentado. Ni siquiera hay necesidad de tomar notas todavía. Solo está calentando, supongo. —Alisó el mantel que tenía enfrente. Los pajarillos ya no estaban tan alegres. Un par de ellos parecían ceder a la fatiga—. Ha mirado otra vez su reloj. ¿Está seguro de que no va a encontrarse con nadie? ¿Ninguna cita? Dígamelo, podemos darnos algo de prisa.

—No voy a ninguna parte, no hay nadie. Relájese, Richie. —Levanté el reloj—. No funciona, lleva dos meses sin hacerlo. Pero la gente se pone nerviosa si no llevas uno.

—Muy bien. Deje que descanse el motor un rato. Le diré la hora. —Señaló hacia el reloj de pared—. O mejor no nos preocupemos de eso. —Ahuecó la almohada que tenía detrás—. Este sillón es cómodo, seguramente mejor que la silla en la que está sentado. —Estaba a sus anchas, en absoluto cansado. Aquello era lo que se le daba bien: escuchar. Un oído abierto en el que se podía verter toda una vida de pensamientos nunca verbalizados. Me contuve. Nadie escuchaba así: era una ilusión.

—¿Qué? —Estaba absorto y no había oído su último comentario.

—Decía que soy todo oídos, inspector. Estoy preparado; cuando quiera.

—Le gusta escuchar, ¿no es así, Richie?

—Es lo más maravilloso del mundo, escuchar hablar a las personas.

—Quizá en su mundo.

—¿Y en el suyo?

—Escuchar es el yunque que forja la espada, el fuego que funde el plomo para la bala. Escuchar es el tiempo para recuperarse, para pensar una estrategia, para planear el ataque. Si escuchas a alguien con la suficiente atención, descubrirás sus puntos débiles. Es la brújula del mapa del asesinato. La gente habla, pero nadie quiere decir nada porque alguien podría escuchar.

—Diablos, inspector, está usted poniéndose serio.

—Escuche con atención, irlandés, puede que yo encuentre una voz que no sabíamos que tenía.

Parecía triste, como si algo en su interior hubiera llegado hasta sus límites. Podía ver que estaba incómodo. Trató de sacudirse el sentimiento, se aclaró la garganta y se



pasó la mano por el pelo, solo para ganar un segundo. No era suficiente, así que tosió y miró el reloj. Cruzó los brazos por encima del pecho.

—Proceda como quiera, inspector.

—Simplemente haga como si no me hubiera oído decir eso. No busco simpatía.

—No se preocupe. —Asintió y supe que había encontrado su lugar de nuevo—. No pretendo profesarle ninguna. Decía que Pak le dijo que fuera a Manpo. Es curioso que hiciera eso. Hace que me pregunte cosas. ¿Por qué lo enviaría a usted a los brazos de Kang?

—Pak pasó la mayor parte de sus días intentando mantenerme alejado de problemas, de una manera o de otra. Siempre me ha resultado fácil cruzar la línea, la mitad del tiempo ni siquiera sé dónde está. La otra mitad, me es igual. En cualquier caso, Pak no quería que me transfirieran. Estábamos a gusto: una comisaría cómoda, pasábamos los días plácidamente. Pak se tomaba su trabajo en serio, me cuidaba. Simplemente él era así. Yo habría hecho lo mismo por él. —Hice una pausa—. Debería haberlo hecho.

El irlandés encendió un cigarro, lo miró con repugnancia y lo apagó.

—Debería haberlo hecho. Otra manera de decir «no lo hice». —Le dio un golpecito a la grabadora—. ¿Está preparado? Claro y despacito. Mantenga el volumen, ¿de acuerdo?

—Que le den a todas las máquinas, Richie. ¿Hay botones en esa cosa para el sarcasmo, la ironía o lo indecible? ¿Hacen máquinas así en occidente? Nosotros no. Todavía nos servimos exclusivamente de la voz en esos casos en los que las palabras son incapaces de salvar la brecha de la comunicación.

—Ahora sí que me está rompiendo el corazón, inspector. ¿Podemos continuar donde lo dejamos?

## TERCERA PARTE

Una carretera de montaña recorre  
el riachuelo donde descansábamos.  
Escuchando al viento entre los alerces,  
me pregunto si el verano  
aún perdura en Manpo.

—Kim Yun Sook (1799–1835).

A las tres de la mañana, el andén de la estación de Manpo está repleto de personas, pero inquietantemente silencioso puesto que ninguna de ellas habla. Cuando se mueven no se diferencian demasiado de la niebla que flota alrededor de las bombillas desnudas que parpadean en el bajo techo de madera. Era agosto, pero hacía más frío que en Kanggye y yo no llevaba la ropa adecuada. Quizá pudiera encontrar una chaqueta en lo que quedaba de mañana, pero por el momento necesitaba un lugar donde alojarme y algo para cenar. Llevaba conmigo un par de cupones de alimentación, algo de mugrienta moneda china y alrededor de cien dólares americanos arrugados, aunque a aquellas horas de la madrugada no era probable que hubiera nada abierto.

Atravesé como pude la multitud y salí a la plaza que había enfrente de la estación. No esperaba encontrar nada, y así fue; ya no quedaba ningún vendedor ambulante. Oí una vocecilla detrás de mí que procedía de la oscuridad: «¿Quiere una chica?». En Pyongyang, habría agarrado a esa voz por la garganta y la habría empujado contra la pared. Si había algo que no permitía en mi sector eran los chulos al aire libre. En los clubes u hoteles yo no podía hacer nada, marqué el límite a pie de calle, y tras un par de meses, casi todo el mundo se había dado por enterado. De vez en cuando llegaba alguien de fuera que no conocía las reglas, pero o las aprendía o se iba danzando a otra zona de la ciudad. Ahí, sin embargo, yo no tenía jurisdicción alguna. Me volví lentamente. La voz pertenecía a un anciano. Las mangas de su camisa eran demasiado largas para sus brazos, mientras que sus pantalones le quedaban cortos y la cintura, demasiado ancha, estaba firmemente asegurada por una cuerda que hacía las veces de cinturón. Cuando alzó las manos (un gesto que significaba que venía en son de paz), vi que sus dos mangas estaban rotas a la altura de los codos. Dejó caer las manos a ambos lados, se agarró el cinturón con los pulgares y sonrió. Me quedé estupefacto al ver que conservaba todos los dientes.

—Chicas guapas. —Volvió a sonreír, sin malicia o lascivia alguna, solo a modo de amigable observación.

—Abuelo, quiero un lugar donde alojarme y algo para cenar. —Él continuaba sonriendo.

—Como todos, amigo mío. Como todos. —Se quedó en silencio. Cuando se giró levemente pude ver que, pese a los rotos en los codos, su camisa estaba nueva y recién planchada, sin una sola arruga, y en el pecho llevaba una insignia: un retrato redondo de Kim Il Sung. Era, quizá, de hacía veinticinco o treinta años, del tipo que solían llevar los altos mandos.

—Cómo han decaído los poderosos. —Me observaba de cerca, ya sin necesidad de su inquebrantable sonrisa, que se había desvanecido hacía rato. La mayoría de la

gente sonrío enseguida a los extraños y después se olvida.

A medida que la niebla se hacía más densa el aire se iba volviendo desagradable. Lo que cruzó mi mente en aquel momento fue que estar ahí parado con aquella humedad, manteniendo una conversación con aquel anciano, no era lo que quería a aquellas horas de la mañana, pero, a pesar de ello, había algo hipnótico en él. Se lanzó una mirada a la insignia y después a mí.

—El sol sale y se pone. Es solo a mediodía que parece brillar más —dijo, y emitió un ligero gruñido—. Y aun así, ahora mismo está muy oscuro. —En un abrir y cerrar de ojos, la sonrisa abandonó sus labios y su cara se convirtió en la viva imagen de la indiferencia. Se tornó demasiado inexpresiva demasiado rápido. Sentí que se me encogía el estómago. Él miró detrás de mí—. No hay muchas tiendas abiertas a estas horas, pero conozco un restaurante. Unas pocas rusas, unas pocas chinas... Tendrá que invitarlas a tomar algo. Si le apetece, después de eso, quizá encuentre un lugar donde alojarse.

—No, gracias. Demasiado complicado. Caminaré un rato.

—No se lo aconsejaría. —Ya no se veía delgado ni anciano. Algo sombrío lo recorrió, como si recordara de repente un tiempo en el que lo obedecían inmediatamente y sin preguntas—. Esto no es Pyongyang. —Cuando mencionó aquella última palabra, sentí que me estallaba la nuca, la luz de detrás del anciano se volvió roja y me fallaron las piernas. La rodilla izquierda fue la primera en doblarse y supe que, como de costumbre, me lesionaría la espalda. Mientras me desplomaba en el suelo, me pregunté si habría algo de té allá donde iba, y acto seguido caí inconsciente.

Sabía que estaba en una cama. Estaba bastante seguro de que no había pasado demasiado tiempo. No sabía ni mi nombre ni por qué olía a perfume. Si no abría los ojos no tendría que averiguar ni dónde estaba, ni por qué. Pero si no abría los ojos, el perfume se esfumaría para siempre.

En la habitación había una lámpara. La bombilla emitía una luz tenue y amarillenta que no alumbraba demasiado. El perfume era una mujer sentada en una silla inclinada sobre la pared. No parecía coreana, casi ni siquiera asiática. Tenía los ojos cerrados y bien podría haber estado dormida, pero estaba fumando. Un cigarrillo ruso. Tenía el pelo largo y negro y llevaba una blusa blanca con brillantes botones azules. Los botones me molestaban y también el cigarro. Pero no el perfume. Era como estar sentado en un prado contemplando hileras de montañas adormecidas por el alba. Emití un gruñido, recordando cómo había llegado hasta allí. Un amanecer, en el que esperaba a un coche negro procedente del sur.

—Bien, está vivo. —La mujer se incorporó de la silla y abrió los ojos. Eran unos ojos asiáticos, pero del oeste. Incluso en la penumbra de la habitación eran vivos y despedían más luz que la lámpara de al lado de la cama. Por un momento pude ver estepas y mongoles montados en ponis, cruzando aldeas, y sangre y llamas. Después me di cuenta de que no tenía puesta la camisa, y me cubrí con la manta.

—¿A usted también se le ha movido el suelo? —lancé yo al aire.

—Hemingway —dijo ella. Una sola palabra, pero se tomó su tiempo para decirla. Su voz era como lo que yo recordaba de Budapest: miel sobre pan recién hecho—, suena bien. Pero no se eche flores, solo le quité la camisa porque cuando se cayó, aterrizó en algo no demasiado agradable. No es bueno para el negocio que la cama huelga a alcantarilla. —Me pregunté si me habría golpeado la cabeza más fuerte de lo que pensaba: un momento parecía asiática, al siguiente no.

Reparé en que había una taza de té en la mesilla que había a su lado. Ella observó cómo me relamía.

—Lo siento, el fogón está estropeado y hasta mañana por la mañana no tendré carbón para la chimenea. Todo lo que tengo es cerveza y pan negro de centeno con mermelada.

—¿No tiene miel? ¿Un chorrito de vodka, quizá? —Cerveza y mermelada. Me estremecí, y no a causa del frío.

—Mermelada —repitió ella, de manera irritante. Yo no dije nada, de modo que se encogió de hombros. Es algo que la gente hace y no tiene demasiado significado, pero el modo en que se movían sus hombros hacía que uno prestara atención—. Sírvase usted mismo. —Dio una profunda calada al cigarrillo y recorrió la habitación lentamente con la mirada. Aquel era su ejercicio físico, como dar un paseo por el

parque. Yo podía sentir cómo me quedaba sin aliento mientras esperaba a que ella exhalara el humo. No tenía prisa. Cuando sus ojos se volvieron a posar sobre mí, formó un círculo perfecto con sus labios y expulsó el humo poco a poco—. Me llamo Elena. Mi padre era finlandés. Mi madre, china. Ojalá estuviese en Finlandia, pero no lo estoy. Estoy en esta apestosa ciudad. —Hablaban en ruso. Aún olía a gloria bendita.

—En primer lugar... —mi cabeza se aclaraba a medida que me concentraba en cada uno de los objetos de la habitación: la cama, la silla, la mesilla, la lámpara—. Le agradecería que pudiera devolverme la camisa. —Me arrojé con la manta hasta la barbilla—. Supongo que la ha puesto a lavar.

Ella no movió ni un músculo.

—En segundo lugar, me encanta su perfume, pero lo sofoca el humo del tabaco.

Ella hizo un puchero seductor, pero de algún modo no parecía una dama de compañía.

—¿Había pedido una habitación para no fumadores, quizá? Permita que compruebe su reserva.

Yo estaba determinado a no dejar que sus labios me distrajeran.

—Y en tercer lugar, ¿quién es el abuelo, por qué me trajo hasta aquí y qué hora es?

—¿No va a decirme su nombre?

—¿Para qué?

—Yo le he dicho el mío. —Se apoyó en la pared nuevamente con el cigarro colgado de los dedos. Tenía las uñas pintadas de un rojo brillante y no llevaba zapatos, pero su falda era tan larga que solo podía verle las puntas de los pies.

—Su blusa...

Suspiró.

—¿Sí?

—¿Es finlandesa?

—¿Por qué lo pregunta, es que quiere que me la quite para averiguarlo? —dijo ella, apenas conteniendo el desprecio de su voz.

—No, es por los botones. Son azules.

—Sí, como el lago junto a la ciudad donde yo crecí.

—Azules como el lago Keitele —dije sin detenerme, y ella estuvo a punto de saltar de la silla. Me di cuenta de que había dado en la diana totalmente sin proponérmelo. Ni siquiera era esa mi intención—. ¿Sorprendida? —Traté de sonreír, pero eso hacía que me doliera la cabeza—. No se preocupe, no he consultado su expediente. Hace algunos años, en un bar de Pyongyang, tuve una conversación con un hombre de negocios finlandés. Él estaba borracho y me contó cosas sobre su país. Un hombre extraño. Dijo que quería ser inspector de policía pero tenía una lesión en la rodilla, de modo que se hizo vendedor. De aparatos electrónicos, de cosméticos, no lo sé. Yo no pregunté y él no concretó. Me mostró un pequeño libro de pinturas paisajísticas de pintores finlandeses que solía llevar siempre encima para no añorar su

patria. Uno de los paisajes era un lugar llamado lago Keitele, de un azul hermosísimo, sereno pero gélido al mismo tiempo. En ese momento decidí que algún día visitaría aquel lugar.

Ella se había recostado de nuevo en la silla.

—¿Sabe muchas cosas de Finlandia?

—Aparte del vodka, los botones azules y las pinturas de lagos de ese mismo color, no mucho. He oído que los bosques allí son inmensos. En verano, cuando el viento susurra entre las hojas de los árboles, dicen que suena como cien cascadas lejanas. —Me apeteció apurar mi suerte—. ¿Su padre era de los alrededores del lago Keitele?

—Así es. Se suicidó ahogándose en él en su septuagésimo quinto cumpleaños.

De nuevo de lleno en la diana, solo que aquella vez habría preferido no acertar. Debí de empalidecer.

—No se preocupe —dijo ella—. Solía decirnos que lo haría, así que no le sorprendió a nadie. Mi hermana me escribió y me dijo que un día nuestro padre anunció que se había cansado de envejecer, terminó su café y salió de casa. Hacía un buen día, era verano. El lago debía de estar muy azul.

Mientras ella hablaba, yo no dejaba de rastrear mi cabeza desesperadamente en busca de un modo de salir de aquella conversación.

—El pan podría hacerme bien, después de todo. —Fue todo lo que pude encontrar—. ¿La mermelada es de arándanos?

—Se supone que es de su monte Paektu, muy dulce. Su ruso no está mal. No hay demasiada gente que pueda cambiar de tema con tanta suavidad en una lengua extranjera.

Se levantó. Era alta. Intenté imaginar cómo su padre, el taciturno finlandés, había ido a parar a China. Debió de aterrizar en el nordeste; ninguna mujer sureña le habría dado una hija como aquella. Después de que cerrara la puerta, aparté enérgicamente la manta a un lado. Supe que era un error tan pronto como lo hice: noté un fuerte dolor en la espalda. Había sufrido un desgarro. Siempre que me golpeaba la cabeza me caía hacia la izquierda; Pak se quejaba de que yo era el único de la unidad que necesitaba tres días adicionales para recuperarse de haber sido noqueado. Los mareos desaparecían, siempre lo hacían, pero la espalda se resentía. Lo que supondría recorrer Manpo cojeando, incluso si era obvio que no era un lugar en el que conviniera que lo identificaran a uno como un animal herido.

Caminé arrastrando los pies hasta la ventana. El cielo no mostraba indicios del amanecer, así que supuse que solo llevaba allí unas pocas horas. Estaba en el tercer piso. A la luz de la luna podía ver que estábamos en un viejo edificio de madera. La última vez que lo habían pintado había sido de blanco. No oí la puerta abrirse tras de mí, lo cual fue sorprendente, ya que en viejos edificios como aquel, las puertas suelen atascarse. Es fácil de arreglar, pero nadie se toma la molestia.

—¿Quiere que cierre los ojos mientras vuelve a la cama? —Elena traía dos

rebanadas de pan negro de centeno en una bandeja, cada una de ellas junto a una cucharada de mermelada—. Su camisa no estará seca hasta dentro de un rato. Y después habrá que plancharla. La muchacha que se ocupa de eso nunca llega antes de las ocho.

Hacía frío y dentro de mi cabeza había un pequeño martillo que me estaba golpeando el cerebro. Dejé la bandeja sobre la cama y después se trasladó a la silla. No me miró. Ella no había hecho nada malo, pero de repente no me gustaban ni ella ni el alojamiento.

—No tiene que sentarse a vigilarme. No me voy a ir a ningún sitio sin mi camisa.

—Esta es mi habitación. No tengo otro sitio adonde ir. Créame, vigilarlo no es el paraíso. Cuando estoy sola puedo imaginar que estoy en cualquier otro sitio; con usted aquí no puedo olvidar que estoy en esta tierra dejada de la mano de Dios.

—Tampoco es para tanto. —Mi dolor de cabeza empeoraba, y eso me hacía contradecir cualquier cosa que ella dijera—. Pyongyang es un lugar tranquilo. Los parques y los árboles le dan un halo de somnolencia, especialmente en verano. Se puede oír el timbre del tranvía por la mañana, y el río resplandece los días soleados. Desde lo alto de la torre Juche se puede ver la ciudad entera, extendida como una aldea en miniatura en un museo.

—Cielos, ¿qué es usted, un anuncio de viajes? ¿Sabe lo que está diciendo? ¿Ha estado alguna vez en algún lugar real?

—¿Real? —Olvidé mi dolor de cabeza—. ¿Real? —Regresé a la cama. A cada paso que daba, la espalda me daba punzadas de dolor. Era todo lo que podía hacer para no arrastrar la pierna, pero no iba a darle esa satisfacción. Al infierno con sus ojos.

—Sí, donde haya restaurantes reales, edificios reales, personas reales.

—Entonces... ¿nosotros no somos reales? —Meterme en la cama fue una tortura. ¿Cómo iba a elevar las piernas del suelo sin gemir como un buey?—. Si es esa la imagen fantástica que le damos, le ruego disculpas. Qué grosero por nuestra parte no parecer humanos a alguien como usted. —Vi que su cuerpo se tensaba. Bien. Proseguí con el ataque—. Somos reales, todos y cada uno de nosotros. No lo olvide. Y sí, he estado en el extranjero. Algunas cosas están bien, otras no lo están tanto, igual que aquí. Nada es perfecto. Este país dejado de la mano de Dios, como usted lo llama, es donde vivo. Es mi hogar. La pequeña habitación que tengo es donde encuentro cobijo por la noche, ante las tormentas del día. Puede que un finlandés la considerase demasiado pequeña, mal amueblada, escasa de madera dorada y muebles relucientes. Pero a mí me gusta como está. —Mi tono se elevó un poco al final, cuando me volví a dejar caer en la almohada. Me venía bien sentir aquel enfado: tenía la medida justa para sobrepasar el dolor que casi me estranguló cuando recordé, demasiado tarde, que debía recostarme de lado.

—Y ahora usted está furioso conmigo. ¿Por qué se enfadan tan rápido los coreanos?



—No nos enfadamos rápido. Es solo que no escondemos lo que sentimos. —  
Cerré los ojos—. Puede que no siempre se sepa lo que está pensando un coreano,  
pero se sabe perfectamente lo que siente. Si algo somos, es melancólicos, más que  
irascibles. Escuche nuestras canciones, siempre anhelamos algo.

—Los rusos son así. Melancólicos.

—Cualquier país que hubiese dado a luz a Stalin tendría derecho a ser  
melancólico.

—¿Y su país no lo es?

—Se lo acabo de decir, somos melancólicos, pero lo llevamos en la sangre, no  
tiene nada que ver con ningún líder. Se remonta a mucho antes. Quizá sea por las  
montañas. Si uno no puede mirar más allá del horizonte, si siempre tiene una  
montaña frente a sí, se vuelve melancólico.

—Los suizos tienen muchas montañas.

—Lo sé, he estado allí. Si he de darle mi opinión, ellos son fríos, no  
melancólicos. Para ser melancólico, uno ha de tener sangre en las venas. ¿Les ha oído  
alguna vez cantar a la tirolesa? Demonios, cómo me deprime.

Suspiró.

—¿Por qué no dejamos de hablar? Es demasiado difícil encontrar un tema en el  
que estemos de acuerdo. El silencio le hará bien.

Abrí los ojos y miré aquellos botones azules.

—Estoy seguro de que puede encontrar otra cama. —Era lo más desagradable que  
podía decir y lo dije en un tono desagradable, algo que resulta fácil cuando uno está  
cansado y dolorido por haber recibido un golpe en la cabeza de manera innecesaria.

Su rostro no la delató, pero su voz había cambiado, era mucho menos melosa, y  
no solo porque hubiese cambiado al mandarín que aprendió de su madre cuando era  
pequeña.

—Como le he dicho, desearía estar en mi país, pero no lo estoy. Estoy aquí. Lo  
que no le he dicho es que desprecio este lugar. Desprecio este país y lo desprecio a  
usted. Esta habitación. —Miró a su alrededor, como si estuviese observando un  
campo de batalla—. Esta habitación es todo lo que tengo. Así que puede comerse el  
pan o atragantarse con él. —Terminó en una lengua que no reconocí. Volvió al ruso  
—. Eso era finés. Una lengua de bosques inmensos y lagos tan azules que sientes que  
es imposible ahogarse en ellos. —Sonrió forzosamente—. Y lo que acabo de decir es:  
«Me trae totalmente sin cuidado», solo que no de una manera tan educada. Buenas  
noches, inspector. —Encendió otro cigarrillo y exhaló el humo cuidadosamente hacia  
donde yo estaba.

Comencé a preguntarme por qué todo el mundo me llamaba inspector, pero  
entonces cerré los ojos de nuevo y me dormí.

—¿Por qué se enfadan tan rápido los coreanos? —se rió Richie—. Buena pregunta.

—No si viene de un irlandés —repliqué con suavidad.

—De nuevo ese tono suave suyo, inspector. Vamos, estamos solos, puede rugirme si quiere. Suelte un poco de humo.

—Le contaré una historia, Richie. Tómela como lo que es. Un día iba conduciendo carretera abajo en el campo y vi a una anciana sentada en la falda de una colina, sobre una roca. Frente a ella había una niña. La niña estaba de pie, con la cabeza agachada, sollozando. Se volvió y caminó hacia un campo que estaba vacío, como si quisiera desaparecer dentro de la misma tierra. ¿Por qué, Richie?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué querría nadie hacer tan infeliz a una niña? ¿Por qué iba a querer alguien que ya ha vivido toda su vida hundir a una niña en la miseria? ¿Cuál cree que podría ser la razón?

El irlandés se encorvó y posó las manos sobre las rodillas.

—Esas cosas pasan a veces.

—No, no de aquella manera. Aquello no era una regañina. No era una lección. Era destrucción, una bomba en una casa de muñecas. Aquella niña no tenía adónde ir. Para ella ya no existían ni la luz del sol ni el canto de los pájaros: todo lo que podían ver sus ojos era desolación y dolor. Se podía ver que se había derrumbado. No creo que consiguiera nunca recomponerse. Richie, escúcheme. Aquella niña ya no tenía nada a lo que aferrarse: ni mañanas, ni esperanzas. En realidad no estaba llorando. Las lágrimas son cosa de vivos. Caminaba campo adentro como si ya estuviese muerta.

—Inspector —se había quedado blanco—, los niños son así. Se derrumban y luego vuelven a dar brincos.

—No ha respondido a mi pregunta, Richie. ¿Por qué iba la anciana a querer destruir a aquella niña?

—¿Cómo iba a saberlo? Yo no estaba allí.

—¿Ve? No puede concebir que haya sido sin ninguna razón. ¿Y sabe lo que es aún peor? Que es incapaz de comprenderlo. Así que no me hable de enfados.

Cuando desperté el sol se filtraba por la ventana. Las cortinas habían desaparecido hacía tiempo, pero la barra seguía allí, como esperando que volviesen los buenos tiempos. La bandeja con el pan estaba en el suelo. No había rastro de la mujer, su perfume, o mi camisa. Tenía que encontrar la pensión Manpo. Necesitaba comprar una chaqueta y necesitaba algo de té. Me volví a acercarme a la ventana, cojeando. A juzgar por el sonido de un silbato ferroviario y el estruendo de una locomotora, no estaba demasiado lejos de una estación de clasificación. Es más, parecía estar bastante cerca. A la derecha había una hilera de montañas. El río estaba próximo: podía sentir su olor en la brisa matutina. Probablemente debía empezar por ahí, pero qué había de empezar era algo que desconocía. Con un poco de suerte, Pak me haría llegar un mensaje en el que me explicaría por qué estaba ahí con la cabeza a punto de reventar y la espalda dolorida en lugar de estar en Pyongyang. Sabía que en Pyongyang las cosas no siempre tenían sentido, pero al menos allí no dejaba que eso me preocupara.

Me quedé dormido de nuevo y esa vez, cuando desperté, mi camisa estaba doblada sobre la silla. En el bolsillo había una nota escrita en ruso: «Puede que volvamos a vernos, inspector». No estaba firmada, pero parecía su letra, y el rastro de perfume fue suficiente para hacerme doblar el papel y devolverlo al bolsillo.

En el primer piso el empleado me miró sospechosamente.

—¿Ya deja la habitación?

—No recuerdo haberla reservado, pero puede que necesite una para esta noche.

—No me queda ninguna.

—Pero si está vacío.

—Sí, ¿y? —Vi que abría un cajón tras el mostrador con la mano que tenía libre, mientras que con el lápiz de la mano izquierda golpeaba la revista que había estado leyendo.

—Nada. De todos modos, esto no me llega ni a la suela de los zapatos. Hay migas de pan por el suelo; atraen a las cucarachas.

—Bueno —dijo él—, no es el Ritz.

—¿Y qué sabrá usted del Ritz, amigo mío?

—¿Qué carajo pasa con ustedes? ¿Es que los de Pyongyang se creen que son los únicos en conocer mundo y que el resto somos una panda de paletos? Ya es hora de que se vaya. Tengo trabajo que hacer.

—Una ciudad acogedora. ¿Quién dice que sea de Pyongyang, en cualquier caso?

Comenzó a hojear la revista.

—La puerta está detrás de usted, y tras ella está la calle. Tenga cuidado al caminar, los todoterrenos son letales.

—Solo una cosa más. —Pensé que si quería deshacerse de mí con tanta urgencia, quizá respondería a una simple pregunta—. ¿Dónde puedo encontrar un restaurante?

Ni siquiera levantó la vista.

—Es demasiado temprano. Hay montones de vendedores ambulantes. Aceptan moneda extranjera, no esa porquería de cupones de alimentación.

—Una cosa más: ¿dónde está la pensión Manpo?

Eché un vistazo rápido al cajón, que todavía estaba abierto, y después cerró la revista y se examinó los dedos. Como no me movía, miró detrás de mí.

—Como ya le he dicho: la puerta.

Mientras salía a la calle, me di un instante la vuelta para comprobar si el recepcionista estaba utilizando el teléfono. No estaba haciéndolo. Toda su atención se centraba de nuevo en la revista. Un cartel sobre la puerta rezaba: «Nueva Pensión Manpo».

En aquella época del año todavía faltaban quince horas para la puesta de sol, cuando se suponía que me encontraría con Kang. Era probable que ya estuviera ahí. En coche seguramente se tardara menos que en tren, por malas que fueran las carreteras. Mierda, por lo que sabía, era Kang quien me había planchado la camisa. Me preguntaba si Elena trabajaría para él.

Las calles ya estaban abarrotadas de tráfico, principalmente pequeños camiones. Todos se dirigían hacia un área a una cierta distancia, al otro lado de la estación de tren. La ciudad tenía un trazado particular, que la hacía parecer dividida en dos. La pensión se encontraba en una sección degradada, los típicos edificios destartados en callejas estrechas que se disuelven en callejones aún más angostos. En la calle principal había unos pocos árboles altos, un edificio que tenía el aspecto de una delegación local del partido y, más allá, una nave enorme con un tejado metálico lleno de herrumbre que se combaba exageradamente en el centro y que tenía todo el aspecto de irse a derrumbar en cualquier momento, aunque probablemente no lo haría. En la otra dirección, a unos doscientos metros de ese lado de la estación de tren, había una edificación de madera de una altura. Se erguía casi en soledad, apartada. No tenía ventanas en su parte frontal, un muro liso en mitad de la calle, con cuatro peldaños de madera que sobresalían hasta donde empezaba el tráfico. El edificio debía de llevar ahí mucho tiempo, incluso desde antes de que se hubiera construido la carretera, quizás antes de que los japoneses se hicieran con el poder, pero no más que las colinas, a las que estaba orientada su parte trasera. Más allá del vetusto edificio había un descampado en el que se había establecido un mercado, y algunos árboles más.

Caminando hacia la nueva sección, pude comprobar que había sido trazada cuidadosamente, si bien no por alguien que hubiera estudiado urbanismo. Cada detalle obedecía a un único imperativo: estaba pensado para ser tremendamente práctico, y lo era. Cinco calles estrechas, todas un cúmulo de porquería, daban a una rotonda. Las carreteras obedecían a hileras de almacenes y otras muchas

construcciones bajas que no acertaba a identificar desde donde me encontraba. Solo una vía, una carretera de dos carriles, servía de salida. Para llegar a ella, los camiones tenían que parar en una estación de vigilancia que estaba en el centro de la rotonda. Ya había una cola de camiones esperando. A medida que iban parando, los conductores salían para que se comprobase su documentación y se inspeccionase su mercancía. No parecía una comprobación rápida, tampoco. Cada conductor desaparecía por algunos minutos en un cuartel. No se hacía ningún ademán de orillar los camiones: permanecían ahí bloqueando la circulación hasta que reaparecían sus conductores. A ningún camión se le hacían señas para que continuara. Aquello significaba que todos los sobornos se pagaban en el interior, donde se registraban, se reconocían y se hacían pagar con una disciplina impecable que hacía que todo aquello funcionara como un reloj.

No había ningún uniforme a la vista en el punto de control: los guardias, corpulentos y anchos de hombros, iban todos vestidos de paisano. Ninguno se encorvaba lo más mínimo. Su estación de vigilancia no era la típica garita: de dos plantas y sólidamente construida, poseía unos ventanales que la rodeaban (de manera que quienquiera que estuviera en su interior disfrutaba de una visión de 360 grados) y un tejado de azulejo azul con antenas de radio en la cumbre. Dos hileras de abetos se extendían a cada lado del camino que conducía a la puerta delantera. Alguien pensó que aquella actividad estaría en funcionamiento durante mucho tiempo.

Me crucé con dos mujeres en el arcén de la carretera. Una llevaba una blusa verde pálido de manga larga con el cuello de raso y unos pantalones blancos que quedaban a ras de las botas de tacón de aguja, que eran de piel marrón. La otra vestía con más sencillez, con una blusa de seda blanca y unos pantalones negros que remataban en unos lazos. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo de color azul oscuro con unas flores de un rojo intenso unidas por una cadenita de oro. Sus botas eran de ante. No era el tipo de ropa que se veía en Pyongyang, no el de la gente que yo veía en la calle, al menos. Pero más que lo que llevaban, lo que me llamó la atención fue cómo se movían. En Pyongyang la gente se mueve con un aire intencionado, balanceando las piernas y dejando oscilar los brazos para proyectar su energía en ir a alguna parte. Esas mujeres caminaban con una indiferencia que no había visto nunca, ligeramente echadas hacia atrás desde la cintura, de manera que parecen andar guiadas por las caderas. Caminaban sin esfuerzo. Apenas movían los hombros, y sus largas piernas se alternaban tan lentamente que uno podía imaginarse que en realidad lo que se movía era el paisaje de detrás, como en los teatrillos. Me detuve y observé a los otros peatones. No había zapatillas deportivas, ni botas de plástico, ni calzado de tela. Solo cuero. No había niños, ni chicas que fueran de la mano, ni chavales persiguiéndose por las calles. Entonces me di cuenta. Nadie había nacido ahí. Nadie llamaba hogar a aquel lugar.

Un todoterreno pasó junto a mí rugiendo, un todoterreno militar camino de la estación de vigilancia. Pasó tan cerca de mí que pude ver los ojos del conductor

reflejados en el espejo retrovisor. No llevaba matrícula en la parte de atrás. El copiloto llevaba un rastreador de radio de fabricación china. Tenía que hablar con Pak.

Cuando el todoterreno estuvo a unos diez metros de mí, el parabrisas estalló en mil pedazos de un tiro. Fue un tiro pesado, como perezoso, como si la persona que había estado esperando para accionar el gatillo no tuviera ninguna prisa y no le importara escapar. El todoterreno dio un viraje brusco, por poco no se lleva por delante una cuadrilla de obreros que trabajaba en el arcén, y acabó empotrándose contra un alerce a gran velocidad. La cuadrilla no se detuvo. Nadie se movía en el vehículo.

—Demos una vuelta. —Alguien me agarró por el brazo. Sabía que era Kang, aunque llevaba una vieja gorra marrón y gafas oscuras—. Debería haberse quedado en la cama. —Redució la velocidad cuando vio que yo cojeaba.

—¿Adónde vamos?

—Simplemente damos un agradable paseo hasta la estación de tren.

—Gracias, pero no pienso coger ningún tren en una temporada.

—¿Quiere usted té o no?

—¿Qué ha sido lo del todoterreno?

—Un accidente: demasiada velocidad, poca visibilidad y la carretera es resbaladiza.

—Disparos.

—¿De veras? ¿En Manpo?

—¿Amigos suyos?

—Mis amigos no van en todoterreno. Ni tampoco usan rastreadores chinos. Los modelos checos son mucho mejores.

Torcimos la esquina justo cuando el tanque de combustible del todoterreno se prendía fuego. Me giré para volver, pero Kang seguía asiéndome el brazo.

—Olvídelo, están todos muertos. No es una gran pérdida, créame.

El calor de la explosión y el hedor eran sofocantes.

—Es un comentario bastante cruel, cuando sus cuerpos están todavía...

—Calientes, sí, lo están. No se inquiete, inspector. Si estuviera usted en su lugar, ellos no se lo pensarían dos veces.

—Esto es una completa locura, Kang.

—No, esto es Manpo. —Aceleró un poco el ritmo—. Gracias por venir hasta aquí, a propósito.

—¿Cómo?

—Decía que gracias por venir hasta aquí.

—Pensé que me había aconsejado volver a Pyongyang. «Llévese sus piernecitas de vuelta a la capital», dijo.

—Se equivoca. Le pedí que viniera aquí.

—¿Ah, sí? Pensé que estaba aquí porque Pak me lo había ordenado. No me dijo

por qué, solo me ordenó que viniera aquí.

—¿Siempre hace lo que le manda? —No podría decir si era una burla o simplemente una pregunta—. Está aquí porque yo se lo pedí a Pak, y él a usted. —No tenía sentido. Pak no le haría un favor a Kang. Pese a que aún me preguntaba si Pak le habría informado de mi paradero en Kanggye.

Kang se quitó la gorra y las gafas oscuras.

—Es estúpido, pero el sombrero siempre los despista. Fue idea de Pak. —Me lanzó una mirada—. ¿Confuso?

No respondí. Trataba de imaginar cuál sería el siguiente paso.

—Pak no trabaja para mí. —Kang redujo temporalmente su velocidad para ajustarse al ritmo de mi cojera, pero no tardó en volver a acelerar. Quería salir de aquella calle—. No trabaja para mí, pero nos hacemos favores mutuamente de tanto en tanto. A él le gusta guardar las distancias, y se esfuerza por mantenerme alejado de sus inspectores. Por eso lo envió fuera de la ciudad. Por lo general suele salirle bien...

—Pero esta vez...

—Esta vez me debía un gran favor.

—Y ahí entro yo.

—Muy bien. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar.

—Ese no soy yo. Se ha equivocado de hombre, Kang.

—Apuesto a que no, inspector. Usted y yo vamos a establecer un pacto de asistencia mutua. Nada elaborado, solo algo rápido y sucio. Y para ello, vamos a tener que confiar el uno en el otro.

—Tengo que llamar a Pak.

—Lo siento, no es posible. Pak le dijo que permaneciera alejado de los teléfonos. En cualquier caso, no hay un solo teléfono en Manpo del que me fíe, ni siquiera el mío.

—Déjeme aclarar algo, Kang. No trabajo para usted. Y tampoco trabajo con usted. Soy un pobre y estúpido inspector de la Unidad 826 del Ministerio de Seguridad Pública.

—En ese caso, explíqueme: ¿por qué está a trescientos kilómetros de su jurisdicción, sin autoridad y en la frontera sin que nadie le eche un cable, sin una tapadera y ya con tres siguiéndole los talones?

—Estoy aquí porque Pak me dijo que saliera de la ciudad una vez oyó lo que usted y yo habíamos hablado. ¿Tres pisándome los talones? —Vencí la tentación de mirar tras de mí. ¿Pisándome los talones? No podía ser. ¿Quién disponía de aquel personal para ponerlo detrás de un desconocido inspector de policía? Me detuve para apoyarme contra un edificio y, un segundo después, me percaté de la respuesta. Seguridad Militar, ellos disponían de personal, y siempre trabajaban en equipos de tres.

—¿Se encuentra bien? —Kang miró a nuestro alrededor—. Sigamos andando. Y

no se preocupe: cuando el coche explotó dejaron de seguirlo. Seguramente estén buscando las botas de sus compañeros. Tras nuestra charla en lo alto de la torre le pedí a Pak si podía tomarlo a usted prestado por unos días.

—De modo que me envió fuera de la ciudad.

Kang sonrió.

—Me dijo que desapareciera. Hizo usted parte del camino con la encantadora señorita Chang y su amigo el coronel gruñón.

—¿Amigos suyos?

Kang me tiró del codo, lo suficiente para que hiciera una mueca de dolor.

—Tendrá que hacer algo con esa espalda. Quizá una buena sauna, pero no hay ninguna en este pueblo, ninguna que yo le recomiende, en cualquier caso. Después de que fuera a Kanggye llamé a Pak y reiteré mi petición.

—¿Y entonces es cuando me dijo que viniera a Manpo?

—Exacto.

—Pero usted le pidió que me lo dijera.

—Exacto.

—Pero no puedo llamarle para comprobarlo.

—Confianza, mi apreciado inspector. Sabía que se daría cuenta al final.

Cruzamos la línea divisoria, dejamos atrás la estación de tren y entonces Kang se detuvo en el estrecho edificio de madera. De cerca podía ver dónde habían estado las pequeñas ventanas redondas de la parte frontal. Las habían quitado: no es que las hubieran tapado, sino que las habían quitado, rellenándolas con tapas redondas hechas de troncos de árboles viejos. La puerta principal era sólida, de cinco planchas de roble juntas y con una cerradura nueva de gran tamaño.

Entramos y nos sentamos junto a una diminuta mesa de madera pegada a otras tres mesitas de un tipo de madera que no conseguí identificar. A menos que tuvieran en Manpo árboles que yo nunca había visto, la madera provenía de algún lugar lejano. No era de Siberia; de China, quizá, aunque nunca había trabajado demasiado con madera china. Había un jarrón con flores en cada mesa. Salió una chica de una sala trasera. Antes de cerrar la puerta tras de sí, pude ver que la sala estaba inundada de sol, que entraba a través de un ventanal que daba a las colinas. Otra puerta daba al exterior. Estaba abierta y por ella entraba la brisa, fresca, como si proviniera de otro lugar y no de aquel pueblo. La chica tenía una cara linda y casi sonrió cuando vio a Kang.

Los ojos de Kang escrutaron las paredes, y después el rodapié a lo largo del suelo. La chica lo miraba. No fue tanto un saludo con la cabeza lo que hizo como una inclinación para comprobar algo que le había parecido ver debajo de una mesa y que finalmente juzgó irrelevante.

—Café para mí. —Kang se volvió hacia ella, y en aquella ocasión no sonrió—. Y té para mi amigo.



—Confianza —dijo Kang—. Una cosa maravillosa, en dosis pequeñas. Usted confía en mí, y yo confío en usted.

—Y entonces me pone un cuchillo en las costillas.

Kang se me quedó mirando. El asombro debió de hacer aparición en su cara, solo que lo hizo demasiado rápido como para tener certeza de ello.

—Los cuchillos no son mi estilo, inspector. En cualquier caso, ahora mismo estamos en este adorable salón de té. —Se puso en pie y comenzó a examinar las flores de cada mesa. No había demasiadas, pero le daban un toque agradable. A Kang no parecía emocionarle la belleza de la escena. De manera absolutamente deliberada alzó cada jarrón, inspeccionó su base y después palpó sus contornos. Cuando dejaba un jarrón sobre la mesa colocaba las flores de nuevo.

La chica entró con un té y una taza de café. Me echó un vistazo, después otro a Kang; seguidamente anduvo unos pasos hacia el fondo de la sala, donde la esperaba un libro sobre el mostrador. Se recogió el cabello atrás en una coleta para mantenerlo apartado de los ojos, bebió un sorbo de té y abrió el libro apoyándolo sobre un cuenco relleno de piedras pulidas. Todo aquello formaba parte de su rutina: podría asegurar que lo hacía cada mañana. No puedo leer ni una palabra de francés, pero lo reconozco cuando lo veo. El título del lomo del libro estaba en francés.

—Bonito lugar —dije, e hice un gesto con la cabeza en dirección a la chica—. Muy culto.

Kang me dedicó una mirada desapasionada.

—Mi hija. Mi hija mayor. —La taza de té estaba a medio camino de mi boca. La posé lentamente, pero incluso así repiqueteó levemente al contacto con la mesa.

El rostro de Kang se encendió.

—¿Sorprendido?

—¿De que tenga una hija tan guapa?

—O de que esté aquí y no en la capital. —Kang se bebió su café de tres sorbos y se relamió los labios—. Es fuerte. Buena y fuerte. Como Dios manda.

—No hay demasiado café por aquí —dije con cautela.

—Se sorprendería, inspector. Este es un pueblo fronterizo. Muchas cosas aquí lo sorprenderían. En realidad, esto no es Manpo. Aquello está algo más abajo en la carretera. Está podrido también, pero no como esto. Esto es un nuevo pueblo: Sinmanpo. Y tiene mucha actividad.

—Nunca había oído hablar de él.

—No existe, oficialmente. No existe tal lugar en los registros de la administración. No hay presencia policial oficial. Todos quieren su parte de lo que aquí se cuece, especialmente el ejército. Cada agencia de seguridad está vigilando a

las demás para asegurarse de que nadie se aventaja demasiado. En lo que respecta a su ministerio, este lugar podría estar en la Luna. La policía regional es lo bastante lista como para no aventurarse a aparecer por aquí, incluso cuando suben en sus patrullas habituales hasta Manpo. Por eso las chicas con las botas de cuero son tan descaradas. No les preocupa la policía.

—¿Y en la estación de tren?

—Nadie mira a nadie. Es terreno neutral.

—Un buen lugar para vivir, supongo, mientras no entres en un todoterreno. —No sabía si Kang me diría por qué su hija estaba allí. Si era un asunto familiar, no era cosa mía. Si era un problema político, entonces sería cosa suya y yo prefería no saberlo.

—Ella solicitó venir aquí.

—¿Aquí? —Sentí una punzada en mi espalda y me acordé del viejo de la estación de tren.

Kang recorrió con su dedo el borde de su taza de café.

—Dijo que la vida en la capital era aburrida y demasiado política. Hace tres años, cuando pidieron voluntarios para abandonarla, ella se inscribió. No me pidió consejo, pero le dije que no lo hiciera. Dijo que era su decisión y añadió tajantemente que, en cualquier caso, era el deseo de la madre patria. ¿Sabe qué es lo más gracioso?

—Que hizo lo más conveniente.

Kang entrelazó los cuidados dedos de sus manos.

—Creo que me cae bien, inspector. Sí: se incluyó en mi expediente que, aunque soy un cuadro superior, ofrecí voluntariamente a mi hija para que abandonara las comodidades de Pyongyang por el rigor de la frontera. Por supuesto, mis enemigos dicen que fue mi manera de insultar...

—¿Se refiere al coronel Kim?

—Entre otros. Tiene que hacer cola, aunque le gustaría pensar que es el primero de la fila para pegarme el primer tiro.

—¿La ve a menudo, a su hija?

—No. Una, quizá dos veces al año. En realidad, parece que le va bien. —Hizo una pausa—. No sabrá cómo conseguir algún libro en francés, ¿verdad?

—Bonito lugar. —Observé la sala a mi alrededor—. Las flores le dan un toque agradable.

Kang asintió con la cabeza.

—Fueron idea mía. Le dije que las flores le darían un aire de cabaña de las montañas. Sobre todo esas minúsculas moradas. El morado relaja a la gente, no me pregunte por qué.

—¿Y qué me dice de las mesas?

—Me imaginé que preguntaría. Las hicieron con la madera de unos viejos cofres chinos. Quién sabe qué antigüedad tendrán... Una vez me dijeron que eran Ming —Kang se encogió de hombros—, pero lo dudo.

—Decía que necesitaba mi ayuda. Muy bien, ¿cómo?

—No estoy seguro. —Lo dijo con sencillez, como si fuera una respuesta natural a mi pregunta.

—¿Me arrastra hasta aquí arriba y no está seguro? ¿Está usted loco? Anoche me dejaron sin conocimiento, la espalda me está matando y casi me ametrallan hace un minuto. Si no renqueara, no estaría ahora aquí.

—Iba a pedirle disculpas por lo de anoche. Pero si le he salvado la vida hoy, me guardaré el sentimiento para otra ocasión.

—¿Usted me golpeó en la cabeza? Está loco.

—No, yo no. Estaba usted discutiendo enfrente de la estación, y eso estaba llamando la atención. Un minuto más y algún gorila de los de seguridad habría aparecido y comenzado a hacer preguntas. Tenía que llevarlo a la pensión Manpo.

—El cartel de fuera dice «Nueva Pensión Manpo».

—¿Ah, sí? Me lo apuntaré. El caso es que no estaba usted captando el mensaje del viejo. —Ausente, Kang volvió a arreglar las flores del jarrón—. De modo que uno de los míos tuvo que improvisar. No es que hayamos tenido tiempo para planearlo todo hasta el mínimo detalle, precisamente. Ya se lo dije en Kanggye: he perdido hombres aquí arriba. Eso significa que ando escaso de personal. Necesitaba a alguien que no estuviera fichado. Usted es inteligente. He hecho comprobaciones. En caso de que no se haya dado cuenta todavía, he estado vigilándolo, inspector. Una buena temporada.

Se oyó pasar un todoterreno apresuradamente y hubo unos gritos airados en el exterior. Kang se levantó de la mesa de un salto.

—Hora de marcharse.

—Mi té. —Señalé la taza aún llena.

—No se preocupe, hay mucho por aquí. —Kang me cogió del brazo y tiró de mí hacia la puerta con una mano, desabrochando con la otra la pistola que llevaba al hombro. Cuando salíamos a la calle se produjo un tiro de pistola proveniente de la pensión Manpo. Kang se detuvo un instante, y luego volvió a enfundarse la pistola—. Tengo un recado que hacer. Fisgonee por aquí, hágase una idea del lugar y trace una vía de escape por si fuera necesario.

—¿Por si fuera necesario qué?

—Ya vio lo que le sucedió al todoterreno. Por el momento no tenemos ningún problema, pero lo han visto conmigo, así que tienen que imaginarse quién puede ser usted. No se registró en el hotel, ¿verdad?

—Me llevaron allá inconsciente, si recuerda bien.

—Muy bien, manténgase así. Sin llamar la atención, quiero decir, no inconsciente. No atraiga más atención de la necesaria. Dígale a la gente que viene de Wonsan, o de algún otro lugar perdido de la costa oriental. Si preguntan, que no lo harán, diga que está aquí para recibir un cargamento de pescado destinado a llenar estómagos chinos. Sucede todo el tiempo. El viernes es el día del pescado, cuando los

camiones cruzan la frontera, así que eso le da una excusa para holgazanear.

No me sonaba demasiado convincente.

—¿Y por qué iba nadie a transportar el pescado por aquí, cuando hay una buena carretera que sigue la costa?

Kang me pasó el brazo por encima del hombro.

—En tan solo cuarenta y cinco minutos ha escuchado dos tiroteos. ¿Le dice algo? Y solo para que lo sepa, la carretera de la costa es mala en casi todo su recorrido. ¿No os sacan nunca de la capital?

—De acuerdo: me dedico al pescado.

—Bien. —Se volvió y le echó un vistazo a mi ropa—. No es lo bastante hortera como para ser de Wonsan. Tiene la misma pinta que todos los demás mediocres de la capital, pero tendrá que valer. —Frunció el ceño—. Improvisación.

—Voy a hacer contrabando de pescado, no a protagonizar una película.

—Va a sobrevivir, si es que puede. Esto es Manpo, ¿recuerda? ¿Qué se va a llevar a cambio del pescado?

Mi espalda se quejó. No quería que me dejaran inconsciente otra vez. Estaría en cama una semana, bebiendo cerveza caliente, comiendo pan negro de centeno con mermelada de arándanos y contemplando botones azules sobre aquella blusa blanca. Quizás aprendiera la letra de alguna canción finlandesa, o diera con una fuente inagotable de vodka finlandés, pero aun así, no parecía merecer la pena.

—No sé, ¿qué me llevo? —Pero estaba hablando solo. Kang se había ido. La puerta del salón de té se cerró tras de mí con el lúgubre y pesado sonido del acero al encajar en más acero. De repente, no se me ocurría el nombre de ningún tipo de pescado. Bueno, la trucha quizá, pero quién sabía si contaba como pescado de mar...

Caminé desde el salón de té hacia la estación de tren y de nuevo recorrí la calle en la que el todoterreno se había estrellado. Había desaparecido, y habían talado el alerce. Tres matones con caras planas y ojos pequeños hacían guardia en los alrededores. Iban vestidos de trabajadores, lo que resultaba risible. Tenían el aspecto inconfundible de las formaciones de Seguridad Militar, pero no los molesté y ellos no me molestaron a mí. Las chicas de las piernas interminables se habían esfumado.

Miré atentamente a los demás, más que nada, para asegurarme de que no me seguían. Kang había dicho que podía esperar que anduvieran tras de mí simplemente porque me habían visto con él. Bueno, eso era culpa mía. Pak me había enviado fuera de Pyongyang para alejarme de Kang y ahora yo me tomaba el té con él. Bueno, casi me tomaba el té. Tenía que haberle dicho que se esfumara. Tampoco es que fuera a ayudar mucho... Tenía la sensación de que Kang no se esfumaba nunca.

Nadie me preguntó si hacía contrabando de pescado, y menos mal. Nunca había estado en Wonsan, aunque una vez en la oficina leí en una revista un reportaje sobre una playa turística cerca de allí. Todos los que salían en la foto estaban sonriendo y parecían estar pasándoselo bien, aparte del hecho de que en las revistas de la comisaría toda la gente sale con una gran sonrisa. Era una revista vieja, de los años sesenta, cuando todo el mundo era pobre, pero todavía tenía esperanza.

Nosotros teníamos esperanza en aquellos tiempos, también. Mi abuelo y yo planeábamos abrir una mueblería. Los líderes no estaban demasiado seguros de la conveniencia de tener a un viejo héroe de la revolución bregando de aquella manera (nadie usa la palabra «bregar» hoy en día, pero en aquella época lo hacíamos). Él era testarudo, así que decidieron que, puesto que no iban a conseguir hacerle cambiar de idea, más valía decir que no había ningún problema en ello.

Nos adentramos en las montañas del norte, cerca de la frontera con China para buscar suministros de madera, árboles viejos y buenos: castaño, olmo, quizás algo de arce, aunque mi abuelo decía que no le gustaba el arce. En 1937 el ejército japonés había ahorcado a uno de sus amigos en un arce. Odiaba a los japoneses; sobre todo, decía, porque habían convertido árboles hermosos en horcas.

Tras vagar por la zona durante unos días, vimos que no había demasiados árboles que pudiéramos usar. Había pino bajo por todas partes, inútil para hacer muebles, ni siquiera muebles de mala calidad. Cuando pasamos al otro lado de la cordillera Kangnam, mi abuelo lanzó un aullido de disgusto. Ninguno de los bosques se había recuperado de décadas de penurias y masacres. Los japoneses los habían explotado; habían talado muchos por rencor, dijo el anciano, aunque yo pensé que exageraba. Durante la década de los cincuenta, lo que quedaba fue arruinado por ejércitos que desfilaban de un lado para otro luchando por tierras que ninguno de sus soldados

sabía que existían y que no querían volver a ver en su vida. Lo poco que quedó fue utilizado durante los duros años que siguieron.

Mi abuelo dijo que tendríamos que ir más lejos para encontrar la madera adecuada, así que solicitó permiso para cruzar la frontera soviética en Khasan, más al noreste, y de ahí tomar el tren a Siberia. Al principio solo le concedieron un pasaporte, para él, con una nota adjunta que indicaba que yo habría de quedarme. Mi padre repasó la nota durante la cena. Al día siguiente madrugó, se puso su viejo uniforme y recorrió la calle antes incluso de que me diera tiempo a vestirme. Fui a la leñera y tomé dos o tres herramientas, solo por cogerlas, pese a que lo tenía prohibido. Por la tarde, mientras colocaba las cosas en su lugar, lo oí cantar mientras subía la cuesta que conducía a nuestra casa.

En aquella época dejábamos las herramientas colgadas de clavos en las paredes encaladas: las sierras en la hilera más cercana al suelo, después los instrumentos de medición en la hilera del medio y, en la superior, los formones, las gubias y los cepillos. Yo era tan bajo que necesitaba una caja para llegar a la parte de arriba. Todo tenía que estar en orden para cuando él llegara a casa, pero mientras me estiraba para colocar un pequeño cepillo en su lugar, la caja se desfondó y me caí al suelo. Mi abuelo apareció por la puerta. «¿Estás bien?», preguntó. Yo corrí hacia él para rodear sus piernas con mis brazos. Él me acarició la cabeza un instante y después me apartó. «Ese cepillo se ha llevado un buen susto. Ponlo en su sitio. Mañana antes de que amanezca tendrás que venir aquí y pedirle perdón mientras se despierta, no sea que se vuelva contra nosotros». Se dirigió hacia la puerta y a medio camino se volvió y se metió la mano en el bolsillo. «Toma, no lo pierdas». Era mi pasaporte.

Después de pasar días sentados en el tren viendo por la ventana el mismo paisaje (ríos, bosques y prados de la mañana a la noche), nos bajamos en una estación en medio de ninguna parte. Nunca había visto tantos árboles: kilómetros y kilómetros de bosques de abedules, ríos de pinares que se derramaban por las laderas, álamos temblones a lo largo de las cuencas de los arroyos, chopos con hojas que danzaban al viento, que crecían en misteriosos círculos alrededor de cenagosos fresales, grupos de arces que sabía que explotarían en colores en unos pocos meses, olmos altos que daban una sombra tan densa que entrar en ella era como adentrarse en la noche a pleno mediodía. Lo que más me llamó la atención fueron los grupos de árboles muertos. Siempre estaban en grupos. Los troncos perdían su corteza, rotos, encorvados, con las ramas rígidas y sin hojas. No se veía ninguno solo. Acabé por decirle a mi abuelo: «Los árboles no son como las personas». Estiró los labios y sus mejillas empaldecieron. «Son más civilizados. Cuando las personas pierden a alguien, ¿qué hacen? Nada, simplemente continúan su vida. Algunas personas lo pierden todo, todo. Lo pierden todo, y siguen adelante. Los árboles no. Los árboles no hacen eso. Viven juntos, no se marchan, se conocen los unos a los otros, sienten el viento y la lluvia al mismo tiempo, y no pueden soportarlo cuando uno de ellos muere, así que entonces muere todo el grupo». Él se detuvo mientras el tren

atravesaba una parcela de terreno abierto con un refugio abandonado. «No escuches a nadie que te hable de lealtad a una idea. Estás solo», dijo. «Sin tu familia, estás solo».

Una tarde nos topamos con un campo de prisioneros. No había vallas ni alambre de púas, pero el aire cambió tan pronto como entramos en el claro. Un instante más tarde, tres guardias aparecieron frente a nosotros, blandiendo sendas ametralladoras. Cada uno tenía un perro, que gruñía y tiraba de su gruesa correa de cuero. Los guardias nos dijeron que nos largáramos de allá o nos echarían los perros encima. Mi abuelo ya tenía sesenta y tantos, pero todavía daba mucha guerra. Clavó su mirada en el jefe de los guardias, un muchacho joven con el rostro afilado y ojos tártaros, y le dijo en un ruso perfecto, suavemente para que los otros guardias tuvieran que esforzarse para oírlo, que si soltaban los perros haríamos un caldo con ellos. Los tres guardias se rieron, pero dieron media vuelta. Aquella noche mi abuelo no habló demasiado y el resto del viaje estuvo cabizbajo. Hasta una cena semanas después, cuando volvimos a casa, se aclaró la garganta, posó su tazón de arroz y me dijo que me estaba acercando a un punto en el que tendría que tomar una decisión sobre mi vida. «No se puede moldear a la gente, me dijo, del mismo modo que no puedes moldear la madera. Tienes que buscar su corazón y empezar a trabajar desde ahí. No existe el tallado: ni en la madera, ni en las personas».

Durante el verano, Manpo permanecía iluminado hasta tarde, pero cerca de las ocho las sombras de la montaña caían sobre las calles, y luego el sol desaparecía del cielo y refrescaba. Todavía no me había comprado una chaqueta y la mayoría de los puestos de los alrededores de la estación habían sido desmontados para la noche. Podría intercambiar algo de mi pescado por una chaqueta de forro polar por la mañana.

Los pocos puestos que permanecían abiertos vendían comida a la luz de las velas. Cuando le mostré a la mujer uno mis cupones de alimentación, resopló.

—Puede que no sea joven y sé que no soy guapa, pero créame, no estoy loca. La comida cuesta dinero, amigo mío. El chino está bien; el ruso, lo acepto. Con dólares comerá de lo mejor.

—¿Qué tiene? —El puesto de detrás estaba cubierto de lona y planchas de plástico por los lados. No sabría decir de qué eran los olores que emanaban desde su interior: nada que hubiera comido en Pyongyang olía así de mal.

—Deje que yo me ocupe de eso. Si tiene hambre, con cinco dólares comerá bien. Quizá la mejor comida de su vida.

—¿Cinco dólares? —En casa, con ese dinero, podía comer durante una semana, tal vez dos.

—No es de por aquí, ¿verdad? —Sus ojos se estrecharon, con sospecha—. De hecho nunca lo había visto. Nadie saca sus cupones de alimentación a menos que sea nuevo. Muy nuevo.

—Soy de Wonsan. —Traté de sonreír como la gente de la revista de la comisaría.

—Está lejos de su casa.

—Sí. Negocios, dinero.

—Lo siento, está cerrado.

—¿Desde cuándo? Es demasiado pronto para cerrar.

—¿Y qué sabrá usted? ¿De qué distrito de Wonsan es?

Me di cuenta de que miraba por encima de mi hombro. Por el ángulo del ojo vi a los matones que habían montado guardia donde habían disparado al todoterreno. Tal vez pensara que yo era de Seguridad Militar, junto con ellos. Se habían olido algo extraño. Uno de ellos se acercó más a mí por detrás. Había estado bebiendo. Esperé que no tuviera mal beber.

—¿Me puede dar algunas patatas más? —Era la voz de Kang, que emergía del interior de la tienda. El tipo estaba por todas partes. La mujer penetró en el interior y yo la seguí. Kang balanceó la cabeza levemente y apartó la mirada. No le convenía conocerme, no en aquel momento. No cuando había un elemento de Seguridad Militar borracho fuera, olfateando.

—La última vez que estuve aquí —dijo Kang algo irritado—, había pescado. Esta



noche lo único que tiene es cabra y debe de haberse muerto de vieja.

—Siéntese aquí, camarada. —La anciana removió la olla que se encontraba sobre un fuego de leña abierto—. Pregúntele a su amigo qué pasó con el último reparto de pescado que nunca llegó la semana pasada. Es de Wonsan, aunque no parece que sepa lo más mínimo de pescado.

—Estoy esperando un cargamento —dije, sentándome al lado de Kang junto a la caja de madera volcada que servía de mesa—. De pescado. Quizá le pueda dar algo.

—¿Qué tipo de pescado?

—¿Y qué más le da? —dije gruñendo—. Peces pequeños, peces grandes. A quién diablos le importa. Nada en el mar, yo saco beneficios, alguien se lo cena: todos contentos.

—Sabía que no era de Wonsan —musitó la anciana—. Peces pequeños, peces grandes. Valiente imbécil.

La fiesta montada en la habitación contigua era de lo más escandalosa. No me molesta que otras personas sean felices, pero a esas horas deberían guardárselo para sí mismas. No pensaba que la pensión Manpo fuera el tipo de lugar donde se sonreían ante una fiesta en una de las habitaciones, pero me equivocaba. Cuando me quejé al recepcionista me miró inexpresivo.

—Ya sabe —le dije—. Dormir. Lo que hace la gente por la noche.

—Sí, muy bien, felices sueños, camarada. ¿Le importa? —Tenía un reproductor de vídeo en el cuarto de atrás, con una cinta dentro. La mayoría de las personas que salían en el vídeo eran rubias. No podría decir por su ropa de dónde provenían, porque no llevaban ninguna.

—¿Y otra habitación?

—Estamos completos. La gente quiere pasárselo bien, no es problema mío. Ni el suyo tampoco, de hecho.

—Mi idea es dormir un poco. Por eso pago su cochambrosa habitación. O les dice a los de la fiesta que bajen el tono o me cambia de cuarto.

—Tengo otra opción para usted.

—¿En serio?

—Oh, sí. Ahí está la puerta. —La señaló.

—Son las dos de la mañana.

—Amanece temprano por aquí.

—No querrá que me queje al Comité del Pueblo local, ¿verdad?

Avanzó el cuerpo por encima del mostrador, acercándose tanto que podía ver las manchas de la cena en su camisa.

—Vaya de mi parte. Están en la 305.

—Esa es la puerta junto a la mía.

—Correcto.

—¿Y un poco de té?

—Quizá la chica finlandesa le pueda llevar algo cuando haya terminado lo de la noche. —No me gustó nada su mirada.

—Mire —le dije—, acepte mis felicitaciones: es usted la persona más desagradable que se pueda uno encontrar.

—Por un par de cestas de pescado podría conseguirle una habitación más tranquila. —Se me debe de haber notado la sorpresa—. Por lo que he oído pasa pescado al otro lado de la frontera. Una cesta más o menos... —Esperó a que yo dijera algo y después frunció el ceño—. Usted verá. Supongo que es verdad: los de Wonsan son muy tacaños. Deben de darse a la buena vida, viviendo junto a la playa y todo eso.

—No hace mucho decía que yo era de Pyongyang.

—Sí, bueno, me lo he pensado mejor. Hay algo en usted que no encaja; no es lo bastante listo para ser de Pyongyang.

Decidí tomármelo como un cumplido.

—El camión no llegará hasta mañana. Necesito la habitación hoy.

—Ningún problema. Me enteraré cuando llegue. Y no pasará la frontera a menos que aparezca una cesta en mi puerta de atrás. Si esto funciona, quizá podamos hacer negocios de manera regular. Hay muchos peces en el mar, dicen. —Abrió un cajón y extrajo una llave—. Quinientos uno. La acabamos de pintar para una visita importante. A veces se usa, pero nunca por más de una hora seguida. Su amiga finlandesa cree que es una pocilga, pero la usa igual. —Lanzó una mirada maliciosa que fue rápidamente interrumpida por un chillido proveniente del vídeo—. ¡Si cree que la fiesta de la habitación de al lado de la suya es ruidosa es que no tiene ni idea! —Se dio media vuelta, entró en el cuarto de atrás y cerró la puerta tras de sí.

Una idea asombrosa, la de usar el pescado como moneda de cambio. De nuevo, ¿por qué no? Quizá un poco difícil de llevar encima. Me saqué algunos billetes chinos del bolsillo. El pescado por lo menos se podía comer. Ni siquiera varias cestas de pescado imaginario bastarían para solucionar mi problema fundamental. La semana anterior me ocupaba de mis asuntos y ahora tenía la sensación de estar siendo absorbido poco a poco por el mortífero juego entre Kang y el coronel Kim. Tenía que ser algo más que una disputa personal. Kim pensaba que una foto de un coche que venía de Corea del Sur podría usarse contra Kang, ¿pero por qué? Seguridad Militar era como un mazo: no era un recurso que se usase para cualquier nimiedad. Ciertamente es que los servicios de inteligencia y los órganos de seguridad siempre se andaban buscando las cosquillas mutuamente. En una ocasión tuve una pelea entre dos agentes borrachos en mi sector. Ninguno me quería decir dónde trabajaba y ambos llevaban documentos identificativos que resultaban risibles. Cuando informamos a los de arriba, contestaron con una llamada en la que se daba orden tajante de ponerlos en libertad. Sin más explicación.

Los problemas de Kang debían de estar relacionados con alguna rencilla entre agencias, pero dudaba que aquello fuera la historia completa. Pak no me metería en algo así. Las palabras de Pak sobre «Abrirse las compuertas del infierno» iban más allá de las luchas burocráticas, y Pak tenía buen instinto para reconocer por dónde iban los tiros en la capital. Mejor dicho, tenía buenas fuentes, incluido el ministro, quien le pasaba chismes de lo que se cocía en el Gobierno para comprobar su reacción. Pak era discreto: nunca me dijo nada sobre aquellas conversaciones de manera directa. Si había algo que tuviera que saber para desempeñar mi trabajo, tenía su modo de decirme justamente lo que necesitaba saber: ni una pizca más. Kang decía que estaba ahí para ayudar. ¿A qué? Yo no trabajaba para Kang y no tenía ninguna orden de comisaría encomendándome que lo hiciera; no existía ningún acuerdo, ni siquiera para trabajos de enlace, sin una aprobación firme. Así que, ¿por qué

demonios andaba renqueando por un pueblo fuera de la ley en la frontera con China, traficando con cestas de pescado inexistente?

El irlandés se sacó una libreta del bolsillo. Pasó algunas páginas ruidosamente, se detuvo y pasó algunas más. Encontró la página que buscaba y le dobló la esquina.

—Llegamos a alguna parte. Elena estaba en Manpo. En la pensión Manpo.

—Pensé que le interesaba Kang.

—¿Le importa si soy yo quien conduce este coche? —Miró su reloj e hizo un apunte.

—¿Quiere ir a alguna parte?

—Qué coincidencia, que haya conocido a Elena.

—¿Es amiga suya?

—No tengo el placer de conocerla. No es mi tipo.

—¿Qué quiere decir?

Me miró de cerca.

—Relájese, inspector. No le he preguntado, pero no le importa que le llame así, ¿verdad?

—Si quiere oír más límitese al tema: Kang.

Silbó suavemente.

—Tranqui, amigo: necesita pastillas para calmarse. Muy bien, de acuerdo, dejemos a Elena por el momento. Hablemos de Kang. Decía que tiene una hija que habla francés. ¿Poco frecuente?

—¿Por qué debería ser poco frecuente? Mucha gente habla francés. La mayor parte de Francia lo hace, me han dicho.

Apagó la grabadora.

—¡Jesús! ¿Por qué no me dice cuáles son los dos o tres temas con los que no se pone susceptible, y no salimos de ellos? Me ha llevado la contraria en todo lo que he dicho esta noche. Todo. ¿A su gente le gusta hacer eso siempre?

—¿Mi gente? No, por lo general nos pasamos el día riendo de la mañana a la noche, bromeando acá y allá, como si la vida fuera una isla caribeña y estuviéramos esperando a que llegara a puerto el gran barco blanco. La vida es muy divertida, eso es lo que siempre nos decimos. Eso es lo que la anciana debía de estar diciendo a la niña en el campo.

El irlandés se quedó mirando la pared de detrás de mí. Rompió el silencio.

—La hija de Kang. ¿Por qué estaba en la frontera? ¿Problemas con su conducta y le pegaron la patada para sacarla de Pyongyang? ¿Dificultades familiares?

Negué con la cabeza.

—Comenzaba a creer que sabía algo sobre Kang. Quizá me haya precipitado.

—Por fin una señal de falta de confianza en sí mismo. Muy bien.

—Pensaba que navegaba junto a usted, no que trabajara para su organización

exactamente, pero sí que se movían siguiendo una trayectoria paralela sin llegar a tocarse. Ahora me encuentro con que, cuando le perdió la pista, se preocupó. Me preguntó por qué.

—Kang es un personaje interesante.

—Eso me parecía. Un hombre muy complicado. El sol se refleja en él en mil direcciones, como en un diamante. Se ganó una buena lista de enemigos, por lo que parece.

—Bonita imagen, Kang como un diamante. ¿De cuántos quilates, diría?

—Un diamante sobre un montón de basura, a quién le importa el precio que hubiera alcanzado en el mercado mundial.

El irlandés apretó el pulsador de su bolígrafo.

He visto la salida del sol sobre las colinas mil veces, en diferentes estaciones, bajo diferentes condiciones atmosféricas, unas veces deseoso de que llegara el día, otras no. En cada ocasión esperé ese momento de absoluta paz que llega cuando las colinas y el cielo, la luz y la calma, se funden en uno. Durante uno de mis primeros viajes al extranjero, cuando todavía estaba en la oficina de enlace del ministerio y me dirigía hacia Berlín para ayudar en la preparación de una visita del ministro, se me ordenó que fuera a Ginebra para recoger unas instrucciones que sabía que no tendrían sentido y que solo complicarían mi tarea. Las instrucciones nunca llegaron, pero me sirvieron de disculpa para sentarme junto al lago un domingo por la mañana y ver el amanecer sobre los Alpes.

Me sorprendió que no hubiera nada de calma en aquel amanecer que avanzaba lentamente por entre las montañas. Había visto fotos en calendarios, pero todas mentían: eran demasiado bonitas, demasiado suaves, demasiado brillantes. Los picos que yo vi rasgaban el cielo como garras para herir al amanecer que sangraba rayos de sol que se transformaban en el día. Los Alpes no eran una fuente de serenidad. No le calmaban a uno el corazón ni tampoco lo ponían melancólico. Se abalanzaban sobre Ginebra, desafiantes, amenazando con desplomarse sobre el lago en su extremo superior, cerca de un pueblecito llamado Montreux, dispersando los cisnes e inundando los restaurantes al aire libre con sus sombrillas amarillas a lo largo de la orilla. Cuando lo medité más tarde en el tren, pensé que aquella debía de ser la razón por la que los suizos eran tan distantes, siempre mirando hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que aquellas montañas no estaban a punto de aplastarlos para siempre.

Las colinas que rodean Manpo no son relajantes, tampoco. Estaban demasiado cerca de China, quizá, con las mismas ínfulas de grandeza. Pero no tenían nada de desafiante, y no había ningún peligro de que amenazaran la ciudad. Las colinas estaban demasiado cansadas, y la ciudad no tenía ninguna virtud que perder. Así que había una separación: Manpo ya no prestaba atención a las colinas y las colinas desdeñaban la escuálida colección de edificios a sus pies del mismo modo que los Alpes miraban con dureza hacia Ginebra. Al menos era con ella con quien se despertaban. No podría imaginar que habrían hecho si tuvieran que mirar hacia Manpo día tras día hasta que, piedra a piedra, se erosionaran hasta su falda.

Kang quería que me hiciera una idea de Manpo, y solo podía hacer eso vagando por el pueblo, sin ir a ningún lugar en particular. Cuantas más vueltas diera a la deriva, menos interés tendría quienquiera que me siguiera. En realidad, si fueran buenos de verdad, deberían sentir más curiosidad cuanto menos pareciera tener un destino marcado, pero tan lejos de la capital era poco probable que nadie fuera tan

bueno o sintiera tanta curiosidad por cualquier cosa que no fuera hacer una escapada para cenar. Todos los buenos querían trabajar en Pyongyang. Las ciudades fronterizas acababan siendo, por regla general, la chatarrería del servicio de seguridad, excepto cuando se enviaba una brigada móvil para alguna misión especial.

Salí de la pensión Manpo antes del amanecer y anduve hasta el salón de té que regentaba la hija de Kang con la poco realista esperanza de que estuviera abierta. No lo estaba, no tenía el menor signo de vida. No habría desayuno, pero al menos me sentía descansado. La habitación 501, que había pagado con la promesa de una canasta de falso pescado de Wonsan, no había sido pintada hacía poco (a menos que «poco» significara otra cosa en la frontera), pero por lo menos era tranquila. Llamaron suavemente a la puerta a las cuatro de la madrugada, pero no había solicitado servicio de habitaciones y no sentía curiosidad por ver quién andaba de puntillas por los pasillos a aquellas horas. Cuando abandoné la pensión, el recepcionista estaba en pie tras el mostrador delantero. Preguntó si había dormido bien, pero pude ver que su corazón no estaba en la mirada malvada que intentó dibujar con el rostro. Me di cuenta de que no había completado ninguna hoja de registro ahí tampoco. En aquella ciudad no importaba quién fueras. Además, toda la documentación sería siempre falsa, y la gente lo sabía.

Cuando estaba a medio camino de la salida del pueblo, la oscuridad se dio por vencida y dio paso al día. Me venía de perlas: tenía la sensación de que me perseguían, y la luz del sol hace difícil andar detrás de alguien por una carretera de polvo desierta camino de las montañas. Una vez la cuesta se volvió empinada dejé de preocuparme por posibles perseguidores. Si el aburrimiento era un problema para aquellos tipos, el esfuerzo físico no tardaría en convertirse en otro. Ninguno de ellos querría pegármese durante toda la ascensión a la montaña, y tampoco tendrían tiempo de establecer otro equipo en mitad de su seguimiento. Más que por mis perseguidores me preocupaban mis pies. Sabía que si no ponía atención a cada paso, daría un traspie que me haría daño en la espalda de nuevo.

La carretera dejó de ascender y al hacerlo se abrió ante la vista el angosto valle al que daba. A su entrada había dos edificios, un puesto de guardia y un Mercedes negro, impoluto, que comenzaba a reflejar los pocos rayos solares que se detenían en las cumbres de las colinas antes de precipitarse sobre el paisaje que se extendía a sus pies. De la chimenea de un edificio que permanecía en la penumbra brotaba humo. Había una lámpara encendida en una de las ventanas del piso superior: de repente alguien la apagó. El sol cubría ya la mitad del otro edificio, que parecía desierto. Las construcciones estaban a unos trescientos metros, si bien por el ángulo de visión y lo claro del aire a aquella hora parecían estar más próximas. Podía ver al guardia con nitidez. Estaba apoyado en un árbol, bebiendo té a sorbos y con un perro que descansaba a sus pies: violaba todas las reglas que había aprendido sobre el trabajo de centinela. El sol hacía centellear algo metálico más adelante en el valle, primero solo en un punto, después en otro, y en otro. Probablemente puestos de ametralladoras, a



juzgar por la regularidad con la que estaban dispuestos. El perímetro tenía una doble valla. Nada de aquello parecía impresionar al perro, que se durmió rápidamente.

Sentí una palmada en el hombro y me volví para ver quién era. Nos habían entrenado para no cometer nunca aquel error: lo cometí, no obstante. Lo siguiente que supe fue que estaba en el suelo mirando las copas de los árboles, con la mejilla dolorida. Afortunadamente, gracias a que todo había sucedido tan rápido, no había sufrido una contractura: mi espalda estaba bien. Me relajé sobre las hojas de los pinos y, por un instante, disfruté de los árboles y del cielo azul.

Después una cara inclinada sobre mí tapó el cielo. Era uno de los matones de Seguridad Militar que había visto la noche anterior merodeando por el puesto de la señora de la cabra. No podía creer que alguien tan grande y feo se hubiera podido mover con tanto sigilo. En la oscuridad no había podido mirarlo bien, pero en aquel momento le dediqué toda mi atención. No cabía duda de que era coreano, pero tampoco a nadie se le pasaría por alto que por sus venas corría sangre de ancestros que nunca habían pertenecido a ese lugar. Las facciones aguileñas, la afilada nariz en aquella cara larga y delgada, los ojos relampagueantes hundidos en la cara. A pesar de las generaciones de matrimonios con la población autóctona, aquella era la cara de un antiguo jinete árabe, venido de algún lugar lejano y atrapado ahí por fatídicas órdenes que no podía desobedecer.

Había visto una cara igual en una ocasión. En la carretera cercana a nuestra casa, un barbero ambulante había instalado su tienda. La misma nariz, los mismos ojos hundidos. Me lo quedé mirando, no solo porque tenía una apariencia diferente, sino porque tenía también un aura distinta: se movía como una persona que no estuviera cómoda con los campos y las colinas. «No te quedes embobado mirando a los desconocidos», me dijo mi abuelo. Después bajó el tono. «Y aquel... —Lo señaló con un gesto de la cabeza—. ...Mucho ojo con los de ese tipo». Siglos atrás, me explicó, cuando su imperio se extendía por medio mundo, los mongoles habían enviado a princesas árabes con sus criados a la corte coreana. Se quedaron, o al menos la mayoría, y se mezclaron con la población.

Sí, pero en aquella época la corte estaba en el sur del país, le dije; ¿cómo podía haber descendientes por dónde vivíamos nosotros, tan al norte? Mi abuelo se rio e hizo sonar de un golpe su cinturón. «¿Crees que no pasaron noche aquí de camino al sur, a Chungchong?». De súbito, su rostro se tornó serio nuevamente. La sangre extranjera, me advirtió, era una mancha, y nunca desaparecería. «Cualquiera que se apellide Chong podría ser uno de ellos. Busca a gente que se apellide Chong». Habló con tanta gravedad que me entró un escalofrío. «Observa sus ojos de cerca».

En aquel caso no tenía elección: su nariz estaba casi tocando la mía, y podía oler el desayuno en su aliento.

—¿Sorprendido de verme? —No esperaba una respuesta.

Hice ademán de levantarme, pero puso su enorme mano sobre mi hombro y me empujó de nuevo contra el suelo.

—No; si se pone en pie podría llamar la atención del guardia apostado allá. Si tiene suerte con el tiro podría matarlo. Una mala manera de comenzar el día.

Me froté la mejilla.

—¿Y esta es una buena manera?

Lo meditó un instante.

—¿De dónde es?

—¿Quién quiere saberlo?

Gruñó.

—No me tiente. Si desaparece por estas colinas, a nadie le importaría.

—No va a matarme. Ya lo habría hecho si fueran sus órdenes.

Refunfuñó y se puso en pie, aparentemente preocupado por el guardia de abajo.

—Voy a hacerle algunas preguntas: si me gustan las respuestas podrá usted volver cojeando a su pensión, recoger sus cosas y volverse por donde ha venido. Si no me gustan... —Abrió su abrigo y vi que llevaba un cuchillo con una hoja extraña—. Se usa para degollar cabras. —Dejó caer su abrigo de nuevo.

Se me estaba entumeciendo la mejilla y se me hinchaba el ojo por momentos. Comenzaba a cansarme de aquel tipo de historia. Kang me había sacado de Pyongyang, decía, para mantenerme a salvo. Recibir un golpe en la cabeza y un puñetazo en la cara, todo en el mismo pueblo de mala muerte, no era mi idea de estar a salvo. ¿En qué diablos estaba pensando Pak al decirme que me mantuviera alejado de Kang y ponerme después en mitad de su camino? Si sabía que sucedía algo grave, ¿por qué no me lo dijo simplemente? Quizá debía haber dimitido, como quería él. Alcé la vista en dirección a la horrible cara. No, no quería dimitir. Quería quitarme el pie de aquel tío de encima del pecho.

—Solo voy a formular cada pregunta una vez. Antes de hacerlo, y para ahorrarnos tiempo, le diré que he hecho algunas comprobaciones en Wonsan.

Si no me hubiera dolido tanto la mejilla me habría reído en su cara. ¿Qué iba a comprobar en Wonsan? No había rellenado ninguna hoja de registro en la pensión, no había ningún documento que comprobar. Si había llamado al Departamento de Seguridad Estatal de Wonsan, allí les habría entrado la risa tonta un rato y luego habrían seguido durmiendo. Eran increíblemente vagos. Lo sabía a ciencia cierta porque una vez necesitamos su ayuda y cuando llamamos para explicarles nuestro problema, no hubo nada más que un largo silencio al otro lado de la línea.

—Ha hecho algunas comprobaciones. Tanto mejor para usted. Si ya sabe las respuestas, ¿por qué me está preguntando?

—Nombre.

—Ho Tam.

Ho Tam había sido un militante del partido años atrás, un hombre inteligente con el número normal de enemigos: murió en el extranjero. El padre de Ho Tam y el mío se conocían. Fabricamos un mueble para la familia de Ho y le gustó mucho. En aquella época Ho había sido estudiante universitario. Estaba en la casa cuando

entregamos la pieza: un baúl para sábanas hecho de castaño que lijé y pulí durante días hasta que mi abuelo asintió con satisfacción.

Cuando Ho oyó que había ayudado a fabricar el baúl me llevó afuera, al jardín. Era mayo y en el manzano había flores nuevas, de un blanco brillante. Ho era bastante bajo, así que no sentía como si me estuviera hablando un adulto; era más como si me hablara un hermano. «Tu abuelo es un gran hombre. Todavía lo necesitamos, y te necesitaremos a ti también, antes de que se acabe todo esto». Yo se lo agradecí, aunque encontré extraño que me hablara de aquella manera.

Más tarde, cuando se lo dije a mi abuelo, se enfadó de una manera que nunca había visto en él.

—¿No te he enseñado nada en todos estos años? —gritaba—. Cuando alguien te aparta y te dice siquiera tres palabras sinceras, ¿no has aprendido a no decírselas a nadie más, ni siquiera a mí? —Su rostro había empalidecido de rabia—. Conseguirás que te maten, conseguirás que alguien lo bastante estúpido para confiar en ti sea enviado a los campos de trabajo, ¿y por qué? Porque no prestas atención, no te enteras. ¿Es posible que mi nieto sea tan atontado?

—No soy ningún atontado.

—Entonces no actúes como si lo fueras. Perdí a mi hijo por esto; no permitas que pierda al resto de mi familia también.

—¿Por esto? ¿A qué te refieres?

Me asió de los hombros y me zarandeó.

—Mira a tu alrededor. ¿Crees que esto es lo que queríamos, que luchamos contra los japoneses por esto, que envié a tu padre a la muerte una maldita mañana de invierno por esto? ¡Por amor de Dios, mira a tu alrededor!

Me quedé petrificado. Me faltaba la respiración. Nunca lo había oído hablar de aquella manera. Ni una sola vez. Después de aquel día apenas nos dirigimos la palabra el uno al otro durante semanas. Años más tarde cuando se me destinó a un escuadrón de custodia para un funcionario rumano, Ho, que para entonces había llegado a ser ministro de Asuntos Exteriores, se acercó a mí durante un momento de tranquilidad. «Tengo aquel baúl en mi casa: todavía brilla». Justo en aquel momento lo llamaron y nunca volvimos a encontrarnos.

—Así que, camarada Ho, usted se graduó en la Escuela de Pesca de Wonsan, ¿no es así?

No tenía ni idea de si existía aquel lugar, pero probablemente sus pesquisas sí habían llegado hasta ahí, de modo que preferí decir la verdad.

—Nunca la he oído nombrar. ¿Quién le ha dicho que yo sepa algo sobre pesca?

—Se dice por ahí que trafica con pescado.

—Por lo que a mí respecta, los peces entran al camión solitos. No sé cómo llegan hasta ahí.

—Está mintiendo.

—De acuerdo, alguien los carga: dispáreme.

Se abrió el abrigo de nuevo, y la hoja del cuchillo destelló en el sol de la mañana.

—No tengo que hacerlo.

—Mire, soy solo un intermediario: gano un poco, gasto un poco, me aseguro de que todos estén contentos. ¿Está usted contento, camarada Chong? —Era la segunda caja de pescado que regalaba sin tenerla. Cuando vi la extraña expresión de su rostro pensé por un instante que había cometido un error. Quizá no se apellidaba Chong. Entonces se cayó hacia delante y se desplomó encima de mis piernas. Lo aparté de una patada y me zafé a gatas. El guardia del valle seguía bebiendo té a sorbos. El perro levantó la vista un momento y acto seguido dejó caer la cabeza sobre las patas.

Vi algo moverse por detrás de un árbol cercano a la carretera. Apareció Kang.

—No es fácil lanzar una roca hacia arriba de esa manera. Afortunadamente tiene una enorme cabeza hueca.

—Buenos días. Dando un paseo, ¿no? —Bajé la mirada hacia el bulto que yacía en el suelo. Estaba quieto.

Kang se mantenía a unos pocos pasos.

—Se llama Chong. Si se mueve lo más mínimo, le pego un tiro.

—¿Aquí?

—Es tan buen lugar como cualquier otro.

Volví a mirarlo.

—No se mueve nada. Ni siquiera estoy seguro de que respire.

—Bien.

—De hecho, creo que podría estar muerto.

—Mejor.

Me arrodillé y di la vuelta a Chong. No habría pescado para él.

Kang se acercó un paso, ya sin la tensión de antes por tomar su pistola.

—Su cabeza debe de haber dado con algo más duro que ese grueso cráneo suyo. —Eché una mirada al valle, hacia el guardia—. Lo dejaremos aquí. Vayámonos.

—¿Dejarlo? ¿Y después qué?

—Alguien lo encontrará, si no se lo zampa antes algo peludo.

—Sé que esto es Manpo, pero ¿no le gusta a la policía que la informen de las muertes inexplicadas?

—Inspector, por favor, ni siquiera tienen un archivador. En cualquier caso, no es una muerte inexplicada: se tropezó con los cordones y cayó sobre una roca. Acostumbra a ser mortal.

—Me estaba siguiendo. Alguien sabrá eso. Y los guardias del valle deben de habernos visto a los dos aquí. Habrá una investigación.

Kang se estaba impacientando.

—No se preocupe por el guardia: no ha visto nada.

—¿Cree que puede sobornarlo?

—No tengo que hacerlo. Trabaja para mí. —No podría decir si me lo quería decir o si se le escapó, aunque no creía que Kang fuera el tipo de hombre al que se le

escaparan cosas.

—¿Aquel guardia? ¿Qué hace el Departamento de Investigaciones con agentes en las colinas de Manpo bebiendo té a sorbitos?

—No he dicho que sea un agente. Y ahora, ¿podemos irnos?

—¿De quién es ese recinto?

—De nadie que sea de su interés.

—De repente, estoy muy interesado.

Súbitamente, Kang pareció cansado.

—Pak me advirtió de que sería usted insufrible.

—¿Quiere que trafique con pescado ahí?

Esto dio lugar a un gesto pensativo.

—Pak también me dijo que era inteligente. Esa es una idea que no había considerado. Tendrá que estar ahí para esta tarde.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Kang siguió el sendero con la vista—. No, de verdad, no lo sé. Mi información es que, sea lo que sea que va a suceder ahí abajo, tendrá lugar mañana al amanecer.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que me dijo Pak?

—Depende. ¿Qué le dijo Pak? —No era una pregunta amistosa.

—Usted quiere mi ayuda, eso es lo que ha dicho. Pero no me ha dicho absolutamente nada de qué quiere que haga, o más importante, por qué. He acabado por adquirir una norma con los años, y la sigo siempre: nunca des un paso a menos que puedas ver como mínimo a esa distancia. No quiere decirme algunos secretos; muy bien, yo no quiero saberlos. Pero si no me dice algo más que lo que me ha dado por el momento, hasta aquí he llegado.

Kang miró a nuestro alrededor.

—Bonito lugar para una conversación, supongo. Pero primero, dígame qué le dijo Pak.

—Todo lo que dijo fue que el suelo estaba temblando.

—¿Eso es todo?

Medité un instante.

—También dijo que probablemente se abrieran las compuertas del infierno.

—No probablemente: se abrirán seguro, y será pronto. —Podía ver que Kang se debatía sobre qué más decirme—. Ya lleva tiempo en ciernes, meses. Nos enteramos en febrero, en Japón. Tras nuestros informes iniciales, nos dijeron que dejáramos de prestarle atención: no era asunto nuestro.

—De modo que le prestaron todavía más atención.

—Lo que ignoro puede hacerme daño. Escarbamos un poco aquí y allí y descubrimos que se había tomado la decisión de arreglar las relaciones con Japón, por fin.

—¿Y eso es malo?

—No, no tiene nada de malo, si soporta quedarse sonriéndoles a los japos para conseguir unos cuantos miles de millones de dólares de compensación por los crímenes del pasado. Pero hay una pega. Los japoneses quieren que algunos viejos problemas... —Kang dudó antes de terminar el pensamiento— sean solucionados.

—¿Y qué tiene que ver eso con el recinto de ahí abajo?

—Directamente, nada. Excepto porque aquello es un recinto de Seguridad Militar, a quiénes se ha dado rienda suelta para resolver esos viejos problemas.

—¿Y creen que usted es parte del problema, que se interpone entre ellos y esos miles de millones?

—Necesito quitármelos de encima por lo menos una semana más. Saber lo que está sucediendo ahí abajo podría ayudar.

—Está muy interesado en Seguridad Militar, ¿no es así? ¿Es eso lo que necesitaba de mí cuando nos reunimos en la torre, alguna pista sobre la localización de las oficinas de Seguridad Militar? Pensaba que el Departamento de Investigaciones tenía unas maravillosas fuentes de información.

—Fuera, inspector, no en casa. Pyongyang es un país extranjero para mí. Pregúnteme por Pekín, pregúnteme por Moscú, incluso puede preguntarme por Budapest. —Sonrió—. Estoy bien enterado de lo que sucede en Budapest y dónde. ¿Pero Pyongyang? —Meneó la cabeza.

—¿No se asustarán si encuentran el cuerpo de Chong en la carretera de encima de sus instalaciones?

—Lo dudo. De cualquier modo, deje de preocuparse por el cadáver de Chong: no durará demasiado tiempo aquí. En una hora pasarán algunos camiones de transporte de madera: conducen rápido y tienen unos frenos pésimos. Es un milagro que no se haya atropellado a nadie en esta carretera antes.

—Pensaba que habían sido los cordones.

Kang avanzaba rápidamente carretera abajo.

—Entonces digamos que se cayó delante de un camión.

—¿Por qué me seguía Chong? —Me puse en marcha tras Kang, preguntándome cómo podía andar tan rápido colina abajo sin caerse.

—Era estúpido, pero tenía un sexto sentido. Quizá usted no huela demasiado a tratante de pescado. Quizá se parecía a algún amigo suyo de Wonsan. ¿A quién le importa? Tenemos trabajo por delante y solo nos quedan doce horas para hacerlo.

Volví a mirar abajo, hacia el valle. El guardia había desaparecido. El perro guardián, por llamarlo de alguna manera, tenía el hocico en la taza. No parecía que atravesar tranquilamente el portón fuera a ser un problema. Era a todas luces evidente que el perro también trabajaba para Kang.

El recepcionista de la pensión estaba irritado.

—¿Sabe cómo arreglar un reproductor de vídeo? —A través de la puerta que tenía detrás podía ver la cinta de vídeo ocupando todo el suelo—. Malditos falsificadores chinos. —Vapuleó la cinta que tenía enrollada en el pie—. Todo lo que fabrican se rompe.

—¿Fue muy caro?

—¿Qué le importa a usted lo que costó? —Sus ojos se estrecharon y se balanceó de un lado a otro como una víbora haciéndose pasar por una cobra—. Me debe una cesta de pescado. Y más le vale que ese pescado no haya nadado nunca en aguas chinas.

—¿Y qué tal un vídeo nuevo?

Me miró fríamente.

—Usted dedíquese al pescado, que ya me encargaré yo de la electrónica.

Me encogí de hombros.

—Lo que usted diga. ¿Conoce a alguien más interesado en algo de pescado? Tengo un camión adicional en camino, y si no le doy salida, se echa a perder. Probablemente le apestará la pensión entera.

—Eh, no va a traerlo aquí. Las reglas no permiten tener animales en las habitaciones.

—¿Ni cabras?

Dibujó una sonrisa sarcástica.

—Ni siquiera a usted. Los de Wonsan dais asco.

—Qué lástima lo de su cinta. —Me dirigí hacia las escaleras.

—Espere un instante. ¿Y si conociera a cierta persona interesada en algo de pescado... —hizo una pausa— o en un camión?

Kang me había dicho que si mencionaba el camión adicional, él recepcionista se interesaría por él.

—¿Un camión? No sé. Es nuevo, japonés. Refrigerado. ¿Por qué iba a querer venderlo?

—Porque nunca se hará rico con ese pescado apestoso, pero el camión seguramente tenga algún valor.

—Pero si desapareciera habría alguien que no estaría muy contento, ¿no le parece?

—Sucede todo el tiempo, ya sabe. El conductor se detiene para beber algo, o para un viaje a Finlandia. —Sonrió de aquella manera irritante suya—. Se deja las llaves en el camión. Sale media hora después y no hay camión. El conductor, contento; el camión, contento: una gran escena feliz.

—Suenan bien. La felicidad es buena. Y un camión nuevo, reluciente y refrigerado es una belleza. De todas maneras, pertenece a Pyongyang, no a mí. Habría que pagar un horror en cuanto se dieran cuenta de que había desaparecido de los informes de carburante.

El recepcionista cada vez estaba más ávido. Cuanto más le describía el camión, más convencido estaba de que quería una parte. Ni siquiera mencionar Pyongyang lo asustaba.

—Pyongyang está atestada de estirados e imbéciles.

Levanté la vista y vi las dos fotos sobre la pared, padre e hijo con la vista hacia abajo. El recepcionista se rio nerviosamente.

—Este es un país pequeño, pero la capital está lejos. En Manpo vemos Pyongyang como si fuera la luna: todo lo que se necesita saber es en qué fase está.

—Lo que dice puede traer problemas, viejo amigo —dije en bajo.

—No baje la voz aquí, compañero; alguien podría pensar que no estamos teniendo una conversación normal. Escuche, este lugar está lleno de policías, agentes, investigadores, idiotas de los servicios de contrainteligencia, chinos, surcoreanos, taiwaneses, rusos... El año pasado oímos que había un par de japoneses tratando de preparar una operación. Ahora que lo pienso, decían que transportaban pescado. — Me miró muy fijamente y después esbozó una media sonrisa—. Quizá debería pedirle algunos papeles o algo, después de todo.

—Quizá debería. Sería una buena manera de perder un camión frigorífico. Con neumáticos nuevos, no esa porquería recauchutada. —Si el recepcionista me estaba hablando de agentes de contrainteligencia y de operarios rusos era porque sabía bastante. Por qué no intentar ver qué más sabía... Tal vez tuviera algo de información sobre aquellas instalaciones de Seguridad Militar. No iba a irrumpir en ellas basándome en lo poco que sabía. El perro no parecía suponer un problema, pero los puestos de ametralladoras eran otra historia—. ¿Qué sabe de aquel recinto de las colinas, el que tiene el Mercedes nuevo aparcado enfrente?

Al recepcionista se le caía la baba ante la idea de un camión japonés blanco nuevito. Mi pregunta le interrumpió en sus pensamientos.

—Ni idea de qué está hablando.

—Un camión japonés blanco, sistema de refrigeración recién instalado, buenos neumáticos. Con una batería más potente que un toro en pleno...

—De acuerdo. Esté junto al río al atardecer. Abajo, junto al puente. Hay un pequeño restaurante en la margen, detrás de unos árboles. Lo llevan un viejo chino y su yerno. Solo espere ahí fuera sin hacer nada.

—¿Qué tienen ellos que ver con todo esto?

—Si quiere información, aparezca por allá.

Aquello no me olía bien. Ni siquiera sabía por qué le había dicho a Kang que lo ayudaría. Ahora acudiría a la orilla del río mientras oscurecía, probablemente en un lugar desierto, para encontrarme con unas personas que podían querer ayudarme o no.



—Si no me gusta la pinta de aquello, me largo. No hay camión. Ni pescado para usted, tampoco.

El recepcionista bostezó y meneó la cabeza.

—Empiezo a tener la impresión de que no tiene nada de pescado, de todos modos.

—¿Y qué le hace pensar que tengo el camión?

—La gente se ha fijado en usted, compañero. Yo no volvería a salir de paseo por las colinas al atardecer, eso es lo que yo no haría. —Avanzó hacia su habitación—. Falsificadores —farfulló al tiempo que le propinaba una patada a una maraña de cinta de vídeo. Se volvió entonces hacia mí—. Ah, ha llegado esto para usted.

Era un télex, de Wonsan. Era breve.

—Buen tiempo para pescar, mucho cielo azul.

Ni siquiera el ministerio podía localizarme tan rápidamente en un lugar como Manpo, así que, ¿cómo sabía entonces Pak en dónde estaba, a menos que estuviera en contacto con Kang? ¿Y cómo iba a llamarlo? El recepcionista pensó un instante y luego me pasó una tarjeta de presentación que extrajo de un cajón de detrás del mostrador.

—Apostaría algo a que la abuela Pak me podría conseguir otro aparato de vídeo —dijo, pensativo, mientras caminaba arrastrando los pies en dirección a su habitación y cerraba la puerta.

Casi diría que no me sorprendió que el alcance de la anciana llegara hasta ahí arriba, junto a la frontera. Aunque, si el recepcionista la conocía, quizá conociera también a Kang. En cuyo caso los dos chinos a la vera del río podrían ser, después de todo, de ayuda. Decidí que necesitaba sentarme y pensar en un lugar tranquilo, sin todoterrenos, sin camiones madereros de frenos en mal estado. Kang había matado a un operario de Seguridad Militar; quizá fuera un accidente, pero al coronel Kim no le iba a importar. Seguridad Militar tenía órdenes de capturar a Kang, ahora tenían la excusa perfecta para dispararle en cuanto lo vieran. Mi estómago rugió. Una taza de té me estaba esperando en algún lugar. Tal vez fuera el momento de arrastrarme hasta la estación y comprar un billete de vuelta a casa. Excepto porque Seguridad Militar estaría buscándome. Seguramente para entonces ya tenían pistas de quién era. Kim se habría dado cuenta de algo, habría notado que había abandonado Pyongyang y habría emitido una orden de búsqueda. Alguien la habría leído y me habría relacionado con el hombre que cojeaba junto a Kang pocos días atrás. Una vez supieron que estaba en la zona, habrían doblado la vigilancia. Tal vez por eso Chong me había seguido en la colina, aunque resultaba difícil entender qué hacía actuando en solitario, sin el resto de su equipo. No podían ser todos tan estúpidos como Chong. Con certeza, Kim no era tonto. Malvado como una serpiente, pero no tonto.

Cuando volví a mi habitación había una nota bajo la puerta, en ruso. Decía: «Ha llegado hoy un tarro de mermelada de arándanos fresca. Quizá podríamos ir de comida campestre. Lena».

Lena. Ese debía de ser el nombre que usaba entre amigos. Un nombre bonito. Una

comida campestre era lo que quería. Tal vez en algún merendero con vistas a los campos, arriba en las colinas, junto a algún riachuelo en un lugar silencioso aparte de los pájaros y el viento en las copas de los árboles. Sin pescado. Sin camiones. Solo Lena.

Miré de nuevo la pequeña tarjeta que me había dado el recepcionista. Una tarjeta de presentación curiosa, en blanco, sin ningún nombre estampado en ella. La parte trasera era más interesante. Había un fragmento de un horario de trenes, cortado y pegado ahí. Aparecía un tren a Kanggye, pero estaba tachado; debajo, subrayado, había un tren Hyesan - Musan - Najin - Harbin. Yo sabía que ya no había trenes a Harbin: era un horario viejo. La fecha, en letra pequeña en la parte inferior, indicaba «Año 11 del reinado de Showa»: 1936, el año en que mi padre se alistó en las guerrillas antijaponesas, con base no demasiado lejos de Manpo.

La alcé hacia la luz, palpé con el pulgar los bordes y doblé el centro para comprobar si tenía otra capa. No era un mensaje de Pak: habíamos acordado utilizar códigos relacionados con el clima, no con itinerarios de viajes. Pak se había puesto en contacto conmigo: el télex de Wonsan era suyo, así que ¿de quién era aquella tarjeta? Najin estaba en el norte siguiendo la costa, cerca de la frontera con Rusia. ¿Por qué iba a querer yo ir allá? ¿Y Harbin? Harbin, ni me lo planteaba. No llevaba pasaporte, no tenía órdenes ministeriales que me permitieran abandonar el país y no llevaba suficiente dinero para sobornar a los guardias. Puse la tarjeta sobre la mesa que estaba junto a la cama y me tendí para pensar.

El cielo se estaba nublando aprisa, las cimas de las colinas estaban envueltas de una neblina gris. Se oyó un trueno que retumbó entre las montañas con un estruendo grave y luego comenzó a llover. Sonaba como un tren de mercancías en un túnel. La lluvia caía en torrentes haciendo imposible ver nada, ni siquiera los árboles del jardín. No habría comida campestre aquel día. La ventana dejaba entrar algo de agua a medida que el viento hacía batir la lluvia sobre ella. Para colmo de colmos, en aquel pueblucho de mala muerte no sabían construir un buen marco de ventana. En invierno el aire frío debía de colarse en la habitación. Todavía me dolía la cabeza de la mañana y necesitaba dormir.

El golpear de la lluvia sobre la ventana me recordó la primera cena que tomé en Budapest, en un restaurante tranquilo y cochambroso donde me había refugiado de la oscuridad y del viento huracanado. El camarero había fruncido el ceño cuando le hablé en ruso, pero cuando vio que estaba solo se suavizó algo y me aseguró que era bien recibido. Me llevó hasta una mesa junto a la ventana, donde las gotas golpeteaban contra los viejos vidrios emplomados. A la luz de las velas pude ver a una pareja al otro lado de la sala. La mujer cortaba su comida con elegancia, él bebía vino y murmuraba algunas palabras. Ella alzó la mirada despacio, sus miradas se cruzaron y se rieron como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

El sol que entraba por la ventana me despertó justo después de las cinco de la tarde. La tormenta había pasado y los árboles de fuera relucían. Manpo seguía siendo feo, pero las colinas se habían suavizado a la luz de la tarde. La carretera que bajaba al río no estaba excesivamente transitada. Era tarde para mi encuentro, pero si querían un nuevo camión esperarían unos minutos, fueran quienes fueran.

Qué sabían de las instalaciones de las colinas y qué más querían por la información, nadie lo sabía. Podría ofrecer otra cesta de pescado si fuera necesario. Qué diablos, podría ofrecer dos. Dos veces lo comprobé, pero no pude descubrir a nadie siguiéndome. O el equipo de Seguridad Militar estaba cenando, o habían mejorado su técnica tras lo sucedido a Chong.

Pasaron algunos camiones chinos vacíos, traqueteando veloces en la carrera por cruzar el río antes de que se hiciera de noche. A lo largo de la vía se extendían parcelas sembradas de verduras, terrenos que los campesinos cuidaban por sí mismos, de modo que trabajaban en ellos hasta tarde o se sentaban a fumar si querían, apoyados sobre los cercados que habían instalado para preservarlos de los caminantes. Me detuve para pedirle al campesino que estaba más cerca de la carretera indicaciones para llegar hasta el restaurante chino. No respondió. Cuando pregunté de nuevo, esta vez con un tono menos cordial, otro campesino se acercó.

—Es inútil enfadarse: no puede oír una palabra de lo que dice.

—¿Qué problema tiene?

—Ninguno, simplemente no puede oír. Es más bien una bendición, diría yo. Es más fácil estar satisfecho si no te ves forzado a escuchar la cantidad de tonterías que dice la gente cuando se reúne. —Se calló y buscó mi rostro—. ¿Es la primera vez que viene a Manpo?

—¿Supone alguna diferencia?

—Ninguna. Solo preguntaba. Difícilmente alguien de aquí desconocería dónde está el restaurante.

—¿Así que sabe dónde está? —Me di cuenta de que había cometido un grave error. El hombre podría ser un campesino, o podría ser otra cosa. Lo que era seguro era que vigilaba la carretera, se ocupaba de hablar con la gente. En lo que a mí respectaba, su amigo tenía una audición perfecta. Y no cabía duda de que me habían fichado.

—Después de la siguiente colina la carretera se encuentra con un sendero de tierra que discurre paralelo al río. Hay un puesto de observación, casi todos son muchachuelos. Simplemente no les haga caso y busque las escaleras.

—Gracias. Y gracias a su amigo. —Cuando me giraba para marcharme, el campesino sordo me sonrió con suficiencia.

El sol se estaba ocultando y todavía me quedaba mucha carretera por andar. No me hacía ninguna gracia estar junto al río en la oscuridad. El tráfico de camiones se había reducido a uno o dos que transportaban trabajadores que disfrutaban en pie de la brisa en la parte de atrás. Algunos me saludaron, como si estar en el mismo lugar al mismo tiempo, incluso ahí, creara un vínculo temporal. Les devolví el saludo.

El tercer camión que pasó junto a mí en dirección al río se detuvo en el arcén y dos hombres que iban atrás me hicieron gestos para que me apresurara.

—Suba si va adonde el Viejo Liu o se perderá la cena. —Monté de un salto en la parte trasera justo cuando el conductor aceleraba. Kang estaba sentado en la esquina, fumando. Asintió con la cabeza, hizo un gesto para que me sentara a su lado y después levantó la mirada para observar el cielo—. Una noche clara. ¿Planea ir andando hasta el infierno?

—Pensé que se suponía que debía ir al río para asistir a un encuentro. A propósito, nunca me dijo cómo se suponía que iba a conseguir entrar en esas instalaciones que vimos por la mañana. Parece que están ustedes especializados en la improvisación. A nosotros, en el ministerio, nos gusta planear un poco las cosas. Sobre todo, cuando hay ametralladoras alrededor.

—Fenomenal, pero hay un cambio de planes. —El camión viró bruscamente, dio media vuelta y se dirigió hacia el pueblo—. Va a tomar usted el próximo tren para Pyongyang. Pak lo necesita ahí. Ha aparecido un cadáver en el Koryo. Un extranjero.

—¿Y lo de ayudarlo a usted?

—Ya se lo he dicho: cambio de planes.

—Pero mi pescado...

—Inspector, no tiene usted ningún pescado. Y este camión lleva las ruedas bajas, por no mencionar la pésima transmisión.

—Supongo que no soy de Wonsan, tampoco.

—Manténgase alejado de la frontera: nunca ha estado aquí.

—Tengo que recoger mi bolsa.

Kang cambió de postura y vi que mi bolsa se encontraba debajo de su pierna.

—El tren sale a las dos de la mañana. Más o menos. Cuando pare en Kanggye, no se baje. Si alguien le invita a hacerlo, háganos un favor a ambos e ignórelo.

—¿Y la factura de la pensión?

—No se preocupe por la pensión.

—Pero el recepcionista...

—Al recepcionista no le importará.

—Ya sabe, él me dio...

—Olvídese de lo que le dio. Está muerto.

—¿Cuándo...?

Kang apretó los labios y ladeó ligeramente la cabeza.

—No me pregunte. Seguramente antes de meterle no sé qué vídeo obsceno en la boca. Por lo menos eso espero. ¿Le dio algo?

—¿No me acaba de decir que me olvide de lo que me dio?

—No me sea torpe, inspector. Una tarjeta de presentación, un trozo de papel.

—¿Se refiere a esto? —Me metí la mano en el bolsillo y saqué la tarjeta con el viejo horario de tren.

Me lo quitó de la mano.

—Nunca ha visto esto, ni nada parecido.

—Me lo pasó el recepcionista, pero no dijo de quién provenía.

—¿Se ha quedado sordo? Nunca ha visto esta tarjeta. No era para usted.

—Era de la abuela Pak, ¿no es así? No lo relacioné al principio, pero el recepcionista mencionó su nombre.

—Desista, inspector. Déjelo estar.

—¿Trabaja para usted?

—No se cansa nunca, ¿verdad?

—¿Qué hay en Najin?

—Si se lo dijera tendría que matarlo.

Estuve a punto de reírme, hasta que vi que se había desabotonado el abrigo.

El camión llegó ruidosamente hasta la parte delantera de la estación de tren. Kang me pasó mi bolsa.

—Buena suerte. No se preocupe, no lo habría matado, no estoy trastornado. Demasiadas cosas en las que pensar, nada más. —Al coger la bolsa me di cuenta de que pesaba. Kang volvió a sentarse—. Un tarro de mermelada de arándanos —dijo.

El tren a Pyongyang salía con retraso. No como en algunos lugares, donde un retraso supone veinte minutos, o incluso una hora un día malo: aquel tren no vino aquel día, ni el siguiente. La gente vagaba, entrando y saliendo de la estación; algunos hicieron de ella su casa. No había ninguna comisaría que yo pudiera ver, nadie comprobando los papeles, pero todo se mantenía razonablemente en orden. Rugían los todoterrenos al doblar la esquina; pasaban a cada hora, a veces pitando a algún comerciante que llevaba la bicicleta con la mano recorriendo la carretera demasiado despacio con una carga imposible. Me mantenía en las sombras, alejado de las ventanas, tanto como podía. Por la noche no había luces, pero durante el día los rayos de sol jugueteaban por el suelo. El lugar olía rancio, quizá porque el tejado tenía goteras y las vigas del techo estaban pudriéndose. Probablemente hubiera una habitación reservada para funcionarios, con más luz y menos charcos en el suelo, pero no quería llamar la atención ni tener que responder ninguna pregunta.

Di con un lugar seco junto a la pared, me puse mi bolsa debajo de la cabeza y traté de dormir. El tarro de mermelada de arándanos me mantuvo despierto. Cuando me estiré para moverlo hacia un lado, me di cuenta de algo que debía de haber imaginado. Había algunas rebanadas de pan negro de centeno y una botella de cerveza además, y también una nota: «Qué lástima lo de la excursión, ya echo de menos lo que podría haber sido. Lena». Atado a la nota había un botón azul.

Alrededor de las dos de la tarde del segundo día el jefe de estación pasó junto a mí arrastrando los pies. Supuse que sabría alguna cosa.

—¿Alguna posibilidad de que venga el tren, amigo?

Se detuvo y bajó la mirada hacia mí.

—Siempre hay una posibilidad, pero tendrán que levantar la restricción antes.

—¿Qué restricción?

—La línea completa está cerrada a cal y canto, alguna expedición oficial anda viajando por la provincia, de manera que simplemente han congelado el tráfico. No entra nada. No sale nada. No se mueve nada.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí para siempre?

—No hay ese riesgo, ¿verdad? Puede que pierda usted un par de días, pero antes o después siempre acaba por venir un tren. ¿Qué prisa tiene, de todas maneras? ¿Adónde tiene que ir que no pueda esperar un poco?

Me lo pensé un minuto. Él tomó mi vacilación por una evasiva.

—¿Sabe adónde va? ¿O es un secreto? Veamos su billete.

Me tanteé los bolsillos, buscando el papel que me había dado Kang en el último momento. «Con esto podrá subirse al tren», me había dicho. «Incluso puede que consiga algo de fruta o pescado seco». Le pregunté si también funcionaría para una

taza de té. Kang se rio mientras el camión arrancaba. «¡Mucho té, en China!», gritó, y agitó la mano despidiéndose. Justo antes de que el camión desapareciera tras una esquina, su cabeza se asomó de nuevo. «¡Libros!, voceó, ¡en francés!».



—Su abuelo siempre solía tomar el tren aquí. —Levanté la vista repentinamente. El jefe de estación me observaba atentamente—. No se parece mucho a él. Excepto cuando no está escuchando.

—¿No tiene usted una estación que supervisar?

—¿Ve? A eso me refiero. Cuando le habla a la gente pone cara de asunto oficial, recia, digamos, pero cuando tiene la mirada perdida, como si recordara a alguien, entonces su rostro se muestra tal cual es. Son los ojos, supongo. Tiene sus mismos ojos.

¿Qué era aquello? De repente cada anciano que me encontraba pensaba que tenía los ojos de mi abuelo...

—No sé de qué está hablando. ¿Y si se limita a decirme para cuándo esperamos un tren?

Se rio y puso su mano sobre mi hombro.

—Un chico duro. Recuerdo cuando era usted pequeño, justo después de la guerra. Todo era sucio y confuso. La gente pululaba por lo que quedaba de la estación, buscando familiares, la policía militar ladrando órdenes, chinos por todos lados, y cuando digo por todos lados quiero decir por todos lados. Había uno que no quería salir de mi oficina de ninguna manera. Le dije que no podía ver los horarios de trenes. Independientemente de lo buenos aliados que fueran, los horarios nos pertenecían a nosotros. Podía no quedarnos mucho, le dije, pero lo que nos quedaba era nuestro, y los horarios no era su problema. Él dijo que se estaban moviendo trenes con tropas, mercancías y alimentos, y que si no se hacía con los horarios aquello sería un caos y yo me llevaría un tiro.

De pronto, me sentí interesado por aquel anciano. Estaba contando una historia que le había oído a mi abuelo una docena de veces a lo largo de los años.

—Así que —le dije—, sacó un gran revólver de su cinturón y lo posó sobre la mesa.

Se quedó en silencio un instante.

—Aquella mesa me la había hecho su abuelo antes de la guerra.

—Era de arce, con las patas redondas y adornos de marquetería en roble dorado por arriba.

—Aquel chino puso sus botas sobre la mesa. Yo le dije: «O baja ahora mismo esas botas de la mesa o verá sus sesos sobre el suelo».

—¿Qué hizo? —Lo sabía, pero quería oír al anciano contarlo.

El jefe de estación se frotó los ojos. Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, disfrutando del recuerdo.

—El muy bastardo me mandó a la mierda. Luego escupió sobre la pared y salió

de la oficina.

—Mi abuelo decía que aquella mesa tenía un cajón secreto.

—Y todavía lo tiene.

—¿Tiene aquella mesa? ¿Aquí en la estación? —Quería tocar la madera, saber qué había sentido mi abuelo al serrarla, lijarla y encontrar su corazón.

—¿Por qué no viene a verla? —Atravesamos la sala principal, pisando junto a personas que dormían profundamente en el suelo, con sus fardos de mercancías chinas entre sus brazos como si fueran amantes. El jefe de estación sacó la llave para abrir la puerta de su oficina y después se detuvo. La puerta estaba abierta. Me miró con asombro, entró en la habitación y dejó escapar un gemido. En ella, sobre la mesa, había un pez dando bocanadas, atravesado por un cuchillo de degollar cabras. Saqué el cuchillo y el pez cayó pesadamente sobre el suelo.

—Mi mesa... —La voz del anciano sonó sorda—. Todos estos años... He tenido esta mesa durante todos estos años, y ahora esto. —Le lanzó una mirada al cuchillo que tenía en mi mano, y después al pescado—. El tren saldrá a medianoche, seguramente a la una.

—¿Puedo usar el teléfono? —Fijó su mirada en mí embobado—. El teléfono. —Zarandeeé suavemente su hombro—. Necesito hacer una llamada.

—Es conexión ferroviaria, no para el exterior.

—Lo sé, lo sé, pero puedo usarlo de todas maneras.

Me miró entornando los ojos, como si estuviera lejos, o quizá fuera él quien lo estuviera.

—Ese es un cuchillo de los de Seguridad Militar.

—¿Andan por aquí? ¿Ha visto a alguno de ellos?

Le echó un vistazo al pez.

—No esté aquí para cuando yo vuelva —fue todo lo que dijo, y entonces desapareció por la puerta.

Tan pronto como cogí el teléfono, me pusieron con una operadora. Era la misma con la que había hablado en Kanggye.

—Otra vez usted —dijo.

—Póngame con Pyongyang.

—¿Qué tal está el tiempo en Manpo?

—Se avecina una tormenta. Mire, esto es urgente.

—Claro, ya lo sé. Sois todos iguales. Pensé que íbamos a cenar juntos.

—Sí, una buena cena. Seguro que conoce algún buen restaurante, también. —La línea era mala, pero no tanto como para que no pudiera captar el tono de mi voz.

—Es curioso —dijo—, puedo perder esta conexión muy fácilmente. Sucede todo el tiempo. ¡Vaya! Oigo interferencias. Podría ser un fallo del sistema. Mis órdenes son desconectar y apagarlo. De ese modo no nos saturamos.

—¿No os qué?

—Yo qué sé; es lo que nos dijeron el pasado sábado. Una chica tuvo que admitir

que había estado hablando con su novio, un tal coronel Yun, en Haeju o algo así, y lo siguiente que supimos fue que, ¡zas!: se habían saturado las líneas. Es que esa siempre anda en líos...

No dije nada.

—No está enfadado conmigo, ¿verdad?

Tosí ligeramente.

—Escuche, lo siento. Tenemos mucha presión por aquí. Le gritan a una cuando pierde una conexión, como si esta porquería de equipo pudiera funcionar bien durante dos llamadas seguidas. Es ruso, ¿sabe a lo que me refiero? Construido como esas señoras soviéticas de antes. No como las chicas rusas de ahora, tan lindas. La otra noche vi a una en la televisión. Parece que les va bien, hoy en día, si usted me entiende.

Le di un número.

—La misma línea de la policía.

—Tengo que informar de un crimen.

Dio un chillido.

—¿De Manpo? Amigo, no tendría ni un minuto libre si la gente informara de cada crimen que sucede en Manpo. Espere, vamos allá.

Se oyó un débil clic, un momento de silencio en el que pensé que me había cortado la conexión y luego la voz tranquila y agradable de Pak al otro lado de la línea.

—Llama usted tarde, está ausente sin licencia, ha desaparecido en servicio, ¿dónde diablos está y por qué diablos sigue en la frontera?

—Más importante: ¿tenía idea de lo que está sucediendo aquí arriba, antes de enviarme para acá? Seguridad Militar acaba de mandarme un mensaje. Creo que era una amenaza de muerte.

—¿Qué?

—Un pescado con un cuchillo de degollar cabras clavado en las tripas.

—Muy sutiles, estos chicos. —Se hizo el silencio por un instante y pensé que se había perdido la conexión. Entonces Pak dijo—: Ahórreme los detalles por el momento. Quiero un informe completo sobre mi mesa cuando llegue aquí. Puede escribirlo en el tren. Tendrá tiempo de sobra, y nada más que hacer.

—Si es que conseguimos un tren. Está todo bloqueado.

—Algún Gran Camarada o alguien así. —Por lo general Pak era más discreto por teléfono—. En cualquier caso, no es asunto suyo. Su trabajo está aquí. Tengo un cuerpo, un extranjero, finlandés por lo que parece. Se lo explicaré cuando lo vea y más vale que no tarde mucho. —Hubo una serie de chasquidos, un espacio vacío y después un pitido.

La operadora volvió a la línea.

—A esto me refería: se han saturado las líneas.

—El novio de alguien por ahí.

—No es usted coronel, ¿no? —Había una nota de alarma en su voz.

Me reí.

—Ni de cerca.

—La cena. No lo olvide.

No tenía sentido responder porque el teléfono comenzó a emitir pitidos y después una nueva voz diminuta al otro lado de la línea chilló que aquello era el equipo de comunicaciones ferroviarias, reservado para asuntos ferroviarios, y que era una violación de la seguridad usarlo para asuntos personales.

—Necesitamos un tren —grité.

Una pausa, y después, con tono de sospecha:

—¿Con quién hablo?

—No le importa con quién habla, amigo. Seguridad Militar le informa de que más vale que el tren para Pyongyang esté aquí en tres horas, o empezaremos a tirar de expedientes.

La persona al otro lado no se sintió intimidada.

—La provincia está bloqueada. No se mueve ningún tren sin autorización. Esas son mis órdenes, de modo que no me amenace.

—No se preocupe, compañero, esto no es una amenaza. Habla con el coronel superior Kim, de Seguridad Militar, actuando bajo instrucciones directas y personales del coronel Yun, del Cuartel General de Haeju. Envíe un tren aquí a toda prisa o lo veré mañana, digamos... ¿a medianoche?

Nadie en su sano juicio hubiera seguido una orden como aquella.

Nadie lo hizo.

## CUARTA PARTE

Tanto estuve en la frontera del norte  
que incluso mi perro ladra a mi paso.  
Tenía la esperanza de cantar con amigos bajo  
las estrellas al volver, pero algunos murieron,  
y dos se han marchado a Pyongyang,  
lo que no es demasiado diferente.

—Hong Ki Bo (1665–1710).

# 1

Tan pronto como me apeé del tren en Pyongyang llamé a comisaría. Me dieron uno o dos detalles lacónicos.

—¿Eso es todo? —Ya no tenía el ánimo para recibir información incompleta.

Con esfuerzo me dieron una frase más. Entonces, casi como una ocurrencia tardía, añadieron:

—Una cosa más: Pak dijo que si usted llamaba le dijéramos que lo quiere en el Koryo, en la octava planta. —Hubo una breve pausa—. ¿Dónde ha estado en los últimos días?

—En ningún lugar que sea bueno.

El hotel no estaba lejos de la estación y, de cualquier modo, necesitaba hacer ejercicio, así que fui caminando. Me cruzó la cabeza la idea de tomar un té en la cafetería del hotel, pero decidí hacerlo a la salida. El ascensorista dormitaba en una silla. Cuando le dije que iba a la octava planta, titubeó.

—Ministerio de Seguridad Pública. —Le mostré mi identificación. Frunció el ceño. Incluso desde el recibidor, resultaba evidente que el lugar no había sido debidamente precintado ni registrado. No había señal de los trozos de cinta que se supone que debe haber en el marco de la puerta para indicar que el escenario de un crimen ha sido inspeccionado: cinta roja para las huellas dactilares, azul para los fotógrafos criminalistas. Hubo una época en la que solía haber un trozo amarillo si había un guardia apostado para restringir el acceso, pero la cinta amarilla es difícil de conseguir, así que ya no se veía mucho en los marcos de las puertas.

Sabía lo que había sucedido: había estado en situaciones similares. El lugar había sido tratado más como un museo que como el escenario de un crimen, con funcionarios desfilando abatidos por la sala, deteniéndose aquí y allá, algunos balanceándose hacia delante y hacia atrás cuando se paraban, mirando de vez en cuando sus relojes y preguntándose si faltaría mucho para la hora del almuerzo. Si quedaba una sola prueba real en la habitación, sería de puro milagro. Los de seguridad del hotel habían pasado por ahí (el trozo de cinta verde de la entrada era suyo), pero seguramente no habían hecho nada de utilidad, aparte de coger una silla para apoyarse en ella, inquietos sobre si les echarían la culpa y preguntándose cómo podrían descubrir algo que hiciera compatible un cráneo machacado con la explicación «causa natural».

—Esto no va bien, inspector. No estoy interesado en los asuntos de la policía. Quizá en otra ocasión.

—Paciencia. —Cerró su libreta—. Me debe un agradecimiento. Le he dicho el color del teléfono de la estación de tren.

—También me ha dado un número de teléfono de la policía, que no puedo utilizar. ¿Debo creerle en eso de que Kang mató al compañero de Oriente Medio?

—No era de Oriente Medio, no en las últimas quince generaciones, por lo menos.

—¿La gente sigue la pista de esas cosas?

—A veces. Puede que le prestara más atención de la normal por cómo me clavaba la nariz en la cara.

—¿Por qué debería interesarme ese cuerpo del hotel?

—Si quiere informarse sobre Kang, es la única manera de hacerlo.

—Kang debe de haber decidido que confiaba en usted, si le contó algo de la operación con Japón. ¿Por quién se había enterado él? ¿Pak?

—¿Qué le hace pensar que Pak sabía algo sobre Japón?

El irlandés sonrió.

—No sé nada sobre su triste país. Por eso estoy invirtiendo en toda esta cinta. —Señaló hacia la grabadora—. Pero he estado en Japón. —Arqueó las cejas y se rio—. Pensaba usted que nunca había estado en el misterioso Oriente, ¿no es así, inspector?

—Si alguna vez pasa por Pyongyang, Richie, llámeme. Lo llevaré a cenar, se lo prometo.

De la conversación con comisaría antes de ir al Koryo saqué en claro que los de seguridad del hotel habían hecho al menos una cosa bien: llamar a la oficina de enlace del Ministerio de Seguridad Pública tan pronto como el cuerpo había sido descubierto. Desde aquel momento todo se torció: había habido un instante de auténtico pánico en el ministerio tras la primera identificación, basada en una tarjeta del bolsillo de los pantalones azules de poliéster que sugería que el fallecido era ciudadano finlandés, y peor aún, inspector de la Agencia Internacional de Energía Atómica. El pánico los llevó a llamar al funcionario de guardia del Ministerio de Asuntos Exteriores, rompiendo todas las reglas. Se suponía que la cadena de mando debía partir del servicio de seguridad del hotel a la policía, después a la organización de seguridad del partido, de ahí al enlace de partido en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, solo entonces, al desafortunado funcionario de guardia del ministerio, que por lo general era un subalterno. Aquella noche no solo estaba de guardia un funcionario subalterno, sino que, por ser sábado, era su primer turno solo. No se preocupó en mirar el manual de instrucciones para comprobar que no estaba autorizado para recibir una llamada sobre la muerte de un extranjero de nadie que no fuera su propio enlace de partido. Con todo, fue lo bastante inteligente para darse cuenta de que la muerte de un inspector de la aiea sería un desastre.

Por desgracia, hizo la peor cosa posible: llamó a un amigo suyo, un tal capitán Choi del Mando de Seguridad Militar. Choi, inteligente y en plena carrera ascendente, consultó su manual y dio aviso a su funcionario de guardia, quien llamó a la policía para preguntar por qué diablos el Ministerio de Asuntos Exteriores estaba involucrado en una investigación de seguridad estatal.

Esto provocó setenta y dos horas de protestas y acusaciones por parte de los diversos funcionarios de enlace, tiempo durante el cual el cadáver fue trasladado a la morgue central, mucho antes de que se escribiera (y mucho menos se presentara) cualquier informe sobre el escenario del crimen. Justo cuando las cosas comenzaban a calmarse, la Policía Militar de la Comandancia Militar de Pyongyang montó en cólera. Era una de esas raras ocasiones en las que se suponía que había que avisarlos, pero nadie tenía su número, e incluso si lo hubieran tenido, a nadie se le habría ocurrido llamar.

Justo cuando traspasaba la puerta de entrada a la habitación, el inspector jefe Pak surgió del baño, secándose las manos en la camisa.

—Ya era hora de que apareciera, inspector.

—Un placer, estoy seguro. ¿Quiere que le cuente mi viaje y mis conversaciones con Kang?

—Que le den a su viaje. Que le den a Kang. Tengo a un extranjero muerto en la



morgue al que nadie puede identificar, causa de la muerte desconocida, hora de la muerte desconocida, y una convocatoria para reunirme con nuestro amigo de Seguridad Militar, Kim, esta tarde a las tres. ¿Le apetece acompañarnos?

—Paso. He estado la última semana escabulléndome de él y tengo razones para no querer verlo en una buena temporada. Tenía razón: me conviene mantenerme lo más alejado posible de él.

—Afortunadamente alguien lo está presionando con este caso. No sé quién es, pero mientras sienta un poco de dolor, se comportará con nosotros. Conozco a los de su calaña. Está nervioso y necesita ayuda. Si esto se pone feo, podría acabar camino del trabajo en las minas de carbón.

El caso me había dado mala espina desde el momento en que oí cómo la notificación había salido de los cauces reglamentarios. El hecho de que no hubiera señal de una investigación me había puesto la mosca detrás de la oreja aún más. Ahora sabía que tenía razón. No nos convenía entrar en aquel incidente. No había manera de salir victoriosos de él: alguien iba a tener que pagar los platos rotos y todos los demás tratarían de asegurarse de que ese alguien fuéramos nosotros. Nada avanzaba en la dirección adecuada. Solo desenmarañar las cosas hasta su origen me llevaría una semana, y para entonces no quedaría ningún indicio que seguir.

—¿Por qué tenemos que aceptar este caso? Es un extranjero y nosotros solo tratamos con extranjeros cuando hay un delito.

Pak alzó una ceja.

—El asesinato suele definirse como delito. Código Penal, capítulo 8, sección 1, artículo 141, a menos que se den circunstancias atenuantes; también el artículo 142, acceso de ira; o 143, defensa propia.

—Pero no sabemos dónde sucedió, ni mucho menos quién es responsable ni bajo qué circunstancias.

—Para eso es la investigación, inspector.

—Eso presupone que podemos investigar. Si lo hizo otro extranjero o si sucedió fuera de la capital no entra en nuestra jurisdicción. Si entramos en un caso con cadáveres de forasteros, no obtendremos más que injerencias del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y encima nos culparán de no resolverlo, y créame, a estas alturas ya nadie puede resolverlo.

—¿Acaba de asomar la nariz por la puerta y ya sabe todo eso? —Tan pronto como Pak frunció el ceño supe en qué dirección íbamos. Intenté abstraer mi mente a otro lugar, uno tranquilo, antes de que comenzara su perorata—. Déjeme que le aclare algo, inspector: esto es la capital. Puede que no sea un lugar elegante y sofisticado como Ginebra o Praga, pero es la capital de nuestro país y es la responsabilidad de nuestra unidad hacer de ella un lugar seguro. En este momento, no lo es. Esto no es la frontera, inspector; es la capital de nuestro país y que me lleve el diablo si permito que aparezcan cadáveres sea donde sea: carreteras o habitaciones de hotel. Así que, le guste o no, vamos a descubrir lo que ha sucedido aquí, y lo haremos rápido. Y cuando

digo «nosotros», inspector, quiero decir «usted» de manera muy específica. Quiero un informe para las 2.45, algo que pueda meterle a Kim por el gaznate.

Mientras pulsaba el botón del ascensor, Pak se volvió hacia la habitación e hizo un gesto de frustración con la mano.

—Tráigame algo, lo que sea. Eso nos dará un par de días. —Se abrió la puerta del ascensor y, mientras entraba, dejó caer—: Una lástima: es una buena habitación, en realidad tiene buenas vistas.

No podría decir demasiado sobre las vistas porque las tupidas cortinas estaban echadas, pero, por lo que yo podía ver, la habitación no tenía nada de especial. Tenía el típico recibidor oscuro, un salón para sentarse, ligeramente elevado, y un dormitorio. La alfombra del dormitorio estaba llena de manchas. Había dos camas estrechas, cada una cubierta por un edredón de seda roja brillante, con sendos círculos de flores bordados en el centro. La lamparita cuadrada que descansaba sobre la mesilla que había entre las dos camas era nueva, como lo era el teléfono blanco con el que compartía el espacio. Había un televisor junto a la pared, dirigido hacia una silla cercana a la ventana. El baño se había renovado hacía poco; era uno de esos baños modulares con el techo bajo que le hacen a uno pensar que se encuentra en una nave espacial de fibra de vidrio. Nunca me ha gustado la fibra de vidrio: no crece en ninguna parte.

De recién instalados, los baños debían de considerarse modernos y eficientes, pero no eran demasiado resistentes, especialmente dado que los clientes del hotel no tenían excesivo cuidado. El brillo desapareció, y el color se fue apagando. No podían pintarse, así que lo único que se podía hacer era reemplazar el módulo completo. Por lo general el mobiliario fijo se rompía en el proceso, de modo que había que sustituirlo también. Aquel tenía un lavabo nuevo, nada del otro mundo, pero relucía como lo hacen los lavabos nuevos. No parecía haber sido usado más de una o dos veces. Las toallas, finas, no eran nuevas ni combinaban entre sí, pero estaban limpias y dobladas con precisión, colgadas pulcramente del toallero. Había un teléfono encima del inodoro. Por qué alguien puede necesitar un teléfono en el baño es algo que nunca he comprendido.

La sala de estar tenía un sillón con cabida para dos personas si se profesaban amistad, un par de sillas, una lámpara de pie con una vieja pantalla de seda y una mesa de madera de pino teñido con poca gracia, algo ladeada. Las estanterías junto al armario del recibidor estaban vacías, al igual que el pequeño frigorífico marrón que ocupaba el rincón entre el aparador y la cómoda empotrada. Abrí todos los cajones y cada uno chirrió al moverse. Nada que un poco de jabón en las guías no pudiera solucionar.

—El extranjero estaba sobre el suelo, en la sala de estar. Parecía como si se hubiera tropezado con el cable de la lámpara, pero nadie puede golpearse tan fuerte en la cabeza con una mesa tan pequeña sin que se caiga el jarrón.

Me volví para encontrarme con la asistente de aquella planta de pie en el recibidor: una mujer baja y compacta de unos cuarenta años con un vestido liso de color marrón y un delantal blanco. No había oído sus pasos porque llevaba calcetines, pero no zapatos.

—Yo lo encontré. Entré para comprobar si había una botella de agua en el frigorífico, y ahí estaba. Nunca había visto un cráneo hundido de esa manera. —Se detuvo y luego añadió con un tono de desaprobación ante lo que le parecía una violación de los trámites normales—: No sabía que ya se hubiera inspeccionado la habitación.

—Mi nombre es O. —Me incliné levemente para saludarla y sonreí. La mayoría de los inspectores prefieren comenzar las conversaciones con un testigo con un tono amenazante (es el procedimiento estándar, según enseñan en la formación), pero necesitaba que aquella mujer estuviera de mi lado. Agradeció mi gesto suavizando algo el contorno de los ojos, que si bien no era una sonrisa, era un comienzo.

—¿Es usted inspector de policía? —Sin esperar la respuesta, continuó—. El inspector jefe Pak me ha reñido, ¿pero qué espera? Si lo hubiera llamado habría perdido mi puesto de trabajo.

—No se preocupe por Pak. ¿Por qué no pasa y se sienta?

—No puedo sentarme en las habitaciones. —Se apoyó sobre la puerta abierta—. Ni siquiera estoy segura de que pueda hacerlo usted si no se registra antes.

Me senté en el sofá de la sala, descorrí la pesada cortina para un lado y miré por la ventana para darle a entender que las normas internas del hotel no iban conmigo.

—Cómodo, arreglado, nada fuera de su lugar. Dígame, ¿por qué iba a poner flores en una habitación que pensaba que estaba vacía?

—Esas flores no son nuestras. Yo no hago los ramos, ni tengo jarrones como ese. Cultivamos nuestras propias flores atrás, en el jardín. En cualquier caso, ese jarrón es un desastre: tiene el cuello demasiado estrecho. ¿Por qué se iba a poner un ramo de flores en algo así? Parece como si estuvieran en la cárcel. La idea al poner flores en las habitaciones es hacer que parezca que se está al aire libre.

—Como un prado en la montaña, o al menos como una cabaña.

—Sí. —Me estudió para ver si me estaba mofando de ella, lo que no era así—. Por lo menos como las colinas después de llover.

—No le estoy preguntando sobre el arreglo de las flores; mi pregunta es: si las flores no son tuyas, ¿quién las puso en el jarrón?

—¿Cómo voy a saberlo yo?

No me gustaba cuando un testigo respondía una pregunta mía con otra pregunta. Solía significar que había perdido el control.

—¿Estaban aquí cuando encontró el cuerpo?

—No sabría decirle: es que está demasiado oscuro en las habitaciones cuando la cortina está echada.

—Así que las flores no eran tuyas, no las puso usted en el jarrón y no está segura de si estaban aquí o no cuando descubrió el cuerpo. Si no estaban ya aquí, ¿quién habría puesto unas flores marchitas en una habitación con un hombre asesinado?

—Yo no.

—Muy bien, usted no. Eso ya lo hemos decidido, más o menos. ¿Entonces quién?

—Iba penetrando poco a poco en la habitación mientras hablábamos: me di cuenta de que buscaba algo con la esperanza de que yo no me percatara—. ¿Echa algo en falta?

—Nada, no. —Negó levemente con la cabeza, pero sus ojos revoloteaban por la sala.

Saqué mi libreta.

—Necesitaré su nombre, para que conste. Y cuando salga tendré que pedirle que cierre la puerta con llave y no deje entrar a nadie sin mi permiso. —Sus ojos dejaron de revolotear y buscaron los míos—. Y se lo digo literalmente: a nadie. Haré que venga un vigilante del mss lo antes posible, pero por el momento es su responsabilidad.

—Me llamo Li, Li Yong Hui. No puedo prometerle nada. Las cerraduras de estas puertas apenas mantienen fuera la brisa, inspector. Y por lo que vemos con usted y el sillón, no demasiada gente sigue órdenes mías.

Cerré mi libreta y volví a abrirla. Lo hice como un gesto de autoridad, con un toque de fastidio. Pak podía permitirse hacer aquel tipo de cosas, pero en mi caso solo me hacía parecer indeciso. A juzgar por la expresión del rostro de la mujer, necesitaba practicar más.

—Echaré un vistazo a la habitación, para tomar algunas notas. Puede quedarse ahí en la puerta mirando o continuar con su trabajo, señorita Li. De cualquier modo, esta habitación es ahora el escenario de un crimen contra el pueblo, oficialmente. Eso significa que las reglas habituales no son aplicables en ella. Esta habitación me pertenece hasta que se haya resuelto el crimen, y cuando le diga a la gente que no puede entrar estará hablando en mi nombre, ¿está eso claro? —Aquello no era cierto ni por lo más remoto, pero quizá me sirviera para obtener algo más de colaboración por su parte, y no le haría ningún daño—. Cualquier información de que disponga sobre los acontecimientos o el escenario es importante para la resolución del crimen, la captura de los criminales y la dignidad de la patria. Mi comisaría se pondrá en contacto con usted para un interrogatorio formal en uno o dos días. Confío en que podremos trabajar juntos.

No dijo nada. En parte estaba sopesando si yo le causaría problemas adicionales, en parte consideraba si podría obtener algún beneficio siguiéndome el juego. Asintió con la cabeza, me pareció que con poca convicción, y desapareció por el pasillo.

Mi segundo paseo por la habitación me llevó cinco minutos. No quedaba nada que ver: todo había sido tocado y movido. Habían encerado y limpiado el polvo del dormitorio en los tres días que habían pasado desde que se levantó el cadáver. Me senté en la silla y encendí la televisión con el mando a distancia. Estaban poniendo unos dibujos animados infantiles. Un viejo rey debilucho, una adorable princesa y un atractivo plebeyo sentados bajo un árbol mirando las montañas. Incluso en los dibujos, las montañas. La apagué antes de que apareciera el dragón que escupía fuego. Tenía que haber un dragón, que amenazaría con hacer una barbacoa con la princesa. En realidad quería otra cosa, pero no podían poner eso en unos dibujos

animados, no en nuestro país en cualquier caso.

El baño estaba immaculado. El frigorífico estaba desenchufado y el agua del hielo fundido formaba un charco en la estantería más baja. No había ninguna botella de agua, pero sí un leve olor, como si algo se hubiera estado pudriendo en ella. Mire en la sala de estar otra vez. No había nada de suciedad en el suelo cerca de la mesa. Los cráneos no están vacíos y, cuando se machacan, dejan escapar toda clase de cosas desagradables que no se limpian con facilidad. No era posible que hubieran sustituido ya la alfombra: no en aquel hotel, no en aquella ciudad. ¿Qué había sucedido con la suciedad?

Al salir por la puerta pensando en el almuerzo, una idea fastidiosa me cruzó la mente: no había comprobado el armario. Reculé y asomé la cabeza en la habitación. La luz del pasillo no funcionaba, lo que hacía que estuviera oscura, y todavía más el interior del armario. No llevaba conmigo una linterna, e incluso si lo hiciera, las pilas no funcionarían. Mis ojos se resistieron a adaptarse: no había luz, nada a lo que ajustarse. Palpé las baldas que ocupaban un lado del armario, pero estaban vacías. Recorrí a tientas el estante largo de arriba: no había nada, ni siquiera una manta extra. Me arrodillé y seguí con las manos el borde del suelo del armario. En el rincón del fondo mis dedos encontraron algo pequeño y redondo. Lo recogí, caminé hasta el recibidor y lo inspeccioné en la mano. Era un botón, azul como el cielo, azul como un lago en el verano finlandés.

Estaba en mi escritorio, mecanografiando un informe inicial, cuando Pak irrumpió en el despacho.

—¿Ha puesto un vigilante en el Koryo?

—Sí. La habitación es un cachondeo, pero quizá conservemos algo así.

—¿Con qué autoridad ha enviado el vigilante?

—Con la mía. Lo hago siempre: era el procedimiento ordinario la última vez que lo comprobé. Si pido permiso perdemos un día o dos en conseguir la aprobación, y a esa altura el vigilante ya es inútil.

—Lo he retirado.

—¿Que ha hecho qué?

—El capitán Kim dijo que un vigilante solo atraería la atención, y no quería nada de eso. También el Ministerio de Asuntos Exteriores dijo que asustaría a los visitantes extranjeros.

Saqué de un tirón el informe de la máquina de escribir.

—Entonces no tiene ningún sentido abrir un expediente, porque no puede haber ninguna investigación.

Pak se apoyó sobre el borde de mi mesa.

—No parece usted muy feliz estos días, inspector. Está nervioso, irritable.

—No gracias, me opongo a pasar otras vacaciones en la frontera. —Me recosté sobre la silla y enfoqué la mirada en la moldura entre el techo y la pared. Nuestros despachos estaban en un edificio antiguo, uno de los primeros que se alzaron de la ciudad en ruinas tras la guerra como símbolo de resistencia y victoria para un pueblo que había perdido todo. La mayoría de los adornos se había esfumado con los años, ya que la victoria no resultó ser todo lo buena que se esperaba. Algunos permanecían, sin embargo, de manera milagrosa en mi oficina. La moldura había sido esculpida por alguien que se podía enorgullecer de su trabajo, pero sus dibujos habían desaparecido bajo capas y capas de pintura. Las tardes tranquilas a menudo me prometía a mí mismo que encontraría una escalera lo bastante alta, subiría a ella y descolgaría la moldura, lijaría la pintura y la devolvería a su gloria original. A veces pensaba que el dibujo representaba flores o vides, pero también podrían ser pájaros en vuelo. Tenía que mantener la esperanza de que no fuera algo absurdo, como una hilera de trabajadores blandiendo sus herramientas.

Pak se dirigió hacia la puerta.

—En quince minutos salgo hacia la guarida de Kim; puede acompañarme una parte del camino. Daremos un paseo junto al río. Hace demasiado bueno para ir en coche. —Aquello significaba que todavía no había recibido la asignación mensual de gasolina, pero, como siempre, odiaba admitirlo delante de mí.

Sentado junto a mi escritorio a la mañana siguiente, hice un esbozo de la habitación del hotel en la parte de atrás de un viejo memorando. No leo los memorandos, especialmente los que vienen del ministerio una vez por semana, pero están hechos de un papel excelente para dibujar. El cuerpo había sido transportado al hotel desde otro lugar, lo habían tirado junto a la mesilla de noche. Lo habían tirado, estaba seguro de ello. Aparté a un lado mi esbozo y busqué en mi bolsillo la madera de caqui. Tras recorrer con los dedos su suave superficie, mis pensamientos fueron tomando forma. Quienquiera que lo hiciera no estaba intentando ocultar el asesinato. Ni siquiera se había esforzado lo más mínimo en hacer que pareciera un accidente. Qué diablos, ni siquiera se había tomado la molestia de alquilar la habitación. Había empleado toda su energía en hacer desaparecer su rastro, y eso lo había conseguido a la perfección. Ni uno solo de los empleados del hotel había visto nada, o eso decían, aunque resultaba difícil de creer. El único propósito de los empleados, especialmente en un lugar lleno de extranjeros como el Koryo, es mirar, observar. Hacer la cama es secundario. Es la máxima negación de su función, el que un cliente sea asesinado en el hotel, o aún peor, que se suba (otra cosa sería bajarlo) un cuerpo sin vida en el ascensor sin que ellos se den cuenta. Por lo general, si a los empleados se les ha ordenado que digan «yo no he visto nada», siempre hay algo que los delata: unos hombros tensos, una mirada sostenida durante demasiado tiempo o demasiado poco. No había detectado ninguna de esas señales en mi primera ronda de entrevistas con ellos. Algunas personas pueden mentirme a la cara e irse tan campantes, pero el personal de un hotel no contaba entre esa gente.

Le di una última vuelta a la madera de caqui: había alcanzado su grado máximo de suavidad. Abrí el cajón de mi escritorio, arrojé el trozo de madera a su interior y hurgué buscando una pieza que todavía no hubiera trabajado. Había algo de pino, pero el pino me aburría. Era demasiado fácil, sin carácter, nada que ayudara a concentrarse. Junto a él había un trozo de alcanforero. No estaba mal para el invierno, cuando tuviera algún resfriado, pero en cualquier otro momento el fuerte olor que imprimía a mis dedos resultaba desagradable, amén de hacerme lagrimear. Hacia el fondo del cajón había un viejo pedazo de nogal. Duro y resistente. Justo lo que necesitaba para aquel caso. Debajo de la madera de nogal había algo que no me esperaba: un jirón de papel de lija desgastado.

La lija era difícil de conseguir, especialmente la buena. Siempre que salía al extranjero o que sabía que alguien lo haría, intentaba hacerme con otro trozo. Otros buscaban latas de galletas o televisores: yo pedía lija.

Una vez, cuando volvía de una misión de apoyo a una delegación en Europa del Este, un guardia fronterizo abrió mi maleta en la estación de tren y descubrió cuatro



pliegues de papel de lija de grado medio, del tipo que se utiliza cuando no se puede encontrar el grano que se necesita. El guardia era joven y podía verse que se afanaba en hacer bien su trabajo.

—¿Qué es esto? —Me miró con el ceño fruncido. No había nada en la normativa sobre el papel de lija, pero no se fiaba. Nadie había pasado con ello antes, y exactamente por esa razón debía de tener algo de peligroso.

—Es lija. Estoy haciendo unas estatuas de madera del líder, y para hacerlo bien tienen que quedar suaves, ¿sabe a lo que me refiero? —Le guiñé el ojo—. Suaves como el culito de un bebé. —Esto lo puso muy nervioso. Referirse al Líder y al trasero de un bebé sin tomar aire entre los dos sonaba a problemas—. Si me deja sin este papel de lija las estatuas quedarán bastante feas y la gente querrá saber por qué. Podrían interrogarme. Podrían torturarme. Tendría que decirles quién me confiscó el papel. —Para entonces, el guardia no sabía dónde meterse y, con la cara roja como un tomate, miraba a todos lados buscando al jefe de su brigada, que seguramente se había escaqueado para fumar un cigarrillo detrás de alguna barraca.

Cada vez que quería fabricar algo el papel de lija era el principal obstáculo. Serrar y taladrar un par de agujeros no llevaba demasiado tiempo, pero entonces el trabajo se quedaba en suspenso porque no conseguía encontrar lija fina. Mi abuelo solía argumentar que la lija fina era un invento del diablo. Él creía, y lo decía con gran convicción, que todo era una cuestión de concentración y paciencia. Cualquier trozo de madera podía hacerse suave y lustroso, decía. Esto solo suponía encontrar lo que había estado ahí todo el tiempo: no tenía nada que ver con el lijado. La gente que lijaba la madera sin pensar tenía más probabilidades de arruinarla que de mejorarla con ello. Y los que usaban la lija fina eran los peores, insistía siempre, porque vencían a la madera en lugar de darle vida.

Un día encontré un libro sobre inventos. Decía que un americano había inventado el papel de lija en la década de 1830.

—¡Quién la necesitaba! —Mi abuelo desechó la idea con un gesto de enfado—. El padre de mi padre preparaba la madera para hacer muebles puliéndola hasta sacarle un brillo de seda. Usaba una herramienta para pulirla que era como un trapo mágico, decía la gente. Y por aquel entonces no pululaba por aquí ningún americano, ¡puedes estar seguro!

Yo no iba a llevarle la contraria, pero estaba interesado en entender por qué era tan inflexible.

—Porque siempre nos califican de rezagados, de seguidistas, de subdesarrollados y de mendigos. —Su rostro se enrojeció al hablar de aquello—. Ni los americanos, ni los chinos, ni los japoneses: nosotros llevamos cientos y cientos de años haciendo muebles. Bellos muebles, cuando América todavía estaba cubierta de bosques y poblada por salvajes que se vestían con pieles de animales. ¿Qué iban a saber ellos de la madera, de cómo sacarle lo mejor, hablar con ella, cortearla, cantarle a su espíritu? ¿Tienen acaso auténticos carpinteros allá? —Yo no dije nada, porque cuando se

enfurecía de aquella manera me trataba como si fuera uno de sus enemigos, como si fuera alguien que hubiese ido al extranjero y hubiese vuelto contaminado—. Y bien, ¿los tienen, señor Corea-ya-no-es-lo-bastante-buena-para-mí? —Lo alegraba que me encomendaran realizar viajes al exterior (significaba que confiaban en mí), pero le preocupaba que decidiera renunciar a mi identidad coreana—. ¡Lija! —resopló—. Pero ¿por qué ibas a usar lija con la madera? La lija sirve para el metal, quizá, pero ¿con la madera? La madera es como un corazón que late.

—¿Así que me estás diciendo que los coreanos no inventaron la lija porque es una mala idea?

—Todo lo que estoy diciendo es que nadie nos dijo cómo hay que pulir la madera. Hace mucho tiempo que sabemos cómo hacerlo, más de lo que hace que existe América, y ningún americano ha inventado nunca nada que yo quiera usar.

Por satisfacerle, le dije que probaría la antigua manera de pulir la madera.

—Espera —me dijo mientras entraba en el cuarto trasero para salir con el mismo cepillo sencillo que se me había caído años antes. Pesado e inestable en mi mano, se cobró su venganza arañando la madera cada vez que perdía un poco la concentración. Cuando mi abuelo lo recuperó, la maldita herramienta adquirió una gracia insultante, moviéndose suavemente sobre los nudos de la madera con un ¡shhhshhh! Cantaba tan dulcemente, decía mi abuelo, que la madera encontraba su auténtica forma y ya nunca quería ser otra cosa.

Mucho tiempo después de que falleciera mi abuelo, yo lijaba madera por las noches, solo, en la parte trasera del bloque de apartamentos, mientras aparecían las estrellas. Sentía con los dedos la madera constantemente: incluso en la oscuridad podía darme cuenta de cuándo me acercaba a su corazón. Concentrándose en dar vida a la madera, en escuchar aquella canción, mi mente vagaba hasta que me encontraba en un lugar lejano. El que trabajara solo de aquella manera irritaba a nuestro encargado de seguridad local, un recio veterano de guerra. Cojeaba como resultado de la metralla que seguía alojada en su pierna, arrastrando el pie izquierdo. Antes de que doblara la esquina del bloque ya sabía que era él. Solía quedarse en pie, silencioso, observándome. En ocasiones intercambiábamos algunas palabras, pero lo habitual era que solo se oyera el leve shhh de la lija deslizándose por la madera: no era propiamente una canción, pero se le acercaba. Incluso en días en los que se suponía que debía estar en una sesión de estudio lijaba, a veces tarareando para mí. «Una actividad poco saludable —decía el papel que deslizaron por debajo de la puerta de mi apartamento—. Demasiado solitaria». Solo para fastidiarlos, cuando al fin asistí a una sesión de estudio, les dije que la lija había sido inventada por un americano.

Una noche después del trabajo volví a mi apartamento y mis existencias de papel de lija habían desaparecido. Pak dijo que era culpa mía y de nadie más por habérselo pasado por las narices. Después me dijo que me ayudaría a conseguir más. «Guárdelas en su despacho, pero manténgalas escondidas y no invite a la gente a

admirarlas. No les interesarán, créame, y es probable que alguien se lo mencione a otras personas».

El trozo de lija de mi escritorio estaba gastado, pero todavía le quedaba algo de vida. Lo doblé con cuidado y lo puse en el tercer cajón de mi armario archivador, con el resto de mi exigua colección. Volví entonces a mi mesa y fijé la vista en el esbozo de la habitación del hotel. Añadí el armario y dibujé el pequeño botón del suelo.

Comenzaba a creer que quienquiera que se hubiera desecho del cadáver había evitado al personal por completo. Ni uno de ellos aportaba el más mínimo detalle a la investigación, ni la migaja de una pista en una respuesta no oficial que me pudiera hacer dar vueltas en círculo durante semanas. Ninguno de los empleados vio nada, respuesta final y única de todos, excepto de la señorita Li, la encargada de planta, que se había mostrado nerviosa pero sorprendentemente colaboradora, incluso indignándose ante lo que había pasado en una habitación que estaba bajo su responsabilidad.

Las flores eran un callejón sin salida: todo aquel esfuerzo por sortear al personal para dejar un jarrón que no correspondía al lugar sobre una mesa de pino barata que se habría roto en dos piezas de haber caído alguien sobre ella con la violencia suficiente como para reventarse el cráneo. De cualquier forma, las mesas de pino no revientan cráneos. La madera es demasiado blanda.

Pak me llamó de un grito. Estaba dando vueltas en su despacho como un tigre en su jaula.

—Inspector, no me interesa cómo nuestro cadáver llegó a la habitación o cómo encontró su final. Ni siquiera quien lo llevó hasta él. Ahora mismo lo que necesito es saber quién es. Era. —Pak había asistido a una reunión que se había prolongado toda la mañana. Era visible que había dormido durante una parte de ella. Tenía los ojos hinchados. Solo esperaba que no hubiera estado dormitando en la parte en la que se suponía que debía estar alerta para granjearnos las simpatías del viceministro al cargo.

—¿Una sesión difícil? —Involuntariamente estaba mirando el trozo de nogal mientras lo trabajaba con mi mano derecha.

Pak dejó de dar vueltas y me señaló.

—¿Todavía no ha dejado esa manía? La gente comienza a cuchichear sobre ello. La semana pasada casi introducen algo en su expediente. Alguien lo calificó de «antisocial». Fui yo quién lo bloqueó. —Comenzó a dar vueltas de nuevo—. ¿Por qué diablos no puede usted fumar, como todos los demás?

El viceministro al cargo se llamaba Yun. A nadie le gustaba, lo que tampoco le importaba. Era una de esas personas que se sienten más seguras rodeadas de enemigos. Quizá pensara que le daba más nivel de cara al ministro, aunque no existía nada que pudiera conseguir ese efecto. El ministro era anciano, no llegaba a ser uno de aquellos veteranos revolucionarios, pero era lo bastante anciano para haberlos conocido personalmente. Había conocido a mi abuelo, venían de la misma aldea de

las montañas. Cuando estalló la guerra, el ministro, que era entonces solo un joven recluta pueblerino, fue destinado a una sección del cuartel general. Se encontraban bajo ataques aéreos constantes, cambiando de ubicación casi cada noche, tratando de mantener un mínimo de orden y disciplina. El ministro fue nombrado suboficial cuando todos los demás murieron. Para el final de la guerra, siendo las bajas sufridas tan elevadas, ya era coronel. A menudo decía que no sabía lo más mínimo sobre cómo dirigir a las tropas cuando empezó, y todavía menos cuando terminó, pero que había aprendido a gritar de manera muy convincente por el teléfono del campamento para que quien estuviera al otro lado de la línea le prestara atención. Cuando la guerra terminó, él imaginaba que volvería a su pueblo y a su granja. Volvió a casa, y ahí no encontró nada. La aldea había sido pulverizada. Nadie conseguía averiguar por qué. Las bombas aparecieron de ninguna parte, nadie había oído llegar los aviones por el cielo nocturno, dijeron los supervivientes.

Unos pocos quisieron reconstruir la aldea, pero los bosques habían desaparecido, las tierras nunca habían sido demasiado buenas y el poder militar decidió instalar en el valle que se extendía a sus pies una fábrica especial, así que todos los que vivían en las colinas circundantes fueron desplazados. El ministro terminó en la capital. Nunca se interponía en el camino de nadie y era digno de confianza. Llevaba a cabo las órdenes que recibía. Estaba invariablemente alegre, incluso cuando se emborrachaba. Confiaba en sus subordinados, los trataba con amabilidad, y estableció un grupo de leales que le sirvió con fidelidad durante los años difíciles. Todos en el ministerio, incluidos Pak y yo, estábamos preocupados ante la perspectiva de que se jubilara y el viceministro Yun lo sucediera.

—El viceministro piensa en usar este caso para darle la patada al anciano, tengo un presentimiento. —Pak recorrió la sala hasta la ventana y se quedó mirando el jardín, ausente. Me moví para poder mirar yo también. Uno de los centinelas de la entrada había abandonado su puesto y estaba apoyado sobre el muro con los ojos cerrados, tratando de robarles a los bloques de hormigón lo último del frescor de la mañana. Pak se quedó un instante de pie dándome la espalda, luego se volvió e hizo una mueca irónica.

—El vicepresidente está seguro de que la pifiaremos en la investigación de este asesinato. Preguntó si necesitábamos ayuda para hacernos con una cámara que funcionara. Ya sabe, con ese tono de hastío que usa antes de hundir sus colmillos en alguien.

—¿Cuánto sabe? ¿Quién le dijo lo de la cámara?

—Kang no. Se odian el uno al otro. Uno de los dos no va a sobrevivir a esto. — Pak me miró burlesco y se volvió de nuevo para mirar por la ventana—. Así que solo queda su capitán preferido.

—¿Se refiere al coronel Kim? ¿Sabe él que he estado en Manpo?

—Puede que tenga un informe superficial, pero dudo que sepa algo con certeza. Simplemente no vaya a ningún restaurante especializado en pescado con él.

—Muy gracioso.

—¿Qué sabemos del cadáver? —Pak frotó una mancha sobre el cristal—. ¿Cree que nos limpiarían esto?

—No demasiado. Muerto. Caucásico. Varón. Un buen golpe a juzgar por la sien machacada en el lado derecho del cráneo. No se registró en el hotel. Sin papeles. Sin identificación. La tarjeta de presentación que llevaba en el bolsillo no era suya, y los inspectores de la aiea dicen que nunca lo habían visto.

—¿Tan difícil es esto, inspector? —Pak se cansó de la ventana y se dirigió hacia el escritorio—. No bajó flotando desde la Luna.

—Puede que sí, por lo que sabemos hasta ahora. Llevará un día más investigar el paradero de todos los extranjeros del país. Ya se han comprobado todos los de la ciudad.

—¿El informe de la autopsia?

—No habrá autopsia.

—¿De qué está hablando? Para mañana por la noche, incluso para esta noche, tendré a los del ministerio gritándome, y luego otros se les unirán, como una convención de chacales.

—En el hospital dicen que tienen órdenes de no comenzar una autopsia hasta que no haya una identificación.

—Claro, quieren saber qué juego de cuchillos tienen que usar.

Comencé a trabajar el pedazo de nogal otra vez, luego me detuve y me lo metí en el bolsillo.

—¿No puede hacer que Kang haga una llamada?

—Esto es asunto nuestro, no de Kang. Él no entrará en ello. Además, nada le gustaría más al viceministro que encontrar las huellas de Kang en lo que se supone que es toda una investigación criminal, no un juegucito de los de los servicios de inteligencia.

—¿Qué me dice de la fiscalía? Antes o después tendrá que presentar cargos contra alguien.

—Estamos hablando de un extranjero. No quieren saber nada del asunto. Dicen que es política exterior.

—Lo sabía. No podemos hacer más que trabajar con el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—El enlace, el chico bajo de cara rubicunda y los zapatos malos viene esta tarde después de la comida. ¿Quiere estar presente?

—Tal vez. No, pensándolo mejor, prefiero volver al hotel y dar otro meneo al árbol, a ver qué cae.

—Solo un instante. Juguemos a un juego, inspector. Se llama «los continentes». Yo nombro un continente y usted me dice si el cadáver procede de ahí.

—Ya ha dicho que el cuerpo era de un finlandés. De cualquier modo, todo lo que he visto son las fotos, y no son demasiado claras. La cámara para escenarios de

crímenes necesita pilas nuevas.

—No sé si es finlandés. Es solo una impresión, por la tarjeta que llevaba en el bolsillo. Por lo visto alguien la puso ahí. Pero empecemos: ¿África?

—No. Bueno, quizá sí. Podría ser sudafricano. Podría ser un inmigrante, supongo.

—América del Sur.

—Podría ser, pero la ropa no me parece, por lo poco que pude ver.

—América del Norte.

—No lo creo, por el peinado.

—Europa.

—Probablemente.

—¿Ruso?

—Nyet.

—¿Australia?

—Mire, jefe...

—Sígame la corriente, inspector. Australia.

—Sí, claro, podría ser. Pero, bueno, está blanco, demasiado quizá. No lo bastante abrasado.

—Asia.

Me lo pensé un segundo.

—No.

—Mucho territorio, un par de miles de millones de personas si cuenta la India. ¿No quiere cambiar su voto?

Negué con la cabeza.

—No, Asia no. Lo que tampoco restringe mucho el asunto.

—Quizá sí, quizá no.

Me quedé un instante parado, a la espera de que Pak sacara alguna conclusión de todo aquello. Se sentó con la calma y el mutismo de una roca.

—¿Ha terminado el juego? —Me dirigí hacia la puerta—. Si me necesita, estaré en el Koryo un par de horas.

Pak asintió con la cabeza. Parecía satisfecho consigo mismo; yo recorrí la entrada preguntándome qué sabía él que yo desconocía.

A la encargada de planta del Koryo no le hizo demasiada gracia encontrarme de nuevo en la habitación. Se tiraba de la manga del vestido. Se negaba a mirarme a los ojos. No resultaba difícil darse cuenta de que, en aquel ínterin, alguien había hablado con ella y la había avisado de que podría no ser muy buena idea responder a mis preguntas. No tenía sentido presionarla a aquellas alturas, así que le dije que la llamaría después. Se sintió aliviada.

—Esta mañana voy a estar ocupada —dijo—. Va a llegar un autobús de jugadores de baloncesto rumanos. Un torneo amistoso. Son los peores: altos, esmirriados y todos se creen cómicos por tener las piernas largas. Debería ver lo que les hacen a las habitaciones. Con suerte irán del duodécimo piso hacia arriba. —Retrocedió en dirección a la entrada y se escabulló como una sombra. Muy silenciosa, bien entrenada.

Recorrí de nuevo la habitación centímetro a centímetro. Pak había dicho que su máxima prioridad era descubrir la identidad de la víctima, pero aquello solo requeriría un proceso de eliminación. Había un número limitado de extranjeros en el país: cada unidad provincial haría un recuento basándose en las tarjetas de entrada, varias veces si era necesario. Con el tiempo a alguna de ellas le faltaría una, y aquel sería nuestro hombre. O mejor dicho, nuestro cadáver. Mi auténtico problema era descubrir quién lo había hecho, y avanzábamos marcha atrás en aquel sentido. Hasta el momento lo único que sabíamos era que el cuerpo había sido encontrado en una habitación del Koryo. Aunque todavía no lo dábamos por algo seguro, yo estaba casi convencido de que era finlandés. Como mínimo era europeo, pero el sur de Europa estaba prácticamente descartado. No era eslavo, tampoco. De acuerdo con el inventario del informe inicial, toda su ropa procedía de tiendas vienesas. Si aquello se confirmaba, entonces probablemente trabajaba para alguna organización internacional. Gente de muchas nacionalidades hacía eso, de manera que ¿qué me hacía pensar que fuera finlandés? Un botón azul. Pero ni siquiera sabía si era suyo. Ninguna de las prendas que llevaba tenía botones así. Quizá perteneciera a quien lo asesinó. Quizás aquella persona fuera finlandesa. Pero no lo creía. Había repasado los registros del hotel. La habitación había visto pasar a decenas de coreanos de Japón, algunos americanos y multitud de chinos. También recién casados de Turquistán. En la habitación no quedaba rastro de ellas, a menos que el botón formara parte de alguna costumbre de noche de bodas de Turquistán, lo que dudaba.

La encargada de planta llamó con suavidad sobre el marco de la puerta.

—Hay una llamada para usted abajo.

—¿Limpia usted misma estas habitaciones?

Pude ver que meditaba si aquella pertenecía al tipo de preguntas que podía

contestar. Lo era.

—Sí, cada una de nosotras es responsable de un piso entero. De dos, en realidad. Solíamos trabajar en parejas, pero el año pasado hubo un recorte de personal. «Tenemos que sacar algún beneficio», dijeron. Así que yo sola limpio todo en este piso y en el noveno.

—La pareja de Turquistán, los que estaban de viaje de novios.

Alzó la mirada.

—No hablo sobre los clientes. —Había entrado en el terreno de las preguntas a las que lo habían advertido que no debía responder.

—¿Cuando limpia, limpia la habitación completa?

—¿Por qué no?

—Yo pregunto y usted responde. Trate de recordar eso. —Le dediqué lo que pretendía ser una mirada amistosa—. Tiene mucho trabajo: dos pisos que limpiar, resulta fácil dejarse alguna mancha.

Sonrió tímidamente.

—De acuerdo, así que nunca se deja nada. Pero si lo hiciera, ¿dónde cree que sería?

—Créame, esta habitación estaba como una patena hace tres días. Entré dos veces para asegurarme. —Hizo una pausa y me miró frunciendo el ceño—. Todo lo que está aquí desde entonces vino con... —No terminó su pensamiento.

—Iré a contestar esa llamada.

El teléfono estaba en el despacho del gerente, detrás del mostrador de recepción. El gerente estaba sentado en una silla plegable de madera junto a una pequeña mesa, bebiendo té a sorbos sin molestarse siquiera en disimular que estudiaba sus papeles. Su taza tenía una grieta por un lado. Pensé en pedirle que abandonara la sala, pero no importaba. Todos los teléfonos del hotel estaban pinchados de todas maneras.

Al otro lado se oyó la voz de Kang.

—¿Está libre esta noche?

—Depende.

—Lo invito a cenar.

—Sin carne de cabra.

—No me deja mucha opción.

—Tendrá que pensar algo. Pescado, tal vez.

—¿Cómo va la vida por el Koryo estos días, inspector?

—Bien. —Estaba claro que sabía quién había hablado con la encargada de planta—. Es el mejor hotel de la península.

—A las nueve en punto, si no es demasiado tarde. Me pasaré por su oficina.

—Perfecto. —Colgué.

El gerente se aclaró la garganta y me lanzó una sonrisa hostil cuando me volví



hacia él.

—Aquí nos estamos esforzando mucho por llevar un buen hotel. —Hizo una pausa—. Y esto no nos ayudará mucho.

La primera ley del capitalismo, pensé, los cadáveres son malos para el negocio. Intenté sonar cordial y serio al mismo tiempo.

—Tan pronto como encuentre lo que busco y pueda irme de aquí, lo haré. Pero si esto no se soluciona rápido, se ganarán una cierta reputación, si sabe a lo que me refiero. No muy bueno para los viajes de luna de miel.

Meditó un instante.

—El octavo piso es difícil de vender. —Sus manos llamaron mi atención. Estaban entrelazadas y tenía los nudillos demasiado blancos, como si estuviera haciendo demasiada fuerza con los dedos.

—Gracias por permitirme usar el teléfono. —Me puse en pie y escribí mi número en un trozo de papel—. Seguramente no recuerde usted nada, no se esfuerce demasiado.

Kang hizo aparición poco después de las nueve. Se detuvo para hacerle una visita a Pak por unos minutos. Luego vino a mi despacho.

—No hay cena: Pak nos lo prohíbe.

Puse los pies sobre el escritorio. Un dolor de cabeza me subía lentamente por la nuca.

—Sabía que no llegaría a producirse. Está usted aquí, así que ¿qué quería decirme?

—¿Recuerda a nuestro amigo Chong?

—¿El de la cabeza como una roca?

—Su cuerpo desapareció. Ni siquiera saben que está muerto. Están convencidos de que planea pasar a China, si es que no lo ha hecho ya. Kim está que echa chispas. Ha puesto en alerta a todos los efectivos que tiene a lo largo de la frontera. No puede permitirse que uno de sus hombres deserte: jode toda la disciplina.

—Y es malo para su reputación también, diría yo.

—Esperemos. Mientras tanto, anda distraído. No sabe que estuvo usted en Manpo.

—Ya debe de haberse enterado a estas alturas.

—¿Entonces por qué han emitido una orden de búsqueda contra un chico de Manpo de primer nombre desconocido y segundo nombre desconocido?

—¿Qué pasa con la mujer de la cabra?

—No les ayudará demasiado: todo lo que sabe es que se hacía usted un lío con los pescados y que intentó utilizar cupones de alimentación.

—¿De eso ha venido a hablarme? ¿Del cadáver de Chong? El dolor de cabeza se había buscado un buen hogar y planeaba quedarse a pasar la noche. Había traído un bote de aspirinas de Berlín, pero había utilizado la última unas semanas antes. Pak no tenía ninguna, lo había comprobado.

—No, del suyo. Los de Kim han hablado con el personal del Koryo.

—Gracias, qué detalle.

Kang comenzó a decir algo, pero se detuvo.

—¿Qué?

—Nada, solo que Kim no es malvado: es un psicópata. Si lo pone a usted en su lista no habrá mucho que yo pueda hacer. Me tiene vigilado, está esperando para hacer un movimiento.

—Pues apártese de su camino.

—No es tan fácil.

—¿Por qué? Una noche simplemente desaparece y ya.

—No puedo, todavía no.

—Bueno, sea lo que sea es problema suyo. Límitese a mantenerlo lejos de mí de ahora en adelante, ¿de acuerdo?

—Si solo fuera mi problema no estaría aquí, inspector. Le estoy avisando. —Hizo una pausa.

—Le escucho.

Kang arrancó una hoja de una libretita que llevaba y apuntó una palabra. Me la acercó por encima del escritorio y luego se dirigió hacia la salida. Mi dolor de cabeza oyó el portazo. La palabra escrita en el papel era lo que me esperaba: «finlandés».

—El origen étnico no es una identificación. —La mujer llevaba una bata blanca de laboratorio a modo de armadura blindada—. Sin identificación no hay autopsia. Ya se lo he dicho.

—Se llama Gustav. —Había dejado mi libreta en el despacho, lo que era un error. Tomar notas le da a uno un aire de estar al mando, eso es lo que nos enseñaron en las clases de formación. Pedirle a aquella dama de hierro un trozo de papel solo le hubiera dado ventaja. Me metí las manos en los bolsillos y me balanceé sobre los talones. Quizá pensara que tenía una memoria perfecta. Quizá ella tuviera una aspirina.

Hizo una mueca de desprecio.

—Gustav es un nombre sueco. Ha perdido, inspector. Tengo mucho trabajo. Consígame un documento identificativo, y será mejor que no tarde. La refrigeración es inconstante como mínimo durante el verano y estos cuerpos no se mantienen demasiado tiempo. Y de paso hágase con un cuaderno. Buenas noches.

—Espere un minuto: tengo que ver sus efectos personales.

—Están precintados. Tendrá que firmar un impreso y después tendré que ir a hacer una llamada. —Me miró fríamente—. La bolsa está en aquel escritorio. Cuando vuelva con el permiso de Seguridad Militar, si es que me lo dan, podrá echarle un vistazo. —Había un teléfono en su mesa, pero supuse que ella ya lo sabía.

—Supongo que no tendrá algo de té.

—El té es malo para la salud, inspector. Definitivamente la gente bebe demasiado té.

—Tal vez algunos lo hagan —musité mientras se cerraba la puerta. Tan pronto como oí sus pasos avanzando por el pasillo, comencé a inspeccionar los cajones. La bolsa estaba en el de abajo. Detrás de la primera bolsa había una segunda, etiquetada como «Accidente de coche /H1». Tuve una corazonada y la abrí para hurgar en su contenido. Procedía del cuerpo que estaba en el coche del que me había hablado Kang, el de la ventanilla lateral hecha añicos. El coche podía no haber estado allí cuando pasé, pero alguien había tenido muy mala suerte.

Había sangre en abundancia en la ropa, que parecía el uniforme de un coronel de Seguridad Militar. Era nuevo, de buena calidad. Incluso para ser el uniforme de un coronel, estaba confeccionado muy delicadamente. Las puntadas eran limpias y firmes, los botones eran de importación y habían sido cosidos con hilo duro: eran negros, lo que era lo corriente, pero miré dos veces a la lúgubre luz de la sala para asegurarme. Había dos juegos de llaves en los pantalones: me guardé ambos en el bolsillo. También una cartera de cuero negro realmente suave, obviamente extranjera, hecha a partir de algún pobre becerro. Era como casi todas las europeas, pero no se le

había estampado ni repujado ninguna marca comercial ni información sobre su país de origen. Recorrí con los dedos el borde interior para cerciorarme. La billetera estaba casi vacía. Se había sacado cualquier identificación. En algún momento, sin embargo, la cartera debía de haber estado a rebosar, puesto que había perdido la forma. Una billetera muy llena no pegaba con el aspecto arreglado del uniforme: dentro de un bolsillo trasero o incluso en el interior de un abrigo debía de haber arruinado por completo las líneas perfectas del traje. No cabía demasiada esperanza en lo que se refería a encontrar lo que se había extraído de la billetera: podía haberla vaciado quienquiera que lo mató, quizá un campesino que pasaba por ahí o tal vez los encargados de seguridad de la morgue.

Pasé a la otra bolsa, etiquetada como «Koryo». La ropa no era de la misma calidad que el uniforme ni de cerca, ni estaba tan limpia, pero no tenía rastro de sangre. Sin sangre en la ropa ni restos en la alfombra del hotel. Quizá el chico no tuviera sesos. En el dobladillo del pantalón encontré algunas agujas de pino, que me guardé en el bolsillo. Todas las etiquetas de la ropa decían «Fabricado en Austria», pero todas habían sido cosidas después de compradas y usadas las prendas. El hilo no correspondía y estaban algo descosidas, aunque solo un poco. La cartera era nueva, sin nada de especial; tal vez fuera un regalo que le hicieron justo antes de salir de viaje o la hubiera comprado en algún aeropuerto al venir. En el interior, en la parte de abajo, tenía unas letras repujadas: «Fabricado en España». Al igual que la otra, la billetera estaba vacía, aunque no tenía pinta de haber contenido nunca demasiado. La mayoría de las fundas de plástico para tarjetas de crédito no se habían abierto jamás. La cartera no mostraba ningún signo de haber estado en el bolsillo trasero de nadie durante un vuelo de larga distancia: estaba en perfecta forma. Quizá la llevara en el abrigo. Y entonces, ¿dónde estaba el abrigo?

Oí pasos acercarse por el pasillo: devolví las dos bolsas al cajón y di un par de pasos para inspeccionar un gráfico con un esqueleto humano.

—La respuesta es negativa. No puedo darle permiso para ver la bolsa.

—Qué lástima. ¿Se han registrado al menos las cosas, para poder estar seguro de que estará todo aquí cuando venga con la orden del fiscal?

Una orden del fiscal impresionaría a los de Seguridad Militar como la manteca de cerdo impresionaba a una sartén, y hasta ella sabía eso. Se cruzó de brazos, lo que no suavizó su apariencia general.

—Soy doctora, inspector, no una oficinista. No registro cosas, me encargo de la salud de la gente. O al menos eso hago cuando no se me hostiga. Ya pasa la medianoche y tengo pacientes que necesitan mi ayuda. ¿Y con qué se supone que he de ayudarles, inspector? ¿Con órdenes del fiscal? Consígame medicinas. Especialmente aspirinas para los niños.

Me incliné, devolviéndole el gesto de despedida.

—Disculpe mi intrusión. Gracias por su tiempo.

Cuando me dirigía hacia la puerta me llamó:

—Inspector, tiene usted un andar muy musical.

—¿Ah, sí? —Me volví y vi que su rostro se había liberado de la máscara.

—Sus llaves, inspector. Van tintineando.

Era lo bastante tarde cuando abandoné la morgue como para decidir llevarme el coche oficial a casa. Si lo devolvía temprano por la mañana a Pak no le importaría. Mi apartamento estaba sorprendentemente frío cuando entré. No había nada de comer, así que me bebí el resto del vodka e intenté pensar en Finlandia, en cómo sería caminar con Lena junto a un lago en la quietud del crepúsculo. Me dormí recordando su perfume, pero todo aquello con lo que soñé fue con pan y mermelada.

El sol brillaba con toda su fuerza cuando me desperté sobresaltado pasadas las ocho. El dolor de cabeza ya no estaba, pero no se había ido demasiado lejos. La mujer de la puerta de al lado estaba quejándose a todo volumen de que todas sus flores estarían muertas para el mediodía si su marido no bajaba a buscar algo de agua, porque el grifo de su apartamento había dejado de funcionar otra vez. A aquellas horas ya debía estar en comisaría. Bostecé. Pak me cubriría si alguien necesitaba el coche, pero sabía que me haría sentir culpable cuando se enterara de lo poco que había descubierto en la morgue. «No se preocupe, inspector», diría volviendo la silla hacia la ventana. «Ya tenemos montones de pruebas: montones de pruebas. ¿Quién necesita una autopsia en un caso como este? Me alegra que haya ido a la morgue: ha usado bien el vehículo oficial. Eso casi suple el que no se preocupara de registrar que se lo había llevado».

Ya llegaba tarde y Pak estaría poco agradable, poco importaba si dormía un ratito más. Si el hombre de la puerta de al lado hubiera bajado a buscar el agua que le pedía su mujer habría sido posible, pero ambos comenzaron a discutir sobre no se sabe qué, y ese no se sabe qué los llevó a otra cosa. Por lo menos en el trabajo podría tomar algo de té.

En el coche camino de la comisaría bostecé y me puse a repasar lo que la doctora había dicho la noche anterior: «El origen étnico no es una identificación». No era una gran excusa, pero valía la pena probarla con Pak. Mientras atravesaba la puerta de nuestras instalaciones, vi un todoterreno militar en una de las plazas de aparcamiento. Decidí que no era buen momento para hacer acto de presencia, di media vuelta y me dirigí hacia la carretera que llevaba al lugar donde había estado apostado para hacer la fotografía esperando a aquel coche negro. No sabía con qué me encontraría al llegar ahí; quizá seguir la misma ruta en coche me mostraría algo que no sabía que había visto. Bajé las dos ventanillas delanteras. Si conducía lo bastante rápido tal vez la brisa acabaría con mi dolor de cabeza, que ya había vuelto.

Brillaba el sol y comenzaba a hacer calor, pero se notaba que el otoño se iba acercando. El cielo era más profundo, más azul, no tan plano como durante el verano. Había campesinos reunidos en pequeños grupos a lo largo de la carretera mirando los campos como si estuvieran deseosos de comenzar la cosecha del maíz. Los cultivos

estaban preparados. Más allá de la carretera se alzaban granjas como construcciones perdidas en la selva de Centroamérica. Los tejados estaban cubiertos de plantas de calabacín, una pared de maizales se levantaba a ambos lados del camino y ocupaba el espacio entre las casas. Aquí y allá se veían mujeres sentadas al borde de los campos, disfrutando de la claridad de aquella mañana de agosto.

Estaba atento a un par de cabras que cruzaban tranquilamente la carretera desde el arcén opuesto cuando, no sé de dónde, un carro de bueyes irrumpió en la autopista. Surgió en una fracción de segundo de un camino de tierra que había en el campo que me quedaba a la derecha, donde el maíz lo había ocultado. Di un frenazo, por poco no me llevo por delante a las cabras y la parte trasera del carro, y entonces comenzó un derrape que, tras unos momentos de ansiedad, me dejó en una zanja a unos diez metros de la carretera. El carro continuó moviéndose con parsimonia atravesando la autopista para desaparecer entre los maizales que había en el lado opuesto. Dos hombres corrieron hacia el coche. Uno de ellos, el mayor, metió la cabeza por la ventanilla del conductor.

—¿Está usted bien? Este maldito trecho de carretera es una desgracia: la gente conduce por aquí como si estuviera loca. Cada mes perdemos un buey. En julio fueron tres. Es demasiado, no nos lo podemos permitir.

Abrí la puerta de un empujón, salí y le eché un vistazo rápido al coche. Si conseguía salir de la zanja me llevaría de vuelta a comisaría. Pak me asesinaría por la reparación. No nos dejaba conducir un coche en mal estado, decía que minaba nuestra autoridad. Y lo que era peor: cuando lo llevaran al taller consultarían el registro y tendría que explicar por qué me había quedado con el coche toda la noche y no lo había devuelto por la mañana. Mierda, ni siquiera había dejado constancia de que lo había tomado el día anterior.

—¿Es que tienen que conducir todos de manera tan temeraria? —El más joven de los dos estaba enfadado. El mayor lo contuvo poniéndole la mano sobre el hombro.

—¿Qué problema tiene? Su buey está bien, mi coche destrozado, y yo creo que me he hecho daño en la espalda. Diría que sale usted ganando. —No quería ningún problema. Si un campesino de una cooperativa escribía una carta de queja al ministerio se enviaría a un comité disciplinario y tendría que asistir a interminables reuniones. También tendría que ayudar con la cosecha, lo que suponría días, tal vez semanas, de estar inclinado bajo un sol ardiente.

El mayor le sujetó el hombro al joven con más firmeza y después dejó caer la mano.

—Tuvimos un accidente hace un par de semanas: un coche venía volando por la carretera, mató a su sobrino.

—Los coches no vuelan. —Tuve la repentina sensación de que el buey que casi atropello no me había hecho caer en una zanja, sino más bien en una posible solución —. ¿Qué decía del mes pasado?

—Perdimos tres bueyes por culpa de los conductores temerarios. Nunca había



visto nada así.

—¿Y eso? ¿Hubo más tráfico?

—Solo por las mañanas. Nos gusta pasar los carros de un lado a otro de la carretera temprano. Así el buey puede pacer unas horas antes de empezar el trabajo. Durante mucho tiempo esto no supuso ningún problema: nunca había tráfico tan pronto. Hace dos o tres años apareció un coche de no se sabe dónde y nos mató un buey, como a las seis de la mañana. Era un jueves. Un agente de seguridad local se pasó por aquí y nos dijo que nos mantuviéramos apartados de la carretera todos los jueves por la mañana.

—¿Les dijo por qué?

—No me interesa. No tengo curiosidad. Dos veces al mes duermo hasta tarde, eso es todo.

—¿Y qué pasó el mes pasado? ¿No podía dormir?

—Fue un lunes. No era yo, le tocaba mover los carros a uno de los otros. El buey entró en la carretera y ¡zas!: buey muerto y el conductor del coche casi se mata.

—¿Vio al conductor?

—No, ya se lo he dicho, no era mi día de mover los carros. Yo estaba en otro lugar.

—De acuerdo, estaba en otro lugar. ¿Y los otros dos accidentes?

—La semana siguiente nos mantuvimos lejos de la carretera el lunes y supusimos que el martes no habría problema. Me tocaba a mí lo del carro. Lo mismo, sobre las seis de la mañana. El buey entró en la carretera, esta vez el conductor trató de frenar, un poco como ha hecho usted. Solo que iba a más velocidad. Perdió el control. El coche dio varias vueltas y la parte de atrás golpeó al buey. El animal murió, pero el conductor se salvó.

—¿Cómo era?

—Un tipo pequeño, esmirriado y muy enfadado.

—¿Llevaba algún uniforme?

—Nah.

—¿Y el coche?

—Quedó una abolladura en la parte de atrás. Una pena, porque era un buen coche.

—¿Negro?

—Sí. Limpio como los chorros del oro, excepto por la sangre que quedó por toda la parte de atrás.

—¿No vino nadie de Pyongyang a hacerle preguntas?

—Pues es curioso, pero no. Yo no dejaba de pensar que el comité del partido nos reprendería, incluso sin haber sido nuestra culpa. Siempre nos cargan las responsabilidades a nosotros.

—¿Está seguro de que no vino nadie a verlo?

La mirada del mayor se cruzó con la mía y luego miró hacia el cielo.

—Bueno, nadie salvo el agente de seguridad local.

—¿Y?

—Nos dijo que lo sentía por el buey.

—¿Y?

—Nos dio un poco de dinero para callarnos. No era demasiado.

—No era demasiado. De acuerdo. La tercera vez. Debe de haber sido un miércoles o un viernes.

—Un miércoles. El muchacho llevaba las riendas; yo simplemente caminaba al costado. —El mayor le dirigió un gesto de asentimiento al hombre más joven—. Miró a los dos lados y no vio nada, aunque había algo de niebla. El buey llegó hasta la mitad de la carretera, donde se detuvo. Debió de sentir la vibración en el pavimento. No había manera de hacer que se moviera. Lo que es seguro es que había un coche. Casi paró esta vez, aunque ese casi no fue suficiente para el buey. El coche no sufrió demasiados daños, pero el conductor se puso a gritar que haría que nos fusilaran a todos.

—¿El tipo esmirriado de nuevo?

—No, este era algún tipo de militar. Musculoso, pelo corto. Con uniforme gris, nada que hubiera visto antes. Le dio un puñetazo al techo del coche, estaba realmente enfadado.

—¿No hubo investigación tampoco?

—Nada de nada. Ni compensación por los tres bueyes. Solo algo de dinero para que nos calláramos, no demasiado. ¿Cómo se supone que vamos a explicar la pérdida de tres animales?

—Pero la semana pasada fue peor: no fue un buey, ¿verdad? Fue un niño. ¿Saben lo que pasó?

Los dos hombres se quedaron en silencio, como si una mano invisible hubiera tirado de un hilo atado a sus mandíbulas.

—De acuerdo, dejen que les diga yo lo que sucedió. —Dejé que mi imaginación dibujara un escenario razonable basado en lo que sabía. Me gustaba oírme decir ese tipo de cosas en voz alta. Siempre que tenía una conversación conmigo mismo en mi cabeza resultaba de lo más inteligente, pero cuando la verbalizaba, mis oídos cazaban al vuelo los puntos débiles y mandaban a mi mente a pasear—. El coche salió disparado después de que volaran la ventanilla del lado del conductor de un tiro; el hombre, herido o muerto, perdió el control. El vehículo iba a mucha velocidad, tropezó con un bache en esta porquería de autopista, se le reventó un neumático, dio varias vueltas de campana y terminó en una zanja. Casi donde estoy yo ahora. Su sobrino, que vio lo que sucedió desde aquella colina de ahí, sintió curiosidad y se acercó para investigar. Vio a alguien hurgar en la cartera del conductor. Se dio la vuelta para marcharse, pero quienquiera que cogió la cartera, seguramente dos hombres, lo vio, le dio caza y lo mató. Más tarde les dirían a ustedes que lo había atropellado el coche, pero nunca les dejarían ver el cuerpo. Todo lo que les dieron fue una urna de cenizas, que enterraron aquella misma noche. —Sonaba plausible, no

brillante pero sí plausible, aunque me había inventado lo de que el coche había aterrizado sobre su lado izquierdo y omitido que el muchacho había sido degollado.

Los dos se me quedaron mirando. El más joven comenzó a temblar, hasta un punto que me hizo pensar que se desmoronaría. El mayor meneaba lentamente la cabeza.

—No queremos problemas.

—Bueno, problemas es justamente lo que han tenido, y los tendrán aún peores si le cuentan a alguien, a quienquiera que sea, lo que les acabo de decir —aproveché para decirles—. Ahora, ayúdenme a sacar este coche de la zanja. —Ninguno de los dos se movió—. Se lo diré de otra manera: soy su única esperanza de descubrir quién mató al chaval, créanme. O no me crean: si estuviera en su lugar, no me fiaría de mí. Si estuviera en su lugar, me buscaría un teléfono para llamar a Li Ming Sung. Él y yo estuvimos juntos en el ejército. Hemos mantenido el contacto desde entonces. —Pude ver en el rostro del más joven que esto último había causado una buena impresión. A la gente del lugar les gustaba Li, confiaban en él. Llevaba mucho tiempo ahí y siempre había sido justo con ellos, sin darles demasiado la lata con las normativas menores. Si Li y yo éramos amigos, entonces quizá pudieran fiarse de mí también—. Díganle que el inspector O le manda saludos.

El mayor se escupió en las manos.

—Pongamos este coche de nuevo en la carretera.

—¿Dónde está? —Pak estaba irritado.

—Estoy llamando desde una cabina.

—Se supone que debe estar aquí. Lo están buscando.

—Ya me había dado cuenta. Alguien aparcó en mi plaza de aparcamiento, así que decidí darme una vuelta.

La voz de Pak se cubrió del tono que le imprimía cuando quería que lo escuchara atentamente.

—Un par de tipos musculosos se han pasado por aquí en relación a un tal Chong. ¿Conoce usted a alguien llamado así?

—Solo un minuto, déjeme pensar. —Dejé pasar un intervalo razonable—. No. ¿Qué posibilidades hay? Después de toda una vida resulta que uno nunca ha conocido a un Chong. ¿No es un nombre árabe? —Eché un vistazo a la calle para ver si alguien se había detenido a observar. Nadie.

—¿Quién ha hablado de árabes? Querían saber dónde había estado la semana pasada. Les dije que estaba estresado, así que le di algunos días libres para descansar. Estaba descansado cuando volvió, ¿no es así?

—Descansado no es la palabra.

—Una cosa más: dijeron que su hermano tomará parte en el caso. Estará aquí mañana para que lo ponga usted al día.

—Olvídelo.

Hubo un largo silencio.

—Inspector, no nos han pedido su opinión. No tenemos voto. Se ha seleccionado a su hermano para seguir el caso. ¿Me he expresado con claridad?

—Ya se lo he dicho: olvídese. Y lo digo en serio. No pienso trabajar junto a él. Hace cinco años llegamos a un acuerdo. Ya no somos hermanos. No nos vemos. No nos hablamos. Vivimos en planetas diferentes. Yo mantengo el acuerdo. Si él está en el caso, tendrá que relevarme.

—Los asuntos familiares no pueden interferir...

—Mire, Pak: no es asunto suyo, no es asunto del ministerio, no es asunto del partido. Es algo entre quien era mi hermano y yo. Él está deshonrando el nombre de mi abuelo. No pienso trabajar con él. ¿Se lo repito? No pienso trabajar con él. Dejémoslo correr, ¿de acuerdo?

Pak debió de pensar que estaba loco, hablando de aquella manera por el teléfono. La mayor parte del tiempo nuestra línea no estaba controlada (había muchos otros objetivos y no demasiado personal), pero ambos sabíamos que ese caso nos habría puesto con toda probabilidad en la Lista Roja de Seguridad Militar, lo que suponía que los teléfonos de la comisaría eran una de las máximas prioridades semanales de

algún grupo itinerante. Contaba con ello. Lo que había dicho llegaría a oídos de mi hermano. Yo quería que él lo oyera directamente de mí, aunque no fuera cara a cara. Y quería que la transcripción circulara por esferas en las que pusiera un signo de interrogación tras su nombre. No uno grande, pero sí que creara una cierta duda. No lo destruiría, pero lo mandaría al limbo por un tiempo. La gente no le devolvería las llamadas, dejaría de recibir invitaciones. Eso lo enfadaría, quizás arruinaría su apetito durante unos días mientras trataba de descubrir por qué la gente lo estaba evitando. Quizás hasta perdiera algo el sueño, preguntándose si su nombre estaría en la pequeña lista negra de los que habían dicho algo equivocado involuntariamente, los que habían tomado la decisión errónea, los que habían mantenido la cabeza erguida cuando tocaba bajarla.

Pak volvió a hablar, pero la conexión era mala y no pude escuchar la primera parte de lo que decía.

—... Así que no nos perdamos en asuntos privados.

—Esto no es un asunto privado. Es moral. Es filosófico. Es sobre ideales nobles y gente que está tan deseosa de servir a la revolución que se llevan por delante amigos, familia, incluso niños pequeños. —Me detuve en aquel pensamiento, pero no quise seguirlo—. Mi hermano no tiene la menor idea de cómo se investiga un asesinato; solo sabe de asesinatos, y le da igual. Alguien lo ha transferido al caso para llegar hasta mí. ¿Y sabe qué? No les funcionará.

Oí a Pak aclararse la garganta.

—Venga para acá. Tomaremos un té y veremos qué dicen los posos.

—Tengo una idea mejor. ¿Y si me empuja en el columpio? —No tuve el coraje de decirle aquello de lo que me había enterado en la morgue: que el té era malo en grandes dosis.

—Entonces tendrá usted que empujarme en el tobogán.

Cuando llegué ahí, Pak estaba sentado bajo el sauce cerca del columpio.

—Nadie en los alrededores por el momento. Se da usted cuenta de que no reunirnos en la comisaría va a irritar a los escuchas, ¿verdad? Odian el tiempo muerto.

—Sí, bueno, les compensaré. Les leeré en voz alta fragmentos de un libro de poesía alguna tarde. Mientras tanto, tenemos un problema.

Pak se rio en voz alta.

—¡Un problema! —Se rio de nuevo, una carcajada larga que hizo que me uniera a él rápidamente. Los dos, sentados junto a un columpio oxidado, riéndonos. Algunas personas pasaron cerca de nosotros, pero ninguna paró.

—Muy bien, ya nos sentimos mejor. —Sonreí abiertamente—. ¿Quiere saber a qué problema me refiero?

Pak se puso las gafas de sol.

—Por supuesto. Yo no tengo suficientes problemas: necesito otro más.

—El cadáver es de un finlandés. Lo llevaron a la octava planta desde otro lugar.

Hay alguien que no quiere que se haga la autopsia. El hecho de que sea finlandés significa algo para alguien en particular. Quizá por eso metieron mano a las etiquetas de la ropa. Y me apostaría lo que fuera a que esto está conectado con el niño que degollaron cerca del Mercedes negro con el rastreador. Ya sabe, el coche que acabó en una zanja. —No estaba seguro de que fuera el momento de contarle a Pak mi charla con los dos campesinos en el arcén de la carretera.

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo que tiene? —Resopló—. Solo me está dando hechos inconexos: muchos abalorios y nada de cordel.

—No es una buena imagen. No piense en cordeles, piense en árboles.

Pak refunfuñó.

—Otra vez. Madera, debí habérmelo imaginado.

—No le estoy hablando de madera. Le estoy hablando de árboles. ¿Alguna vez ha visto sus raíces? Llegan a todas partes. Sin un esquema previo. Como las ramas, si lo piensa. Pero trabajan juntas. Siempre considera los hechos como algo mecánico, Pak, es muy típico de usted. Cada cosa ha de encajar en un lugar determinado.

—Sí, hago eso, ¿verdad, inspector? Trato de ver cómo encajan las cosas. Así es como resuelvo casos. Es el modo de proceder estándar. Probado y comprobado: funciona. ¿O después de todos estos años tiene usted una idea mejor?

—Los hechos son orgánicos. No tienen que encajar: simplemente funcionan conjuntamente. Piénselo. Un coche no pierde el control a gran velocidad, se le revienta un neumático y termina luego en una zanja sin sufrir daño alguno. Conozco esa zanja, la he visto. —Me detuve para observar si Pak reaccionaba. Si lo hizo, las gafas lo ocultaron a la perfección—. Alguien puso el coche ahí, lo mismo que el cuerpo del hotel. ¿Qué sabe usted de la octava planta del Koryo?

—¿Qué quiere decir?

—El gerente del hotel me dijo que resultaba difícil alquilar una habitación en aquel piso. Diría que ahí es donde se esconde parte de la central de vigilancia. Incluso podría tratarse de un piso controlado por Seguridad Militar. ¿No podemos comprobar eso?

—Tal vez, tal vez no. ¿Pero por qué iban a poner un cuerpo ahí? ¿Y de quién es? Hice oídos sordos a la segunda pregunta.

—Quizá quien lo hizo formaba parte de una unidad de fuera de la ciudad. ¿Y si no hubiera sido algo planeado, sino un gran error, una pifia de alguien que no comprobó lo que no sabía? Esas habitaciones de la octava planta no se alquilan nunca, a menos que el hotel esté completo. Lleva semanas sin estarlo. La cosa va floja. El gerente está preocupado de que, si se corre la voz, se arruine la reputación del hotel y se le vaya a pique el negocio. Por eso me dijo lo de la octava planta. Quería darme a entender que el asesinato no había tenido lugar en el hotel. Solo que no podía decírmelo directamente.

—Es decir, que necesitamos la autopsia, algo que pueda demostrar que la víctima estaba muerta antes de que la llevaran a la habitación.

—Kim va a poner todas las trabas que pueda: la guerrera de la morgue me lo dejó bien claro. Pero me permitió echarle un vistazo a hurtadillas a los efectos personales precintados. El dobladillo de los pantalones del finlandés tenía agujas de pinos, cogí algunas. Eso nos da algo con lo que comenzar.

—Bien: empiece por los pinos de la costa oeste, yo comenzaré por los de la costa este; iremos avanzando en dirección al centro. —Al levantarse, la cabeza de Pak peinó las ramas colgantes del sauce—. ¿Ha terminado con todo esto del enfoque orgánico en la resolución de asesinatos? Estoy hasta aquí de papeleo.

—Eran unas agujas cortas y frescas, no secas. Todavía no me pregunte lo que eso significa, porque no lo sé. También tengo dos juegos de llaves, del accidente del Mercedes. ¿Por qué dos juegos? Y alguien vació la billetera del conductor.

—¿Y cuál es la conexión? ¿Adónde nos llevan los dos juegos de llaves?

—¿Quiere saber cómo encajan los dos hechos o cómo funcionan juntos?

—Me importa un carajo.

—Quizá nos den más información sobre los coches involucrados.

—Quizá. Pero la gente pierde las llaves. Tal vez este conductor necesitaba llevar un juego de más. No me responda con «quizaes». —Pak rechazó uno de los juegos—. ¿Se supone que he de ir al ministerio y decir «Quizás hayamos resuelto el caso: hay dos juegos de llaves, lo sé porque uno de mis hombres los robó de la morgue»? Deme algún dato, ¿de acuerdo? Y no quiero oír hablar de raíces.

—Sabemos que el tipo era finlandés.

—No deja de decir eso. ¿Qué tiene usted con los finlandeses, en cualquier caso? —Pak no estaba enfadado, solo quería enterarse de qué sucedía realmente. Llegados a ese punto en un caso, cuando todavía teníamos solo datos vagos y poco más, solía ponerse de mal humor.

—Una cosa más. —Le debía a Pak el decirle lo que sabía, o lo que creía que sabía—. Tuve que hablar con un par de campesinos.

—Pak se quitó las gafas de sol, muy lentamente, de la manera en que lo hacía cuando presentía las malas noticias.

—¿Qué quiere decir?

—Uno de ellos era el tío del muchacho al que mataron. Una larga historia. En cualquier caso, están de nuestro lado. Les dije que llamaran a Li Min Sung si querían referencias mías. —Sonreí sin demasiada convicción—. Necesitamos un poco de ayuda de algún lado.

Pak asintió con la cabeza.

—Bien, ahora tenemos a la encargada de planta del Koryo y al par de campesinos trabajando para nosotros. Y del otro lado, a Kim y a su panda de víboras. —Hubo un silencio—. ¿Quiere hablarme de Chong? —Antes de que abriera la boca Pak alzó la mano—. No se preocupe, era todo lo que necesitaba saber y no quiero saber nada más. —Me hizo una señal con el dedo—. Haré un par de llamadas. ¿Puede no meterse en ningún lío en las próximas tres o cuatro horas, hasta que consiga algo de

protección para nosotros? Le cae bien al ministro, pero claro, él no tiene que aguantar sus maderitas todo el día. Si logramos ponernos en contacto con él nos pondrá un escudo, pero quién sabe si servirá de algo contra Seguridad Militar...

—Podría empezar por comprobar los pinos de la ciudad, si le parece bien. —Pak no contestó. Podía ver que estaba pensando en otra cosa—. No, olvídalo. No pienso trabajar con el que era mi hermano. No pienso hablar con él. La única razón por la que está en el caso es para ponernos al borde del precipicio, se lo advierto.



## QUINTA PARTE

Soñé con una estepa, llana hasta el horizonte,  
como si las montañas se hubieran desmoronado  
volviéndose polvo a nuestro alrededor; la aflicción  
nos ofuscaba y aullábamos a la luna para que  
nos devolviera las onduladas y delicadas colinas  
donde había brincado el eco de nuestras risas.

—Pyon Kil Sun (1122 - 1145).

# 1

Mi hermano había perdido peso desde la última vez que lo había visto. Ya no tenía aquel buen aspecto de antes. Su rostro se veía vacío, liso. Incluso de niños, en medio de la guerra, cuando otros niños se habían quedado delgados y frágiles, sus mejillas estaban rollizas. Durante el invierno las mías solían estar apagadas y agrietadas: sus mofletes se ponían colorados por el frío. La gente se le quedaba mirando, preguntándose de dónde habría sacado raciones adicionales de comida. Pero no comía más que los demás: en ocasiones, incluso me daba su ración. Solo estaba más relleno que nadie. Conforme fue creciendo fue volviéndose más redondo, especialmente su cara. Al principio, cuando estaba ascendiendo de posición en el partido y estaba satisfecho consigo mismo, se le notaba en la cara: redonda y suave, sin que ninguno de los que se había llevado por delante en su ascenso le hubiera dejado la menor marca. Más tarde la redondez dio lugar a la obesidad y, con la edad, a una deforme máscara amenazante.

Estaba sentado en la cervecería del Koryo en la misma mesa en la que me había reunido con Kang, atenazando con los dedos una botella de cerveza. Se le veía crispado porque llegaba tarde y sabía que lo hacía a propósito. Le molestaba que yo hiciera la mayoría de las cosas a propósito. Entonces notó mi reflejo en la ventana. Dio un trago a su cerveza y vi cómo su cuerpo se tensaba.

Caminé hasta la mesa y me senté sin mediar palabra. Clavamos la vista en el otro.

—Esto no ha sido idea mía —dijo finalmente—. Te dije hace cinco años que nunca volvería a hablarte y, por lo que a mí respecta, no pienso hacerlo.

Hizo girar la botella de cerveza entre sus manos. Pensé que la agarraría por el cuello y me la estamparía en la cara, pero se relajó.

—Relájate un minuto, ¿quieres? —dijo—. Hemos acabado siendo diferentes, eso es todo. Yo creo en lo que hago. Tú no crees en nada. Se me ha asignado este caso, pese a mis objeciones. A ti no te gusta. Pero ambos hemos recibido órdenes.

—No, te equivocas. No vamos a trabajar juntos en esto. No trabajaremos juntos en nada, nunca, ni en el infierno.

Me lanzó una mirada y yo se la devolví. Deliberadamente me saqué el trozo de madera del bolsillo y comencé a darle vueltas y más vueltas entre los dedos, primero de una mano y después de la otra. Antes de coger el coche había recuperado el trozo de madera de caqui de la caja donde ponía las piezas terminadas. Quería tenerlo conmigo durante el encuentro. Mi hermano no sería capaz de distinguir entre la madera de caqui y la de balsa. Pero no era por él, era por mí.

Él era uno de los que se exasperaban cuando tomaba una pieza de madera entre mis manos. Decía que era un defecto de la personalidad, y no sentía ninguna simpatía por la gente con defectos.

—Si estás haciendo eso para ponerme nervioso, olvídalo. —Me observó mientras ponía la madera sobre la mesa, retándolo a que la arrojara al suelo.

—Es caqui —le dije—. Muy duro. A tus amigos del Comité Central no les gustaría. Quieren algo más blando, más dúctil.

Antes de que mi hermano pudiera decir nada, la pianola comenzó a sonar con mi rollo de los Beatles. Hizo una mueca.

—Este tipo de música es veneno. ¿Por qué ponen esa basura? No me extraña que los niños de hoy en día tengan tan poca formalidad.

—Poca formalidad. —Dejé que la palabra se hiciera un sitio entre nosotros, supurando como una llaga—. Adelante, échame el resto del sermón sobre los renegados del socialismo que están socavando la revolución, diluyendo las ideas del Líder, dando marcha atrás al reloj.

Empalideció como un muerto.

—Quizá seas pariente de sangre —bisbiseó, como un lagarto apostado sobre una roca—, pero más te vale andarte con cuidado. Todavía se te puede llevar ante la justicia, al igual que al resto de ellos.

—¿Una purga? ¿Vas a emprender una purga de un hombre?

—No tientes a la suerte. Están sucediendo cosas. Toda esta basura va a desaparecer, junto con quiénes la favorecieron. Yo ya no te protegeré más. —Sus ojos, estrechos y malvados, nunca habían sido su mejor rasgo, y se afeaban aún más cuando comenzaba a hablar de aquella manera.

Me apoyé sobre la mesa para poder fijar la mirada en sus horribles ojos.

—Haz que cambien las órdenes. Solo voy a advertirte una vez. Haz que las cambien y apártate de mi camino en este caso.

—¿Mi hermano, el inspector de policía, amenazándome a mí, subdirector de departamento del Comité Central? —No cedió ni se echó hacia atrás—. El latido de la revolución no te mantendrá a salvo mucho más tiempo, ¿no lo sabes, estúpido?

En mi rostro debió de hacerse visible la rabia en estado puro casi antes de que yo mismo la sintiera, porque retrocedió. Mi voz salió ronca, no la reconocí al hablar.

—Fuera de mi vista. Si vuelves hablar así sobre el abuelo una sola vez, te mataré. —Me senté de nuevo y respiré profundamente—. Con mis propias manos, te sacaré ese apestoso corazón tuyo del pecho.

Le dio un sorbo a su cerveza en una demostración de despreocupación, pero el vaso temblaba cuando lo volvió a poner sobre la mesa. Se deslizó hasta el extremo del banco, se puso en pie rígidamente y salió por la puerta. El portero hizo el ademán de inclinar el sombrero, pero dio un paso atrás cuando vio la expresión del rostro de mi hermano. La camarera del bar, tratando de hacerse invisible, se quedó rígida como un ciervo cuando huele el peligro. Lo había escuchado todo. Cuando se dio cuenta de que la observaba, comenzó a limpiar la barra con un trapo, siempre sobre el mismo punto, repasándolo una y otra vez.

Durante las dos semanas siguientes el tiempo volvió a ser veraniego: caluroso, húmedo, con el aire sofocante bajo un denso cielo gris. Daba la sensación de que se aproximaba un tifón, pero no había avisos en la radio para que los campesinos se prepararan. Iba a comisaría cada mañana, seguido a cierta distancia por unas personas a las que no les importaba que me diera cuenta. Pak estaba ausente la mayor parte del tiempo, bien porque estaba en reuniones del ministerio o en algún otro lugar que no me quería especificar. No hacía mucho más que musitar un «buenos días»: no me llamaba a su oficina, no me pedía que revisara ningún expediente, simplemente se encerraba en sí mismo. Observé que no dormía mucho, pero por otro lado tampoco es que yo lo hiciera demasiado.

Durante el día, yo repasaba mis notas sobre el caso, llamaba a un par de personas que juraban no saber nada de la disputa entre Kang y Seguridad Militar y hacía un par de esbozos de esa estantería que nunca construiría. Pak todavía no había reemplazado el hervidor, así que la primera mañana fui al edificio de Operaciones a por una taza de agua caliente. Me enviaron al cuerno: tendrían las tuberías fuera de servicio durante toda la semana y no tenían ni una gota de agua. Estuve a punto de sugerir que uniéramos nuestros recursos, mi agua y su cocina eléctrica, cuando uno de ellos me dijo que las cocinas eléctricas no las daban los árboles y que si quería usar la suya tendría que colaborar. Al infierno con ellos, pensé, y me volví al despacho. Una tarde fui al Koryo solo para echar un vistazo a la octava planta y comprobar las entradas traseras. No descubrí nada.

Cada vez que salía se hacía evidente que me vigilaban. El patrón se repetía: por las mañanas se dejaban ver; el resto del día, si salía se quedaban atrás, jugaban un poco al escondite, pero nunca intentaban ocultarse del todo. Por la noche, cuando abría la puerta de mi apartamento, descubría que había recibido visita. Nada burdo, apenas algunas cosas algo movidas, lo justo para que supiera que habían pasado por ahí. No andaban buscando nada en particular y tampoco tenía la sensación de que fueran a dejar nada.

El sábado, el tercer día, Pak entró sonriente en mi despacho.

—Vamos a tener visita. Un detective de alto rango de la Agencia de Policía Nacional finlandesa. Su nombre es Pikkusaari, o algo así. —Esperó a mi reacción, porque se imaginaba que me negaría. No dije nada—. Maravilloso, finalmente se ha quedado usted tonto. Pues le diré que la decisión ha causado mucho llanto y crujir de dientes en las últimas cuarenta y ocho horas. Al viceministro casi le da un ataque, se quejaba de que era un terrible insulto para nosotros, que era justamente lo peor que podía decir. —Sonrió radiante—. El hombre ha acabado por cometer un gran error. Espero que suponga su fin. Los líderes quieren demostrar que no tenemos nada que

esconder en esto, así que cuando los finlandeses hicieron la acostumbrada solicitud de información, alguno de los de arriba decidió invitarlos a venir. —Se acercó hasta mi ventana y echó un vistazo a la calle vacía—. Se supone que ese tal Pikkusaari tendrá toda nuestra colaboración. Eso significa —Pak dio media vuelta y apuntó hacia los archivos de encima de mi mesa— que lo informará de las agujas de pino y tal vez de las etiquetas nuevas en la ropa, pero no sobre el Mercedes y el niño muerto.

—¿El niño? ¿Qué tiene que ver con el caso del Koryo? ¿Y quién les dijo a los finlandeses que el cuerpo era de uno de los suyos, cuando no sabemos eso a ciencia cierta, o al menos no por el momento? Es lo que dice Kang, nada más. ¿Y qué se supone que he de hacer si el tal Pikkusaari descubre lo del muchacho y el Mercedes por sí mismo? Nadie querrá que un extranjero se huelga lo que quiera que se está cociendo entre Seguridad Militar y el departamento de Kang. De hecho, si lo descubre, a alguno de nosotros lo acusarán de ayudar al enemigo o de filtrar información delicada, una perspectiva que resulta, cuanto menos, espeluznante.

—No se preocupe, el tipo no descubrirá nada que no se suponga que no deba descubrir, ¿y sabe por qué? Porque lo acompañará usted cada minuto que pase aquí. Solo estará en la ciudad tres días, llega en el vuelo del martes y se marcha el siguiente sábado por la mañana. Quién sabe, quizás ayude a la identificación del cuerpo, tal vez incluso sea capaz de aportar algo que nos ayude a solucionar el caso, milagro entre los milagros. Lo principal es que reciba toda la cooperación que necesite. —Pak se aclaró la garganta con una de sus toses nerviosas—. No sé quién les dijo a los finlandeses que era uno de los suyos, quizá el que lo mató.

Me miró y yo miré los adornos del techo.

—¿Alguna vez se ha preguntado sobre la moldura decorativa del techo? Me refiero a qué habrá debajo de la pintura.

—No, inspector, no lo he hecho. ¿Quiere que le diga lo que me parece a mí?

—Claro.

—Lo que quiera que haya bajo esa pintura, no tiene nada que ver con Finlandia.

—De acuerdo —dije—, el tipo recibirá tanta cooperación como necesite, y solo necesita una buena ración de ella. —Pak asintió. Hurgué mi bolsillo en busca de un trozo de papel y comencé a tomar notas—. ¿Tiene permiso para abandonar Pyongyang?

Nunca había resultado difícil leer los pensamientos de Pak en su cara, y podía ver que su expresión cambiaba como las marchas de un camión, de la preocupación a la sospecha, para instalarse en la resignación.

—¿Por qué? ¿Qué está planeando ya?

—Nada. Pero si identifica el cuerpo, eso podría llevarnos afuera de la ciudad, incluso adonde tienen esos pinos...

—Que es...

—Se trata de un tipo de pino de montaña, árboles bajos, crecen entre las rocas en las laderas de las colinas.

—¿Cómo sabe eso? —Vi que intentaba imaginar qué reglas había infringido mientras él estaba ocupado eludiendo al viceministro.

—Tenía que hacer algo estos últimos dos días, de modo que investigué un poco.

—Inspector O. —Pak raramente se dirigía a mí por mi nombre, cuando lo hacía, significaba que se avecinaba una declaración oficial o algo semejante—: Vamos a resolver este caso pese a las minas antipersona que hay sembradas en nuestro camino. Pero tenemos que ir al mismo paso. Y en este caso soy yo quien elige el paso, el ritmo y la dirección. Eso significa que no quiero ideas brillantes ni investigación independiente. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

—¿Y qué pasa con el niño?

—No me atosigue con el niño, se lo advierto. Vamos a descubrir quién hizo eso también, y con el tiempo —hizo una pausa, para que eso último calara hondo—, con el tiempo, quizás hagamos alguna cosa a su manera. Qué diablos, probablemente acabemos haciendo casi todo a su manera. Con el tiempo. Pero por el momento, tendrá que seguir el ritmo que yo le marque.

—Esto no es por lo de mi hermano, ¿verdad?

—No, no es por lo de su maldito hermano, y tal vez no lo sepa, pero casi consigue que nos manden a los dos a un campo de trabajo perdido en las montañas gracias a la estúpida manera en que ha manejado el asunto. La camarera del Koryo casi mancha las bragas del susto que se llevó al oír lo que le dijo a su hermano. Para ser tan mayorcito, actúa como un imbécil en ocasiones, ¿lo sabía? —Para cuando terminó se le oía respirar por la nariz, tratando de recuperar el control. Algo lo carcomía: Pak nunca se enfadaba tanto.

No conocía a mi hermano, no como yo. Aun así, tenía razón. Teníamos otros problemas. Ya me encargaría de mi hermano más tarde.

—Confíe en mí, jefe, haré lo que me diga con este visitante. —Pak odiaba que lo llamaran «jefe». Lo hice para distraerlo—. ¿Tendré una cuenta de gastos? Tengo que llevarlo a cenar, solo por cortesía. Es el invitado, y yo el anfitrión. No puedo pedirle dinero para pagar la gasolina o mis comidas, me da vergüenza. Somos un pueblo hospitalario, siempre lo están diciendo en la tele. ¿Dónde se va a alojar?

—Yo quería que se quedara en la casa de invitados del ministerio, pero el viceministro armó un escándalo, así que estará en el Koryo, lo que es bueno y malo. Será lo bastante inteligente para cuidar bien lo que dice en su habitación. Si no lo es, por favor dele una pequeña charla sobre el tema. Todavía no sé dónde encajan Kim y su gente en todo esto. Puede que tenga razón y que haya una conexión entre la octava planta y Seguridad Militar, pero todavía no me ha dado ninguna prueba y yo no he sido capaz de descubrir nada. Mis fuentes pierden la mirada en el espacio cada vez que les planteo la pregunta. Mientras tanto, no quiero que Kim se entere si encontramos algún rastro suyo.

—Los árboles crecen en Hyangsan. —Estaba estudiando un mapa desplegado por encima de mi escritorio—. La gente cree que están atrofiados porque crecen de las

rocas en las laderas de las colinas, pero no lo están: están plenamente desarrollados. Solo que son bajos. Por eso las agujas son pequeñas.

Pak miró el mapa.

—Si el finlandés estaba en Hyangsan, entonces este caso no es lo que me imaginaba. ¿En qué otro lugar crecen estos árboles?

—Solía haberlos en Chagang, una aldea en lo alto de una montaña, pero creo que los talaron todos hace veinticinco años unos campesinos que limpiaban unas tierras que no quería nadie más.

—¿Es usted de repente un experto en aldeas de montaña?

—No, hice una llamada al Departamento de Ciencia Forestal de la universidad. No se preocupe, no les dije quién era. Piensan que estoy organizando una gira botánica. Me dijeron que estaban cultivando ejemplares de este árbol y que tratarían de plantarlos por el país a partir del año próximo, pero que en la actualidad los últimos en estado salvaje son los de Hyangsan.

—¿Y entonces cómo llegaron hasta los dobladillos de nuestro cadáver?

—Quizá estaba alojado en el Hotel Hyangsan y se fue a hacer una caminata. Quizás alguien escondió su cuerpo allá arriba después de que lo asesinaran. En cualquier caso, yo apuesto por que en algún momento de todo esto pasó por Hyangsan. O al menos sus pantalones lo hicieron.

—¿No nos dirán quién era los registros del hotel? —Pak sabía que si fuera así de simple ya lo habría hecho a aquellas alturas; simplemente pensaba en voz alta.

—No hay registros. Ha desaparecido la información de las últimas cuatro semanas. El gerente del hotel dice que apareció alguien que les anunció que los necesitaba para una auditoría. Él creyó que formaba parte de la nueva directriz económica, hasta que vinieron los de la Audiencia Central pidiéndoselos. Se lo crea o no, ahora mantienen parte de los registros en un ordenador, y a quienquiera que se llevó la copia en papel no se le ocurrió mirar ahí. Pero la información del ordenador solo es parcial, porque los aparatos se cuelgan cada vez que falla el suministro eléctrico, lo que les borra la memoria. Nuestro técnico dice haber leído en un manual que hay una manera de recuperar la memoria, si se tiene el equipo adecuado. —Me da cuenta repentinamente de lo irrisorio que sonaba aquello—. Lo que significa que nunca conseguiremos acceder a la memoria.

Pak se había perdido en sus pensamientos.

—Soy demasiado mayor para esto. Solíamos trabajar solo con papel, ¿recuerda? Y aquellos expedientes de papel eran buenos de verdad... —Arrastraba la voz—. Buenos de verdad, joder. —Meneó la cabeza y pronunció mientras salía de la oficina—: Me voy a comer, vaya pensando cómo va a manejárselas con su nuevo compañero finlandés. Deme un plan diario o algo así: necesitaré justificar la gasolina extra si va a Hyangsan. Y necesitará habitaciones y comidas. Dígale a su amigo Pikkusaari que beba té: el café que sirven ahí arriba no es muy bueno que digamos.

—¿Qué sabe de las operaciones de Kang en Finlandia? —El irlandés apagó la grabadora. Lo preguntó en voz baja, pero no fingió no estar interesado. Yo ya me esperaba la pregunta.

—Nada. Nunca dijo nada. Y yo nunca pregunté.

—¿Pak no hablaba de ello?

—¿Cómo iba Pak a estar al tanto de las operaciones en el extranjero?

—Pak era un hombre inteligente. Conocía muy bien a Kang. La gente habla entre sí, incluso en su país.

—¿Qué va a saber usted de si la gente habla entre sí en mi país, Richie? Háganos un favor: se está haciendo tarde, no se salga de aquello que sabe.

—No tiene ni idea de qué sé, inspector. Quizá ya conozca la historia completa y lo esté utilizando para comprobar algunos detalles. Quizá no me interese la historia y simplemente esté jugando con usted. Para no tener nada y estar sentado a mi mesa, es usted un excelente jugador de cartas.

—Pues esta es la carta que tengo en la mano: Finlandia. Ahí es donde se interesó por Kang por primera vez, ¿cierto? Debe de haber usado el país como una especie de base. Tranquilo, apartado, un lugar donde la gente se ocupa de sus propios asuntos. Apostaría a que se pueden dar largos paseos sin encontrarse con nadie. ¿Qué hizo Kang para llamar su atención? ¿O le avisaron los finlandeses?

El irlandés clavó su mirada en mí.

—Hace preguntas que no quiere hacer, inspector.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Muy bien, eso servirá: no lo sé. ¿Está satisfecho?

—El hombre está muerto. Es un expediente más que puede tirar a la basura. Y sin embargo, me está pidiendo que le dé más detalles para completarlo, y no voy a hacerlo a menos que sepa el porqué.

—No voy a decirle nada. —Apagó la grabadora—. Llamemos a esto «nada»: Kang era lo que considerábamos nuestro mejor contacto con la realidad de Corea del Norte. Tenía un nombre en clave fantástico.

—¿Tenía un nombre en clave?

—Solo entre nosotros, internamente, por comodidad. Lo llamábamos Ricitos de Oro. —Hizo una pausa—. ¿Me sigue? —Asentí, de modo que continuó—. Circula mucha porquería sobre su país, pero eso ya lo sabe. Historias absurdas, avistamientos de dinosaurios. Por supuesto nosotros tenemos parte del mérito: nuestra gente pone en circulación algunos rumores que pululan por ahí hasta que los italianos o los alemanes los recogen en formas ligeramente distintas. Les cambian el envoltorio y acaban por pasárnoslos a nosotros. Entonces tenemos lo que añade la gente de su país



para mantenernos persiguiendo sombras: una pequeña parte muy útil, y otra para partirse de risa. La mayoría de esta parte corresponde solo a alguien que intenta obtener dinero bajo cuerda y a los que lo denuncian para hacer méritos por informar a las autoridades. Es difícil seguir la pista de todo. Decidimos que tenía que haber algo que nos pusiera en terreno firme, alguien en quien pudiéramos confiar.

—Kang nunca trabajaría para ustedes.

Richie se encogió de hombros.

—Usted no trabaja para mí, inspector. Pero está aquí, y yo tengo una grabadora en funcionamiento. —Dejó que la idea flotara por la habitación y después continuó—. Nunca lo conocí en persona, pero por lo que he oído su señor Kang tenía una buena cabeza y un perfecto sentido de la realidad: ni demasiado encendido ni demasiado frío, justo el adecuado.

—¿Y qué harán entonces ahora que no está?

—No puede haber sido la única persona inteligente de su país.

Sonreí.

El irlandés esperó. Cerró los ojos y alzó de nuevo el mentón, como un turista fingiendo no notar que las nubes han cubierto el sol.

—Muy bien —dijo finalmente—, podemos dejar eso a un lado por el momento, inspector. Sigamos su consejo y no salgamos de lo que sabemos. Pikkusaari, por ejemplo. ¿Qué diríamos, era de los simpáticos? ¿De los severos? ¿Alguien que sabía cómo moverse?

—Me encantaría decírselo, Richie, pero no puedo. Nunca llegué a conocer al tipo.

El martes por la mañana me encontraba en el aeropuerto cuando el avión rodaba por la pista hasta llegar a la terminal. Observé cómo cada pasajero descendía las escaleras y me fijé en un hombre bajo y de pelo castaño, de unos sesenta años, convencido de que era mi policía finlandés. Se suponía que habría un intérprete del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no había llegado, así que esperé que supiéramos el suficiente ruso como para saludarnos, recoger las maletas en la aduana y charlar un poco en el trayecto en coche hasta el hotel.

El hombre del pelo castaño resultó ser un especialista agrónomo alemán. No había ningún finlandés en el avión. Mientras recorría el edificio en busca de un teléfono, apareció corriendo en mi dirección el enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores, con la cara sudorosa a pesar de no hacer calor en el edificio.

—¿Qué le ha pasado a nuestro finlandés? —El enlace y yo habíamos trabajado juntos antes. Probablemente no era culpa suya, pero tenía algo que me irritaba cada vez que lo veía. Quizá fuera su sonrisa. Se dibujaba en su cara como una mariposa sobre un melocotón podrido.

Sus ojos se dirigieron a mi solapa, buscando la insignia que, tras años de trabajar conmigo, sabía que no encontraría ahí. Algunas personas se quedan mirando en silencio al no encontrarla, para después retomar la conversación. El enlace no era uno de ellos. Siempre apartaba la mirada furtivamente, como si fuera la primera vez que se encontraba con una cosa así, y luego comenzaba a tartamudear ligeramente hasta que conseguía dominarse de nuevo.

—El fi-finlandés no pudo tomar el vu-vuelo. Un problema con el visado.

—¿Quiere decir que el consulado de Pekín la ha cagado? Aquí va a rodar la cabeza de alguien, y no será la mía. —El enlace se secó la cara con un pañuelo azul de seda, del tipo que venden en el aeropuerto de Pekín.

—La autorización nunca llegó. Llamamos al co-co-consulado para asegurarnos de que le facilitarían el visado. Dijeron que no supondría ningún problema, siempre y cuando recibieran los imp-impresos. —Se detuvo unos segundos, lo que pareció calmarlo—. El encargado de la descodificación dijo que hubo una transmisión a la hora convenida, pero que no llegó nada, así que pensó que se trataba de algún problema normal del equipo. Entonces miró de nuevo y vio que el número de origen era válido. Lo hemos comprobado con nuestros registros.

—¿Estaba bloqueado?

El enlace tragó saliva y bajó la voz.

—Yo no he dicho eso.

—No, no lo ha dicho. ¿Y qué me dice de un tren? Consíganle un visado para mañana y métanlo en el tren en la estación de Pekín. Aparecerá por aquí unos días

más tarde, mosqueado y cansado, pero no será nada a lo que no nos hayamos tenido que enfrentar antes con otras visitas oficiales gracias a su ministerio. —Pude ver cómo el enlace hacía esfuerzos por no volver a mirar hacia mi solapa—. No se preocupe. —Me incliné para hablarle al oído—. No pondrán en su expediente que ha estado cerca de mí.

—Mu-muy gracioso. —Reculó un paso y, como siempre hacía, comenzó a buscar mentalmente excusas para dar por zanjada la conversación.

Decidí ayudarlo.

—¿Hemos terminado?

Asintió y pareció aliviado, pero después titubeó.

—Cuando el finlandés descubrió que había hecho todo el trayecto hasta Pekín sin que hubiera ningún visado esperándolo en nuestro consulado, se enfadó muchísimo. Han, el chico que atiende en el consulado, me dijo que le pidió que se quedara un día más mientras se arreglaban las cosas, pero el finlandés cogió su pasaporte, dijo que tenía cosas mejores que hacer con su tiempo y salió dando un portazo. Llamamos a la habitación del hotel en donde se aloja para ofrecerle un tren: a veces se nos ocurren ideas solitas, ¿sabe? Ustedes los policías no son los únicos que piensan.

—Fenomenal. Pueden pensar. ¿Y qué sucedió?

—Ya había abandonado el hotel. Hay un vuelo de Finnair de Pekín a Helsinki a las dos de la tarde. Seguramente esté en el aeropuerto ahora mismo, esperando para embarcar.

Junto a una masa de gente, cerca de la puerta delantera de la terminal, descubrí un perfil familiar.

—Estaremos en contacto —le dije al enlace, justo cuando se le caía el pañuelo. Cuando se agachó para recogerlo se le soltó el pin de la solapa—. Hoy no es su día, amigo —le dije—. Bienvenido al club.

Kang me hizo un gesto para que lo siguiera afuera. Mientras yo me adentraba en el aparcamiento, él entró en un viejo coche azul cochambroso, el Nissan que había oído arrancar en el exterior del hotel en Kanggye. Me senté en el lado del copiloto. Kang miró por el retrovisor, ajustándolo para poder ver lo que sucedía detrás de nosotros sin que fuera demasiado evidente.

—Los aeropuertos son lugares emocionantes, ¿no le parece, inspector? Nunca sabe a quién verá. O quién lo verá a usted.

—¿Sabe quién ha hecho este estúpido juego del visado para el policía finlandés?

—No puedo decirlo con certeza, pero nosotros hacemos un poco de esto y un poco de lo otro en Pekín. Hace poco alquilamos un apartamento con vistas a la parte trasera del consulado. No hemos compartido ni esto ni lo otro con Kim, por cierto. Desde la ventana del apartamento podemos ver quién entra y quién sale del consulado. Un equipo completo de Seguridad Militar compuesto por tres hombres estuvo ahí la otra noche, tarde.

—¿Cómo de tarde?

—A las dos de la madrugada. La iluminación no es demasiado buena por ahí a esas horas y no tenemos suficientes prismáticos de visión nocturna, pero pudimos ver que uno de ellos llevaba una pequeña bolsa, seguramente de herramientas. Los dejaron entrar, lo que se supone que no deberían hacer, y a los treinta minutos volvieron a salir. Supongo que le dieron un repaso a los cables del equipo de comunicación.

—¿Por qué no los detuvieron los guardias chinos?

—Tenían algún tipo de documentos identificativos. Quizá los servicios de inteligencia chinos estén trabajando con ellos. No me fío de los chinos, de ninguno de ellos. —Kang encendió el motor, que tosió de la misma manera que lo había hecho a las dos de la mañana en Kanggye—. No tiene sentido quedarse por aquí, volvamos a la ciudad.

—Espere, tengo mi propio coche.

Al ir a abrir la puerta, Kang aceleró dejando atrás un minibús e incorporándose a la carretera.

—Déjelo, consiga uno nuevo.

—¿Está loco? Pak usará mi cabeza de balón de fútbol si dejo aquí el coche. Ni siquiera tengo permiso para llevarlo la mitad del tiempo...

Acelerábamos dejando atrás el primer grupo de anodinos edificios de cemento más allá del aeropuerto y Kang no hacía ademán alguno de dar media vuelta.

—No se preocupe por Pak, ya le he dicho que necesitaba un coche nuevo. Ahora es una chatarra, de todas maneras. ¿Qué ha hecho con él, meterse en una zanja? —Frenamos súbitamente, atravesamos la mediana y de un derrape cogimos un camino de tierra dejando atrás a un policía que vigilaba de pie en un puesto de control. El policía miró a Kang inexpresivamente y luego volvió la cara hacia la autopista principal. Kang continuó conduciendo hasta un pequeño grupo de árboles, paró tras ellos y apagó el motor. Provenientes del aeropuerto, dos Mercedes negros pasaron a toda velocidad. El segundo redujo levemente la velocidad al pasar por el puesto de control, pero cuando el policía le hizo un gesto en dirección a la ciudad el coche aceleró nuevamente.

—Supongo que no quería a ese detective finlandés aquí. —Observé a Kang clavado en su asiento, fingiendo relajarse una vez los dos coches estuvieron fuera de nuestra vista.

En los labios de Kang pareció adivinarse una sonrisa, pero enseguida abandonó la idea.

—Bueno, supongo que usted tampoco. —Tamborileó con los dedos sobre el volante—. Habría sido una persona más que mantener a salvo de las víboras. En cualquier caso, ustedes dos podrían haberse topado con algo que no concierne a su investigación. Pero no, no lo detuve yo. Nunca manipulo las comunicaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Abrí la puerta:

—Nos vemos por ahí, Kang. He de volver a por mi coche y después decirle a Pak que no tengo que hacer de niñera los próximos tres días.

—En ocasiones no escucha demasiado bien, inspector. —Cuando Kang se estiró para cerrar la puerta pude ver que llevaba su pistolera de hombro, lo que me sorprendió. El número de personas autorizadas a llevar armas ocultas en la capital es limitado, muy, muy limitado—. Su coche no es el lugar en el que desea estar usted en este momento. No creo que hubiera sido una explosión muy grande al girar el contacto, no creo que quisieran herir a montones de extranjeros, pero habría tenido que subir el dobladillo de sus pantalones unos cuantos centímetros, más o menos hasta la rodilla quizá, y a cualquier acompañante en el coche se le habrían chamuscado las cejas. —Bajó la ventanilla para dejar entrar algo de aire—. Ahora van a tener que inventarse algo que hacer con su coche. Espero que el tanque no estuviera lleno. Un gasto inútil de gasolina. Seguro que la aprovechan.

Tardé un minuto en volver a tener ganas de hablar.

—Gracias, le debo una. Pensé que había dicho que no me podía ayudar aquí en la capital.

—No puedo ayudarlo con el caso, pero Finlandia es importante para mis operaciones. No puedo permitirme que los finlandeses se cabreen con nosotros y se pongan más severos con el reglamento.

—¿Y por qué no quería que anduviera por aquí el detective finlandés, entonces? —Kang tamborileaba de nuevo sobre el volante con los dedos—. No me diga que trabaja para usted.

En esta ocasión, Kang sonrió.

—De acuerdo, no se lo diré. A otra cosa: tenemos que hablar.

—Lo dudo. Si Pak quiere colaborar con su departamento, eso es asunto suyo. Si usted y yo llegamos a algún acuerdo exclusivamente nuestro, perfecto. Como le acabo de decir, le debo una. —Podía sentir que me subía la presión sanguínea, y, a juzgar por la manera en que Kang me miraba, mi voz debía de estar haciendo lo mismo—. Pero yo marco el límite, una línea negra y gruesa, en eso de trabajar con el que era mi hermano. Nos ahorra tiempo a los dos: ni se moleste en sugerir la idea.

—Créame, inspector, no me gusta su hermano. Nos hemos enfrentado en más de una ocasión. Él y sus amigos camaradas se interponen en mi camino. Cuando es solo un incordio puedo ignorarlos, pero cada cierto tiempo amenazan a los míos comprometiendo una operación. Su hermano está justo a punto de hacer eso. Por cierto, todavía es su hermano mayor.

Quería reír cínicamente, pero el sonido se ahogó en mi garganta.

—¿De modo que cree que le hablaré otra vez? ¿Que tendré una fraternal charla con él? Debe de estar de broma.

—Inspector, hay varios hilos aquí. Creo que comienza a darse cuenta de que se entrelazan de una manera peculiar. Quizá llegué a alguna conclusión antes de que sea demasiado tarde. Entre tanto, su hermano está a punto de causarme serios problemas.

Si cree que alejándolo de su investigación conseguirá algo, se equivoca. Pero eso es problema suyo. Si lo cabrea se interpondrá en mi camino. Eso es problema mío. ¿Ve adónde voy?

—Lo acojoné.

—Bravo. No es suficiente. Tenemos que neutralizarlo. —Kang hizo una pausa—. No se preocupe, no estoy hablando de nada físico.

—Qué lástima.

—¡Vaya! —Se recostó—. Un par de escorpiones. Hágame un favor: deje eso a un lado por el momento. Si lo detesta y por qué lo hace no es asunto mío. Pero necesito quitármelo de encima, y necesito que usted me ayude a pensar qué puede hacer que vuelva arrastrándose a su guarida por sí solo.

—Raticida.

Kang se quedó rígido un instante, respiró profundamente y exhaló el aire, luego, giró la llave en el contacto. El motor carraspeó una vez y volvió a la vida.

—Pak dijo que no sería usted razonable en esto, pero yo dije que me ayudaría. Supongo que me equivoqué. —Hizo caso omiso del saludo del guardia de tráfico a nuestro paso, se incorporó a la carretera con un chirrido de los viejos neumáticos del coche y condujo el resto del trayecto con una concentración silenciosa y aburrida hasta llegar a la ciudad.

Cuando alcanzamos el puente, al otro lado del río desde mi apartamento, Kang detuvo el coche y cogió un pequeño paquete del asiento trasero. Todo lo que dijo fue:

—Creo que esto es para su comida campestre. —Luego salió del coche y caminó hacia la margen del río.

No estaba seguro de qué quería decir. El paquete era abultado, envuelto en papel marrón liso. Dentro había un jersey de punto hecho a mano. No tenía ninguna nota, pero no había ninguna necesidad. Tal vez todavía quedara un rastro de su perfume en él, o tal vez solo lo imaginara. El jersey tenía pinta de ser un poco grande. Pero era azul.

A la mañana siguiente llovía y hacía viento. Fui en bicicleta a comisaría. La agente de tráfico no estaba, pero mi satisfacción al cruzar la intersección por arriba fue efímera: un camión del ejército que escupía un humo negro levantó una ola de agua que me salpicó a su paso.

Pak alzó la vista desde su escritorio mientras yo esperaba en pie a la entrada.

—Está usted encharcándome el suelo, inspector. Vaya a secarse y tómese un té caliente. Quizá les quede algo aún en la unidad de tráfico. —Al darme la vuelta para disponerme a bajar al recibidor me detuvo—. ¿Adónde va?

—Me dijo que fuera a buscar algo de té.

—Olvídese del té.

—Así que se ha enterado de lo del coche.

—El coche ha sido borrado de nuestros registros. No queda mucho de él, en cualquier caso. El daño que le hizo al parachoques izquierdo al meterse en aquella zanja ha desaparecido, al igual que el propio parachoques izquierdo, junto con gran parte del lado izquierdo del coche. Espero que el tanque de gasolina no estuviera lleno.

—¿Quiere decir que explotó? ¿Quién accionó la llave?

—Nadie, por lo que yo sé. Debe de haber sido una señal de radio perdida. Una chapuza de trabajo. —Pak volvió a bajar la mirada hacia su escritorio y yo pensé que estaba despedido, pero levantó la vista de nuevo. Frunció los labios, lo que solo hace cuando está pensando cómo decir algo delicado—. Kang es un aliado. Tenemos muy pocos. Nos ha ayudado. Solicita su ayuda y se la damos, incondicionalmente, no solo de mala gana.

Asentí. No tenía sentido pelear por aquello de nuevo, máxime cuando ser evasivo bastaría.

—Dígale a Kang que me lo pensaré.

Kang cerró los ojos y se frotó las sienes.

—¿Todavía necesita ir a Hyangsan para buscar agujas de pino?

—Las agujas de pino no son la clave, pero si coinciden con las que había en los dobladillos, podremos descartar mucho territorio. Si subo hasta allá hoy, incluso con la lluvia, puedo alojarme en el hotel y trabar amistad con el personal. Los registros pueden haber desaparecido, pero la memoria del personal no se borra con los bajones de tensión eléctrica.

—A menos que les hayan advertido algo, como a los del Koryo.

—Ya le dije que no debíamos haber aceptado este caso. ¿No le dije que nadie podía resolverlo?

—Tengo mucha fe, inspector, en que usted lo hará. ¿Y sabe por qué? Un asesinato

ya es lo bastante malo, pero un asesinato de un extranjero en la capital es aún peor, y no encontrar al asesino es la peor perspectiva de todas. Si este caso no se resuelve rápidamente, habrá presiones del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se pasarán días bramando y diciendo cómo está afectando a nuestras relaciones con los finlandeses, y para que dejen de bramar, el gobierno central se apoyará en nuestro ministerio, y el ministro se apoyará en mí. ¿Y sabe en quién me apoyaré yo, inspector?

—No puedo hacer milagros.

Pak sonrió.

—Mientras nos entendamos entre nosotros...

—Se ha dejado fuera a un jugador en todo esto: Kim. A Kim los bramidos le dan igual, y nadie puede apoyarse en él o en Seguridad Militar.

—¿Así que cree que ya ha llegado al personal del hotel de Hyangsan?

—No, no lo creo. Cuando Seguridad Militar aterriza en un lugar lo hace pisando fuerte, pero por lo que yo sé no suelen ir por delante en el juego.

—No esté tan seguro, inspector. Cultivan una reputación de ineptos para después poder aparecer donde menos se los espera.

—Y eso es lo que voy a hacer yo: aparecer donde menos nos esperan. Seguro que cuando sepa que ando por ahí arriba amordazará al personal del hotel, pero por el momento piensa que estamos husmeando por el Koryo. De hecho, ¿por qué no se pasa por allá hoy y se da un paseo por las salas? Haga que parezca que estamos cerrando el círculo sobre alguien.

—¿Alguna otra petición, inspector? —La pregunta estaba teñida de fastidio, pero Pak ya estaba recogiendo su chaqueta.

Medité un instante.

—Consíganos un hervidor nuevo, ¿quiere? No me importa de qué color sea, mientras sirva para hervir agua. Mejor dicho, busque uno realmente sencillo, a ver si así no nos lo roban.

Pak se detuvo y se registró los bolsillos.

—¿Ha visto mi libreta? La llevaba conmigo anoche. No me la he dejado en su oficina, ¿verdad? —Frunció el ceño mientras atravesábamos la entrada en dirección a mi despacho—. Casi no había escrito en ella. Mierda, odio perder cuadernos nuevos. —Frunció el ceño de nuevo—. Había dos páginas de mi reunión con el ministro, y un batiburrillo de ideas sobre lo que encontré en la morgue.

Se me revolvió el estómago.

—¿Algo sobre las agujas de pino de los dobladillos o sobre los dos juegos de llaves?

—No, lo más importante era lo que le dijo la doctora. El origen étnico no es una identificación. Me pareció extraño, así que lo escribí.

—Tal vez su libreta esté en el mismo cajón que el registro del hotel Hyangsan.

Pak asintió.

—Tal vez. De ahora en adelante lleve siempre encima esos papelajos que llama



notas, aunque eso suponga bañarse vestido. —Sonrió ausente por mi ventana—. Esas notas del encuentro con el ministro les pondrán el vello de punta. El viceministro hablaba de manera exageradamente monótona y me cuesta mantenerme despierto cuando hace eso, así que en mis notas él dice cosas más escandalosas...

—¿Quiere que tome el tren a Hyangsan o podremos conseguir otro coche así de rápido? ¿Nos fiamos del encargado de ahí arriba?

—Tome mi coche, pero manténgase fuera de las zanjas esta vez. El encargado local se llama Song. Su familia es japonesa, en realidad. Habla algo de japonés. Por eso está en Hyangsan, para hacerse cargo de los visitantes. Hasta ahora he confiado en él —Kang no separaba demasiado las manos—, pero he dejado de hacerlo. Tiene buenas intenciones y podría ayudarlo un poco. Juzgue usted mismo.

A la vez que me lanzaba un juego de llaves, Pak me dijo flemáticamente:

—No se vuelva, pero hay un Mercedes negro fuera, en la calle, que no estaba ahí hace un minuto. Tienen bastante descaro. —Cogió mi paraguas, que descansaba contra la pared—. ¿Esta cosa funciona bien?

—No lo sé, lo encontré el otro día.

Pak hizo una señal con la cabeza en dirección a la ventana.

—Deben de estar horriblemente preocupados para jugar así con nosotros. Les daré un paseo por la ciudad y luego los llevaré al Koryo. Espere unos minutos para asegurarse de que no les da tiempo de pedir refuerzos y salga escopetado de aquí. No habrá nadie más apostado fuera con este tiempo. Nos mantendremos en contacto.

Fui hasta mi armario archivador y saqué un cargamento de expedientes antiguos de la parte superior. Mi escritorio está lo bastante cerca de la ventana para que cualquiera me pudiera ver desde la calle, si se lo proponía. Descargué los expedientes sobre la mesa, me volví a sentar en la silla y encendí un cigarrillo. Aparte de cuando viajo fumo muy raramente, pero supuse que desde la calle parecería que me preparaba para una mañana de lluvia. Con suerte se esfumarían antes de que tuviera que dar más de un par de caladas.

Abajo en el jardín, Pak hizo el teatrillo de que intentaba arrancar su coche sin éxito, salió y usó el teléfono de la garita de vigilancia para llamar al chófer de guardia. No tardó mucho en llegar un viejo todoterreno: Pak se subió en él y se marcharon. De reojo, pude ver que el Mercedes no se movió. Ni siquiera estaba en funcionamiento el motor. Sabían que mi coche estaba destrozado, y el de Pak parecía estar fuera de servicio. Yo no iría a ningún lado con la lluvia, incluso si despejara un poco hasta solo lloviznar, así que ¿por qué continuaban ahí? El conductor y su acompañante estarían discutiendo sobre qué hacer, si seguir a Pak o quedarse para vigilarme. A menos que uno de ellos tuviera más autoridad, eran capaces de quedarse ahí discutiendo toda la mañana. Justo cuando me resigné a pasar toda la mañana prisionero en mi propio despacho, la ventanilla del conductor se abrió y un cigarrillo casi recién encendido salió arrojado a la calle. Los neumáticos se pusieron en movimiento, avanzaron sobre el pavimento húmedo y el voluminoso coche salió

disparado del bordillo. Nuestros guardias estiraron el cuello para mirar un instante y se encogieron de nuevo bajo el pequeño alero en un inútil intento de evitar el aguacero que acababa de comenzar.

Pospuse mi salida hasta que mejorara el tiempo, pero siguió lloviendo con intensidad y se levantó un fuerte viento, así que terminé por revisar mis notas de nuevo y hacer algunas llamadas para ver quién podía saber algo sobre las operaciones de Seguridad Militar. No parecían darse demasiado brío en nada de lo que hacían, pero supuse que debían tener algún tipo de procedimiento estándar. Todas las organizaciones tienen procedimientos estándar, incluso las de zoquetes y matones. Quería hacerme una idea de los indicios que me darían la voz de alerta cuando anduvieran tras de mí seriamente. Nadie quería hablar conmigo. Tan pronto como me oían mencionar a Seguridad Militar, su voz perdía el tono y de repente tenían que irse a algún lado. El teléfono sonó justo antes de la cena, cuando miraba desde mi ventana la lluvia golpetear la acera. Era mi hermano.

—Tenemos que vernos. —No estaba acostumbrado a oír su voz por teléfono. Era grave y áspera, como manchada de arena.

—Ya lo hemos hecho. —Resistí el impulso de colgar el auricular—. Una vez al año es suficiente.

—En media hora, en el Koryo.

—Estoy ocupado. —Como siempre, me hablaba a mí mismo. Él ya había colgado.

Cuando entré en la recepción del hotel, él estaba en la cervecería, tirado en la misma mesa, jugueteando con una caja de cerillas. Me acerqué, pero permanecí en pie.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

No alzó la vista.

—Siéntate, por favor: esto es serio.

—¿Desde cuándo tienes algo serio que decir?

—Haznos un favor a los dos: ahórrate toda esa porquería de inspector de policía. Siéntate solo cinco minutos y escúchame.

Me quité el abrigo, lo doblé cuidadosamente y lo coloqué sobre el banco.

—No me hagas perder el tiempo. —Y me senté.

—Están sucediendo cosas.

Hice ademán de ponerme en pie.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Siéntate. Cállate, solo escucha por una vez. Están sucediendo cosas, pero tú no sabes qué.

—¿Y tú?

—Me hago una cierta idea, bastante mejor que la que te puedas hacer tú. Todo va a moverse, cambiarán puntos cardinales, van a caer del cielo algunas estrellas

brillantes. Reajustes. Reformas.

—No será la primera vez: sobreviviremos.

Arrancó una cerilla de la caja y le aplastó la cabeza entre los dedos.

—No, esta vez es diferente. —Echó el polvo resultante al suelo.

—Muy bien, esta vez es diferente: así es la vida.

—No, la vida no es así. —La camarera se acercó para tomarnos nota. Era la misma chica que nos había escuchado la otra ocasión. Cuando vio que era mi hermano cerró la boca y se retiró—. Eres mi hermano menor. Somos todo lo que queda de nuestra familia. Cuidé de ti durante la guerra, ¿o lo has olvidado?

—La guerra es un espacio en blanco, una habitación vacía sin ecos ni sombras, sin luz ni oscuridad. Ni la recuerdo ni sueño con ella ni pienso en ella.

—El tuyo es un caso triste, ¿lo sabes? Algunas personas todavía sufren por la guerra, y tú actúas como si no fuera nada.

—Ve directo al grano.

—Lo que quiero decirte es que tendrás que confiar en mí durante el próximo par de meses.

—¿Qué quieres decir?

—Mantente alejado de mi camino. Sal del caso, déjalo, rómpete una pierna. Mejor aún, dimite del ministerio. Puedo hacer que saquen tus expedientes, para que no los encuentren cuando hagan una revisión. Los pondré en un lugar seguro hasta que se calmen las cosas.

—Qué curioso, Pak también quería que dimitiera.

—¿Cuándo dijo eso? —La voz de mi hermano se volvió suave, recelosa.

—Por lo que veo te ha llamado la atención. Dejémoslo.

—Entonces, ¿lo harás?

—¿Y después qué?

—Estas cosas son difíciles de predecir.

—¿Qué te hace pensar que me interpongo en tu camino?

—Que lo estás haciendo.

—¿Y si sigo en donde estoy y continúo con mi investigación?

—No podré ayudarte cuando se desate lo que está por venir.

—Querrás decir que no lo harás.

—No, quiero decir que no podré. Estaré luchando por sobrevivir. Tengo otros a los que proteger, programas, gente... —Se detuvo—. Ideas.

—¿Ideas?

—Te he avisado. Te lo he pedido. Confía en mí, solo por el momento, solo esta vez.

—Has dicho «ideas». ¿Te refieres a la pureza de clase? ¿La perfección humana? ¿La voluntad colectiva?

Hubo un silencio. Estaba sentado con la suficiente rigidez como para ser una estatua vigilando la entrada de la tumba de algún rey de la antigüedad; entre él y yo

solo había tristeza en el aire.

—Por primera vez en años —le dije—, me interesas.

—¿Harás lo que te pido o no?

—Ya sabes la respuesta.

Cerró los ojos un instante y se llevó la mano a la frente. Era un gesto que solía hacer hacía mucho tiempo, durante la guerra, para contener la desesperación que nos inundaba en las frías noches.

—Entonces por lo menos retrasa la investigación. Eso es todo. Ponlo en un archivo pendiente. Incinera el cuerpo, pierde un par de pruebas, haz que cambien de ocupación a la encargada de la habitación.

—¿De qué la conoces?

—Ya te lo he dicho, este caso tiene más alcance de lo que crees.

—No la toques.

Se puso en pie de repente.

—No tengo elección. El caso me importa un carajo, pero sí adónde lleva. Si no lo dejas correr, acabarás en la hoguera y dispersarán tus cenizas por el río al amanecer.

—Si yo ardo, tú también lo harás.

—Tal vez sí o tal vez no. Pero no puedo arriesgarme.

—Ah, por fin llegamos al meollo. Quieres que te salve el pellejo.

Me miró con curiosidad y se volvió a sentar.

—Pensaba que eras más inteligente. Todavía no te has enterado. —Con los dedos trazó un único carácter chino sobre la madera pulida de la mesa. Era el carácter de «familia»—. Si te acercas demasiado a este caso, les darás a ellos lo que necesitan.

—¿«A ellos»?

Bajó la vista.

—Ya me has oído.

Me quedé en pie sin palabras y después me dirigí hacia el recibidor del hotel, atravesé la puerta principal y el camino de entrada hasta llegar a la calle desierta. Caminé rápidamente, pero ya era de noche y me sorprendió la oscuridad.

—No tiene un hermano, sí tiene un hermano. Decídase.

—¿Es usted duro de oído? No tengo ningún hermano.

—Curioso país. Tiene un pariente, un hermano, digamos, y de repente deja de ser su pariente. ¿Algún otro pariente inexistente que esté tratando de ayudarlo?

—Ándese con cuidado, Richie; está usted entrando en un campo de minas. Media vuelta.

—Su abuelo fue un héroe, eso lo respeto.

—¿Y su familia?

—Grande: tres hermanos y tres hermanas. Mi padre tenía cuatro hermanos. Mi madre tiene una hermana. Todos tienen familia, un montón de chiquillos. Cuando nos reunimos en verano uno no puede oír ni su propio pensamiento. —Observó mi rostro atentamente—. Tengo hijas: dos niñas. —Estuvo a punto de decir algo más, pero se abstuvo.

—Mi abuelo solía decir que mi hermano y yo estábamos muy unidos de pequeños, que mi hermano me protegía. No lo recuerdo. Volvió en una ocasión del orfanato tras uno o dos años. Hablaba en voz alta, decía que amaba su patria. El abuelo decía que era algo bueno ver lealtad en un joven, pero después le oí decir a un vecino que era muy desagradable que un chiquillo le echara aquellos sermones, especialmente por ser su nieto.

—¿Alguna vez ha pensado en casarse, fundar una familia?

—Kang, señor Molloy. Kang es su tema A, su tema B y su tema Z.

—Dice que está muerto.

—Así es, pero incluso los muertos tienen mucho que decir. Quizá por eso los adoremos tanto. La sabiduría del más allá.

—Se acaba de encender el botón del sarcasmo de la grabadora.

—Muy bien, funciona. ¿Por dónde íbamos?

—Íbamos a las montañas, a Hyangsan.

## SEXTA PARTE

El camino a Hyangsan llevaba a las nubes,  
aun así lo recorrí, oyendo las cascadas,  
respirando el aroma  
de los pinos sagrados.

—Kim Po Pyong (1154 - 1198).

# 1

Cuando me acosté en el Hotel Hyangsan era una noche de verano, lluviosa y de bochorno. Cuando me desperté ya era otoño. No simplemente la promesa del cambio de estación, sino el cambio mismo, independientemente de lo que dijera el calendario. El aire era frío y la luz tan pura que las montañas en la distancia se dibujaban perfiladas sobre el cielo. Las nubes que se extendían al este tenían el vientre dorado, pero el sol estaba bajo todavía y el costado de las accidentadas colinas que discurrían junto al rápido arroyo que bajaba de los montes Myohyang permanecía en su mayoría a la sombra. Pequeñas nubes hozaban los afloramientos de rocas a lo largo de las cumbres, nubecillas que parecían haber necesitado algo sólido sobre lo que apoyarse durante la noche. Se habían dormido y se habían quedado atrás. Mientras las miraba se fueron volviendo más y más transparentes con cada rayo de sol que las tocaba. Sin luchar ni emitir un sonido de desesperación: simplemente desaparecían.

Me quedé en pie en el balcón para escuchar a las aves que se reunían en el césped que crecía frente al hotel. En las colinas de la izquierda, donde el sol todavía no había hecho acto de presencia, más nubes rechonchas esperaban su destino estúpidamente. Se habían instalado tan cerca del suelo que parecían estar atadas a los retorcidos pinos enanos que surgían de las rocas. La colinas eran abruptas; no parecía posible subir ahí, pero eso es lo gracioso de las colinas coreanas: siempre son o más difíciles o más fáciles de lo que parecen.

Abandoné la ciudad justo después del encuentro con mi hermano. Ya había dejado de llover para entonces, pero empezó de nuevo tan pronto como tomé la autopista. No había demasiado tráfico y nunca vi ningún tren. En cierto punto cerca de Kujang, la autopista se cruza con el río que avanza entre las empinadas colinas. Después, tras la siguiente curva, el río se ensancha al entrar en un llano, como si quien planeó su curso hubiera cambiado de repente de parecer.

Unos pilares inclinados eran todo lo que quedaba del estrecho puente que un día sirvió para salvar el río. Fue en aquel viejo puente donde mataron a mis padres. Un F-86 solitario había aparecido en mitad del cielo matutino y había bombardeado un pequeño grupo de camiones que lo cruzaba en aquel momento. El convoy debía haberse desplazado durante la noche para refugiarse en las colinas antes del amanecer, pero algo los retuvo y estaban atravesando el río apresuradamente con las primeras luces. Se suponía que a aquellas horas todavía no había aviones de guerra. Nunca me enfadaba al pensarlo: no era un asesinato. Era una muerte por casualidad, una absurda confluencia de los vientos de la suerte.

Mi padre era hijo único, y mi abuelo nunca se recuperó. Se culpó a sí mismo hasta el día en que murió, aunque estaba a kilómetros de distancia cuando sucedió y ni siquiera tenía contacto con las unidades de aquella zona. Mi madre era enfermera y



se había ofrecido como voluntaria para trabajar en el frente. La mayor parte del tiempo ella y mi padre estaban en el campo de batalla lejos el uno del otro, pero aquella mañana estaban juntos.

Pensé en parar un momento tras cruzar el puente que llevaba la carretera al otro lado del río para contemplar los restos del antiguo puente y meditar sobre aquello. Para entonces la lluvia había cesado otra vez, pero el aire estaba húmedo y la camisa se me pegaba a la espalda. Las nubes habían descendido hasta el suelo, o quizá la carretera comenzara a ascender penetrando entre las montañas. La neblina se hizo más densa. Un minuto más tarde ya no había lugar para detenerse, o más bien no lo busqué con tanto ahínco. La carretera dio otro giro rodeando una colina y de repente el río quedó fuera de mi campo de visión.

Se oyeron unos golpes en mi puerta y antes de que pudiera decir nada entró la encargada de planta con un trabajador bajo y enjuto tras de sí.

—El pestillo de la ventana de su balcón está roto, y puede que esta tarde haya una tormenta. —La encargada señaló hacia la parte superior de la puerta acristalada que daba al balcón—. Si se abre con el viento el agua producirá daños, y eso cuesta dinero.

—¿Siempre arreglan las cosas tan temprano? —Entré del balcón y me senté sobre la cama a observar. El trabajador solo llevaba una herramienta (un destornillador corto con el mango de plástico negro ajado), pero sabía muy bien lo que se hacía. En rápida sucesión desatornilló el pestillo, le refunfuñó un poco a la encargada, se descalzó y se subió sobre la mesita que estaba junto a la puerta. Usó el mango del destornillador para alinear algo a base de golpes, lo que explicaba el estado del plástico. Se relamió de satisfacción, descendió de la mesa, atornilló nuevamente el pestillo, me hizo un gesto de asentimiento y salió por la puerta. Nunca había visto nada tan eficiente. La encargada de planta sonrió.

—Lo habríamos hecho ayer si hubiéramos sabido que se iba a ocupar esta habitación. Normalmente se reservan estas vistas para los visitantes de importancia. —Me dedicó una sonrisa torcida, amable pero que dejaba en la ambigüedad si creía o no que yo cumpliera el requisito—. Desde aquí se pueden contemplar las montañas a ambos lados de la carretera y el arroyo en su caída por entre las rocas. Baja casi lleno, tras las últimas lluvias. Si esta noche hay tormentas de nuevo, tendremos un torrente. Quizá el ruido lo mantenga despierto toda la noche. Para algunos es un sonido de rabia, pero yo no lo creo así. Desde donde dormimos nosotros, siguiendo la carretera por ahí, suena como un tren. La mayor parte del tiempo sin embargo, es como si estuviera adormilado. Como todo por aquí.

Se despidió, inclinándose, y se volvió para retirarse. Entonces se dio media vuelta otra vez.

—Solo una cosa: tal vez le apetezca dar una vuelta por el templo que está más arriba. Un bonito paseo para una mañana como esta. Seguro que roza la perfección. Camine por el arcén: de cuando en cuando, algún camión que baja de la colina pierde

los frenos. Cuando llegue al templo, puede estar solo si lo desea. Dígales a las guías que se las puede arreglar, aunque a veces se sienten solas y les gusta hablar con la gente. —Hizo una pausa—. Ven muchas cosas. Y toman notas. —Hizo otra pausa—. En papel.

Asentí en respuesta a lo que acababa de decir, pero no traté de aprovechar la oportunidad. Nadie ofrecía tanta ayuda sin razón alguna, y no sabía cuál era su razón, de modo que pensé que dejaría las cosas reposar hasta después de la comida. Hasta entonces podría echar un vistazo por ahí.

—¿Hasta qué hora se dan desayunos?

—¿Ha llamado con antelación? —Su tono cambió, y no con sutileza.

—¿Para qué?

—Nueva política: solo encargamos la comida necesaria para quienes la solicitan con antelación. Hay que obtener beneficios, ya sabe. —Rozaba la severidad. De repente, los beneficios parecían una mala idea.

—Todo lo que quiero es algo de té, y quizá un poco de fruta.

Meneó la cabeza.

—Lo comprobaré, pero esto comenzó hace solo un mes y el gerente es nuevo. — Su expresión demostraba que todavía no se había decidido sobre él—. Es estricto. Dice que si hacemos una excepción con alguien, tendremos que hacerla con todos, y que adónde iremos a parar entonces. —Se volvió para retirarse nuevamente, avanzó hacia el pasillo y luego se detuvo y entró otra vez en la habitación—. Las guías del templo siempre tienen un hervidor a punto. —Sus formas eran amables de nuevo, casi suplicaba que comenzara a hacerle preguntas—. Beben té y charlan la mayor parte del día. Son simpáticas, pero no trabajan demasiado, si quiere saber mi opinión. — Ante mi ausencia de respuesta hizo una amplia reverencia para ocultar su decepción y se retiró.

La carretera al templo discurría paralela al río, que bajaba caudaloso y veloz superando las grandes piedras que los ingenieros del ejército habían colocado ahí para reducir la velocidad de la corriente y evitar que erosionara las orillas. No había demasiado riesgo de que sucediera así al otro lado, donde la base de la montaña, de sólida roca, se erguía abruptamente, casi vertical, desde el agua.

La última de las pequeñas nubes se había esfumado a la luz del día y los afloramientos rocosos eran fáciles de vislumbrar desde la carretera. De ellos surgían los grupos de pinos enanos que tenía que alcanzar, con troncos que luchaban por permanecer derechos sobre las vertientes. Quizás algunas montañas fueran más fáciles de lo que parecían: no era el caso de aquella.

Para cuando alcancé el templo, ya estaba resoplando. Me pareció que los ingenieros que lo construyeron podrían haberlo hecho perfectamente un poco menos empinado, si lo hubieran pensado mejor. Había una garita de venta de entradas justo al pasar el aparcamiento, que estaba vacío, junto a un colorido mapa del complejo del templo y las montañas que lo rodeaban. El postigo de madera del frente de la caseta

estaba abierto, y pude ver dos guías sentadas en el interior, bebiendo té y contemplando el paisaje. Una salió por la puerta lateral para preguntarme qué quería. Era alta y caminaba con un balanceo calculado, de manera que las faldas de su traje flotaban sobre el sendero de piedra. Llevaba el pelo prendido con dos pasadores, lo que hacía que su cuello pareciera largo y resaltaba su mandíbula más de lo necesario. Pero su sonrisa parecía auténtica y le brillaban los ojos incluso bajo aquella luz tamizada por los árboles.

—Buenos días. Las visitas guiadas no comienzan hasta el mediodía. El complejo del templo abre a las once en punto. —Vio que aún respiraba pesadamente por el paseo—. El personal del hotel sabe que no debe enviar a gente aquí arriba tan temprano. ¿Por qué no se sienta en el banco bajo aquellos árboles para recuperar el aliento? —Su voz era agradable, sin el toque estridente de las guías de la capital. Parecía ir acorde con los árboles, la hierba y las flores. O eso o yo estaba de buen humor por el ascenso.

Pensé que volvería al quiosco para terminarse su té, pero en vez de ello se quedó ahí en pie, como si hubiera formulado una pregunta que todavía no le hubiera respondido yo. Había empezado a hacer un comentario sobre el tiempo cuando una ráfaga de viento cerró el postigo de la caseta de venta de entradas de un estruendoso golpe. Se oyó un grito apagado en el interior y luego la segunda guía salió súbitamente por la puerta. Era más baja que la primera, tenía el pelo largo y su cara era exactamente igual a las de las viejas pinturas tradicionales. Linda, como un gatito o un perrito, con unos ojos oscuros grandes y separados. Podía oír la voz de Pak diciéndome: «Probablemente te cansarías de ella en poco tiempo».

La segunda guía abrió el postigo apuntalándolo y vino adonde estábamos nosotros. Llevaba la parte delantera de la falda mojada.

—Me estaba sirviendo una taza y se me ha caído todo el hervidor cuando se cerró el postigo de un golpe. Podría haberme achicharrado como un pollo. —Estaba soliviantada. Su amiga se rio nerviosamente, después se controló y miró para otro lado. Era mi turno de decir algo educado, si tenía alguna intención de volver a ver a la gatita. Todo lo que se me ocurría era que aquella tenía toda la pinta de ir a convertirse en otra mañana sin té.

La segunda guía le echó un vistazo a su falda, que se le pegaba a las piernas.

—Está empapada. No puedo hacer las visitas guiadas así, ninguno de los hombres escuchará nada. Tengo que darme una caminata hasta la habitación y cambiarme. Si lo encuentro traeré algo más de té, también. Todo lo que nos quedaba está por el suelo.

Increíble, pensé, y le di una patada a una piña que la envió al aparcamiento. Una maldita taza de té tampoco me haría ningún daño. Anduve unos metros para observar más de cerca las florecillas naranjas que bordeaban ambos lados del sendero que conducía a los jardines del templo. La primera guía pululaba a mi alrededor.

—Va a volver a llover esta mañana, de aquí a un rato, en cualquier caso. —Rozó

mi brazo—. Ya que ha subido hasta aquí arriba de la montaña, puede echarle un vistazo a los jardines. Cuando comience la lluvia podemos guarecernos en alguno de los edificios antiguos. Los tejados tienen alguna gotera, pero no me parece que sea usted demasiado delicado.

El cielo había perdido la frescura de la mañana y se estaba volviendo de un azul profundo. La luz sobre la hierba y las flores era brillante, pero se interrumpía repentinamente al borde del camino principal, que estaba cubierto por la densa sombra de diez o quince viejos olmos chinos dispuestos en hilera. Sus troncos se inclinaban suavemente cerca del suelo, como si alguna vez hubieran visto a las damas de la corte recogerse las faldas y desearan emularlas.

Con el sol ganando altura encima de los picos, el lado más cercano de las colinas dejaba de estar a la sombra. Los pinos enanos parecían más alejados y pequeños, mientras que las rocas de los que surgían se habían hecho mayores y más perturbadoras al sol. La guía alzó la vista para observar las montañas.

—Hay una leyenda sobre aquellos árboles. Los plantaron los monjes que tuvieron que huir de la guerra hace siglos. La historia dice que plantaron los árboles en los lugares más inaccesibles de manera deliberada para que recordaran constantemente a los invasores que nada podía aplastar nuestro espíritu.

—Bonito cuento. Pero creo que solo viven unos cincuenta años como máximo y luego se reproducen, aunque cómo cualquier planta consigue reproducirse en esos peñascos es algo que no alcanzo a comprender.

La guía me hizo señas para atraer mi atención sobre una gran roca que reposaba tras una pequeña valla de madera. Una de las facetas de la roca había sido esculpida y se había grabado sobre ella un poema con antiguos caracteres chinos, pero las inclemencias climáticas los habían borrado, tornándolos ilegibles a excepción de uno o dos en cada línea.

—Si le dijera que esta roca lleva aquí más de mil años, ¿me diría que no es así? —La guía, con profesionalidad, mantuvo su voz en un tono agradable; nada en su timbre sugería que estuviera irritada. Era una simple pregunta. Pero su manera de andar había cambiado: ya no flotaba, y sus faldas barrían los adoquines.

—Nada es imposible —dije—. Todo lo que me diga en esta mañana tan bonita, yo me lo creo.

Caminó por delante de mí sin decir nada más hasta que llegamos a un banco bajo en el centro de un semicírculo de plataneros. Todos se inclinaban en la misma dirección: era su esfuerzo por alcanzar la luz solar, pero les daba el aspecto de un grupo de desconocidos, todos tratando de escuchar la misma conversación. La guía se sentó desviando la mirada de los árboles indiscretos, con la espalda apoyada sobre la montaña que se erigía sobre el río. Frente a nosotros, a tiro de piedra, había un pequeño edificio de madera rodeado de rosales.

—Este es mi edificio favorito del complejo. No importa lo que suceda: siempre me aporta un aire de tranquilidad. —Habló con suavidad, con una voz que apenas se

elevaba por encima del murmullo del río y de los pájaros. Casi como una ocurrencia tardía, dijo—: Ha habido muchos visitantes últimamente. —Apoyó con parsimonia las manos sobre el regazo y alzó el rostro en dirección al cielo. Sus ojos estaban cerrados, pero no estaba descansando.

Supuse que esperaba que dijera algo, que reaccionara de alguna manera a su comentario. Entonces me di cuenta de que estaba ordenando sus pensamientos.

—¿Es algo de mi interés?

—Sé quién es, inspector. ¿No es acaso eso lo que mejor se nos da, seguirle la pista a la gente? Seguramente no lo sorprenda que alguien nos haya llamado para avisarnos de su llegada.

—No, supongo que no.

Cerró los ojos de nuevo. No sabría decir si trataba de recordar una historia que le habían dado para que me contara o si estaba buscando en su memoria algunos datos que habían caído en rincones oscuros, donde esperaban silenciosamente a que ella fuera a buscarlos. Los recuerdos hacen eso muchas veces, especialmente los desagradables. Tengo por costumbre otorgar a la gente el beneficio de la duda si dicen que no recuerdan algo, incluso cuando no tengo la certeza de poderme permitir el lujo de creerles.

—¿Ha estado más ajetreado de lo normal? —Quizá eso la ayudara a proseguir la historia donde la había dejado. Si había una historia preparada para mí, me la contaría independientemente de lo que le dijera.

Abrió los ojos y se volvió hacia mí.

—Yo no he dicho ajetreado: he dicho que hemos tenido muchos visitantes.

Bien, estaba prestando atención, lo que significaba que no tenía una historia preparada. Pero parecía insegura, como si intentara mantener el equilibrio mentalmente.

—Tiene razón, eso es lo que ha dicho: muchos visitantes. ¿Los grupos de los viajes organizados de siempre?

Se puso en pie y comenzó a moverse bajo los árboles en dirección a un claro iluminado por el sol. Yo me quedé en el banco. No es muy buena idea interrogar a la gente cuando están andando: rompe la concentración, pero al ver que no volvía a sentarse, me alcé también y caminé hasta dejarla atrás llegando a un macizo de crisantemos amarillos que comenzaban a florecer. Andar persiguiéndola no funcionaría. Confundiría los papeles. Si tenía algo importante que decir, algo que la mantenía intranquila, tendría que venir a buscarme.

—Lo interesante de las plantas —dije—, es que no importa cuándo se planten: siempre se abren cuando les corresponde. De cuándo en cuándo hay un arbusto o un árbol que se retrasa un poco, o que está demasiado ansioso: las flores no hacen eso.

Cuando levanté la vista estaba junto a mí. Había comenzado a flotar de nuevo. Era buena señal.

—Hace dos semanas cinco agentes de Seguridad Militar estuvieron aquí.

Subieron a aquella colina. —No se volvió ni señaló, pero se refería a la colina a nuestras espaldas, la de los pequeños pinos—. A veces la gente que se queda en el hotel sube ahí, pero por lo general necesitan un permiso. Normalmente esto no atrae demasiado mi atención, solo el agente de seguridad local se pone nervioso, porque si hay un accidente lo culpan a él.

—¿Conoce al agente de seguridad local?

Se estiró para arrancar algunas flores marchitas que se habían roto por el tallo.

—Es usted demasiado inteligente como para hacer una pregunta como esa: ¿cómo no iba a conocerlo? Lleva aquí mucho tiempo. Y tiene buena voz para cantar, así que a veces lo hacemos venir al bar del hotel. Por lo general tengo buen ojo para saber qué grupos de turistas serán problemáticos después en el bar. Lo llamo y canta karaoke algunas horas. A los turistas les encanta. Si alguien bebe demasiado, él lo ayuda a llegar a su habitación. De no ser así, se pondrían demasiado cariñosos con las camareras. La mayor parte del tiempo no es nada grave, simplemente molestan. Y alguna que otra vez causan problemas de verdad.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando de guía del templo?

—¿Se refiere a si era camarera en el bar antes de conseguir este trabajo? Sé cantar un poco, darles alguna que otra golosina a los clientes, pero no soy una prostituta, si es lo que está pensando. —Avanzó sobre el sendero flotando, como si enfatizara que podía romper la conversación cuando quisiera. Me volví y alcé la vista para contemplar los pinos de la colina. Ya me había dicho todo lo que quería saber por el momento. Ya me hablaría más tarde del hotel, de los clientes y del equipo de Seguridad Militar.

Había algo que me preocupaba: un equipo de cinco hombres era inusual. Traté de recordar si alguna vez había oído algo semejante. Normalmente trabajan de tres en tres, como los tres hombres del todoterreno de Manpo, o los tres que revoloteaban por ahí después. Que fueran cinco significaba que se habían unido dos equipos para una operación especial o que habían venido sin coordinación, bajo órdenes separadas. Incluso así, en cualquiera de los dos casos deberían de haber sido seis. El mando de Seguridad Militar cometía errores como cualquiera y sus operaciones todavía no me resultaban muy claras, pero en esto seguían el libro a pies juntillas: los equipos se componían de tres hombres, un triángulo de hierro.

Necesitaba una foto del coronel Kim y tal vez otra de su agente muerto, Chong, para enseñárselas al personal. No había razón alguna para pensar que alguno de ellos hubiera estado ahí, pero quería saber si había alguna conexión entre la operación de Seguridad Militar ahí y sus esfuerzos por llegar hasta Kang. Algunos de ellos podrían tener responsabilidades regionales, pero otros estarían seguramente encargados de casos particulares, y yo tenía que empezar el mío por algún lado. Quizás alguna de las guías o la encargada de planta los reconociera. No querría hacerlo, pero Kang podría conseguirme las fotos. Su departamento atesoraba expedientes: me había dicho que habían hecho fotografías de los tres hombres que entraron en el consulado en Pekín.

A ese respecto, tal vez Kang supiera algo de por qué Seguridad Militar había estado ahí arriba.

Antes de ponerme camino del hotel, solo necesitaba una cosa más de la guía.

—Y entre todos esos visitantes, ¿están representados todos los continentes?

Meditó un instante.

—Curiosa manera de decirlo. Normalmente no dividimos los grupos así, pero...

No. No ha habido ni uno de la Antártida.

Son Chon Kun, el agente de seguridad local rondaba la cincuentena, era alto y estaba en perfecta forma, le apretaba a uno la mano con firmeza y poseía una sonrisa encantadora. No me gustaba. Tampoco le ayudó nada que estuviera al tanto de sus habilidades canoras. Su voz al hablar era rica y melodiosa, y la usaba con maestría. Otro punto negativo.

—Un placer verlo por aquí, inspector —dijo, ladeando la cabeza levemente como si esperara que me arrancara a cantarle un aria en respuesta.

—Vengo por otros asuntos, no por placer. Asuntos oficiales, del cuerpo de investigación de la capital. —Pensé que si hinchaba un poco mi rango le quitaría aquella sonrisa de la cara. Solo conseguí que sonriera más abiertamente.

—En ese caso es un auténtico placer, un auténtico placer. —Llevaba el pelo teñido, y en un tono demasiado oscuro. La mayoría de las jovencitas no tenían un pelo tan negro y brillante como aquel, y mucho menos un oficial de seguridad de mediana edad de un hotel de un centro turístico, por muy fácil que fuera su trabajo—. Cualquier cosa que esté en mi mano, lo que sea. Mis humildes recursos están a su disposición.

Debía de ser su educación japonesa. O sus recursos estaban a mi disposición o no lo estaban. Que fueran humildes o dejaran de serlo no suponía diferencia alguna.

—Necesitaré su discreción, su conocimiento del campo que nos rodea y lo que recuerde sobre sucesos inusuales en las últimas dos o tres semanas. Se trata de una investigación por asesinato en la capital.

Los ojos de Song se estrecharon por una fracción de segundo. Se dio cuenta de que no compartiría demasiada información con él, y no estaba acostumbrado a que le sonsacaran datos. Hyangsan gozaba del estatus de área especial, lo que confería a Song algunos privilegios. Percibía que yo amenazaba su comfortable existencia. Su voz perdió la pátina dorada por un instante fugaz, para recuperarla después con la misma velocidad.

—Salgamos del hotel y bajemos al río, donde podemos hablar.

Recorrimos el camino entero en silencio. Charlar un poco sobre el tiempo no nos hubiera costado nada a ninguno de los dos, pero supuse que estaría irritado conmigo. Eso era bueno: significaba que estaba nervioso, seguro que estaba tratando de calcular cuánto daño podría hacerle si no respondía a mis preguntas. Cuando llegamos al río se giró hacia el agua, de espaldas al hotel. La corriente caía golpeando las rocas de manera más ruidosa incluso que por la mañana, llenando el ambiente de agua en suspensión.

—Le pido disculpas, inspector, por parecer maleducado, pero no quería hablar hasta que hubiéramos llegado: les hace más difícil calibrar los micrófonos desde el



balcón.

Muy bien, así que lo había juzgado erróneamente: su voz no le restaba mérito a sus facultades críticas como yo había pensado.

—En el ministerio no hacemos demasiado uso de la tecnología, así que supongo que esos micrófonos no son nuestros —dije. En un caluroso día de julio el agua vaporizada habría sido refrescante: ahora sencillamente empapaba.

Song sacó un pañuelo y se secó la cara con él.

—Haga gestos hacia el río y hacia la montaña, ¿quiere? Si no sospecharán.

Apunté con el dedo hacia la cumbre de una de las colinas. Song se rio, una sonora risa de barítono.

—No es necesario ser tan teatrero, inspector. Y bien, ¿decía que tenía algunas preguntas que hacerme? Es todo un experto en nuestros pinos, he oído decir. —Bien, me había equivocado con él doblemente: ya había hablado con la guía más alta.

—Me imagino que esos micros no están aquí siempre. ¿Sucede algo particular?

La mano de Song apuntó por un instante hacia la piedra más grande que se hallaba en mitad de la corriente y luego la movió con languidez hacia un pájaro que estaba entre los árboles.

—¿Ve aquella roca? —Aprecié que la parte superior había sido rebajada recientemente—. Esos locos querían poner un micrófono remoto y esconderlo con unas hojas o algo así. Les dije que era una locura, que tan pronto como lloviera y creciera el río la corriente se lo llevaría. Dos de ellos lo intentaron de todas maneras. Uno se cayó al río y se rompió el hombro. Tuvieron que llevárselo de aquí. Los otros cinco decidieron seguir mi consejo.

Eso explicaba por qué la guía había visto a cinco, en vez de seis, gorilas de Seguridad Militar subiendo por la montaña. Había dos equipos completos originalmente.

—¿Qué hacen ahí arriba ahora? No están vigilando a los turistas ni al personal del hotel con micrófonos. —Song no respondió—. ¿Quién es el objetivo, entonces? Y no me intente colar nada porque me daré cuenta.

Song recogió un canto rodado de la orilla y lo arrojó al agua.

—En el tiempo que llevo aquí, solo sucedió algo parecido en una ocasión, hace dos años. —Se detuvo—. No, tres. ¿Recuerda el sobrino de un miembro del Politburó que ocupaba una cierta posición en la Liga Juvenil del partido? Venía de continuo aquí arriba para «descansar», pero nunca lo hacía. Siempre estaba reuniéndose con gente: empresarios chinos con camisas de cuadros, coreanos de Japón con demasiada brillantina en el pelo. Venían coches de Pyongyang con chicas, siempre discretos, nunca más de una en cada coche. —Song se dirigió hacia la orilla a pequeños pasos manteniéndose de espaldas al hotel—. Tres o cuatro meses después de la primera visita de este muchacho apareció por aquí un capitán de Seguridad Militar. Un auténtico hijo de puta, un cabrón.

La voz de Song era demasiado meliflua para semejante vocabulario, hacía que las

palabrotas sonasen como piropos.

—Se llama Kim —dije—. Una víbora; de pelo corto, ojos afilados como pequeños cuchillos de cocina.

—Sí, ese mismo. —Song me lanzó una mirada y después señaló hacia donde bajaba el río—. Lo conoce, por lo que veo.

Yo estaba calado por el agua en suspensión, el cielo se estaba cubriendo y comenzaba a soplar el viento.

—Supongo que no habrá ningún otro lugar aparte de esta ribera...

Song señaló hacia la ladera de la colina.

—Podríamos ir ahí, si no le importa la subida. Ahí es donde los otros cinco de Seguridad...

—Termine primero lo que estaba diciendo sobre Kim. —Todavía no quería entrar en el tema de los pinos—. Y vaya directo al grano.

Song se encogió de hombros.

—Usted manda, lo que usted desee. —Pensó un instante—. Kim anduvo por los jardines. De vez en cuando arrinconaba a uno de los miembros del personal. Estaban todos aterrados por la manera que tenía de mirarlos. Me mantuve apartado de su camino, pero fui recogiendo migajas aquí y allá de lo que andaba buscando. El tal sobrino estaba involucrado en una operación de contrabando. Principalmente, de coches, coches usados de lujo procedentes de Japón. Los conducían hasta la frontera de China, donde doblaban o incluso triplicaban el precio y no pagaban impuestos. Había rumores que afirmaban que los servicios de inteligencia surcoreanos habían puesto dinero para la operación; Kim pensó que podría tenderle una trampa al tipo, llevarse por delante a alguno del Politburó y quedarse él con todo el cotarro.

Tenía los zapatos empapados, y siempre me costaba secarlos: estaría días caminando por aquellas montañas sintiendo la humedad en los pies.

—¿Y después?

—Nada.

—No, nada no. Siguieron llegando coches, ¿no es así?

—Quizá.

—Los jueves alternos, por la tarde, otro coche.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo hago mi trabajo y usted el suyo, si es que todavía lo tiene cuando haya acabado con usted. Cuando le haga una pregunta no me responda con un «nada».

La mirada de Song adquirió un aspecto extraño: algo de miedo, un toque de aversión y por añadidura la comprensión repentina y escalofriante de que su destino estaba en las manos de otra persona. Solo que yo no quería tener su destino en mis manos.

—¿Cuándo dejaron de llegar coches?

—La última semana de junio no vino nada. Nada en absoluto en julio, tampoco. Entonces fue cuando se presentaron aquí los de Seguridad Militar. Me imaginé que

algo andaba mal.

—Kim lo está sobornando, ¿verdad?

Song apartó la mirada.

—Le he hecho una pregunta.

—No trabajo para él.

—Pero acepta su dinero.

—¿Cree que las cosas son fáciles aquí, inspector?

—Se ha guardado esto para usted hasta ahora, no le ha dado ni la menor pista al ministerio, no ha enviado ningún informe anónimo, no invitó a nadie a subir aquí a tomar una cerveza con usted. Nada. —Si no me daba un baño caliente y me ponía ropa seca pronto agarraría un constipado que me duraría hasta abril. Me acerqué a Song y le pasé el brazo por el hombro en lo que habría parecido un gesto cordial para alguien que todavía estuviera interesado en nuestra conversación y lo apreté hasta que hizo una mueca de dolor—. Volveré a mi habitación. Si tiene algo más que decirme, algo que se haya dejado accidentalmente en el tintero a propósito, más le vale soltarlo antes de que me vaya de aquí, o usted y su garganta de terciopelo acabarán cantando con los canarios en el fondo de una oscura mina con algún que otro codicioso policía local. Hay un lugar especial destinado para los que sirven en lugares idílicos como este.

Dejé de atazarlo, me volví hacia el balcón del hotel y asentí con la cabeza levemente, y luego recorrí el sendero hasta el hotel. Para cuando llegué a los escalones de la puerta delantera llovía con fuerza. Cuando me volví para mirar el río, Song todavía seguía ahí, gesticulando cada tanto en dirección a la montaña frente a sí. Yo diría que no estaba cantando.

No habría agua caliente por un tiempo, dijo la encargada del servicio de habitaciones. Estaba en el ascensor cuando entré en él.

—¿Cómo fue el templo? —Señaló mis zapatos—. Están hechos una ruina —dijo—. No habrá manera de secarlos. Y tendrá que encontrar la manera de no pasar frío: no hay calefacción en esta época del año. —Pensé que podía haber imprimido a su voz un tono más empático—. El calentador ha vuelto a dejar de funcionar esta mañana. Pensaban que estaba arreglado, pero es lo que siempre dicen. Que si faltan piezas por aquí, que si faltan piezas por allá... Los clientes no estarán contentos. Malo para el negocio.

—Sí, bueno, yo soy un cliente. No estoy contento. ¿Tiene una toalla extra, una que no me permita ver lo que hay detrás cuando la ponga a contraluz? Ya sabe, algo que absorba el agua de verdad.

—Puedo encontrarle una, pero, mientras tanto, trate de no gotear sobre los muebles, ¿quiere? Cada vez que se mueve, gotea. Tendremos que sacar este felpudo del ascensor y secarlo. —Alguien del hotel debía de haber estado en el extranjero en algún lugar en donde ponían felpudos adornados con el día de la semana en el ascensor. En teoría, los felpudos se cambian cada día; si los clientes se despistan sobre la fecha, solo tienen que mirar a sus pies, suponiendo que sepan leer inglés.

Cuando entré en mi habitación la puerta acristalada que daba al balcón estaba abierta de par en par, permitiendo la entrada a torrentes de lluvia. Encima de la alfombra se había formado un pequeño lago. La lámpara de mesa se había caído al suelo y la pantalla estaba empapándose como una esponja. El pestillo de la puerta del balcón no podía haberse roto de nuevo: había visto cómo lo había arreglado el técnico. Cuando fui a cerrar la puerta pude ver que alguien lo había abierto. Al salir hacia el templo yo lo había dejado bien cerrado.

Entró la mujer del servicio de habitaciones con una toalla. Miró hacia la ventana y luego le echó un vistazo a toda la sala.

—¿Se va a quedar ahí empapando todo el suelo como le pedí que no hiciera?

—Es curioso cómo se ha abierto el pestillo de esta puerta por sí mismo después de que me marchara. —El suelo me importaba un comino—. En la mayoría de los hoteles los pestillos permanecen echados. Las leyes de la física no funcionan por aquí, supongo.

Dejó la toalla sobre la cama.

—A mí no me pregunte sobre las leyes de la física: yo no controlo quién entra y quién sale de las habitaciones. —Su rostro estaba sereno, como si hubiera tomado una decisión importante y se sintiera satisfecha con ella—. La guía del templo disfrutó de la charla con usted, aunque supongo que no tuvo tiempo de terminar el recorrido.

Decidí saltarme lo que habría sido un par de interrogatorios para llegar al meollo.

—¿Quién es la camarera del piso decimoquinto? —Eso me valió una mirada inexpresiva, pero ninguna respuesta, de modo que repetí la pregunta con énfasis adicional—. Este hotel no hará negocio ninguno si hago que lo cierren, y lo haré si no cooperan conmigo. Puedo autorizar un cierre por causa criminal si es necesario. —Aquello me lo estaba inventando, pero ella no tenía manera de saberlo.

—No, no puede hacer eso. Esta es una zona turística especial y no podéis tocarnos sin autorización. —Ella se acababa de inventar aquello ahí mismo, superando mi mentira. Ese «no podéis» resultaba sorprendente, pero pensé que podría serme útil. Seguridad Militar no la intimidaría más de lo que la asustaba yo, y con algo de suerte estaría más molesta con ellos.

—Permítame que se lo diga de otra manera. ¿Los clientes de la decimoquinta planta le rayan los muebles con su equipo?

—Ya lo creo que lo hacen. Equipos, cajas y cables por todos lados. Normalmente no trabajo en el decimoquinto piso, pero la mujer que lo hace normalmente dice que no aguanta tenerlos por ahí dando vueltas. Una vez abrió la puerta de su habitación por accidente y por poco la asesinan. Decía que no había visto tantas armas desde que estuvo en el ejército.

Alcé la vista hacia el techo y después le eché un vistazo al rodapié. La encargada meneó la cabeza.

—Estas habitaciones están limpias, aunque nadie se lo crea. Seguridad Militar no puede poner nada sin un permiso especial. Tenemos que saberlo nosotros, si no, podemos romper los cables por error. Lo intentaron en una ocasión y al gerente casi le da un ataque. Decía que colocaron el rodapié tan mal que el siguiente cliente, un iraní, presentó una queja. Lo único que se les permite es instalar esos micros direccionales que han puesto en el balcón. Limpiamos sus habitaciones una vez por semana.

—Habitaciones, ¿en plural?

—Sí, dos habitaciones. La decimoquinta planta tiene las mejores vistas, y el gerente ha llamado a Pyongyang más de una vez para preguntar si podía ponerlos en otra planta.

—¿Y el resto del decimoquinto piso?

—¿Qué le parece a usted? —Se llevó las manos a los labios y permaneció ahí en pie, desafiante—. Las alquilamos. Se han quejado porque desde cada balcón se puede ver el contiguo, pero les dijimos que si no les gustaba podían pagar por el piso completo. Son muchas habitaciones. Y tendrían que desactivar el botón del ascensor también. ¿Sabe usted cuántos clientes beben demasiado en el bar de la azotea, salen dando tumbos del ascensor en el piso equivocado y terminan intentando abrir a tuestas el pomo de una habitación que no es la suya? Los pasillos están oscuros por la noche, así que es imposible leer los números de las habitaciones, ni aunque la vida de uno dependa de ello. Hay que ahorrar electricidad, ¿sabe a lo que me refiero?

—Sí, claro, el negocio. Bueno, gracias por la toalla. Si vuelve el agua caliente quizá podría hacer que alguien me avisara. —Por la manera en que frunció el ceño supe que no debía esperar agua caliente en una temporada.

No se oyó un ruido cuando cerró la puerta tras de sí. Se me ocurrió que, si era capaz de cerrar la puerta con tanto sigilo, seguramente también podría abrirlas de la misma manera. No como el Koryo, en donde las puertas siempre hacían un clic. Recogí la lámpara del suelo y la coloqué de nuevo sobre el escritorio, luego la desenchufé de la pared. Probablemente debía haberlo hecho al revés. Las probabilidades de electrocutarme eran pequeñas, pero lo cierto era que en los últimos tiempos las cosas no estaban funcionando a mi favor. Me senté sobre la cama y repasé lo que había descubierto. Song era listo y estaba asustado: no me fiaba lo más mínimo de él, pero lo suficiente de lo que me había dicho encajaba con lo que había descrito el viejo campesino sobre los coches en la carretera. Kim había tomado el control de una operación de contrabando de coches. Había sido regular: dos veces al mes. Entonces sucedió algo que dio al traste con la rutina. Había más coches de los que tenía que haber y aparecían cuando se suponía que no debían hacerlo. Al menos uno de los conductores no era de Seguridad Militar. Nadie que trabajara para Seguridad Militar podría ser descrito como esmirriado. Fibroso, quizá. Feo, corpulento, con aspecto de secuaz; pero no esmirriado. Todos se alimentaban bien y hacían mucho ejercicio. Aquello comenzaba a apuntar en una dirección. Kang. El coche que se suponía que había de fotografiar, la razón por la que el coronel Kim había preparado todo para que me sentara en aquella ladera al amanecer: Kang. La razón por la que había ido a Manpo: Kang.

Me tumbé. Unos minutos más tarde, mientras el sueño me vencía, oía el sonido del río tronando sobre las rocas, erosionando las orillas, deseando estar en la libertad del lejano mar, al oeste.

Pak entró en mi despacho y se sentó en la única silla que no estaba cubierta de montones de papeles.

—Le he conseguido un armario archivador, ¿por qué no lo usa? —Esta era siempre su frase de presentación, y ya no esperaba respuesta alguna. Sabía que el primer cajón contenía mi jarrón, el de las grullas volando, y el segundo mi colección de lijas. En el tercer cajón estaban las piezas de una sencilla estantería que todavía tenía esperanzas de construir.

—Nos acercamos a un callejón sin salida en este caso. El hospital dice que no puede justificar la refrigeración y que tendrá que deshacerse del cuerpo. El ministerio dice que ha llegado el momento de archivar esto en el cajón de los casos sin resolver y dejarlo estar. —Pak le echó una mirada al armario archivador—. ¿Dónde pone los asuntos sin resolver, en el cajón con sus planes de hacer una estantería? —Apoyó los pies en mi escritorio y después los bajó nuevamente—. Disculpe, soy un maleducado. Solo trataba de pensar.

Cuando entró, yo había estado haciendo otro esbozo de una librería en la parte trasera de otro memorándum del ministerio. Ambos sabíamos que nunca habría tiempo ni materiales suficientes para construir nada. Aparté el esbozo a un lado y encontré mi libreta.

—Los dos sabemos que el ministro quiere que resolvamos este caso —dije—. El hecho de que el viceministro no crea que seamos capaces de hacerlo lo hace el doble de importante para el anciano. —Pak emitió un sonido evasivo—. Y ambos sabemos quién ha ordenado al ministerio que cierre el caso. Mi hermano. Mi antiguo hermano.

La mirada de Pak se perdió en el espacio. No pestañeaba y por un instante, pensé que había dejado de respirar.

—No hay demasiado que podamos hacer, inspector —dijo finalmente—. Estamos perdiendo nuestro tiempo dándole vueltas a un montón de datos que no encajan y no puedo justificar mantenerlo a usted en esto durante mucho más tiempo.

No tuve que responder, porque mi teléfono sonó. Era el agente de seguridad local a cargo del distrito rural al sur de Pyongyang, Li. Uno de los campesinos había encontrado algo, decía, y quería que yo le echara un vistazo antes de redactar un informe oficial. Se lo agradecí, le dije que enseguida estaría allí, y colgué.

Pak solo había oído mi mitad de la conversación, pero no hizo ninguna pregunta.

—Use mi coche otra vez —dijo—. Pero esté de vuelta para el mediodía. Kang y yo vamos a comer juntos. Fideos. Paga él. Ya era hora.

Li estaba esperando en el arcén de la carretera, no muy lejos del lugar en donde yo había estado apostado con la cámara. Me hizo un gesto y señaló hacia una pequeña bifurcación. Era solo un camino de tierra que llevaba hasta las montañas a través de los maizales, pero bastaba para esconder un coche de la carretera.

—Entra marcha atrás —dijo—. Puede que quieras volver a la carretera y a la ciudad a toda velocidad. —Miró hacia el interior del coche y chasqueó la lengua—. ¿Vienes armado? Probablemente no. Tenemos algunas armas automáticas viejas en el edificio de seguridad, pero el comandante local tiene las llaves del armero. Nos llevamos bastante bien. —Li se detuvo, meditando lo que acababa de decir—. Supongo que no lo suficiente, sin embargo. Todavía no.

—¿Por qué voy a necesitar ir armado? ¿De qué va todo esto?

—Saca el coche de la carretera primero. —Había un deje de urgencia en su voz que me pilló por sorpresa. No era típico de Li. Incluso cuando estábamos juntos en el ejército, nunca mostraba ninguna emoción. Mayor que el resto de nosotros, nunca cantaba ni bailaba ni bebía. A veces se sentaba en soledad, escrutando el horizonte. Cuando salíamos de patrulla, era serio y no nos permitía bromear sobre nada. Si alguna vez lo oí reírse, no lo recuerdo, pero no creo haberlo oído quejarse nunca tampoco. Tras dejar el ejército, perdimos el contacto, pero un día mirando informes de agentes de seguridad locales reconocí su nombre y desde entonces nos veíamos de vez en cuando. Siempre que venía a Pyongyang, lo que no sucedía a menudo, solía pasarse por comisaría.

Li vigilaba la carretera mientras yo entraba marcha atrás en el campo. Luego me llevó por un estrecho camino colina arriba, hasta que estuvimos por encima de donde había estado sentado la mañana que había visto el coche negro avanzar a toda velocidad.

—¿Quieres decirme por qué necesito ir armado o por qué has mencionado vuestro armero?

Li no respondió. Si hubiera mirado el horizonte, como solía hacerlo en el ejército, me habría figurado que estaba absorto en sus propios pensamientos. Solía suceder eso: uno de nosotros le decía algo y él no contestaba, de modo que después de un rato simplemente nos marchábamos y lo dejábamos solo. Ahora, sin embargo, tenía la vista clavada en el suelo. Meneó la cabeza, pero supe que no era una respuesta a mis preguntas. Estaba teniendo una conversación consigo mismo. Había llamado y me había pedido que fuera allí, y ahora no estaba seguro de qué decir. Suspiró, y eso me preocupó más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho o hecho en aquel momento.

—Tienes que saber esto, si no, no te lo diría. —Alzó la mirada, pero entonces



ladeó la cabeza levemente, de manera que sus ojos nunca se encontraron con los míos—. Todo el tiempo que pasaste vigilando, te estuvieron vigilando también. —Li señaló unos restos de comida, un par de colillas y un montoncito de piedras—. Eso es una base para una antena de campo, que posibilita una pequeña retransmisión vía satélite. Alguien estuvo aquí vigilándote y enviándole la información a alguien más. Debe de haber sido a bastante distancia, de lo contrario, podría haber usado un transmisor normal.

Recordé la roca que cayó de la colina, y el pájaro.

—¿Cómo sabes que había alguien aquí arriba cuando yo estaba ahí abajo? —Ya sabía que Li estaba involucrado: así era como conseguía el dinero para pagar el silencio de los campesinos, pero no podía creerme que trabajara para Seguridad Militar.

—Tengo demasiado territorio que cubrir, incluso con el par de aprendices que me largaron el año pasado cuando comenzó a aumentar el tráfico de la carretera. Decidí hacer patrullas regulares, pero a horas irregulares. Lo recordé de un viejo libro de tácticas de guerrilla. Registramos las horas y la ruta particular, así que, en teoría, lo cubrimos todo una vez por semana. Lo importante es que no hay un patrón regular, lo que supone que en ocasiones hacemos el mismo recorrido dos días seguidos. Lo que perdemos de territorio, lo ganamos en suerte. Aquel día tuvimos suerte. Hicimos dos veces la ruta que pasa junto a esta loma.

Apoyé mi bota sobre las rocas y las hundí en el barro.

—Pensaba que éramos amigos, Li. Nos conocemos hace mucho tiempo. Tal vez la amistad ya no significa nada. —Abajo, un convoy de camiones destartalados cargados de gente se dirigía a la siguiente sección de campos por cosechar. Torcieron por una carretera y en un instante quedaban fuera de nuestra vista—. ¿De verdad crees que soy tonto? Por aquí no haces rutas regulares, e incluso si las hicieras nunca encontrarías nada entre este maíz. Dos rutas más allá ya estarías a mil kilómetros de distancia, así que ¿de qué va todo esto? —Hice una seña hacia la colina algo más alta que quedaba detrás de donde estábamos—. Vamos.

Cuando llegamos a la cima de la colina, Li se sentó a la manera de los campesinos y encendió un cigarrillo. Le dio varias caladas, luego pellizcó el extremo encendido y se colocó lo que quedaba detrás de la oreja.

—Tienes razón: alguien me dijo que estuviera aquí. Desde aquí observábamos al hombre que te observaba. No era nadie de este lado de la zona desmilitarizada: demasiada tecnología. Se supone que no puedo decir nada, pero lo he pensado mucho. Tal vez no me creas, pero es verdad.

—Ni siquiera sabía dónde iba a colocarme aquella mañana. ¿Cómo podía saber nadie dónde estaría?

—Nosotros no lo sabíamos, ni el otro hombre por lo que yo sé. Quizá solo supusieron que no irías demasiado lejos de la carretera. Esta colina y la siguiente son los mejores puestos de vigilancia en un par de kilómetros. Todas las otras son

demasiado bajas o demasiado descubiertas, y no hay demasiados lugares donde se pueda esconder un coche.

—¿Ellos? ¿Ellos lo supusieron? ¿De quién estamos hablando, Li?

Li le echó un vistazo a su reloj.

—No me preguntes nada más. Solo tardará unos minutos. Así que no separes los ojos de la carretera.

—¿Qué tengo que buscar? —Sabía la respuesta.

—Un coche.

—¿Y si te digo que estoy cansado de vigilar carreteras?

Li se puso en pie y avanzó por el camino que descendía de la colina.

—Aquel niño, inspector. Era el hijo de mi hermana. —Se detuvo y levantó la mirada hacia mí—. Yo sé lo que pasó. Creo que usted también.

El sonido de dos coches saliendo del túnel y moviéndose a toda velocidad hizo que ambos nos giráramos hacia la carretera. El coche que iba por delante estaba a una distancia de medio kilómetro de nosotros y avanzaba en nuestra dirección como una flecha. Era de un azul intenso, más pequeño que el que había visto aquella mañana, pero igual de limpio. El segundo coche era mayor, negro e iba justo por detrás, tan cerca que parecía ir pegado al primero. Nunca había visto a dos coches yendo a aquella velocidad tan juntos. El conductor del coche negro debió de levantar la bota del acelerador. El coche azul lo adelantó de repente y, cuando se ponía a nuestra altura, se sintió una explosión sorda y la carretera saltó por los aires. El coche perdió el control y acabó en el campo al otro lado del camino. El segundo coche frenó bruscamente y se detuvo justo antes de llegar al cráter producido por la explosión. Se abrió la puerta del copiloto: salió un hombre que corrió hacia el lado del conductor del coche azul. Miró por la ventanilla, se sacó una pequeña pistola automática de debajo de la chaqueta y disparó una vez hacia el interior del automóvil. Miró otra vez y disparó de nuevo. Cuando corría de vuelta al coche negro se detuvo y miró hacia la colina. Llevaba el pelo rapado. No podía verle los ojos, pero sabía que eran como cuchillos.

El coche negro continuó por el arcén de tierra varios metros, aplastando las flores silvestres. Cuando se incorporó de nuevo a la carretera, el conductor aceleró tan rápidamente que se bamboleó de lado a lado de la carretera antes de recuperar el control y avanzar nuevamente hacia el norte. Justo cuando el coche desaparecía tras un pequeño desnivel, oí el claxon sonar. Li estaba temblando: no podría decir si lo hacía de miedo o de rabia.

—Él quería que viera eso, inspector. Y quería que yo lo viera también. Es un aviso: si nos interponemos en su camino, somos hombres muertos, seguro.

—¿Tiene hambre, inspector?

—Era su antena vía satélite, tiene que haberlo sido. Su gente estaba vigilando aquella autopista. O alguien que trabajaba para ustedes. Aquel rastreador de radio en el coche negro la primera vez, ¿era suyo, también?

—Ya se lo he dicho: yo solo tomo notas. ¿Le importa si me hago un bocadillo? — Entró en la cocina y encendió la luz—. Podría hacerle una taza de té: té irlandés, si no le importa.

—Ya he tomado café. —Le oí gruñir decepcionado—. De acuerdo, probaré el té.

—Pensé que le gustaba el té.

—He perdido el gusto por él, supongo.

—¿Nata?

—¿Nata? ¿Está usted loco? ¿Qué tal algo de güisqui? Pensé que lo tomaban así. —Lo seguí a la cocina.

—Algunos. Yo no. Nata y azúcar. —Se volvió para observarme un momento, solo lo necesario para asegurarse de que me había quedado a la puerta de la cocina—. Es solo una costumbre, beber el té así, pero me recuerda a mi hogar. ¿Alguna vez se siente solo en la carretera, inspector?

—Ya le gustaría saberlo. Si fuera así, haría falta una buena cantidad de soledad para hacerme beber té con nata y azúcar. —Cogí la taza que me pasaba y observé su borde.

—No tiene grullas, lo siento.

—Dígame, Richie, ¿por qué estaban los suyos vigilando la autopista? ¿Fue entonces cuando me echaron el ojo? ¿Esperaban que Kang estuviera ahí?

El irlandés limpió la encimera, fregó su taza y pasó un trapo primero por los grifos y después por los tiradores del armario.

—Tres preguntas para las que ya se ha dado cuenta de que no obtendrá respuestas. Pero usted sabe qué hacía Kang en el despacho de Pak, ¿no es así? Quería descubrir cuánto sabía Kim. Y si Kang estaba operando como es de esperar, también quería echarle un buen vistazo a usted. Había hecho comprobaciones, eso se lo dijo. Pero Kang no se fía de los papeles o de los informes de terceros. Quería verlo por sí mismo.

Le hice un saludo fingido.

—Estoy impresionado. Es usted concienzudo, una cualidad que se suele pasar por alto. Entiendo que ha estado un tiempo vigilando a Kang.

—No lo suficiente. No sabíamos lo de Kim, pero sabíamos que Kang estaba preocupado. Andaba de un lado para otro moviendo a su gente y recolectando su dinero, cerrando redes. No entendíamos qué sucedía, hasta que nos enteramos de este

asunto de Japón. Alguien me dijo que Kang estaba asustado. No me encajaba.

—Kang no era de los que sentían pánico. Le faltaba ese gen. En Manpo me dijo que el trato con Japón estaba a punto de causar problemas internos. ¿Sabe a qué se refería? ¿Ya se había figurado qué era lo que hacía en la frontera?

—Digamos solo que sabíamos que hay mucha gente a la que un acuerdo entre su país y Japón después de todos estos años le parece inconveniente.

—Esos no deberían preocuparse.

—¿Y eso?

—Richie, comparado con las relaciones entre mi país y Japón, los irlandeses tienen un romance con Inglaterra. Surcoreanos, chinos, indonesios... a nadie le gustan los japoneses y a nadie le gustarán nunca. Por qué, no lo sé. Pak y yo hablábamos de eso a veces. Pak decía que era irracional.

—¿Qué le pasó a Pak? Decía que había muerto. ¿Cómo?

—Pregúntele a Kim.

—En serio. —Su teléfono sonó, respondió rápidamente—. Eso creo. —Colgó—. ¿Quiere continuar? —Miró su libreta y luego frunció el ceño hacia la grabadora. Había estado funcionando todo el tiempo—. Acababa usted de ver un par de coches.

—Seguridad Militar minó la autopista. —Había subido las escaleras corriendo y estaba sin aliento, de pie a la entrada del despacho de Pak—. Han hecho saltar un coche por los aires y Kim ha disparado al conductor a sangre fría. Debe de haberle dicho a Li que me lleve ahí para verlo. El tipo es un jodido sádico. —Pak me observaba con curiosidad desde detrás de su escritorio. Nunca subía corriendo las escaleras—. Esto es asunto de Kang, no nuestro. Acuérdesse: le dije que este no era mi trabajo, se lo dije cuando comenzó todo. Tiene algo que ver con aquel coche negro que se suponía que tenía que fotografiar. Esta vez era azul. Llame a Kang.

—Vayamos a su despacho, inspector. —Miró a través de la ventana hacia el edificio de Operaciones—. Las vistas son mejores.

Cuando entramos en mi despacho Pak señaló mi escritorio.

—Inspector, siéntese, cállese y escúchese a sí mismo. ¿Llamar a Kang? ¿Quiere que use el teléfono en mitad de todo esto? —Cogió mi teléfono y arrancó el cable de la pared. Si los teléfonos estaban pinchados transmitirían incluso cuando estaban colgados. Los desenchufábamos en las escasas ocasiones en que no queríamos arriesgarnos a ser controlados: arrancar el cable de la pared no era el método preferido, pero cumplía la misma función—. Eso está mucho mejor.

—¿Qué tiene su oficina de malo?

—Creo que alguien nos está observando, y tal vez escuchando, desde el edificio de Operaciones. Me percaté hace solo un día más o menos. Las cortinas se movían de manera extraña.

—También me han estado vigilando a mí.

—Kang y yo vamos a comer juntos hoy, ¿recuerda? Puede venir. Diviértase en el restaurante. Muchas risas. Después podemos ir a visitar los monumentos junto al río para hablar. Un par de mandos borrachos que van a echar una cabezada al césped. No pueden acercarse demasiado, a menos que hayan decidido que ha llegado el momento de echarnos la red.

—No es momento para un picnic. Algo está a punto de suceder, y por lo que parece va a suceder hoy. Ya sabe lo que es, ¿verdad? Lo sabía incluso antes de enviarme a Manpo.

—No sé lo que no sé, inspector. —Pak miraba fijamente al exterior por mi ventana—. ¿Cree que Li entiende de verdad lo que está sucediendo? —No sonaba como si estuviera interesado en la respuesta; todavía no apartaba su atención de la calle.

—Debe de haberlo entendido. Se miraba el reloj, sabía cuál era la hora prevista. Creo que hace mucho tiempo que sabía que estaba sucediendo algo. Tenían que involucrar al agente de seguridad local, al menos lo suficiente para asegurarse de que

tendrían el camino despejado cada vez que uno de aquellos coches subiera por la carretera. Pero algo pasó el mes pasado. Demasiados coches cuando no correspondía. Li es silencioso, pero inteligente. Debe de habérselo figurado. Quizá le dijo algo a Kim. Tal vez le dijo a Kim que se buscara otra carretera, que era demasiado peligroso para los campesinos. Para acallarlos, mataron al hijo de su hermana.

Pak se giró.

—¿El chico al que degollaron? —Cerró los ojos y apoyó la mano en la pared para mantenerse erguido—. Suficiente —dijo con suavidad, y después se volvió hacia la ventana—. Suficiente.

—No creo que Li supiera exactamente qué iba a suceder cuando me dijo que acudiera allá. Parecía nervioso, no parecía él, pero eso podría deberse a que planeaba decirme algo que le hubieran dicho que mantuviera en secreto. Y sabía lo que le pasa a uno cuando se interpone en el camino de Seguridad Militar. Pero se extralimitaron si pensaban que lo mantendrían en silencio con matar al muchacho. —Esperé a que Pak dijera algo, pero no lo hizo—. ¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Estoy bien, inspector. Siga hablando.

—Tras ver lo que hizo Kim, cuando se detuvo y miró hacia la colina, me dijo que nos estaba advirtiendo de que no nos interpusiéramos en su camino o seríamos hombres muertos.

Pak continuaba mirando fijamente por la ventana.

—No dijo: «Soy hombre muerto». Dijo «Nosotros». ¿Por qué incluirlo a usted? ¿Por qué piensa Kim que se está usted interponiendo en su camino?

Me encogí de hombros.

—¿Acaso importa?

—De acuerdo. —Pak se convenció de que no estaba sucediendo nada en el exterior—. Ya estamos seguros. —Reculó lentamente desde la ventana y se apoyó sobre mi escritorio—. Tiene razón. Es posible que no dispongamos de demasiado tiempo antes de tenerlos aquí. Tenemos que reunir lo que sabemos y ver qué podemos deducir de ello. No es necesario que encaje, solo lo suficiente para despistarlos unas horas más. Si piensan que hemos presentado un informe que los implica, se retirarán a su guarida mientras deciden cuál será su próximo movimiento. Eso me dará el tiempo suficiente para llamar al ministro.

—¿Y por qué no llamar al ministro ahora mismo?

—¿Y decirle qué? ¿Qué estamos asustados? Necesito algo concreto para emitir una orden que ponga al ministerio por delante de Seguridad Militar.

—¿Quiere empezar con el coche negro que no pude fotografiar?

—No, me quedaré con su explicación de los coches. ¿Qué lugar ocupa el cadáver del Koryo en todo esto?

—Hasta el momento, la única conexión es Hyangsan.

—¿Y eso que significa? Y no quiero oír hablar de piñas pequeñas tampoco.

—Hice su juego de los continentes con la guía del templo de Hyangsan. Decía

que todos los continentes habían pasado por ahí. Llegamos a una reconstrucción bastante buena del registro del hotel. Tres americanos y un grupo de chinos en viaje organizado en la tercera planta; cuatro personas (técnicos de algún tipo) de Brasil en la sexta; un par de empresarios australianos y una compañía cultural africana en la séptima. Tuvieron algunos desórdenes en el bar de la azotea por una de las camareras. A la mañana siguiente se reconciliaron y fueron todos a visitar el templo.

—¿Ningún europeo?

—Solo uno. Un hombre. En el ordenador quedaba parte del registro. Las copias de papel con las firmas y las anotaciones de los pasaportes habían desaparecido, pero encontré una nota nocturna de la encargada de planta. Octavo piso. El hombre tenía la habitación al fondo del pasillo, volvió una noche muy tarde con un par de personas. Muy borracho, apenas conseguía caminar. Le enseñé una foto del cadáver a la guía del templo. Lo reconoció.

Pak dio un golpe sobre mi escritorio.

—Tiene que haber más registros. Alguien hizo una reserva para él en el hotel, se registraría en la recepción de algún otro lugar, o firmaría su salida de otro lugar, tomaría un avión o un tren para llegar hasta allá, cruzaría la frontera. ¿Por qué no hay ni rastro de este personaje?

Saqué mis notas de Hyangsan.

—El agente local de allá, cuál era su nombre, el de la voz de oro.

—Song.

—Song me dijo que solían subir chicas cuando estaba ahí un sobrino de alguien del Politburó. Sus palabras exactas fueron: «Muy discreto, una en cada coche».

—¿Prostitución? ¿Por qué iba a intentar nadie hacer volar un coche por los aires en la principal autopista por eso?

—No son las chicas. —Levanté la vista para observar la moldura que recorría el borde del techo y me pregunté si a aquel ritmo llegaría alguna vez a restaurarla—. No son las chicas; son los coches. Están haciendo contrabando de coches, los llevan desde algún lugar del sur hasta Hyangsan, después a Manpo y de ahí a China. Los venden con beneficios, con enormes beneficios porque sortean los impuestos de importación de China. Puede que un coche no valga tanto, pero si lo hace varias veces al mes, a lo largo de un año o dos, llegaría a hacerse de un buen fajo de billetes.

Tomé un trozo de madera del cajón superior de mi escritorio. Lo empecé a suavizar entre los dedos: era roble. Bueno, agradable, fuerte, uno se podía fiar del roble. Pak meneó la cabeza.

—Si estuviéramos en el Sáhara no valdría usted nada, nada absolutamente. No es capaz de mantener la insignia en su solapa para salvar su pellejo, pero siempre encuentra un trozo de madera cerca. —Suspiró—. Continúe. Son los coches, no las chicas.

—Son los coches, pero no solamente los coches. Song me dijo que Seguridad Militar estaba implicada en esta operación de contrabando. No le creí al principio.

Ahora sí. ¿Recuerda cuando Kang y yo nos encontramos para tomar una cerveza en el Koryo? Quería hacerme pensar que Seguridad Militar intentaba tenderle una trampa la mañana que no conseguí hacerle una foto al coche negro. Solo que no creo que fuera así. Creo que Kang tiene su propia operación de contrabando en funcionamiento. Kim y él están llevando coches a China, pero por motivos diferentes, y están tropezando el uno con el otro.

—A Kim no le haría ninguna gracia que nadie redujera sus beneficios, especialmente el Departamento de Investigaciones. Pero esto no puede tratarse solo de un asunto de dinero.

—Kim debe de haber amasado una fortuna ya si empezó esto hace algunos años. Y a juzgar por toda la basura política que nos hacen tragar en las sesiones de estudio de los sábados hay una cosa en la que tienen razón: tener dinero lo vuelve a uno ávido de conseguir más. No tiene sentido hacer que lo maten a uno por dinero, sin embargo. Podían simplemente dividirse la operación, ponerse de acuerdo para actuar en semanas alternas o algo así.

—Imposible. Kim detesta las agallas de Kang. Y si Kang está en el negocio de los coches como ha dicho usted, no es por el dinero: no para sí mismo, en cualquier caso.

—Song también me dijo que hay dinero de los servicios de inteligencia surcoreanos engrasando todo el mecanismo.

—Quizá, pero si es así solo Kim está beneficiándose. Kang no haría eso. Se lo aseguro, sé que no lo haría.

—De acuerdo, dígame que Kang no quería que estuviera en la frontera para salvaguardar una operación de contrabando de coches. —El rostro de Pak no revelaba nada, había cerrado los ojos—. Tal vez el finlandés fuera un intermediario. —Estaba pensando en voz alta—. Debía de estar a sueldo de Kang. Por eso no hay ningún rastro de él. Tal vez Seguridad Militar lo descubrió y lo mató. ¿Cree que estoy loco? Hay una relación. Kang tiene algún asunto en Finlandia. Él mismo me lo dijo. Si quiere mi opinión, creo que intenta utilizarnos. Trata de colocarnos entre Seguridad Militar y él, darles carne fresca para que se entretengan mientras él gana terreno. Usted se fía de él, perfecto. Yo no. No lo conozco y no me fío de él. No lo olvide, yo estaba en aquella colina junto a Li después de que el coche explotara. Era yo quien estaba ahí cuando Kim miró hacia el monte para asegurarse de que yo lo había visto todo.

—Kang tiene operaciones por todos lados, es su trabajo. No se preocupe por los motivos de Kang. Él no es un problema. —Pak abrió los ojos—. Me apostaría la vida. —Se giró hasta darle la espalda a la ventana—. Hay un coche fuera. Dos, en realidad. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento?

Caminé hasta mi armario archivador, saqué un taco de madera de pino y se lo lancé a Pak.

—Comience a lijar.



Pak no prestaba demasiada atención a lo que estaba haciendo. Aunque sus manos frotaban la lija contra la madera, toda su energía estaba en escuchar el sonido de dos personas, quizá tres, subiendo por las escaleras. Después de un rato dejó la madera en la mesa.

—Cómprese una estantería. Se ahorrará una buena cantidad de tiempo. —Abajo se oyó un portazo en uno de los coches; el sonido reverberó en el patio. Su rostro había empalidecido un poco—. En un minuto o así llamarán a la puerta —dijo—. Siempre llaman. Tan educados de repente, como cuando se baja el tono en un interrogatorio: Somos unos caballeros, ¿verdad?, salgamos en silencio, sin montar jaleo, bajemos las escaleras, entremos al coche, ¿quiere una venda, un vaso de agua, cualquier cosa?

Negué con la cabeza: no era típico de Pak estar tan nervioso.

—Solo se ha oído un portazo. No sube nadie. Quizá el tipo haya tenido un calambre en una pierna, sentado ahí todo el tiempo. ¿Alguna vez le ha dado un calambre mientras vigilaba? —Comencé a lijar de nuevo—. Relájese o alborotará a la madera.

Los golpes en la puerta fueron como el crujir de un rifle. El sonido retumbó por el pasillo, luego no pude oír nada más que la respiración de Pak. Se puso en pie despacio y asintió con la cabeza en mi dirección mientras caminaba hacia la entrada. Por un momento pensé que volvía a su oficina para pegarse un tiro. Entonces oí la puerta abrirse.

—Vamos a tomar unos fideos, ¿no? —La voz de Kang estallaba en la habitación, la luz del sol después de la tormenta. Posé en la mesa la madera con cuidado, doblé luego el pequeño trozo de papel de lija, pensando que si hacía algo con las manos, dejarían de temblar, y busqué a tientas el trozo de roble encima del escritorio otra vez, pero se me resbaló de entre los dedos.

Kang asomó la cabeza a mi despacho.

—Perdón por llegar tarde: hay un atasco delante de su edificio. —Oí arrancar el motor de un coche, después otro. Cuando miré por la ventana, vi dos coches negros avanzando lentamente por la calle en dirección al río. Kang se quedó en pie, con los brazos cruzados, observándome—. Bonito día. Las colinas de la costa este están preciosas en esta época del año. —Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el suelo, cerca de mi silla—. Se le ha caído algo.

—Yo me quedo aquí, no salgo de la ciudad. No me dan miedo. —Bajé la vista para asegurarme de que mis manos estaban firmes—. Vamos a comer. Pak cree que después deberíamos ir a la zona monumental y atontarnos a base de alcohol.

Pak se había puesto una chaqueta ligera. Yo sabía que era para cubrir su pistolera.

Si lo sorprendían con un arma encima tendrían una excusa para dispararle, pero antes acabaría con uno de ellos, porque nunca se esperarían algo así de él. Pak no siempre les seguía el juego, pero nadie cuestionaba su lealtad.

Kang se llevó la mano a la pretina y se sacó una pistola. La deslizó por encima del escritorio.

—Puede que quiera esto. Solo necesita un tiro.

Me la quedé mirando un momento y después me la metí en el bolsillo trasero.

—Recuérdeme que la llevo, o la sacaré en lugar de la cartera para pagar la comida.

El restaurante de fideos estaba medio lleno, pero todavía era temprano. La mayoría de los clientes no aparecería hasta una hora más tarde, y pasarían el resto de la tarde charlando y disfrutando de las vistas, observando el barco lleno de turistas que hacía el recorrido río arriba y río abajo cuando el tiempo era bueno. Los tres comimos en silencio. La camarera trató de animarnos a base de parloteo, pero Kang le dedicó una mirada hostil que logró que se marchara silenciosa. Más tarde salimos al balcón que daba al río y desde donde se veía la torre del otro lado.

—Siempre he querido coger ese barco —dijo Pak—. Quizá escriba una lista de cosas que quería hacer.

Kang chasqueó la lengua.

—Demasiado pronto para ponerse taciturno. Nadie va a dar ningún paso todavía.

Tal vez fuera por su tono de voz, pero sentí un ataque de rabia repentino.

—Está usted muy tranquilo en todo esto. Ha estado jodidamente tranquilo todo el tiempo, incluso en Manpo tras matar a Chong.

Pak movió la mano derecha levemente. Pensé que quizá fuera a tomar su arma.

—¿Chong? ¿El tipo por el que me preguntaron?

La expresión de Kang no cambió.

—¿El inspector no le contó nuestra aventura? —Se rio—. ¿Le contó lo de su novia finlandesa?

La mano de Pak se quedó inmóvil.

—Deben de estar lloviendo finlandeses. Nos estamos ahogando en un mar de ellos. Ahora que lo pienso, nunca me llegó ningún informe, inspector.

—No ha habido tiempo. —Kang saludó con la cabeza a tres hombres que acababan de entrar en el restaurante. Uno de ellos era el coronel Kim. Iba vestido de civil; los otros dos llevaban sendos uniformes de Seguridad Militar, ajustados y con aquellos magníficos botones. Kim nos miró a través de la ventana: nuestros ojos se cruzaron y me mantuvo la mirada, luego la apartó y acompañó al gerente del restaurante a una sala privada a uno de los lados. El gerente, un hombre alto de cara triste, sudaba profusamente. No parecía alegrarse de ver a Kim.

Kang ya había comenzado a descender los escalones en dirección al aparcamiento de dos en dos.

—Nos vemos donde los monumentos. —Nos dedicó una de sus sonrisas, la de los

dientes—. Hoy la vista será espléndida.

Pak arrancó el coche y después apagó el motor.

—¿Qué está sucediendo? ¿Por qué no me contó lo de Chong?

—¿Chong? ¿El de la sangre árabe? Empecé a hacerlo, pero me dijo que no quería saberlo.

Me lanzó una mirada ácida.

—No necesitaba saber si se conocían. Eso es diferente de saber que uno de mis inspectores estaba presente cuando Kang disparó a un agente de Seguridad Militar. ¿Informó al menos a alguien?

—¡Ja! No le disparó. Fue una pedrada. —Pak clavó la mirada en el parabrisas—. Kang me dijo que no informara a nadie. Tenía algún tipo de operación en marcha en unas instalaciones de las montañas, justo debajo de donde sucedió, y no quería actividad.

—¿Qué instalaciones?

—No lo sé. Decía que pertenecían a Seguridad Militar y quería que entrase, pero entonces apareció el finlandés y tuve que volver aquí.

—¿Le pareció que Kang se pusiera nervioso cuando lo hice volver a usted?

—¿Kang? Debe de estar de broma. Incluso cuando aquellos tres tipos estaban friéndose en el todoterreno...

—¿Qué todoterreno?

Hice una pausa.

—Deje que le cuente la historia completa mientras conduce. —Cuando terminé Pak se detuvo en un callejón lateral en donde se había instalado un vendedor de helados a la sombra de tres moreras enormes. Unos pocos clientes nos miraron cuando el coche se detuvo junto a la curva, pero en una tarde de sol tomar un helado es mucho más interesante que observar un coche aparcado. Después de un minuto nadie parecía estar prestándonos demasiada atención.

—Vuelva a la oficina. —Pak se pasó la mano por el pelo—. Coja el autobús, si es que hoy lo hay; nadie lo buscará en un autobús municipal. He visto la manera en que Kim lo miró en el restaurante. Puede que ahora no nos estén siguiendo, pero no les llevará demasiado tiempo localizar nuestros coches.

—Es a esto a lo que se refería, ¿verdad? Con que se abrirían las compuertas del infierno... Ahora van a por Kang, y cree que nosotros estamos en la lista también. ¿Ha estado trabajando para Kang? Seguridad Militar no tiene ninguna razón para ir detrás de usted. No estaba ahí cuando mataron a Chong. —Pak no dijo nada—. ¿Hace mucho tiempo? ¿Kang y usted?

—Lo que no sabe, inspector, no puede hacerle daño.

—No me preocupa lo que no sé. Me preocupa usted. ¿Por qué no vuelve a comisaría? O mejor todavía, vaya al ministerio. El ministro no permitirá la entrada a los de Seguridad Militar. Yo puedo ir a los monumentos a pie desde aquí. No habrá ningún problema ahí. Creo que todavía están esperando algo. Esa mirada de Kim no

era la de una víbora antes de morder. Era más una invitación a jugar un poco más. Adelante, ratón, trata de escaparte. En cualquier caso, tengo que tratar algún asunto con Kang.

Pak se estiró y me abrió la puerta.

—No. Ha perdido la votación, camarada. El Comité Popular del ministerio, unidad 826, acaba de emitir su voto y le recomienda que vuelva a comisaría. Punto.

—Tendrá que decirme antes o después de qué trata todo esto. No puede dejarme en suspenso; Kang dice que se conocen desde hace mucho tiempo. —Salí y cerré de un portazo.

Pak arrancó el motor.

—Vuelva a comisaría, arregle las cosas. Vaya a mi escritorio. Lo usó el ejército japonés, probablemente los de seguridad. No es la típica basura que solemos tener. En el segundo cajón hay un doble fondo. En él hay un sobre. Úselo cuando lo necesite. Sabrá qué hacer con ello cuando llegue el momento. Si alguien desmontara el escritorio lo encontraría; de no ser así podría estar ahí durante años, y entonces sería demasiado tarde. En mi armario archivador están los papeles para su traslado, una tarjeta de residencia y un certificado de alimentación temporal.

—¿Para dónde?

—No para Kanggye. —Sonrió. Luego la sonrisa desapareció—. No asome la cabeza. Lije sus maderas, si es lo que necesita para mantener la cordura. La unidad a la que irá no le hará preguntas. No las formule usted. Y póngase el maldito pin, ¿quiere?

Comencé a decir algo, pero el coche se puso en marcha a toda velocidad. La gente sentada al otro lado de la calle se concentró en su helado y fingió no haber oído nada.

El teléfono de Pak estaba sonando cuando llegué una hora después. Cuando lo cogí, no se oyó nada. Mi oficina había sido registrada. Habían desdoblado la lija que había dejado sobre el escritorio, para volver a plegarla después de mala manera. ¿Por qué se habían ido los coches justo después de la llegada de Kang? ¿Cómo es que llegaron al mismo restaurante justo cuando nos marchábamos nosotros?

Lo único de lo que estaba seguro era de que Pak estaba gritándole a Kang en aquel mismo instante, exigiéndole explicaciones de por qué el Departamento de Investigaciones había puesto en peligro a uno de sus inspectores sin informarle, y advirtiéndolo de que iba a cortar las relaciones con él definitivamente.

El teléfono de Pak sonó de nuevo. Lo dejé sonar varias veces antes de descolgar. Era el viceministro.

—Inspector, su teléfono parece estar desconectado. —Su voz era peligrosamente normal, como el tapón de una botella de veneno—. Venga al ministerio, ahora. El ministro quiere verlo. Ha habido un accidente. —Colgó antes de que pudiera preguntarle a qué se refería.

El ministerio estaba a cinco minutos en coche; en bicicleta me llevaría más tiempo. La bicicleta estaba apoyada en un árbol, donde la había dejado. La rueda de atrás parecía haber perdido más aire, pero no había demasiado que pudiera hacer al respecto. En el primer cruce, la guardia de tráfico me pitó para que me detuviera y usara el paso subterráneo. Le hice caso omiso. Podía soplar por su silbato hasta que se le pusiera la cara roja: sabía que no tenía una radio, y para el momento en que apareciera un coche patrulla para preguntarle qué sucedía yo ya estaría en el ministerio. La saludé marcialmente al pasar.

Los guardias a la puerta del ministerio me hicieron una señal para que pasara sin pedirme mi identificación. El viceministro estaba en la antesala de la oficina del ministro, sentado en un sillón con un asistente, repasando unos papeles. Actuó como si no estuviera ahí. Se puso en pie y me saludó con la cabeza.

—El ministro está al teléfono. Tan pronto como termine, pasaremos a la sala. Se quedará levantado escuchando lo que le diga. No le haga ninguna pregunta, y no comente nada. Cuando haya terminado, salga de nuevo aquí y espéreme.

—¿Qué ha sucedido? ¿Decía que ha habido un accidente? —Me di cuenta de que todavía llevaba la pistola en el bolsillo trasero. Una buena razón para dejar que el viceministro anduviera por delante de mí.

—Inspector, háganos un favor a ambos: no hable. —Sus labios temblaban por la rabia que mucho tiempo atrás había borrado todas sus otras emociones—. Usted piensa que está por encima de nosotros. Cree que puede ignorar las normas, eludir la política, olvidarse de venir a las sesiones de estudio durante meses sin ningún control.

Lijar madera, en su lugar, como un carpintero de campo cualquiera. Ni siquiera se molesta en leer los editoriales del periódico. No crea que no nos hemos dado cuenta. ¿Creyó que podría continuar así eternamente? —El ayudante del viceministro me lanzó una mirada de aviso. Él nunca quería problemas, siempre quería las cosas tranquilas hasta que pudiera salir de la sala.

Las puertas dobles del despacho del ministro se abrieron. El viceministro entró en primer lugar, yo lo seguí, y el ayudante pasó por mi lado adentrándose en la sala, pero no sin musitar una palabra: «Pak».

El ministro alzó la vista despacio conforme entrábamos. Tenía el rostro demacrado, los ojos y las mejillas hundidos. Su mirada descansó un instante sobre el viceministro como si quisiera decir algo, después se lo pensó mejor y se volvió hacia mí.

—Inspector, siéntese. —Me indicó una silla que tenía enfrente de su escritorio. La silla tenía un aspecto tan deteriorado como él mismo, si bien en otro tiempo había sido una hermosa pieza. Los brazos estaban tallados de una forma inusual, descendiendo levemente para ensancharse hacia el final, de modo que quien se sentara en ella no tuviera que asir los brazos, sino que se pudiera relajar—. La hizo su abuelo para mí. —Por el ángulo del ojo pude ver al viceministro ponerse tenso y, al hacerlo, la sombra de una sonrisa se dibujó en la cara del ministro. Me senté, apoyándome más en un lado: no quería hacerle un agujero de bala a la silla de mi abuelo, ni a mi pierna.

—Todo lo que hacía, todo lo que fabricaba, estaba perfectamente planeado y elaborado. No es que él fuera perfecto, pero dejó como legado un ejemplo de valor perdurable. —El ministro guardó silencio un instante para considerar sus comentarios siguientes—. Estoy seguro de que le transmitió esos rasgos y esos valores a usted. Lo he observado durante años, inspector. —Le echó un vistazo a mi camisa. La ausencia de la insignia fue apuntada con una tos.

El viceministro rodeó el escritorio para poner un trozo de papel delante del anciano. El ministro lo leyó rápidamente y, al hacerlo, sus hombros se hundieron.

—En la carretera que conduce al área monumental se ha hecho uso de las armas —dijo. Aquel era el estilo del ministro en estado puro: nunca decía «hubo disparos», sino más bien «se ha hecho uso de las armas». Volvió a mirar el papel—. Su inspector jefe fue alcanzado varias veces. Falleció en el hospital hace unos instantes. Tenía una pistola en la mano, una pistola del ejército israelí. La había descargado dos veces. —El ministro hizo una pausa—. Ha sido usted visto comiendo con él, junto con un oficial del Departamento de Investigaciones. ¿Sabe usted algo de todo esto?

El viceministro me miró con dureza, avisándome que debía mantenerme en silencio. No tenía que preocuparse: estaba aturdido, me sentía enfermo. Pak había insistido en que volviera a comisaría, y ahora estaba muerto.

El ministro miró al vacío brevemente, perdido en sus pensamientos.

—El inspector jefe Pak será irremplazable. Era una de nuestras piedras angulares.

No sé qué vamos a hacer sin él. —Se puso en pie y rodeó el escritorio para situarse junto a mí—. Habrá una investigación rigurosa, y quiero decir muy rigurosa, sobre lo que ha pasado esta tarde. La única razón por la que no está usted bajo prisión preventiva ahora mismo es porque he intervenido personalmente. —El ministro se volvió hacia el viceministro—. ¿Nos excusaría un instante?

El vicepresidente alzó la mano a modo de protesta.

—Señor, no me parece que sea apropiado que...

El ministro lo interrumpió.

—Permítame que sea yo quien se preocupe de eso. Le estoy pidiendo que abandone mi oficina para hablar en privado con el inspector. ¿Va a hacerlo o tendré que expulsarlo?

El rostro del viceministro se volvió una máscara blanca. Hizo una reverencia rígida y cruzó la alfombra hasta la salida.

—Estaré en mi oficina —me dijo, y después cerró las puertas con un toque inquietantemente suave.

El ministro se apoyó en su escritorio, con apariencia aún más pálida y cansada que cuando entramos.

—Esto es el fin para mí, pero eso no importa. Están sucediendo cosas. Puede usted dejarse llevar por la corriente, no lo culparé. O puede actuar. Pero tendrá que decidirse rápido.

Escruté la sala. El ministro negó con la cabeza.

—No se preocupe, esta habitación está limpia. Lo intentan cada tanto, pero cuando encontramos alguna obra suya, monto una buena y tienen que levantarlo todo. Entonces tienen que comenzar de cero otra vez. Me sorprende que las paredes se mantengan en pie, con tantos agujeros como han taladrado para sus micrófonos. Casi se ha convertido en una broma típica en las fiestas.

—¿Qué le pasó a Pak? —Necesitaba saber si lo habían sorprendido o si los había sorprendido él a ellos.

—Pak y Kang estaban caminando colina arriba juntos. Seis agentes de Seguridad Militar aparecieron y les ordenaron que se echaran al suelo. Pak sacó su arma y disparó. Mató a uno de ellos antes de que le dispararan. Kang se escabulló por entre unas rocas y huyó. Lo están buscando ahora. Mi información es que pasó un tiempo con Kang en la frontera la semana pasada. También ha llamado la atención de Seguridad Militar, créame. El caso del finlandés muerto que ha estado investigando también tiene conexiones con ellos.

—Ya me he dado cuenta.

—De lo que no se da cuenta es de que se están moviendo cosas en las altas esferas. —El ministro miró su reloj—. En unas dos horas la cúpula se reunirá para discutir los últimos detalles para solventar algunos viejos errores. Estoy hablando de errores graves, horribles, inspector. Chasquearán los dedos y alguien cargará con las culpas. Es todo lo que sé, y ahora lo sabe usted. Al viceministro no se le ha dicho

nada de esto, o yo no le he dicho nada, en cualquier caso. No obstante se huele algo. Probablemente tenga sus sospechas. Mire su lengua: la saca a relucir y la esconde como una serpiente. Tal vez pueda oler el miedo en el aire. —El ministro se puso una chaqueta oscura, perfectamente a medida, y se ajustó la corbata—. Tengo que ir a una reunión, quizá no vuelva. —Se encogió de hombros—. Puede que alguien necesite que este puesto quede vacante. El viceministro piensa que se hará con él. —El ministro se rio, y su rostro pareció menos demacrado—. Le espera una sorpresa. Si me reemplazan esta tarde, está usted solo, inspector. —Me levanté y nos dimos la mano. Salió rápidamente por una puerta lateral sin mirar atrás.



Había un tráfico continuo de vehículos militares en las calles, todoterrenos que pasaban ruidosamente, pesados camiones en grupos de dos o tres a tal velocidad que sus motores chillaban. Había decidido que no había motivo para ver al viceministro. No iba a hacerme ningún favor. Pak y él habían sido enemigos, ahora era el mío también. Intentaría librarse de mí si podía, pero por lo que había dicho el ministro Yun tendría sus propios problemas para cuidar de su pellejo. Sin Pak ni el ministro, mi propio pellejo tampoco estaba a salvo, pero si pasaba discretamente por entre todo el tifón político nadie repararía en mí, excepto Seguridad Militar. Kim me tenía en el punto de mira, pero primero quería a Kang.

Tenía que librarme de la pistola que llevaba en el bolsillo trasero. Debía llegar a la oficina de Pak antes que nadie para mirar sus archivos. Ir en bicicleta parecía una mala idea: demasiados vehículos del ejército con frenos defectuosos a toda velocidad. Me llevaría veinte minutos a pie, pero podría seguir el camino del río la mayor parte del trayecto. Rara vez había demasiada gente en aquel paseo, y sabía que no circulaban patrullas por ahí excepto por la noche, para buscar a los borrachos que duermen en los bancos.

Ir caminando me dio tiempo para pensar. Para cuando me acercaba a comisaría, supe que tenía que olvidarme del finlandés. El finlandés no era importante, su identidad no era importante, de alguna manera ni siquiera su asesino era importante. Lo que me importaba era Pak. ¿Por qué estaba muerto? No era un accidente. Era casi como si lo hubiera preparado él mismo, parte de un guión que hubiera escrito tiempo atrás, pero que no hubiera podido representar hasta aquel momento. Había confiado en Kang, había ayudado a Kang, y Kang lo había dejado morir. Debía de haber algún vínculo entre ellos. Quizá hubiera algo en los papeles que Kang me dijo que cogiera de su escritorio. Me detuve y observé el río. Pak había desaparecido. Cualquier vínculo que tuviera con Kang había muerto con él. Kang era afable. Kang era inteligente. Kang utilizaba a la gente, pero no me usaría a mí, nunca más. Necesitaba estar a solas con el tipo al menos unos instantes. Después de que me diera algunas respuestas, haría un trato con él.

Habían cambiado al guardia de la puerta de nuestras instalaciones, pero nadie me detuvo al pasar. No había ningún coche aparcado en el exterior. La calle estaba desierta excepto por una anciana y un muchacho que jugaba rebotando una pelota contra el muro del edificio.

Los cajones del escritorio de Pak estaban cerrados con llave, pero sabía que guardaba una llave en el cajón superior de su armario archivador. Había un taco de expedientes en el cajón. Mientras los hojeaba pude ver que todos se referían a coreanos de Japón que habían muerto en extrañas circunstancias a lo largo de los

años. Solo reconocí uno de los casos: una pareja que murió cuando su coche fue arrollado frontalmente por un camión del ejército que cruzó la mediana en la autopista a Hyangsan. Dos campesinos habían sido testigos de la colisión. Dijeron que el camión ni siquiera utilizó los frenos. El incidente sucedió justo dentro de mi jurisdicción y Pak había insistido en que iniciáramos una investigación, a pesar de no estar dotados para tratar con accidentes de tráfico. Al día siguiente de hacer algunas llamadas para recabar información sobre la unidad del camión, Seguridad Militar entró en escena, se hizo con el control y nos dijo que abandonáramos el caso. Nunca nos transmitieron lo que descubrieron, pero Pak se enteró a través de sus propias fuentes de que el conductor no recibió castigo alguno y de que, seis meses más tarde, fue promocionado.

Cerramos el caso y me olvidé de él. Pak, evidentemente, no. Había mantenido los expedientes activos, añadiendo pedacitos de información, principalmente de fuentes de las que yo no había tenido noticia. Dejé las carpetas de nuevo y hurgué en busca de la llave. Estaba enterrada en una esquina, bajo un montón de panfletos de agencias de viajes japonesas. Doblada entre ellas estaba la portada de una edición del periódico del partido de años atrás. Ofrecía unas declaraciones del Gobierno relativas a «mejorar las relaciones con Japón». Pak había subrayado algunas frases a lápiz, y debajo de las declaraciones había escrito «Se ajustan las cuentas». Había otro artículo, de un periódico japonés. No podía leerlo, pero había una foto de un niño pequeño con un gato en brazos.

En todos los años que Pak y yo habíamos trabajado juntos, en ocasiones durante siete días a la semana durante meses seguidos, me había convencido erróneamente de que conocíamos a la perfección todos los recovecos de la vida del otro y, sin embargo, ahí, en su escritorio, estaba la prueba de que no lo conocía tan bien después de todo. Nunca había dicho nada sobre el tema, pero durante todos aquellos años se había centrado en Japón. ¿Por qué? «Están a punto de abrirse las compuertas del infierno», eso era lo que me había dicho por teléfono. No había mencionado Japón, pero Kang sí. Resolver «viejos problemas» a cambio de unas compensaciones a cuenta de crímenes del pasado. Pak estaba muerto. Japón tenía algo que ver con ello.

Después de abrir la cerradura, el segundo cajón del escritorio se deslizó sobre sus guías sin emitir el menor sonido. Palpé el fondo y después el lateral. Nada. Saqué el cajón, le di la vuelta y busqué la más mínima irregularidad en las vetas. Nada. No había compartimento alguno. Entonces lo encontré, a lo largo de la tabla del fondo: no era realmente un compartimento, era simplemente una hendidura que ofrecía apenas suficiente espacio para esconder una fina hoja de papel. Eché un vistazo a mi alrededor buscando algo afilado que pudiera introducir para extraer lo que fuera que Pak guardaba ahí dentro. No era una simple hoja, sino un sobre, hecho de un tipo de papel fino y delicado que nunca había visto.

Un todoterreno frenó con brusquedad, se oyó ruido de puertas. Hubo un intercambio de voces cuando nuestros guardias bloquearon el acceso. Llegó otro

coche y oí cómo se abría la puerta. Coloqué el cajón rápidamente y lo cerré con llave. Abrí el armario archivador, arrojé la llave al fondo y cogí lo primero que encontré: una pequeña libreta. Las primeras páginas tenían algunas ideas no muy desarrolladas sobre el finlandés del Koryo; aparte de aquello, estaba en blanco. Inútil. Por eso Pak la había puesto arriba del todo: no engañaría a nadie, pero hacía perder tiempo. En la parte de atrás del cajón donde se guardaban los expedientes había una bolsa de suave tela azul. La abrí. Contenía dos fajos de billetes de cien dólares. ¿Qué hacía Pak con tanto dinero americano? Todos teníamos un poco guardado para usarlo en el mercado o con fines diplomáticos, pero no tanto. Me metí ambos fajos en el bolsillo, luego devolví uno al cajón, lo cerré todo de nuevo y me retiré gateando hasta mi oficina. Justo cuando me sentaba, dos hombres irrumpieron. Un instante más tarde, el coronel Kim entraba también.

—Parece que nos estamos encontrando mucho últimamente, inspector. En restaurantes, en el campo... —Kim miraba mi despacho sin interés, como si ya hubiera estado ahí antes—. Por favor, permanezca sentado. Vamos a retirar los expedientes de su inspector jefe: ya no los necesitará. —Se detuvo a mirarme. Sentí la sangre acumularse en mi cara y la necesidad imperiosa de matarlo en aquel mismo instante, pero en lugar de eso, permanecí sentado en silencio, controlando los latidos de mi corazón—. En justicia debería usted acompañarnos para un interrogatorio. —Sonrió ante la palabra—. Pero por alguna razón goza usted de un curioso estatus de protección. No le durará demasiado, se lo aseguro. Mientras tanto... —Podía sentir cómo calculaba cada detalle de cómo estaba sentado, cuándo parpadeaba, la manera en que respiraba—. Es usted libre de ir y volver entre su apartamento y esta comisaría. Estoy seguro de que usted me entiende.

Decidí que si no respondía se pensaría que estaba asustado, de modo que dije:

—No tiene control sobre mí, Kim. Mientras el ministro no me dé órdenes contrarias, no acepto órdenes de usted. Y tengo trabajo que hacer. Ahora, si no le importa... —Cogí la lija que estaba encima de mi escritorio y empecé a lijar el trozo de madera para la librería que Pak había dicho que nunca construiría. Kim se volvió para marcharse, pero antes de hacerlo vi los cuchillos de su cara agudizarse por la rabia. Al menos tenía que esperar que fuera por eso: la rabia haría que Kim se equivocara, y cuanto más se equivocara más rabioso se pondría. Perdería el norte: lo había visto antes en gente como él. Solo cuando era frío y contenido resultaba letal.

—¡No se olvide de cerrar con llave el armario de Pak cuando haya terminado! —Grité a su salida—. ¡Y no revuelva las notas sobre el finlandés: acabamos de anotar ahí algunas cosas! —Oí a Kim gritar algunas órdenes, algunos muebles que reventaban contra el suelo, hubo pisadas y luego la puerta del pasillo dio un portazo tan fuerte que vibraron las ventanas. Cuando el todoterreno se hubo marchado se hizo el silencio, y después se oyeron unas pisadas suaves en el pasillo. Kim se detuvo al llegar a mi puerta.

—Muy bien, inspector. —Entró en mi despacho—. Siéntese. Hará las cosas más

fáciles. La mayoría de la gente sale corriendo como conejos, o se mueren de miedo en sus escritorios.

—Tiene lo que quería, imagino.

—Sí, tengo lo que vine a buscar.

—Me alegro. —Le ofrecí el sobre desde mi lado de la mesa—. No se olvide de esto.

—¿Y qué es eso? —No era curiosidad, era enfado. Señaló hacia mi escritorio como si hubiera algo insultante sobre él.

Yo no tenía ni idea de qué contenía el sobre, y si Kim llegaba a imaginárselo por un instante, estaría muerto. Me mataría allí mismo, sin esperar un minuto. Posé mi mano sobre el papel, lo toqué como si me fuera absolutamente familiar. No podía permitirme perder el control de un solo músculo: Kim lo notaría. Cada movimiento tenía que decirle que era él el que estaba en peligro, no yo, que era yo el que tenía el mando, no él... y que aquel papel era determinante para su destino.

—Ambos sabemos que están sucediendo cosas importantes, coronel. Si esto se tuerce a su favor, puede tratar conmigo más tarde. Pero si la situación evoluciona en mi beneficio y entre tanto me ha sucedido algo, algo con sus huellas dactilares, estará usted acabado. Y se asegurarán de que sea de manera dolorosa. —No esperaba que pareciera preocupado ni pensativo tan siquiera. Solo quería seguir hablando para seguir tocando el sobre, conseguir que se estableciera la conexión entre sus ojos y sus oídos. Aquel sobre era su destino. No el mío: el suyo. Dejé el sobre de nuevo y aparté la mano de él, como si fuera algo que ya había hecho antes, como si no fuera la primera vez que lo tenía sobre mi escritorio.

—Ese papel tiene una apariencia curiosa. No sabía que su ministerio tuviera nada así. ¿Un asunto especial?

—Eso no es de su incumbencia. Todo lo que tiene que hacer es mantenerlo a salvo. Estoy seguro de que puede hacerlo, coronel. No me importa demasiado el resto de los expedientes, pero debe entregar este, sano y salvo. Está sellado. Y así debe continuar. Así es como lo entregará.

—Podría limitarme a cogerlo y usted nunca sabría qué pasó con él. Podría llevármelo y hacer que mi gente lo abriera y luego lo volvieran a sellar.

—También podría pegarse un tiro entre los ojos: sería más rápido.

—Podría matarlo ahora mismo, ya sabe, decir que trató de escapar. —No parecía agitado.

—Ahora no, coronel. Más tarde, si quiere.

Se sacó una caja de oro pulido del bolsillo de la camisa, una caja muy delgada que encajaba a la perfección en su mano. Extrajo de ella un cigarrillo, lo miró pensativo y luego pasó una cerilla por el borde de mi escritorio. El fósforo se encendió: el sonido pareció prolongarse más tiempo que la llama para detenerse abruptamente cuando la tiró sobre la mesa, cerca del sobre. Ambos contemplamos cómo la cerilla se consumía.

Podía ver que Kim no estaba seguro de su próximo movimiento. El sobre no era algo que hubiera planeado. Echó un vistazo a su alrededor y después al techo.

—Una lástima.

—¿Qué? —Pensé que se refería a que el sobre no se hubiera quemado.

Frotó otra cerilla y encendió el cigarrillo, inhalando lentamente para que el tabaco de la punta brillara durante mucho tiempo.

—Es una lástima que nunca llegará a saber cómo sería la moldura. —Tosió, tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con el tacón de su bota.

Tomé el sobre y aparté perezosamente del escritorio el humo del cigarro.

—Tómelo, Kim. Entrégueselo a una persona y solo a una persona.

—¿Me está dando órdenes, inspector? No lo creo. —Pero no había aspereza en su voz.

—Una sencilla cadena de custodias. De mí, a usted; de usted —hice una pausa y oí lo que sabía que diría más tarde—, a mi hermano.

Los labios de Kim se replegaron en un gruñido a medias.

—No trabajo para usted, ni tampoco para su hermano.

Dejé caer el sobre encima de la mesa. Kim se quedó ahí, rígido, con la mente derrumbándose mientras trataba de recuperar el equilibrio. Cogió el sobre con un rápido movimiento.

—¿Qué hay en él?

—Nombre, fechas.

—Lo que significa que no lo sabe.

—Si fuera usted, Kim, no empezaría a hacer apuestas en un momento tan tardío de mi carrera. —Kim estaba esperando. Estaba esperando que tragara saliva demasiado fuerte, que respirara demasiado profundamente, que pestañeara demasiado rápido: cualquier cosa que pudiera indicarle que estaba nervioso, que estaba mintiendo, que era hombre muerto.

Recordé a mi abuelo. Recordé los árboles alineados junto a la carretera delante de nuestro pueblo. Recordé cómo, la primera vez que el anciano me había llevado consigo a Pyongyang, contemplé la puesta del sol sobre el río desde el tren en movimiento. Se había vuelto rojo en cuanto tocó el horizonte, luego refulgió sobre los arrozales de una manera que los hizo brillar como un collar enjoyado que se extendía hasta las colinas. Eso me calmó. Podía permitirme pestañear. Kim se volvió hacia la ventana, tal vez para darse un momento para pensar. Fue un error y se dio cuenta en el acto. En el medio segundo que le tomó volverse hacia mí nuevamente, ya era demasiado tarde. El ritmo había cambiado. Yo no iba a permitir que volviera al estado anterior. Lo único que tenía que hacer era presionarlo, cambiar de tema, hacer que me respondiera.

—Se ha equivocado, coronel. Pensó que podría asustarme en aquella ladera.

—No sé de qué está hablando.

—Mató a uno de los hombres de Kang, disparó con una pistola automática a un

hombre herido. Antes voló por los aires la autopista de la Reunificación.

—Inspector, me sorprende. Yo actúo bajo órdenes. El coche azul era ilegal. Venía del sur. Por lo que a mí respecta, podía ser un agente enemigo. Quizá incluso un asesino. Protegíamos a nuestros dirigentes. Usted fue testigo de ello.

—No, yo vi otra cosa.

—¿Seguro? ¿Usted y quién más?

—Ya sabe usted quién. El agente de seguridad local, Li.

—Sí, Li. Debe de haber sido todo un impacto para él. Murió poco después. Parece ser que le dio un ataque al corazón. ¿Lo conocía? Mis condolencias. Y usted, inspector, trabajaba para un hombre al que dispararon en un tiroteo con un equipo de operaciones que desarrollaba su labor para arrestar a un enemigo del Estado. Dos enemigos, en realidad.

—Así que hizo un movimiento contra Kang. —Hice una pausa. Era el momento de doblar el farol... y más me valía que fuera convincente—. Puede que no sea lo bastante pronto. Un informe sobre su operación de contrabando de coches está en espera de pasar a instancias superiores, junto con pruebas de que se desarrolla con ayuda de los servicios de inteligencia surcoreanos. Kang estará feliz de corroborarlo. Cuando mi hermano me informe de que le ha hecho entrega usted de este sobre, le diré a alguien que lo retire. Si no doy la orden, el informe será enviado dentro de doce horas. Y si se envía ese informe, no importa de qué manera evolucionen los acontecimientos. Estará usted muerto en cualquier caso. ¿Alguna pregunta?

Kim se dio la vuelta abruptamente, sus botas produjeron un ruido sordo al bajar las escaleras, se oyó un portazo y después se hizo el silencio. Desde mi ventana lo vi apoyarse en su coche, recuperando la respiración, devolviendo la rabia a un lugar en el que no se interpusiera en su camino. Entró en el coche y cerró la puerta con cuidado y cuando el coche arrancó, avanzó por la calle tan despacio que apenas sobrepasó la primera marcha. El gran motor rugía con un sonido bajo y amenazante. Kim quería que lo oyera: la contención.

Permanecí sentado, tenso, durante un minuto más, luego entré en el despacho de Pak. El armario estaba abierto, todos los expedientes estaban fuera, tirados por el suelo; el escritorio era un desastre. Encima estaban las carpetas con la información sobre los coreanos de Japón, con los papeles esparcidos por todas partes. La bolsa azul estaba rasgada y el dinero había desaparecido. No habían tocado el cuaderno sobre el finlandés. Kim estaba furioso. No tenía ninguna prueba de que estuviera recibiendo dinero del sur, pero eso él no lo sabía. Había conseguido doce horas para encontrar a Kang y hacerle pagar por la muerte de Pak. Después de eso, no me importaba si Seguridad Militar me encontraba.

## SÉPTIMA PARTE

Al final del verano florece la rosa;  
la perfumada mañana flota sobre los montes  
y a lo largo del camino donde espero  
de nuevo para oír la canción de una voz desaparecida.

>—Yang Hyong Jin (1715 - 1756).

Decidí utilizar el coche de Pak. Había la suficiente confusión en las calles como para saber que conseguiría salir de la ciudad. Una vez en la autopista, sería vulnerable ante cualquier guardia de tráfico o centinela que identificara mi matrícula y la registrara, pero ya pensaría en aquello más tarde. Fue una conmoción encontrar la plaza de aparcamiento de Pak vacía. Fue una conmoción aún mayor darme cuenta de que Pak había usado su coche para encontrarse con Kang. Tal vez estuviera todavía en la colina cerca del monumento de guerra a China. No había tiempo para ir hasta allí. Incluso si lo hubiera habido, los de Kim habrían establecido un cordón para vigilar si alguien se acercaba al coche. O podía haberlo cogido Kang, dejando atrás su viejo Nissan.

Los dos centinelas apostados en la puerta de entrada me observaron fijamente mientras permanecía en pie en la plaza vacía. Ninguno de ellos pertenecía al ministerio. Los centinelas de nuestras instalaciones eran asignados por el Ejército, nos los cambiaban a períodos irregulares y procedían siempre de unidades distintas. Era una idea brillante. Con la rotación constante, nunca llegábamos a conocer a los guardias y no sentían ninguna lealtad hacia nosotros. Quienquiera que hubiera diseñado el sistema era a todas luces un genio. Era el tipo de idea que se premiaba con una bonificación. Sin embargo, como todas las ideas recompensadas con una bonificación, tenía un fallo.

Me paseé tranquilamente hasta donde estaban los guardias y saqué uno de los billetes de cien dólares de Pak. Los guardias echaron la cabeza hacia atrás, repentinamente interesados por las ramas más altas de los árboles del otro lado de la calle. Dejé caer el billete cerca del guardia de la derecha, el que parecía más alerta. Movié el pie de modo que el calzado de tela lo cubrió, pero siguió bloqueando lo que necesitaba: el teléfono para llamar al chófer de guardia. Un instante más tarde sonó el teléfono. El guardia lo alcanzó sin girar el cuerpo, descolgó el micrófono y me lo pasó.

—¿Quién es? —El chófer de guardia hablaba cuidadosamente—. Acabo de recibir una orden ministerial indicando que ningún coche abandone las instalaciones.

—Bien —contesté, lo bastante alto como para que los centinelas me pudieran oír sin esfuerzo—. Eso se refiere también a los coches patrulla. Tráigalo aquí, para que pueda asegurarme de ello.

—Inspector, ¿es usted?

—Justamente.

Hubo un silencio y pude oír una silla que arañaba el suelo.

—¿Se encuentra bien? —La idea bonificada tenía otro fallo: cubría a los centinelas, pero pasaba por alto a los chóferes de guardia.



—Perfectamente. Traiga el coche.

Se oyó un clic. La mano del guardia apareció de nuevo y puse el micrófono en ella. Todavía miraba los árboles, y dijo, sin hablarle a nadie en particular:

—Me duele el estómago. Debe de ser por el arroz extranjero, dicen que le han puesto veneno. Tendré que irme, creo que necesito aliviarme. —Le hizo un discreto silbido al otro guardia, que asintió. Justo entonces se oyó el motor de un coche que venía por la esquina. Me llevé la mano al bolsillo trasero para tomar la pistola que me había dado Kang. Si el coche era un Mercedes negro, no les daría el gusto de dejarme atrapar.

Era un Volvo: un viejo Volvo color burdeos que asomaba calle abajo con sus maltratados neumáticos siseando sobre el pavimento. Devolví la pistola a su lugar. Pak había insistido en que nos hiciéramos con un Volvo como segundo coche patrulla.

—No quiero nada que se parezca remotamente a un Mercedes —dijo.

El coche se detuvo en la puerta y esperó. Los centinelas permanecieron firmes. No hicieron el menor signo de ver u oír nada. No es posible olvidar lo que nunca has visto, y hay muchas cosas que puede que nunca veas si hay un billete de cien dólares debajo de tu zapato.

Entré en el vehículo, que se puso en marcha de nuevo. No ganamos velocidad hasta que no giramos la esquina que daba a la carretera principal. Había más camiones del ejército en grupos de a dos. Cada pocos bloques había uno parado, con el capó abierto, el motor humeante y un mecánico apoyado en la cabina, con el gorro echado hacia atrás, mirando fijamente el cielo mientras le daba caladas a un cigarro, meditativo.

El chófer no mediaba palabra. Yo tenía la sensación de que, a cada minuto que pasaba, su destino estaba más firmemente decidido. Yo no lo necesitaba y él no me necesitaba a mí.

—Deténgase —le dije, tan repentinamente que se asustó—. Salga. Dígales que le apunté con una pistola en la cabeza. —Saqué la pistola del bolsillo—. Con esta.

El conductor tomó una calle estrecha hasta llegar a un solar lleno de malas hierbas y se detuvo. Abrió su puerta, pero no se movió. Por un instante pensé que me habían tendido una trampa. Me volví para mirar por la luna trasera. El chófer negó con la cabeza.

—Relájese, solo estamos usted y yo. —Dio unos golpecitos sobre el indicador de combustible—. Solo queda medio tanque, pero llevo un bidón en el maletero. Pak me dijo que iba en contra del reglamento, pero hizo la vista gorda. La rueda trasera izquierda está muy desgastada y las luces largas solo funcionan cuando hay niebla. —Yo había pensado que estaba asustado, pero su voz era firme—. Sé lo que cree que sucedió. Olvídelo. Kang dice que se encuentre con él en Hyangsan. Si eso no funciona, el plan alternativo es Manpo. Ha sido un placer conocerlo, inspector. —Salió del coche, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar en dirección a la

carretera principal.

Durante el primer kilómetro, hube de sortear los vehículos militares, ninguno de los cuales observaba las leyes de circulación, pues usaban el claxon en lugar de los frenos, pero se hicieron menos numerosos cuando pasé la última gran intersección del límite de la ciudad. Todos los camiones a excepción de unos pocos se dirigían hacia la derecha, camino de la carretera que llevaba a un complejo de búnkeres de la comandancia militar situados en el exterior de la ciudad. Las guardias de tráfico habían desaparecido, reemplazadas por soldados de cascos brillantes y armas automáticas nuevas. Viré a la izquierda y tomé una vieja carretera, por encima de unas viejas vías de tren y luego giré bruscamente para montar el coche sobre el terraplén que formaba el arcén de la autopista principal. El neumático trasero podía resistir, o quizá no. Pensé sobre lo que me había dicho el chófer. ¿Por qué me transmitía mensajes de Kang? ¿Quién lo había metido en nuestra operación? Quizá Kim y Kang trabajaran juntos después de todo, y por eso Kang se había evadido. Habían matado a Pak. ¿Qué querían de mí? Si Kang estaba esperándome en Hyangsan, terminaríamos el juego ahí mismo.

En el primer puesto de control a las afueras de la ciudad, un guardia de tráfico joven de cara alargada se acercó a la carretera y me hizo una señal.

—¿Va a alguna parte? Está casi fuera de su jurisdicción. —Era muy alto y se movía como una cigüeña en un arrozal, lentamente, con una majestuosidad extraña, deliberada. Su blanco uniforme estaba impecable y el sombrero también blanco le encajaba a la perfección en la cabeza. No tenía ni idea de dónde habían encontrado un espécimen semejante, ni por qué estaba a cargo de un puesto de control de tan bajo nivel. Los altos suelen obtener mejores puestos.

—El agente de seguridad local de Pyongson llamó por una emergencia, decía que tenía información sobre un caso. —Fue lo mejor que se me ocurrió con la prisa del momento.

—Debe de haber tenido mucha suerte para haber llegado a hablar con usted: la línea telefónica no funciona. Hay una orden de búsqueda contra usted, inspector. — Se inclinó para que su rostro estuviera a la misma altura que el mío—. Usted no me conoce, pero yo a usted sí. Es usted el nieto de O Chang-yun. Seguridad Militar no quiere que abandone los límites de la ciudad.

—¿Y entonces? —Era educado, pero tenía la sensación de que supondría un problema.

—Si le pido que se dé la vuelta tendrá que hacerlo.

Comencé a hacer girar el volante, pero él apoyó encima su mano enguantada de blanco.

—Tendría que hacerlo si se lo pidiera. Pero, como le he dicho, los teléfonos no funcionan, y mi radio a veces se estropea. Casi es un milagro cuando se puede utilizar. —Retiró la cabeza hacia atrás y se puso en pie—. La carretera está despejada desde aquí hasta la curva a Sinuiju. ¿Ha estado alguna vez en Sinuiju? Es un lugar

agradable. Desde ahí es muy fácil ir a China.

—No, no me gustan las ciudades fronterizas. No es usted de una, ¿verdad?

—Conduzca con cuidado, inspector. —Fui a agradecerse, pero ya andaba carretera abajo. Por el espejo retrovisor pude ver que se agachaba y tomaba algo de detrás de un árbol. Era un viejo termo con una taza de plástico negro. Mientras me alejaba observé cómo se servía un poco de té.

La curva a Sinuiju solía estar vigilada por un par de centinelas. En ocasiones, detenían a algún coche para matar el aburrimiento, pero no se esforzaban demasiado, a no ser que hubiera un equipo de inspección en la zona. Ni siquiera levantaron la mano cuando pasé. No me sorprendió. Si Kim estaba rastreando mi camino, y no sabía si podía fiarme de un guardia de tráfico con un termo, un Mercedes negro aparecería de repente desde la nada. A veces parecía que aquellos coches surgían de la tierra, como si los escupiera el infierno.

Pasado Kaechon, había convoyes de grandes camiones marrones con trabajadores del campo en la parte trasera. Fuera cual fuera la alerta de Pyongyang, no había alcanzado el campo todavía, o tal vez nadie quisiera interponerse en la recolección de la cosecha. Grupos de mujeres descansaban de los esfuerzos de la tarea al borde de la carretera. Unas pocas se habían quitado sus típicos gorros flexibles y los habían dejado en el suelo, donde se agitaban al paso de cada camión.

Los campos dieron lugar al páramo montañoso, y al tomar una curva dejé atrás a una joven que caminaba sola en un trecho desierto de la carretera. Llevaba una delicada sombrilla blanca cubriéndole la cabeza, y un bolso blanco colgado del hombro. Lo que realmente me llamó la atención fue su blusa: nueva y reluciente, pero sobre todo roja. De un rojo brillante, intenso. Miraba al frente, con el brazo que llevaba libre balanceándose a su costado. La miré por el retrovisor tanto tiempo como pude. ¿Adónde iba sola, vestida con una blusa roja en mitad de ninguna parte? Estuve a punto de detenerme para ofrecerme a llevarla, pero, pensándolo mejor, decidí que era una de aquellas grullas del jarrón verde celedón: alzaba el vuelo hacia ninguna parte.

Cuando, atravesando los carriles de la carretera, tomé el último trecho de camino que discurría junto al río hasta el hotel, la luna comenzaba a hacer aparición, pálida y rebosante de la melancolía del final de la tarde. La visión del hotel no ayudó en nada a animarme. La última vez que había estado ahí solo lo había visto durante el día. A la luz del sol, incluso si a uno no le apasionaban los edificios con aspecto de tarta de bodas, se podía ver que se había hecho un cierto esfuerzo por armonizar el hotel con el paisaje. Al atardecer, parecía una nave espacial perdida, o un bicho blanco gigante que se alimentaba en la falda de las montañas.

El vestíbulo estaba prácticamente a oscuras y parecía desierto. Al entrar llamaron mi atención dos personas sentadas en un sofá junto a la pared del fondo. Cuando me

vio, Lena encendió un cigarrillo y apartó la mirada. Song, el agente de seguridad cantarín, se sobresaltó, musitó algo y acto seguido desapareció por una puerta con la indicación «No entrar». El mostrador parecía vacío, así que me dirigí al sofá.

—¿Sorprendida de verme?

—Ni la mitad que usted de verme a mí. —Arrojó una nube de humo a un lado—. No hay ningún cuarto para no fumadores, pero el duodécimo piso tiene buenas vistas. —Había estado bebiendo, lo suficiente para hablar arrastrando alguna que otra palabra.

—Como el decimoquinto, por lo que me han dicho. —Me senté junto a ella—. Ha salido de su vecindario, ¿no?

—Mis papeles están en orden, si es lo que le preocupa.

—Apuesto a que sí.

—Me alegro de verlo. —Acarició mi mano—. De verdad que me alegro. —Por alguna razón pasó a hablar en chino, tal vez porque el punto le recordaba a su madre—. Espero que el jersey le quede bien.

Me di cuenta de que ni siquiera me lo había probado, pero era lo bastante inteligente para no decírselo.

—¿Ha cenado ya?

—Se le sigue dando bien cambiar de tema, por lo que veo. Sí, ya he cenado. Aquí sirven la cena muy temprano. El comedor está cerrado. —Miró su reloj—. Y tengo que subir al bar de arriba en un minuto, antes de que abra. —Apagó el cigarrillo lentamente y se volvió hacia mí—. La previsión meteorológica promete que mañana hará buen día.

Quizá estuviera cansado o quizá fuera su perfume, pero me llevó medio segundo darme cuenta de qué estaba hablando. Para entonces ya estaba en el ascensor. Se oyó una risa proveniente de una silla oculta entre las sombras, detrás de una planta que crecía en un tiesto. El recepcionista hizo aparición y se colocó tras el mostrador. Cuando Lena entró en el ascensor y las puertas se cerraron tras ella, se rio de nuevo.

—Más le vale ponerse las pilas, amigo, o será usted un inspector solitario. Las reglas son que hay que reservar, y permítame que enfatice que hay que hacerlo, para obtener una habitación, pero lo que acabo de ver ha sido tan lamentable que no me importa hacer una excepción. Ha tenido la suerte de que nos queden una o dos habitaciones libres. El desayuno comienza a las siete: dígamelo ahora o se quedará sin comer. —Me extendió una llave: 1504.

Las meneé delante de su cara.

—¿Qué tal otro piso?

—No puede ser. Estamos completos y usted no, quiero enfatizar el no, ha hecho una reserva. Cuando estamos completos usamos el decimoquinto piso. Unas vistas fantásticas. —Me lanzó una mirada furtiva—. No se preocupe, la ventana no se abrirá sola en esta habitación. Los muy bastardos la soldaron y ya no abre.

El felpudo del ascensor indicaba que era jueves. O llevaban un retraso de dos días

o querían dar un buen salto a la semana siguiente. El pasillo del decimoquinto piso estaba oscuro como la boca del lobo. La única manera de encontrar mi habitación era ir contando los pomos. Cuando intenté abrir el que creí que era el pomo de la 1502, oí a alguien quitar el seguro a una pistola. No me molesté en disculparme. Al cuarto pomo, la puerta se abrió; esperaba que tal vez estuviera Kim sentado en la cama. O Kang. La habitación estaba vacía. Tal vez no supieran dónde estaba. Uno de ellos lo sabría al día siguiente. Alguien vagando por el aparcamiento habría visto mi matrícula y los habría llamado. Pensé en dar un paseo hasta el templo a la luz de la luna, pero recordé el ascenso y en lugar de ello me dormí.

Alguien que llamaba a la puerta me despertó a las cuatro de la mañana. Esa hora tiene algo que atrae a quienes se dedican a andar por los pasillos. Sabía que no sería Kim. Él no llamaría, no después de lo que sucedió en nuestro último encuentro. Era el agente local, Song. Parecía intranquilo cuando abrió la puerta, entró y encendió la luz.

—Una llave maestra. —La alzó en el aire para enseñármela.

—Buenos días.

—He puesto matrículas nuevas en su coche, de Hamhung. Ahora forma usted parte del equipo de Hamhung que está aquí para ver la Exhibición Amistosa, aunque no quedan demasiados Volvos como ese. Digamos que resalta. No sé realmente si hay alguno en Hamhung, pero nadie lo comprobará de primeras, es demasiado trabajo. — Se frotó el hombro—. No me lo agradezca, es mi trabajo.

—¿Tenía algo más?

—Kang estuvo aquí, pero se marchó de repente. Dijo que ya sabría qué hacer.

—¿Eso es todo?

—Sí. Si yo fuera usted no me quedaría por aquí, inspector. El equipo de Seguridad Militar del fondo del pasillo no descansa. Están empaquetando su equipo. Alguien subirá mañana por la noche desde Pyongyang para recogerlos.

—¿Kim?

—No lo sé. Me alegraré cuando hayan desaparecido. Y usted con ellos.

—¿Algún coche más con chicas por aquí?

—Ni idea de lo que me está hablando. Sus viejas matrículas están en el maletero. Junto con la lata de gasolina.

—¿Cuánta gasolina ha cogido? —Reculó hacia la puerta mientras yo salía de la cama.

—No se preocupe, le queda la suficiente.

—¿Algo más?

—Sí: yo haría algo con esa rueda trasera. Eso es lo que yo haría.

## 2

Por la mañana bajé al mostrador y le pedí al recepcionista que le entregara un mensaje a Lena.

—Está en la 614: déselo usted mismo si quiere.

—No quiero. Quiero que se lo dé usted. —Le extendí una hoja de papel que había encontrado en mi habitación. No había sobres, así que la había plegado dos veces y doblado los bordes. No escribí nada: supuse que el botón que había encontrado en el suelo del armario del Koryo bastaría.

Las agujas de pino formaban una capa mullida sobre la ladera de la colina orientada al templo. Nadie podría ver nada desde abajo, el lugar estaba oculto tras azaleas salvajes y una arboleda de matorrales de pino. Lena había descrito un círculo; se me aproximó por detrás. Oí sus pasos, pero no fue hasta sentir su perfume que me giré para mirarla.

Vestía la misma falda larga y la blusa blanca que había llevado la noche que la vi por primera vez. Los botones azules relucían aún más a los rayos del sol, pero eran sus ojos los que acaparaban la mayor cantidad de luz.

—La última vez no llegamos a hacer el picnic —dije—. Pensé que podríamos intentarlo aquí.

—Si lo hubiera sabido me habría traído algo. —Estaba hablando chino: yo nunca conseguía descubrir demasiada emoción entre los tonos de esa lengua.

—Tengo el pan negro de centeno y la mermelada de arándanos. —No parecía sorprendida, y empezó a preocuparme que todo aquello fuera un error—. Una pequeña broma —dije—. Perdone. He traído algunas galletas de arroz del hotel y un par de manzanas. Son ácidas en esta época del año.

—Veo que también tiene una botella de cerveza. ¿Tiene algún vaso, por casualidad?

—No, tendremos que beber de la botella. No es tan elegante, supongo. La próxima vez traeré unos vasos que hice hace unos años, de madera de caqui. Las bebidas alcohólicas cogen buen sabor en ellos. Al igual que el té. ¿Le gusta el caqui? —Me metí la mano en el bolsillo, pero recordé que todo lo que llevaba era un trozo de roble—. El árbol del caqui da una madera bonita. Con un brillo agradable. Pero se esconde. Algunas maderas le dicen a uno, casi tan pronto como las toca, en qué quieren convertirse. El caqui no. Tiene una superficie hermosa, pero su interior es casi insondable. Por eso los muebles de caqui a menudo parecen extraños: hay gente que intenta darles la forma que nunca debieron tener.

—¿Es esa la peor tragedia que se le ocurre, inspector, que lo moldeen a uno hasta hacer de él algo que nunca debió ser?

—Es algo triste, ¿no le parece?

—No está casado, ¿verdad, inspector? He oído que vive solo. ¿Nunca ha querido estar con nadie? —No me esperaba aquella pregunta.

—Estoy bien. Ya estoy lo suficiente con otra gente. Ahora estoy con usted.

—No me refería a eso. —Se detuvo y esperó. El silencio se prolongó, pero no había nada incómodo en él.

—En la casa en la que me crié —dije después de un rato— solo éramos dos: mi abuelo y yo. Mis padres murieron en la guerra. Mi hermano mayor se marchó a una

escuela para hijos de héroes de guerra, pero yo era demasiado joven. Mi abuelo decía que debía ser mejor hijo que cualquier niño cuyos padres siguieran vivos: tenía que respetar la memoria de mi padre y de mi madre con todo mi corazón. Si hubiera sido un árbol, solía decir, tendría que haber sido el más derecho de todos los del bosque.

—Los árboles del bosque no están solos. Mi padre solía decirnos que cuando se ve un árbol creciendo en soledad, es una señal de que sucederá algo triste.

—Tal vez mi padre hubiera dicho eso, también. No sé qué me hubiera dicho. No es algo que me plantee. —El silencio cayó entre nosotros de nuevo. Dirigí mi mirada hacia su rostro y me sorprendí al comprobar que lloraba suavemente. Le extendí un pañuelo—. He oído decir que cuando un hombre y una mujer se separan, él le da un pañuelo a ella. —Hice una pausa—. Espero que no tenga esa costumbre.

Se rio, el tipo de risa confusa que les sale a las mujeres cuando han estado llorando.

—Es usted muy amable, inspector. Es el tipo de cosa que imaginaba que haría. Quizá sea por eso que he pensado tanto en usted desde que nos conocimos. —Se secó los ojos—. ¿Qué quiere usted?

—¿Esto no era idea suya?

Nos sentamos sobre las agujas de los pinos. Estaba cerca de mí, a un lado, pero con la suficiente distancia para dejar en el aire lo que llevaba en mente.

—Debe de haber sido hace mucho tiempo —dijo—. Una semana, una década... El tiempo avanza de manera curiosa en este país. ¿Le sugerí un picnic? Me debe de haber confundido la idea de una tarde tranquila. Quizá pensé que sería como en casa, junto al lago. Quizá pensé que usted y yo tendríamos algo de que hablar. ¿Lo tenemos? Disculpe que se lo pregunte otra vez, pero ¿qué quiere usted? No es una pregunta poco razonable, dadas las circunstancias. No ha venido a Hyangsan para verme: ni siquiera sabía que estaba aquí.

—Tiene razón. Me sorprendió. Yo solo estoy vagando, ¿cómo es que ha ido a parar usted tan lejos de donde suele estar?

—Este es un centro turístico, por si no se ha dado cuenta. Hay visitantes aquí, con dólares. —Dejó el pensamiento flotar en el aire—. No es algo muy bonito, soy consciente de ello. ¿Todavía quiere hacer ese picnic?

—Hábleme de Finlandia.

—¿Se refiere a por qué vendría aquí un finlandés, a este país?

—¿Conoce a un tipo llamado Pikkusaari?

Volvió la cabeza con rapidez. Ni siquiera había pensado hacer aquella pregunta: surgió, como el lago Keitele.

—No lo conozco bien. Trabajaba para la Policía Nacional finlandesa. Mi padre y él negociaban a menudo, pese a que era bastante joven en aquella época.

Ahora era mi turno de parpadear. Tal vez se lo estuviera inventando todo. Probablemente se inventara muchas cosas, pero no me detuve demasiado en ese pensamiento.



—¿Su padre tenía negocios con la policía?

—No, inspector: mi padre era espía. Nunca supe a ciencia cierta para quién trabajaba. Como hombre de negocios, viajaba por todas partes. Desaparecía todos los inviernos y las primaveras, pero cada año volvía a casa sin falta para el 21 de junio. Lo esperábamos en la estación de tren, mis hermanas y yo. Pikkusaari venía a verlo un par de veces al mes, durante el verano. Los dos se iban a dar largos paseos junto al lago, andando lentamente, con las manos juntas en la espalda. En ocasiones desaparecían durante horas. Cuando volvían por el sendero tenían la misma apariencia, moviéndose despacio, con las manos juntas en la espalda, como si no se hubieran dirigido la palabra en todo el camino. Y por lo que yo sé, no lo hacían.

»Cuando volvían, Pikkusaari solía decir: “Es usted un hombre afortunado, Ollie. Tiene una hermosa mujer y unas buenas hijas. Todo lo que le falta es un hijo varón. Ojalá yo pudiera decir lo mismo”. Después se bebían una botella de vodka sentados en las sillas de mimbre que poníamos bajo los abedules de la parte trasera de la casa y escuchaban viejos discos. Mi padre tenía una buena colección de música clásica, pero insistía en reservarla para el invierno, cuando todo era lúgubre. El verano era para el *jazz*, solía decir. Con el tocadiscos apoyado en el alféizar de una ventana abierta, surgía el sonido, y a él le gustaba sentarse mirando hacia el lago, siguiendo el ritmo con los pies. A Pikkusaari le gustaba el *jazz*, también, pero decía que no podría escucharlo en casa. Su madre no soportaba lo que ella llamaba “el ruido ese”.

»Y así solían estar sentados, mi padre y Pikkusaari, bebiendo y escuchando *jazz*. Ninguno de ellos hablaba, excepto para decir algo en inglés: “Oh, yeah” o “That’s the stuff”. Tras algunos vasos de vodka, Pikkusaari se levantaba y comenzaba a bailar en soledad, sudando, con la cara vuelta hacia el cielo y los ojos cerrados, con las manos balanceándose sobre su cabeza mientras giraba en pequeños círculos. El lugar en donde vivíamos era tranquilo, no había más casas en las cercanías, y el sonido terroso del *jazz* (una trompeta aquí y después un piano alzando el vuelo rabiosamente) se abría paso hasta el agua, donde mis hermanas y yo reposábamos sobre nuestras espaldas en el embarcadero, observando las nubes. Sobre las nueve o las diez de la noche, con el cielo veraniego todavía luminoso y las pequeñas olas del lago batiendo contra los pilares de madera, Pikkusaari iba dando tumbos hasta su coche. Mi padre solía despedirle: “¡Está borracho, majadero, conduzca despacio!”.

—¿Vino su padre alguna vez aquí?

Lena negó con la cabeza.

—¿A este agujero... país abandonado de la mano de Dios? Decía que su tiempo valía más.

—¿Iban asiáticos a visitaros al lago?

—Mi madre era china, inspector. Era lo bastante rara entre todos aquellos rubios. Siempre había visitas. —Eludía la pregunta, no sabía por qué. O quizá sí lo supiera, pero no sería yo quien echara a perder el picnic—. Si quiere saberlo, el que más venía era Pikkusaari. Mi madre decía que en realidad no venía para ver a mi padre, sino a

mí.

—Muy bien. Basta de preguntas. Vamos a disfrutar un poco de las vistas. —Al acercarme a ella, mi mano tocó la suya. Podía ver el palpitar de su cuello y la manera en que la brisa hacía flotar los mechones de su larga cabellera por encima de los hombros.

Y entonces la atmósfera desapareció. Ella se puso en pie y se sacudió las agujas de pino de la falda.

—Creo que de nuevo nos falla la suerte, inspector. He de volver al hotel antes de la cena, para cambiarme y maquillarme. En cualquier caso —alzó la vista hacia el cielo—, va a llover. —Señaló hacia el valle, donde se estaba formando una enorme masa de nubes que empequeñecía las colinas y sustituía velozmente el azul brillante del otoño por una oscuridad pesada que ahogaba la luz de lo que hubiera sido una tarde magnífica.

—La gente cree que soy distraído, que se me olvidan las cosas. Quizá. Para mí, es algo más complicado. Sé algo, pero decido no recordarlo. Puedo hacer las dos cosas a la vez.

El irlandés parecía cansado, pero yo sabía que estaba bien despierto. Apagó la grabadora y se tapó los ojos con la mano.

—Eso no es muy bueno para un detective, ¿no? Se supone que los detectives han de verlo todo, recordarlo todo.

—Eso es lo que se cree usted. Pero saber demasiado solo lo lleva a uno a tener problemas. Uno sabe lo que necesita saber. No me refiero al instinto. No, no tengo problemas con mi instinto. A veces se desvía hacia los lados, como un buey haciendo eses en un barrizal: yo le dejo libertad de movimientos. La gente piensa que el instinto debe ser afilado, que debería atravesar el aire como una flecha. Yo no lo creo. Creo que el instinto debe vagar y serpentear, como los arroyos que bajan de la montaña. Una flecha puede no dar en la diana. Un arroyo siempre sabe adónde va a parar finalmente.

—Quizá. Pero si se le olvidan las cosas, comete errores.

—¿Y por qué no? Los errores son buenos. Cuantos más errores, mejor. La gente que comete errores promociona. Son fiables. ¿Por qué? No son peligrosos. No pueden ser demasiado serios. La gente que no comete errores con el tiempo cae por el precipicio, lo que es malo, porque cualquiera en caída libre es considerado un incordio: puede aterrizar encima de uno. —Me puse en pie y me estiré—. Escuche, Richie, donde yo vivo no solucionamos casos. ¿Qué significa una solución en una sociedad que nunca se resuelve a sí misma en nada definible? Para usted la vida es optimista, de posibilidades infinitas, pero cree que sus partes son limitadas e independientes. Por eso hace listas. Cree que es posible comprobar qué se ha hecho. Yo nunca hago listas. ¿Y si alguien las ve? Seguro que faltaría algo importante, y eso sería una prueba que se podría usar en mi contra. Quizá no hoy, pero algún día. Por la misma razón, no dibujo diagramas. No uno puntos. Es innecesario, porque sé que nada es una línea recta. Todo es un círculo, círculos que se solapan, círculos que sangran los unos encima de los otros.

—¿Círculos sangrantes?

—Para resolver un caso, usted tiene que meter el viento en un tarro. Para mí, la vida consiste en posibilidades muy limitadas, pero sé que las partes se reordenan infinitamente, siempre variables, en continuo cambio. Nadie pone dos veces el pie en el mismo lugar. Una vez oí a un occidental decir: «Lo que ves es lo que hay». Nos reímos de eso durante días en comisaría. Nada es así. Nadie es así. Pero es lo que ustedes quieren creer. Sencillo, directo, ¿cuál es la palabra?

—Transparente.

—Ah, Richie, está intentando leerme la mente. No debería hacerlo. No, no es transparente. No importa. No estoy diciendo que su manera de hacerlo sea errónea. Simplemente no existe, al menos para mí.

—Así que nada se resuelve nunca. Esa sí que es una gran excusa.

—¿Una excusa? ¿Podría usted vivir con la incertidumbre, con formas y sombras que se mueven por la mañana, a mediodía y por la noche, amigo mío? Las montañas se han convertido en la única cosa cierta de mi vida. Cuando desaparecen, muero.

—Fantásticas palabras, inspector. Póngales música y harán con ella una maravillosa canción triste para borrachos. Pero no hemos venido aquí a cantar, ¿verdad? Usted está aquí para hablar, y yo para escuchar. —Escribió algo en su libreta y luego encendió la grabadora, pero la apagó de nuevo rápidamente—. La tragedia, inspector, es que tiene usted poesía en su alma, pero todo lo que mis oídos están entrenados para oír son hechos.

—No se preocupe, Richie. Hay menos poesía conforme avanzamos.

Aquella noche no pude dormir. Estaba leyendo, cuando Song entró en la habitación, pálido y asustado. Había sangre en su camisa, mucha.

—Venga rápido, al templo. —No pregunté nada, pero lo seguí en silencio por el empinado camino arriba; andaba tan rápido que resultaba difícil no quedarse atrás. La lluvia había cesado, pero persistían las nubes suficientes para tapar la luna. El camino estaba oscuro y el sonido del río, crecido con la tormenta de la tarde, resonaba entre las colinas. Song me estaba esperando a la puerta del complejo del templo.

—Ahí. —Señaló—. Yo me quedo aquí. —Se miró la camisa—. No volvería ahí ni por todo el dinero del mundo.

Antes del alba ya estaba de camino al norte, hacia Kanggye, conduciendo a gran velocidad. A aquellas horas no esperaba que hubiera más tráfico. Iba por el centro de la autopista, porque si chocaba con algún bache a la velocidad a la que iba probablemente la carrocería del coche acabaría destrozada. Cuando el indicador del depósito llegó a cero, me detuve. El bidón de gasolina solo estaba medio lleno: me llevaría hasta Kanggye, pero no más allá. Song estaba en deuda conmigo; por la gasolina, por todo. Él sabía que lo estaba, y sabía que algún día se lo reclamaría.

La Pensión del Dragón Rojo en Kanggye estaba en un estado deplorable. La televisión estaba de lado, reventada. Me encontré con unas páginas de un libro en rústica esparcidas por el suelo. Se oía un gemido procedente de la habitación de atrás. El recepcionista estaba sobre la cama, de cara a la pared. Se dio la vuelta cuando oyó que estaba en la puerta. Le habían golpeado con una pistola, una buena paliza.

—Bienvenido de nuevo, inspector. No me quedan habitaciones. —Resultaba difícil entenderle a causa de los golpes que había recibido en la cara.

—¿Quién?

Tosió y su cuerpo se contrajo de dolor. Tal vez tuviera alguna costilla rota, también.

—¿Supone alguna diferencia? Ya he perdido la cuenta. Preguntaron por usted.

—¿Y?

—Les dije que no tenía ninguna hoja de registro de nadie que se correspondiera con su descripción.

—¿Le creyeron?

—Entonces fue cuando me rompieron las costillas. ¿Qué cree usted?

Me giré para marcharme.

—Volveré. He de ir a Manpo.

Negó con la cabeza.

—Demasiado tarde: no lo conseguirá.

—Necesito algo de gasolina.

Se limpió la sangre que le salía por la boca.

—Puede que la abuela Pak tenga algún cupón de combustible. —Gimió otra vez y se volvió de nuevo hacia la pared—. Si es que sigue viva.

El lugar en donde solía sentarse la abuela Pak estaba vacío. La manta todavía estaba en el suelo, junto con sus gafas. La montura estaba torcida y uno de los cristales, roto. Por lo menos no era un agujero de bala. Busqué a lo largo del muro en busca de alguna tabla suelta, cualquier lugar donde se pudieran esconder papeles. En la esquina había un periódico del partido diferente, más viejo. Del quince de abril de 1962. El editorial de la portada parloteaba sobre la lealtad en letra negrita. Debajo del periódico había una pequeña caja de madera. «La lealtad esconde muchos pecados», se suele decir. Quizá fuera eso lo que ella pensó.

La caja tenía un tacto desgastado y suave, con las esquinas redondeadas por el uso. La habían fabricado sin clavos, de castaño siberiano. Se le habían practicado unas muescas en la parte superior para que la tapa encajara perfectamente y se había

tenido en consideración el dibujo de las vetas, de modo que las de un lado continuaban en el contiguo, y así daban la vuelta completa a la caja. No tuve que mirarla dos veces para reconocer la mano que la había fabricado. Mi abuelo trabajó cuatro meses, mañana y noche, en aquella caja. La mayoría de los detalles estaban en el interior: un grabado de un tigre en una roca, con un bosque de pinos que se extendía bajo él. Podían verse incluso las piñas. La abrí. Había algunos horarios de tren viejos y una fotografía en blanco y negro de una mujer joven, de sonrisa forzada, que miraba a la cámara con unos ojos oscuros bien abiertos. Debajo había tres cupones de combustible, de los decorados, con unos trabajadores en relieve al frente y unos campesinos en un arrozal en la parte trasera. Habían caducado veinte años atrás. Me guardé dos en el bolsillo y luego devolví la caja a su rincón, bajo el periódico. Tal vez la abuela Pak volviera. Yo quería que la caja estuviera ahí, si lo hacía.

La gasolinera, en las afueras de la ciudad, parecía desierta y tenía la puerta delantera cerrada a cal y canto. Un centinela me indicó con un gesto que me marchara cuando detuve el coche. Un anciano con una gorra de tela me miró desde detrás de los barrotes del portón de cierre.

—Está todo cerrado, no conseguirá nada aquí. —Le entregué los cupones. Los estudió atentamente y después le dijo algo al centinela. El portón estaba en tan mal estado que fueron precisos los esfuerzos de los dos hombres para abrirlo.

El anciano extendió la mano.

—Deme las llaves. No puede pasar con el coche sin un permiso militar. Puede sentarse por ahí si lo desea. —Señaló un banco de cemento en una parcela de tierra junto a una valla baja. Se subió al coche y lo arrancó—. Un Volvo. No quedan muchos de estos. Ninguno en Hamhung que yo sepa. Y solo unos pocos en Pyongyang. —Observé el coche avanzar hasta el surtidor de gasolina al otro extremo del recinto. El centinela cerró el portón y lo atrancó.

Junto a la valla de detrás del banco crecía un rosal que se levantaba desde el suelo, feo y lleno de manchas de aceite, formando un denso muro. Tenía las flores rojas, de un tono ligeramente más claro que la blusa de la chica. El arbusto estaba podado y cuidado, lo abonaban y lo regaban. Todas las hojas eran de un verde brillante y estaban libres de cualquier plaga o enfermedad. Por la noche, cuando el aire estaba calmo y los camiones no vomitaban humos por toda la calle, aquel lugar debía de ser un remanso de silencio perfumado.

El anciano estaba junto a mí, en pie.

—Incluso entre toda esta tristeza, en estos tiempos feos, las rosas quieren florecer —dijo en voz baja—. Aquí tiene sus llaves. Guárdese estos cupones. O tal vez sea mejor que los devuelva al lugar del que proceden. —Se tocó el extremo de la gorra a modo de tímido saludo, y me observó desde el arcén mientras yo recorría en el coche la vía principal del pueblo dejando atrás una casa de huéspedes medio en ruinas llamada Pensión Arco Iris y un parque donde una mujer y una frágil niña barrían hojas imaginarias de la acera de grava.

En las afueras del pueblo la calle giraba bruscamente y daba lugar a una carretera de tierra de dos carriles llena de baches y socavones. No podía conducir con rapidez, pero con el tanque lleno de gasolina pude hacer el recorrido hasta muy cerca de Manpo con solo una parada. Un puente se había venido abajo, y dos soldados dirigían el tráfico a través del campo hasta un vado que cruzaba el río. No estaban comprobando los papeles de la gente, pero cuando aparqué a la orilla esperando mi turno uno de ellos se fijó en mi matrícula y se asomó por la ventanilla.

—¿Es usted realmente de Hamhung?



—Que va. Nunca he estado ahí. —Por su acento sabía que no era de esa parte del país—. Digamos que los de Hamhung son algo espesos. Gané este coche en una partida de cartas con un par de ellos. —Se rio y me hizo señas para que continuara, olvidando que pensaba gorronearme un cigarrillo.

Habían volcado las cuatro mesas, les habían arrancado las patas y las habían destrozado. Todos los jarrones estaban hechos añicos y las flores esparcidas por la habitación. En el mostrador de atrás un charco de sangre empapaba las páginas de un libro que reposaba del revés.

Kang estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Lo estaba esperando, inspector. —Pronunciaba cada palabra con cuidado—. ¿Por qué ha tardado tanto? —Me vio coger la pistola que llevaba en el bolsillo del abrigo.

—No se preocupe, no estoy armado.

—Por alguna razón, no le creo, Kang. Nunca debería haberlo hecho.

Observó el ruinoso estado en que había quedado la habitación a su alrededor.

—Inspector, si no le importa, no estoy de humor para sus peroratas. Ya sabe, esperaba que llegara aquí el primero. Pero ha estado por detrás de ellos en cada paso del camino, ¿no es así? —Le dio unos toquitos a su reloj y se lo acercó al oído—. Se le ha acabado la batería. —Sonrió débilmente—. ¿Le suena?

Me saqué la pistola del bolsillo y la sostuve junto a mí.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No nos queda demasiado tiempo. Tiene un intento, inspector. —Su sonrisa desapareció—. Vinieron en mi busca. Y ahora están desesperados. Saben que tienen que acabar con esto. —Eché una mirada hacia la barra, como si todavía no comprendiera lo que había sucedido, pero por sus hombros caídos entendí que lo sabía.

—¿Sabe adónde la han llevado?

—A algún lugar donde se amortigüen sus gritos. —Levantó la vista hacia el techo, pero tenía los ojos entornados: debía de estar viendo algo horrible en su cabeza, por la mueca que se dibujó en su cara—. Háganos un favor, inspector: dispáreme. Usted me odia, y será un héroe. Le darán una medalla.

—Usted mató a Pak. Si usted no apretó el gatillo, fue usted quien lo causó. Toda su red ha sido arrancada de raíz, su gente ha salido volando por todos lados como desechos. Así que le dispararé, Kang. Pero si lo hago ahora mismo, puede que su alma vuele libre. Primero quiero saber que está empapado de arrepentimiento, que se arrastrará por el apestoso fango eternamente. No quiero levantar la mirada y pensar que pueda estar cerca de las estrellas.

—Ese es su problema, inspector, no el mío. Tiene gracia la imperiosa necesidad de juzgarme que tiene usted. Adelante, hágalo, pero ambos sabemos que no puede. Pak era mi amigo. Él me dijo que me marchara y lo dejará ahí. No era la primera vez.

La pistola dio una sacudida y descargó un tiro cerca de la cabeza de Kang casi

antes de que me diera cuenta de lo que había hecho.

—Cállese. —Podía saborear la rabia; era todo lo que podía hacer para contenerme y no apuntar y disparar de nuevo. La segunda vez no fallaría.

Kang no se acobardó.

—De acuerdo, no se cree una palabra de lo que digo. En ese caso no hay mucho que discutir.

—Ya he comprendido la mayor parte de todo esto, Kang. Solo hay algunas cosas que no entiendo. —Esperé, pero Kang estaba en silencio—. Para comenzar, me tendió usted una trampa.

—Se equivoca —me interrumpió, para luego contenerse y no decir más.

—Seguridad Militar andaba detrás de usted porque estaba haciendo negocio en su terreno, el contrabando de coches. Trató de distraerlos haciendo que me interpusiera en su camino. Me trajo hasta aquí arriba, hasta Manpo, para que conociera a Lena y arrojarme a su cama, y cuando no consiguió nada con ello, la arrastró hasta Hyangsan para intentarlo de nuevo. Eso no funcionó, así que la mató.

La habitación estaba tan silenciosa que parecía que estuviera solo en ella. Kang no se movía. Su respiración se había vuelto poco profunda y rápida.

—¿De qué está hablando?

—Me encontré con Lena en Hyangsan. —Esperé, pero nuevamente Kang permaneció sentado en silencio—. Dijo que estaba ahí por los turistas, pero ¿por qué iba a ir de repente hasta allí? Lo curioso es que estuviera usted ahí antes de que llegara yo. ¿Lo organizó usted, para que me encontrara con ella otra vez?

Kang hizo oídos sordos a mi pregunta: ya ni siquiera parecía que estuviera escuchando.

—Nos sentamos en una ladera y hablamos unos minutos. Sobre su padre. Y Pikkusaari. Un tipo interesante, nuestro amigo Pikkusaari. Aquella noche recibí la visita del agente de seguridad local frenético. De uno de los edificios del templo surgían unos sonidos: se asomó para echar un vistazo, luego sintió pánico y fue a buscarme. Subí hasta allá. Lena estaba dentro, tirada en el barro. Le habían dado una paliza. —Me detuve; apenas conseguía hablar con la imagen en mi cabeza—. Todavía estaba viva, pero su rostro estaba irreconocible. Había desaparecido. Tardó unos pocos minutos en morir. —Inspiré profundamente—. Era como observar a un animal.

El cuerpo de Kang se desplomó. Su había quedado sin voz, totalmente.

—No puede creer que yo hiciera algo así. Se suponía que ella dejaría Hyangsan pocas horas después de hacerlo yo. Íbamos a abandonar el país. Yo la amaba. Nunca la mataría.

—No iba a ninguna parte con usted. —La rabia se acumuló en mi garganta, pero sabía que Kang podía sentir cómo la duda se abría paso en mí. Yo mismo podía oírlo.

—¿Ha estado con ella en el Koryo?

—Váyase al infierno, inspector.

—¿Ha estado usted en aquella habitación de la octava planta del Koryo con ella?

—¿Qué demonios le importa a usted?

—Un botón azul en el armario de la habitación en la que se encontró el cuerpo. Era de ella, ¿verdad?

—Felicidades, inspector. —Kang aplaudió suavemente—. ¿Le ayuda eso a rellenar algún hueco de su investigación? —Dejó de dar palmas y hundió la cara entre sus manos. Cuando alzó la vista tenía pleno control de sí mismo, pero pude leer sus ojos—. Le gustaba el Koryo. Decía que aquella habitación le recordaba a una película antigua. Yo siempre ponía un jarrón con flores para ella. —Se detuvo y echó una mirada a los malogrados restos de las flores púrpuras sobre el suelo—. En breve tendremos compañía, inspector. Darán media vuelta en cualquier minuto, siempre lo hacen. ¿Tiene alguna idea de lo que sucede?

—¿Se refiere a los camiones del ejército en Pyongyang?

La risotada de Kang fue breve y amarga.

—Así que la respuesta es que no, no sabe nada. Ha estado usted dando tumbos detrás de ese finlandés muerto todo el tiempo. —Le dio una patada a la pata de una mesa que estaba a sus pies—. Esto es lo que se avecina: se está renovando el mobiliario. El mobiliario completo, quiero decir. La escoba de hierro de la historia. Cárceles vaciadas, viejos errores subsanados, operaciones de los servicios de inteligencia que se torcieron salen a la purificadora luz del sol. —Kang volvió a reír, con menos amargura esta vez—. La luz del sol es nuestro nuevo dios, inspector. ¿No le encanta el sol? Todo lo malo sucede en las tinieblas, pero de la luz solo puede manar el bien. —Con esfuerzo, se volvió para mirar hacia el mostrador. Podía ver que se estaba forzando a recordar toda la escena—. Esto ha tenido lugar a la luz, inspector. Esto, aquí mismo, todo en nombre de la derrota del mal. Esto es la bondad materializada. —Señaló la habitación que nos rodeaba con las manos revoloteando como un pájaro con el ala herida, incapaz de tomar tierra.

—¿Por qué lo odian tanto? No puede ser solo por hacer contrabando de coches, vi a Kim abatir a unos de sus hombres hace dos días. Me soltó una historia de agentes enfrentados, pero lo que quería decir era que tenía licencia para matar a sus hombres. Es algo que sucedió hace tiempo, algo en lo que Pak y usted estaban implicados. ¿Sabe lo que tenía Pak en su despacho? Expedientes sobre japoneses. Es eso, ¿me equivoco? La decisión sobre Japón, esa decisión que haría que se abrieran las compuertas del infierno.

—Cerca, inspector; muy cerca. Pero no ha caído usted en un detalle. Su abuelo se hubiera dado cuenta enseguida. —Kang comenzó a erguirse. Llevé la mano a la pistola y dio marcha atrás, aunque sin miedo—. Pueden involucrar a cualquiera, en realidad. Cualquiera sirve. Pero no parecería correcto, de alguna manera. De verdad creen que pueden purgarse de los malos espíritus, que pueden ser buenos y sensatos una vez hayan dado caza al mal y lo hayan destruido. Es el día del juicio final. Los dirigentes están buscando la llave mágica a un futuro resplandeciente. Creen que

tienen una oportunidad de atravesar el río y ver cómo un millón de malas acciones del pasado son arrastradas hacia el profundo e indulgente mar. Pero esos malditos espíritus malignos se les agarran a los dobladillos del pantalón, sucios recordatorios de malas decisiones, gente que conoce la historia y no puede olvidar, expedientes que no se pueden quemar porque no están en papel: están aquí. —Kang se tocó el pecho.

—Y usted, ¿es un espíritu maligno?

—No solo yo. Todo el departamento, y más. Incluso usted, tal vez. Se parece demasiado a su abuelo, para ellos.

—¿Andan detrás de todo su departamento?

—Sabemos demasiado, demasiado papel, demasiadas órdenes con nuestro sello y nuestras firmas sobre demasiados secuestros.

—Pero ese no es el motivo de Kim.

—No, es otra cosa. Al tipo le gusta la sangre. Odia a los míos, y quiere verlos sangrar. Seguridad Militar lleva años intentando hundir sus colmillos en nosotros. Actuábamos fuera de su universo, en una realidad que desprecian, y el que estuviéramos fuera de su alcance los hacía enloquecer. Sabíamos que en cuanto encontrarán una disculpa, la explotarán al máximo para degollarnos. —Se detuvo.

—El hombre con el uniforme de coronel, el del coche siniestrado en la autopista. Debió de suceder después de que yo volviera a la ciudad.

—Estuvo usted a punto de presenciarlo. El primer coche, el negro que no pudo fotografiar, era el de Kim. El nuestro no estaba muy por detrás. Algunos de los míos pudieron escapar tan pronto como nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo, pero no pude poner a todo el mundo a salvo de una vez. Por eso comenzamos la operación de contrabando de coches: fondos para la evacuación. No había tiempo para organizarse demasiado, de modo que improvisamos. No sabíamos que Kim estaba usando la autopista también para su propio contrabando. Se puso furioso. Ya vio los resultados. Todavía se le incentivó más a perseguir a los míos cuando Seguridad Militar recibió la orden de neutralizar el Departamento de Investigaciones. Un puñado de los nuestros está huyendo. Yo debería estar fuera del país desde hace días.

—Pero todavía está aquí. —Lo vi desplomarse más aún contra el muro. Casi se había dado por vencido: ya estaba todo perdido y nada importaba—. Estaba esperando a que se le uniera Lena. —Nada, no movió un músculo, pero en su rigidez pude ver que había acertado—. Ibais al lago Keitele. —Me oí a mí mismo decirlo antes incluso de que el pensamiento se formara en mi mente: de repente estaba clarísimo—. Y su hija, por esa razón estaba aquí, cerca de la frontera, porque sabía que llegaría este día. Ha estado preparándose durante años. Incluso ahora hay alguien esperándolo al otro lado del río. En un bonito y reluciente Mercedes negro. Es Pikkusaari, ¿verdad? Y aquel otro finlandés, el cadáver del Koryo, formaba parte de su operación también. Por eso los de Seguridad Militar dejaron el cuerpo en aquella habitación en particular. Sabían que la usabais en ocasiones. Era la manera que tenía

Kim de jugar con usted, de decirle que estaba cerrando el círculo.

Kang negó con la cabeza.

—No, no al otro lado del río. En Harbin.

Oí cómo encajaba con un clic. No era orgánico: era mecánico, exactamente como había dicho Pak.

—Hyesan - Musan - Najin - Harbin. El horario de tren, el que me cogió en el camión. Esa era su ruta de escape, ¿no es así? ¿Dónde iba a reunirse con Lena, en Najin?

—Se suponía que el recepcionista de Manpo me daría a mí ese horario. Por qué se lo dio a usted es algo que nunca sabré.

—Por eso lo mataron. Iban a por usted. ¿Cómo puede vivir con tanta sangre de otras personas manchando sus botas?

Kang cambió de postura. Era más respuesta de lo que esperaba.

—¿Y entonces qué le hizo pensar que podría sacrificarnos a mí y a Pak? Porque lo sacrificó. Tenía una pistola israelí en la mano cuando murió, solo que no era suya. La suya era checa, la misma que lleva usted en la pistolera que lleva al hombro en este momento.

Por un instante pensé que Kang no estaba prestando atención. Tenía la cabeza ladeada, como un perro escuchando algo que trae el viento de muy lejos. Miró hacia la puerta delantera y luego se volvió hacia mí.

—Parece que se equivoca en muchas cosas, inspector. Pak era mi amigo.

—Ya le oí la primera vez.

—Y se enfadó tanto que no pudo disparar recto. Por eso se lo diré otra vez, y si quiere meterme una bala en el corazón, adelante. —Se abrió la chaqueta. Observé que no había abierto el botón de la correa que aseguraba la pistola de Pak—. Mi corazón está en el lugar acostumbrado. —Hizo una pausa—. Pak y yo servimos juntos. Hace veinticinco años, eran tiempos diferentes. Estábamos en una brigada que salió de un pequeño puerto pesquero, en Sinpo. ¿Recuerda cuando le dije en Manpo que había rumores recogidos por mi gente sobre planes de acuerdos políticos, y mucho dinero, si se solucionaban aquellos viejos casos de secuestros de japoneses?

—Se está desviando del tema.

—¿Quiere oír lo que tengo que decirle o quiere fingir que esto es un interrogatorio? A Pak y a mí nos encomendaron una operación rutinaria en Japón, de introducción de agentes. Lo hacíamos muy frecuentemente, ya casi con los ojos cerrados: llegar, colar un agente y marcharse. Solo que dejó de ser rutinaria. Se torció. Una noche se suponía que la playa en la que desembarcaríamos estaría desierta, pero no lo estaba. A alguien le entró el pánico, y un niño pequeño resultó herido. Había luces en la distancia, coches de policía que se aproximaban por la carretera. Pak quería quedarse para cubrir nuestra salida. Le dije que no dejaría a nadie atrás, ni siquiera al niño. «Necesita un médico». Lo decía una y otra vez. Todavía puedo oírlo. «Dejad al niño». Pero éramos cinco en el equipo. Habíamos

entrenado juntos durante años. Yo estaba al mando y tomé la decisión. Cuando volvimos a casa, Pak dimitió. Nunca me culpó. Salvé su vida, en contra de su voluntad. Siempre decía que era culpa suya por haberme dejado escoger. Crió al muchacho, su único hijo. De la lista de casos que los japoneses quieren ver resueltos, el chico es el primero. No saben que está muerto. Por lo que a ellos respecta, todavía es un niño.

—Y cuando hablan de él, los periódicos japoneses muestran una foto de un niño de cinco años con un gato en brazos.

Un todoterreno se detuvo enfrente de la tienda. Se oyeron los portazos antes incluso de que se apagara el chirrido de los neumáticos. Kang se me acercó.

—Dispáreme, rápido, o dirán que me estaba ayudando.

Me volví y disparé a la puerta.

—Por la parte de atrás. Salga, ahora.

Kang no lo dudó. Se movió por encima de las sillas rotas, pasó su mano por encima del libro ensangrentado y desapareció en la oscuridad. Se oyeron dos tiros en rápida sucesión. Entonces, el todoterreno arrancó y se alejó.

—¡Dios! —El irlandés cerró su libreta—. No se van a poner muy contentos al oír esto. Kang tiroteado por Seguridad Militar. Qué desastre. —Apagó la grabadora y se la metió en el bolsillo del abrigo—. Mierda. Mierda, mierda.

—Eso es. Nadie está muy contento hoy en día. —Empujé la silla hacia atrás—. Me marcho mañana, si es que consigo reservar el tren. A menos que ya sea mañana.

—Pensé que ya estaba harto de trenes.

—Ya nos veremos, Richie.

—¿Es una oferta?

—No lo creo. No soy de los que desertan. Y ya sabe que no trabajaré para usted. Si no quise trabajar para Kang, por qué iba a querer servir a la reina. —Extraje un sobre del bolsillo de atrás de mi pantalón y lo arrojé sobre la mesa—. Un regalo.

—¿No es esto un poco extraño, inspector? Se supone que yo he de pagarle a usted.

—No es dinero. Es una copia del pasaporte de Kim. Viaja bajo el nombre de Yun. Y lo han promocionado. —El irlandés no se movió, era de los que esperarían hasta que yo me hubiera ido para coger el sobre—. Adelante, échele un vistazo. Una buena foto, con los ojos bien abiertos. Fácil de localizar entre la multitud.

—¿Con un mal corte de pelo? —Me miró un instante, pensativo.

—Es suyo, Richie. Su gente puede llamar a su puerta: tendrá que emitir un informe. Si no lo hace y lo descubren, es hombre muerto.

—¿Y si no lo descubren?

—No se preocupe, lo harán.

—¿Y si emite ese informe?

—Nadie se creerá que les dijo que no. Lo cortarán en tiras tratando de asegurarse. El irlandés se levantó.

—Gracias, inspector. —Caminó hasta la lámpara de pie, la apagó y se volvió hacia mí—. Apuesto a que ha helado, fuera. Cuidado dónde pisa.

Mi hotel no estaba lejos, pero me llevó unos cuantos giros en falso llegar hasta él, en parte, para comprobar si me estaban siguiendo; en parte, solo por tomar el aire de la noche. Me imaginé que el irlandés se quedaría un rato sentado en la penumbra, sorbiendo su té, preguntándose qué no le habría contado. Era su trabajo, escuchar lo que la gente no decía. Debí de oír fuerte y clara la palabra que nunca mencioné: venganza. Probablemente buscarían a Kim: quizá lo encontrarán, o quizá no. Tratar de localizarlo los mantendría ocupados lo suficiente para perderse lo que me había dejado en el tintero. No era demasiado.



Reinó el silencio hasta el amanecer, no la tranquilidad: era ese silencio denso que hace pesadas las horas, de modo que uno ansía oír el menor ruido aparte de su propia respiración, grillos o incluso simplemente el viento para demostrarle que la noche continúa, que no se ha roto, que acabará. Cuando el sol apareció por la ventana de atrás, entorné los ojos para mirar al exterior. El sendero de tierra que salía de la puerta trasera descendía una pequeña pendiente hasta un esbelto y solitario abedul. Un hombre estaba sentado contra su tronco, con las piernas extendidas sobre el sendero y los pies, descalzos, sobre la hierba de más allá. Llegó una bocanada de brisa, que hizo que se balancearan las ramas más altas del árbol y que las hojas bailaran con una energía repentina y nerviosa que dispersó la luz por el suelo. Debí de quedarme mirando mucho tiempo, pero no porque necesitara asegurarme. Desde el momento en que el sol había atravesado la ventana, supe que no sería Kang.

Dejé el libro de la chica donde estaba, y las flores también. Mientras cerraba la puerta delantera tras de mí y me dirigía a la estación, me pareció ver una bandada de gansos en migración hacia el sur. Lo hacían en una trayectoria recta como la de una flecha, muy arriba en el cielo otoñal, que estaba más azul que nada que hubiera visto nunca.